

**UN CEO
PARA
NAVIDAD**

ARIADNA BAKER



ARIADNA BAKER

Primera edición.

Un CEO para Navidad

©Ariadna Baker.

©diciembre, 2024.

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Era viernes, final de semana, y en vísperas de la fiesta anual que celebraba mi empresa a primeros de diciembre.

Bueno, que no era mía, que mi cometido en la multinacional de finanzas era encargarme de la recepción, no de dirigirla.

Terminaba de prepararme para empezar el último día de la semana y no había hecho más que ponerme los zapatos cuando noté que se me hacía una carrera en la media.

Bonita manera de empezar el día, sí señor, con el circuito de Jerez en la pierna. Resoplé contando hasta cinco y cogí otro par del cajón, esta vez un poco más gorditas, tupidas y fuertes, de esas que, según decían en los anuncios y en el envase, no se rompían.

Cogí el móvil y vi que ya llevaba cinco minutos de retraso respecto a lo habitual, y todo gracias a las medias. En fin...

—Buenos días, papá —saludé al hombre de mi vida que estaba en la cocina sirviendo los cafés y le di un beso en la mejilla.

Manuel, sesenta y cinco años y recién jubilado tras una vida dedicada a la enseñanza como profesor de bachillerato, un hombre bonachón y cariñoso al que quería con locura.

—Buenos días, hija. Vas tarde —dijo poniéndome el café en la mesa.

—Las medias, que se me han revelado. —Me encogí de hombros.

—Tu hermana ya me ha dado plantón otra vez, y van dos veces esta semana. Mira que la quiero, pero es que me deja tirado por tu madre.

Y aquí venía de nuevo esa retahíla de quejas que ya me sabía más que de memoria.

Para ponerlos en situación de lo que digo, mejor empiezo por el principio.

Manuel y Lola, mis queridos padres, llevaban divorciados la friolera de dieciséis años, yo no

era más que una niña de once cuando aquello ocurrió y aunque me enterase poco, sí sabía que acabaron como el rosario de la Aurora y no se hablaban.

Nuria, mi hermana mayor solo por cinco años, siempre había tirado más para nuestra madre y con la que tenía mejor relación, cosa que a mi padre le comía las entrañas, sus palabras, no las mías, y claro, como yo era la que vivía con él, me encontraba con la misma cantinela día sí, y día también.

—Ya sabes cómo es —dije dando un bocado a mi tostada de queso y mermelada.

Por suerte ahí quedaba todo, eso sí, después de sus buenos diez minutos de protestas. Pero le entendía, porque le gustaba hacer planes con sus dos hijas y muchas de esas veces era solo yo la que le acompañaba.

Nunca rehízo su vida, a diferencia de mi madre que solo un año después del divorcio empezó una relación con un Guardia Civil, ahora ya jubilado. Jorge, que así se llama, tenía sesenta y dos años, dos más que mi madre.

Y hablando de la reina de Roma...

Mamá: *Buenos días, cariño. Sabes que si quieres, puedes venir a arreglarte a la peluquería para la fiesta de la empresa, que aquí siempre tienes hueco. Te quiero.*

Así es, mi madre tenía su propia peluquería de toda la vida y le iba genial, y sí, a veces iba a que me hiciera unos arreglillos y ya de paso nos veíamos.

Terminé mi desayuno, me despedí de mi padre con un beso y un abrazo que le sacaban una sonrisa, y, tras desearle un buen día, salí por la puerta de casa lista para ir al trabajo.

Subí al coche y puse la calefacción en marcha porque a pesar de vivir en Sevilla, el fresquito a esas horas sí que se notaba, y aunque llevara el abrigo y la bufanda, a mí me calaba ese fresquito hasta las entrañas.

No tardaba mucho en llegar a las oficinas, por lo que siempre entraba por la puerta puntual como un reloj, como decía Cora, mi compañera en la recepción, que llevaba dos años trabajando en ese puesto, uno más que yo.

Y ahí estaba ella, sonriente como siempre quitándose el abrigo, la bufanda, el gorro y los guantes, que a friolera a la pobre mía no le ganaba nadie.

—Ya estás quitándote capas —dije acercándome al mostrador.

—Calla, que con lo calentita que estaba yo en la cama, ha sido poner un pie en la calle y creí que me congelaba.

—Cora, que hace fresquito, pero no como para eso. —Reí.

—Que sí, que yo te digo que sí.

—Y por eso llevas medias, *leggings*, camiseta interior y el vestido de lana.

—Qué bien me conoces —sonrió.

Sí que la conocía, bien, sí; que esa mujer morena de ojos azules y veintisiete años, mi misma edad, tenía esa forma de ser alocada y divertida que tenía yo, y también mi mejor amiga Triana.

—Buenos días, señoritas. —Entró saludando Tomás, el subdirector de la empresa.

—Buenos días, don Tomás —saludamos las dos al unísono y, como siempre, él volteaba los ojos y reía.

—¿De verdad me veis tan mayor como para llamarme don? Voy a tener que comprarme un tinte para el pelo.

No se lo tomaba a mal, gracias a Dios, porque nuestro jefe tenía sentido del humor y era un tipo alocado y divertido.

Y no, no era mayor ni tenía canas, que a sus cuarenta y tres años conservaba todo el cabello de un negro oscuro impecable, y lo acompañaba de unos ojos marrón chocolate que eran impresionantes.

Además, era un hombre atractivo, de esos que tenían mucho peligro con las mujeres. Se rumoreaba que era todo un donjuán, y que por su ático con vistas a la Giralda habían pasado muchas mujeres, a las que, según decían los rumores, había puesto mirando a dicho monumento.

—¿Qué tinte, ni tinte? —dijo Cora— Si eres como Brad Pitt, pero en moreno, y no tienes canas.

—Me las acabaréis sacando vosotras.

—¿Nosotras? —preguntamos al unísono.

—Yo no veo a nadie más en la recepción.

—Uy, lo que ha dicho. —Cora se llevó la mano al pecho—. Pero si somos dos amores.

—Eso, eso, más bonitas las dos... —añadí.

—Y mi calvario, y mi calvario. —Rio él.

—Calvario dice, qué valor, don Tomás.

—Si es que me volvéis loco, Cora.

—No, no, lo que hacemos es hacer que las mañanas sean más alegres y las vistas más agradables. Vamos, que a ver dónde iba a encontrar dos recepcionistas tan simpáticas como nosotras.

—Mejor no buscar, ya sabes lo que dicen, más vale lo malo conocido...

—Y ahora nos llama malas —resoplé.

—Lo tenemos todo, Julia —me dijo ella volteando los ojos, y Tomás se volvió a reír.

Nunca se había quejado de nosotras; al contrario, solía decir siempre que la recepción no sería la misma si en lugar de Cora y yo estuvieran otras personas. Le gustaba llegar un día de esos que había empezado un poquito torcido por algún motivo y que, con nuestra energía le sacáramos una sonrisa.

Se fue hacia su despacho y allí nos quedamos nosotras, saludando a los demás empleados y compañeros que iban llegando, algunos solos y con prisas, otros en pareja o en grupos charlando.

Las horas con Cora se hacían más cortas, y es que, aunque nos centrábamos en el trabajo siempre andábamos charlando de alguna que otra cosa, y esta mañana no era diferente.

—¿Hay ganas de fiesta? —preguntó tras colgar una llamada.

—Hay, hay —sonreí.

—Me llegó ayer el vestido que compré, me queda bien, un poquito justo de pecho, pero no me corta la respiración.

—Vamos, que vas a ir luciendo *escotazo*.

—Algo así. Además, me he pasado tres días por casa en pijama y con los zapatos para darlos un poquito de sí, que no se me olvida la rozadura que me hicieron los últimos.

—Llamar rozadura a lo que te hiciste, chiquilla, es quedarse corta. Menudas heridas tenías, pero claro, tú, que eres como María Isabel, y vas antes muerta que sencilla, dijiste que estrenabas los zapatos para la feria y los estrenaste, pero bien.

—Calla, calla, no me lo recuerdes, que pasé las peores horas de mi vida.

—Si acabaste descalza como las folclóricas en los escenarios.

—Descalza y andando como las muñecas de famosa. Pero esta vez no me pasa, que me voy a recorrer la bodega donde se celebra la fiesta sin miedo a los tacones. Además, que mi madre me ha dado una pomada para prevenir rozaduras.

—Qué bien viene tener en la familia unos padres enfermeros —sonreí.

—Y que lo digas.

Tenían sesenta y cinco años y ya estaban jubilados, pero Román y Macarena, sus padres, habían trabajado durante años en el hospital en el que se conocieron y donde se enamoraron treinta años atrás.

Al igual que yo, ella vivía con sus padres y es que quería ahorrar todo lo posible para cuando pudiera comprarse una casa y dar una buena entrada para que la hipoteca fuera más baja.

No es que mi relación con mi padre fuera perfecta, ya que había muchas cosas en las que no coincidíamos, pero había un gran cariño entre nosotros y compartíamos momentos realmente especiales.

Fui a por un par de cafés y a la vuelta vi que tenía un mensaje de Triana, mi mejor amiga. Era un año mayor que yo, y nos conocíamos desde hacía años, y ahí estaba como cada viernes proponiendo una salida de chicas.

Triana: *Buenos días, aquí Triana, la dependienta más dicharachera de Sevilla. Que digo yo que hoy es viernes, y nos podríamos ir a tomar unas tapitas y unas copas. Que a mí el cuerpo me pide baile, que menuda semanita llevo en la tienda. ¿A las ocho en la taberna de Manuela?*

Se lo dije a Cora, que salía con nosotras pues me llevaba muy bien con ella y congeniaba con Triana, y le contesté que sí, que allí nos veíamos.

Al acabar mi jornada laboral a las tres de la tarde, me fui para casa. Mientras conducía, disfrutando del trayecto, me entró una llamada de mi madre que interrumpió mis pensamientos.

—Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿qué tal se presenta la noche? He quedado con tu hermana para cenar y...

—No me preguntes si voy a ir, porque ya tengo otros planes, me voy a cenar con las chicas —la corté, y por supuesto que sabía que mi hermana iba a cenar con ella, ya que mi padre se lo propuso primero y le había mandado un mensaje esa mañana diciéndole con no podía.

—Bueno, pues la semana que viene organizamos algo.

—Tú avísame con tiempo, ¿vale? ¿Qué tal estáis?

—Bien, cariño, ahora en la peluquería con mucho trabajo. ¿Vas a venir a que te haga algún arreglito para la fiesta?

—Pues no sé, ya te digo algo.

—Muy bien, tú sabes que aquí siempre tienes un huequito.

—Hombre, no esperaba menos si la peluquería es de mi madre. —Reí.

—Ten cuidado esta noche, hija, y diviértete ¿sí?

—Sí, mamá, descuida.

—Te quiero, adiós.

—Y yo, adiós.

Colgué el teléfono y dejé escapar un suspiro, ya que quería mucho a mi madre, pero se valía del hecho de que mi hermana tenía una mejor relación con ella para sabotear los planes que le propusiera mi padre. Aunque, en mi hermana también estaba el decirle que no a nuestra madre alguna vez, pero, claro, con mi padre no podía hablar de sus confidencias.

En cuanto entré por la puerta me vino un olorcito a guiso de carne que me hizo la boca agua. Le di un beso un a mi padre al entrar en la cocina y sonrió.

Servimos la comida y fuimos al salón, él siempre me esperaba para comer, y más ahora que estaba jubilado y con mucho tiempo libre.

Le comenté que saldría a cenar y tomar una copa, y me dijo que había quedado con un par de antiguos compañeros para hacer lo mismo.

—Pues eso está bien, papá, tienes que salir de vez en cuando —dije mientras recogíamos.

—Ya que tu hermana me cambia por vuestra madre.

Nada, que ya empezaba otra vez con su retahíla de quejas, y yo fingí que me llegaba un mensaje para irme a la habitación y no escucharle, porque le quería con locura, pero esto hacía que chocásemos mucho y prefería evitar comerme la cabeza más de lo estrictamente necesario.

Capítulo 2



Llegué a la taberna de Manuela a las ocho en punto y ya estaba Triana en una de las mesas esperando con una botella de vino y tres copas.

Su melena castaña ondulada destacaba sobre el vestido de punto blanco que llevaba, ese que combinaba con las botas negras de tacón hasta las rodillas.

—Y aquí llega mi Shakira particular —dijo al verme con una sonrisa de oreja a oreja.

Así llevaba toda la vida, porque decía que con mi metro sesenta, mi cuerpito, la media melena rubia y los ojos marroncitos, me parecía a la del *Waka Waka*.

—¿Qué tal, cariño? —preguntó tras darme un beso y un par de abrazos.

—Bien, ¿y tú?

—Con una semana de locos, que han llegado un montón de cositas nuevas a la tienda y nos hemos tirado tres días colocando todo a ratos, ya sabes cómo se pone de gente en según qué horas.

—¿Y con David? —Curioseé cogiendo la copa de vino que me acababa de llenar ella.

—¿Ese quién es?

—¿Cómo que quién es? ¿Has cambiado de ligue?

—No, pero hija, ya sabes que le veo como a la regla, una vez al mes. Y menos mal que no coinciden.

—Lo que te faltaba —sonreí.

—Antes nos veíamos más, pero ahora, no sé, es como si dijera «pues llamo a esta misma que la tengo a mano».

—Pues haz tú lo mismo, o sea, si te llama para quedar dile que no puedes y ya le avisarás.

—Lo había pensado, y lo llevé a la práctica el lunes.

—¿Y?

—Que el miércoles me volvió a llamar, y yo, que no podía. Y esta mañana otra vez, y le he dicho que salía con mis amigas.

—Y bien que has hecho. —Acerqué mi copa a la suya.

—Ya ha llegado lo más salado de Sevilla —dijo Cora, y Triana y yo reímos—. Madre mía, pero qué guapas estáis. ¿Para cuándo un trío conmigo? —Arqueó la ceja.

Y así estaba siempre, con esas bromas para las dos, pero en realidad eran más para mí, sobre todo en el trabajo, porque Cora, que desde muy joven tenía claro que le gustaban las chicas, solía decir que yo era una tentación que se le resistía en la recepción.

En la recepción y fuera, que yo a ella la quería como amiga y compañera que era, nada más.

No tenía pareja desde hacía un tiempo, y sabía que tenía una historia fuerte del pasado, pero de la que no quería hablar y yo eso lo respetaba.

Todos teníamos alguna expareja a la que no recordábamos con amor, y lo mejor era dejarla en ese rincón sin que viera la luz de nuevo.

—Tú sí que vas guapa, chiquilla, qué bien te sienta lo que te pongas —dijo Triana llenándole la copa.

—Y lo desaprovechada que estoy, que no me come nadie.

—Mujer, ya aparecerá alguien con hambre. —Reí.

—Mírala ella, que siempre me esquivo. Te lo he dicho muchas veces, Julia, si te dejaras llevar conmigo, te iba a hacer ver las estrellas del firmamento entero.

—Madre mía, eso me ha hecho imaginarme cosas hasta a mí.

—Triana, que te digo yo que la realidad superaría a la imaginación que le echas.

—Al final me olvido de David y pruebo contigo.

—Capaz serías. —Reí.

—Yo solo os digo, que no debéis decir «de esta agua no beberé» —dijo Cora dando un sorbo al vino.

—Ni, «este cura no es mi padre», como decía el mío. —Rio Triana.

—¿Unas tapitas, chicas? —preguntó Martina, la hija de Manuela, que servía las mesas con una soltura impresionante.

—Venga, de lo que tú quieras, preciosa —contestó Cora.

Y mientras esperábamos las tapas, Triana nos enseñó algunas de las prendas que habían recibido en la tienda; me gustaron varias, así que dije que pasaría una tarde de la semana siguiente para echar un vistazo y comprarme algunas.

Estuvimos charlando sobre la fiesta de la empresa a la que íbamos a asistir los treinta que formábamos parte de ella, contando con el jefe, por supuesto. Aunque, en realidad, había un jefe más, uno al que yo no conocía, pero Cora sí, dado que ella estaba en la empresa desde un poco antes de que él se trasladara a la otra sede.

Pasamos en la taberna unas horas de lo más amenas, y entre bravas, pescadito y algunas tostas que nos trajo Martina y que estaban de vicio, acompañadas de dos botellas de vino, Triana nos contó que una de sus compañeras se había liado con el sobrino de la jefa hacía unos meses y estaba embarazada.

—Pero es que el muchacho tiene novia desde hace seis años, y, al parecer, sonaban campanas de boda —dijo.

—Pues me da a mí que ahora las que repican son las del funeral del muchacho —comentó Cora.

—No te extrañe, que mi jefa siente pasión por la novia del sobrino, que es su ahijada porque es hija de una amiga suya.

—Lo tiene jodido entonces tu compañera —comenté—. A no ser que esté muy enamorado de ella y deje a la novia.

—Si hace eso, ya te digo yo que adiós a la tienda, que la iba a heredar él.

—Sí, vamos, que está él entre el amor y la riqueza —dije.

—Se ve que sí, ya os contaré qué campanas resuenan —sonrió.

Después de la cena, fuimos dando un paseo bajo el fresquito de la noche hasta un bar de copas que, por suerte, no quedaba muy lejos. Cuando salíamos las tres íbamos en taxi, nada de coger el coche, porque siempre acabábamos con una o dos copitas de más.

Entramos y nos acercamos directamente a la barra donde vimos a Jimena, la camarera más simpática de toda Sevilla.

—¡Ole ese arte! —gritó Triana, y Jimena se rio.

—Ya me extrañaba a mí estar teniendo una noche tranquila —dijo.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que nosotras te la alteramos? —preguntó Cora.

—Las que más, que sois las tres unas loquillas.

—Uy, qué feo eso que nos has dicho —protesté—. Pero si somos las que más vidilla te damos en la barra.

—¿Qué vais a querer tomar, preciosas mías? —preguntó.

—Pues mira, tres mojitos y unos chupitos de vodka.

—Joder, Cora, algo un poco más suave. —Reí.

—Para ella un vasito de leche, que se ve que ha vuelto a los siete años. —Volteó los ojos.

—Ahora os lo pongo todo —Jimena sonrió y fue a preparar las bebidas.

—¡Me encanta esta canción! —gritó Triana al escuchar *La Bachata* de Manuel Turizzo, y empezó a bailar.

Cora, que tenía un arte para cualquier baile que no se podía aguantar, la seguía en los pasos mientras cantaban a voz en grito.

Jimena nos puso las bebidas y, mientras ellas seguían con su baile, yo le di un sorbo al mojito.

El local, como era costumbre en una noche de viernes o de sábado, estaba lleno; la gente se repartía entre la barra, las mesas de uno de los laterales, los reservados y el centro de la pista donde muchos bailaban al ritmo de bachata, merengue, salsa o esos éxitos del pop tan de moda.

Cuando las chicas terminaron su baile, cogimos los chupitos y nos los tomamos de un trago.

Vi que Triana sacaba el móvil y leía, acabó frunciendo el ceño comenzó a teclear, hasta que la escuché resoplar.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—David, que me manda un mensaje para decirme que si voy a ir a su casa o se busca a otra.

—Espera, ¿él ha dicho qué? —gritó Cora.

Le quité el móvil y vi lo que ponía. Le había preguntado si pasaría por su casa después de la cena, a lo que ella contestó que ya estábamos tomando unas copas. Y fue justo ahí cuando le soltaba la perlita.

—Se va a cagar, lo siento mucho, Triana, pero se va a cagar.

—¿Qué vas a hacer, Julia?

—Pues decirle que se busque a otra, pero que, si lo hace, no te vuelva a llamar en la vida. Si le pica el asunto, tiene dos manos.

—Julia, por Dios, no hagas eso.

—Triana, déjala que ella tiene razón —le dijo Cora—. Mira, te quiero tanto como a ella, pero esto no puede ser, que vale que no tenéis nada serio, pero, joder, un polvo al mes es como en los vis a vis de las cárceles, no me fastidies. —Volteó los ojos.

—¿Cuánto lleváis así? Porque son dos años en plan *follamigos* y que yo recuerde, llevas ocho meses por lo menos que os veis una vez al mes.

—Vale, ponle lo que quieras, pero pedid una botella de ron que la voy a necesitar.

Contesté lo que le dije, que sí que se buscara a otra pero que no la llamara más y no tardó en responderle.

David: *¿Estás segura de lo que dices? Es que no me puedo creer que en toda la semana no hayas podido quedar, eso nunca había pasado.*

—Trae, que a este lo ventilamos ya. —Cora me quitó el móvil de la mano.

—A ver qué le pones, que tú me das más miedo —dijo Triana.

—Verdades como un castillo le voy a poner, aderezadas con alguna mentirijilla, pero, ah, «quien quiera saber, que vaya a la escuela» como decía mi abuela.

Triana: *Pues claro que estoy segura, he sido tu capricho a ratos y se acabó, que no vales tanto como para esperar un mes a que quieras verme. ¿Tú has escuchado la canción de Shakira y Karol G? ¿No? Pues la escuchas, que yo me he puesto triple M y merezco que me coman como si fuera la Caperucita más sexi del jodido mundo. Y tú, más que un lobo, eres un chihuahua, que ladras mucho, pero muerdes muy poco. Que te vaya bonito, David. Bloqueado quedas.*

—Y bloqueado se quedó —dijo Cora con una sonrisa.

—La madre que te parió. —Reí.

—Pues nada, ya no me va a llamar más.

—Ni falta que te hace, Triana, que para un poco de chorizo no te hace falta el cerdo ese. Mira, yo te regalo un *Satisfyer* y listo, que te hará mejor servicio que este tipo —dije.

—Y ahora, a bailar, que no te amargue la noche ese hombre, que parece que encima te hacía un favor llamándote para un polvo rápido —resopló Cora.

—¿Quién quiere tequila? —pregunté llamando a Jimena con la mano.

—Eso, eso, vamos a tomarnos unos tequilitas y ¡viva México!

—A Cora no le des más alcohol, que la llevamos a su casa arrastras. —Rio Triana.

—¿Arrastras? Qué va, pero si yo controlo. Venga, tequila, limón y sal para brindar.

Nos tomamos dos chupitos seguidos y cuando Cora escuchó la melodía de *Loba*, la canción de Shakira nos cogió a las dos para bailar.

—*Esa loba es especial, mírala caminar.* —Cantó señalando a Triana.

No sabría decir cuál de las dos estaba más loca, pero es que se daban la mano la una a la otra. También era verdad que a mí me encantaban las dos y que con sus cosas me hacían reír más de una vez y más de dos.

Y así se nos pasó la noche, entre copas, risas y bailes. Cuando finalmente salimos a la calle, no pudimos resistir la tentación y nos dirigimos directamente a la chocolatería.

—Oh, por favor, qué rico el chocolate con churros —dijo Triana cogiendo uno y mojándolo en la taza antes de darle un bocado—. Esto es mejor que un orgasmo.

—Si tenemos en cuenta que tu amante bandido te daba mambo una vez al mes, entonces sí. —Reí.

—Qué cabrita eres. —Volteó los ojos.

—Tú dale al chocolate y al churro, cariño, que ya te buscaremos nosotras un lobo que te vea y te coma mejor —le dijo Cora dando un bocado al suyo.

—A ver si es que no voy a saber buscarlo yo —protestó.

—No lo dudamos, pero visto lo visto con el último... —Cora se encogió de hombros.

—Ya puede ser el lobo feroz de verdad y meterme de todo menos miedo, porque como no me deje con las piernas temblando, os pido la hoja de reclamaciones. —Nos señaló con el dedo.

—Mírala qué espabilada, no le hemos buscado todavía al lobo y ya amenazando. —Reí.

Después de disfrutar de ese exquisito y dulce pecado que nos llevamos para el cuerpo, cogimos un taxi que fue dejándonos a cada una en su casa. Yo fui la última en bajarme, y cuando entré, fui lo más sigilosa posible a mi habitación para no despertar a mi padre, con la intención de dormir hasta la hora de la comida.

Capítulo 3



Después de comer y dado que había salido la noche anterior, me volví a la cama para descansar otro poco, a fin de cuentas, esta iba a ser una fiesta de esas en las que no faltaría la bebida y tenía que reponerme un poco.

Acababa de despertarme de ese reparador sueño, y antes de salir de la habitación, dejé toda la ropa que había escogido sobre la cama. Después, fui a la cocina para prepararme un café que me ayudara a terminar de despejarme del todo.

—¿Qué ves, papá? —pregunté sentándome a su lado en el sofá del salón.

—Pues no sé, porque me he quedado aquí dormido y acabo de despertarme al escucharte trastear en la cocina.

—Ya decía yo que no podías estar viendo una película de amor.

—Por eso me he dormido, seguro. ¿Ya vas a prepararte?

—En cuanto me tome el cafelito empiezo.

Mi móvil sonó con un mensaje y suspiré al leerlo.

—¿Qué pasa, hija? ¿Algún problema?

—Mamá, que si voy a ir a que me arregle.

—Ella con tal de teneros de su lado...

—No empieces, que yo no estoy del lado de ninguno.

—Pero vives conmigo —sonrió de medio lado.

—Porque haces unos guisos buenísimos.

—Ya. —Rio—. Oye, que no sé a qué hora llegaré esta noche.

—Ah, ni yo tampoco, así que tranquilo. Tú a divertirte y listo.

Después de terminarme el café, lavé la taza y fui a darme una ducha de esas en las que me pasé un buen rato bajo el agua. Por no hablar de que después me hidraté a conciencia el cuerpo entero con una crema que tenía un aroma de lo más dulce y suave.

Estaba en ropa interior y a punto de arreglarme el pelo, cuando me llegó un mensaje de mi hermana preguntando si podíamos vernos al día siguiente, ya que hacía dos semanas que no nos veíamos.

Y claro que acepté porque no solo me apetecía verla, sino que ya de paso aprovecharía para hablar con ella.

Una vez peinada y vestida, acabé de maquillarme y me asomé al espejo del pasillo para asegurarme de que estaba impecable. Después de darle un beso a mi padre, salí de la casa para coger el taxi que estaba llegando.

Cora me había enviado un selfi suyo sosteniendo una copa de vino, con una amplia sonrisa que iluminaba su rostro en rojo pasión, que era el color del labial que, al igual que yo, habíamos elegido para esa noche. Ya se encontraba en la bodega, que era el lugar donde se iba a celebrar la fiesta anual de diciembre.

Le dije que iba de camino y que me guardara una copa de esas antes de que alguno de los compañeros me dejara sin ella.

Cora: *Tranquila, que me hago ahora con una botella para nosotras en plan Gollum, como si el vino fuera mi tesoro.*

Se me escapó una risilla, pero es que podía ver a esa mujer agarrada a la botella y mirando mal a quien quisiera quitársela.

Pagué al taxista cuando llegamos, y tras desearle una buena noche, atravesé la puerta donde ya estaban los camareros con sus bandejas en la mano ofreciendo una gran variedad de vinos. Me decanté por uno blanco y tras cogerlo, crucé el pasillo de los jardines de la finca hasta llegar al gigantesco porche de entrada que ocupaba el frontal y los laterales de la bodega, y que estaban acabados con unos preciosos arcos.

Desde luego que el jefe de la empresa no escatimaba en gastos y se notaba que quería que estuviera todo perfecto, se notaba en cada rincón al que mirases.

Había estufas gigantescas repartidas por toda esa zona, por lo que había muchos compañeros tomando sus copas de pie alrededor de los barriles que estaban repartidos por allí. Todos sonreían copa en mano, charlaban y saludaban a quienes iban llegando.

En el centro del lugar, había unas grandes puertas de madera abiertas que daban acceso a un acogedor salón interior, donde varias barras estaban atendidas por camareros. Justo en el medio, había un montón de barriles dispuestos para aquellos que preferían disfrutar de su bebida en un

ambiente más informal. A la izquierda, mesas de madera rodeadas de sillas para sentarse cómodamente, mientras que, a la derecha, se encontraba una pista de baile en la que había un pequeño escenario con una mesa de DJ. En este lado, se encontraban los aseos. Era una bodega de lujo, solo había que ver la impecabilidad de todo y el servicio que ofrecía.

Eché un vistazo, pero no vi a Cora, saludé a algunos de los compañeros que estaban por allí y cuando me retiré para seguir buscando a la loca de mi compañera, un camarero se acercó a mí para ofrecerme que cogiera una de sus croquetas. Gemí con el primer bocado.

—¿Ya te estás poniendo guarra?

—Joder, Cora me has asustado —dije dando un pequeño bote—. Un poco más y se me sale el corazón por la boca. ¿Dónde estabas metida? Que llevo un rato buscándote.

—En el baño, haciéndome un favor mientras pensaba en ti —bromeó a la vez que me besaba la mejilla y me hacía un repaso de arriba abajo—. Estás para tirarte un bocado, como a la croqueta que te has metido en la boca. ¿Estaba buena?

—Buenísima, sí. —Reí—. Y tú también estás preciosa. Te queda genial el vestido. Se ve elegante y cómodo.

—No hay nada como el punto. —Chocó su copa con la mía—. Y, por cierto, cuando te haces la desentendida, eres insuperable —suspiró y yo me reí negando con la cabeza.

El punto que llevaba era el mismo tejido que el de mi minifalda negra, que decidí combinar con unos zapatos de salón de punta redonda y tacón cuadrado de siete centímetros. Esos zapatos, que me recordaban a los que usan las azafatas, me parecían supercómodos y fáciles de combinar, también en negro. En la parte superior, opté por una camiseta de un tejido de lo más suave, entallada y de manga larga en color blanco, con el cuello de barco y que llevaba por dentro de la falda.

—Tú es que quieres llevarme al lado oscuro, como *Darth Vader* —dije dando un sorbo a mi copa.

—Y no te dejas, con lo bien que lo pasarías.

No tenía remedio, esa loca no tenía remedio y seguiría tonteando conmigo cada día.

—Hombre, mis chicas favoritas. —Carraspeó poniéndose en medio de nosotras mientras le daba vueltas al contenido de su copa.

—Don Tomás. ¡Qué guapo! —dijimos al unísono.

—Qué valor, primero me llamáis don y luego guapo. No empecemos a hacer la pelota que nos conocemos. —Reía con la boca cerrada.

—¿Pelotas nosotras? Somos tus chicas favoritas, no tenemos nada que temer, ¿verdad, Julia?

—Nada, nadita —contesté con rotundidad.

—¿Os gusta el sitio?

—Es una pasada, este año te lo has currado, jefe —respondió Cora.

—Lo mejor para mis empleados, no vayan a decirme que soy un rancio o un tacaño.

—Yo por ahí he visto jamón del bueno, así que si te llaman tacaño tranquilo que te defiendo.

—Cora, que ha dicho que no le hagamos la pelota. —Reí.

—Hombre, si quieres aplaudo al que diga que don Tomás es un malaje y agarrado.

—Y dale con don Tomás, qué cruz me cayó con vosotras —suspiró.

—Pero si somos un amor, un encanto, un... Julia, ayúdame con los adjetivos que me he quedado pillada.

—Deja, deja, que tú vas muy bien. Hazle un poquito más la pelota. —Reí.

—Lo dicho, que somos buena gente —dijo batiendo las pestañas.

—Qué arte tiene, mírala, con que salero me hace ojitos. —Tomás soltó una carcajada a la que nos sumamos las dos—. Que no les falte de nada —le dijo al camarero que teníamos cerca, mientras se marchaba riendo.

—¡Que no nos falte de *ná*! —Cantaba en alto Cora, por lo que él nos había dicho, y yo le seguí con esa sevillana tan emblemática que tenía más años que nosotras—. Si no me gustaran las mujeres, a ese lo habría puesto hace tiempo yo a cantar ópera como si fuera Pavarotti.

—¡Qué bruta eres! —Me reí negando mientras movía mi cuerpo a ritmo de la música navideña.

—Habló, la Borbona. —Volteé los ojos y escuché la carcajada que le había salido.

—A eso tampoco llego, que mi sangre no es azul ni real —contesté.

—Poquito te falta, vamos, seguro que entre tus genes hay parte de realeza.

—Claro, que igual ahora resulta que desciendo de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos.

—Pues igual sí, que tú tienes pinta de persona vip.

—La madre que te parió. —Reí cogiendo otra copa, y ella hizo lo mismo para darle un buen trago.

—Voy a saludar a Kika, ¿vienes? —me preguntó.

—No, yo me voy fuera a fumarme un cigarrillo y a tomarme otro vinito. Ahora nos vemos allí.

—Vale, coge un barril de los de la pared.

—Eso está hecho.

Di un último trago a la copa y la dejé sobre el barril. Cogí mi bolsito y me dirigí hacia el exterior. Me apetecía respirar un poco de aire fresco, aunque la noche estuviera fresquita, pero con toda la multitud adentro, la idea de estar un rato a solas me resultaba muy atractiva.

Al atravesar la puerta y girar hacia la derecha, me encontré con una sorpresa inesperada, o, mejor dicho, con el impacto de la noche.

—¡Joder! —protesté ante el choque que habíamos tenido lo que parecía una mole de hormigón y yo, porque una persona no podía ser, y que había ocasionado que mi abrigo, que llevaba colgado en la mano, se empapara de vino. Y al mirar hacia arriba sí que vi una persona, sí.

Aquel tipo alto y rubio estaba ahí, parado, mirándome sin inmutarse. Algo normal, por otra parte, dado que yo era una canija, como solía decir mi cuñado, así que no había hecho que se moviera ni un milímetro de su lugar.

—¿Qué pasa, que no miras por dónde vas? Me has jodido el abrigo nuevo —le grité muy enfadada a ese desconocido que no sabía ni qué pintaba allí, porque de la empresa seguro que no era, que me conocía la cara de todos y esta, no la había visto en mi vida, seguro que se nos había colado un listo en la fiesta—. ¡Maldita sea! ¿Qué pasa, que no sabes llamar la atención?

—Si quisiera haber llamado tu atención —dijo en un susurro, acercándose a mi oreja—, créeme que te habría mojado las bragas y no el abrigo —murmuró en tono muy seguro, dejándome sin palabra alguna—. Que alguien se encargue de su abrigo y lo traiga en menos de dos horas como si nada hubiese pasado —ordenó a uno de los camareros antes de entrar hacia el salón.

—¿Señorita? —Miré al chico que me observaba con las manos extendidas y me pidió el abrigo.

—¿Quién es él? —le pregunté aún sobrecogida.

—El dueño de tu empresa —sonrió él, dando por hecho que era una empleada porque era estrictamente imprescindible para estar en la fiesta y que no conocía al gran jefe.

Solté el aire fuerte antes de dárselo. Estaba completamente segura de que era Ezequiel, ese del que me había hablado Cora, no había más jefes aparte de él y Tomás en la empresa, y yo a este último lo conocía más que de sobra.

Cogí una copa y tras darle un trago, la apoyé en uno de los barriles que estaban junto a una estufa y donde se estaba de lo más calentita a pesar de estar parcialmente en el exterior.

Aún estaba impactada, no solo por haber conocido a ese jefe del que tanto había escuchado hablar, sino por la manera en que se había dado nuestro encuentro. La verdad es que no había bebido tanto como para haberme imaginado lo que había ocurrido.

¿De verdad me había dicho lo que yo creía haber escuchado? ¿Y sin que le temblase el pulso? ¿Dando por hecho que así podría ser si él lo quisiera? ¿De verdad!? Estaba flipando en colores, pero la verdad es que también estaba intentando salir del asombro en el que me había dejado, no solo lo que me había dicho, sino lo que me había aclarado el camarero, que el mismísimo señor Ezequiel había vuelto.

Después de esto, solo esperaba no tener que encontrármelo por las oficinas ya que, con un poco de suerte, solo había venido a dar la cara en la fiesta y se volvería a Londres tal como había venido. Las bragas, me hubiera mojado las bragas... En mi vida nadie se atrevió a decirme semejante cosa. Se me escapó una carcajada mientras negaba.

Capítulo 4



Seguía en ese estado de asombro en el que me había dejado ver al jefe y lo que me había dicho.

Tenía entendido que era un hombre de lo más reservado y parco en palabras, por lo que me contó una vez Cora. Por eso, me sorprendió bastante que se hubiera atrevido a soltarme aquella frase con ese tono tan sutil, pero a la vez arrogante.

Estaba claro que él debía saber que yo era parte de la plantilla de la empresa y no una camarera, o una intrusa que se había colado a lo Mecano en mitad de una fiesta.

En fin, que no dejaba de darle vueltas al momento más surrealista de mi vida, y mucho menos a esa mirada que tenía.

—Te vas a cagar —dijo Cora apareciendo y dejando su copa sobre el barril—. ¿A que no sabes quién está aquí? —preguntó con los ojos abiertos como dando a entender que, ni de casualidad, me lo esperaba.

—Pues me da que sí que lo sé, sí. —Reí—. El señor Ezequiel, alias el moja bragas.

—¿Te las ha mojado? —preguntó asombrada.

—No, según él porque no ha querido...

—¿Qué me estás contando? —exclamó casi a gritos, por suerte no había demasiada gente cerca de nosotras.

Le conté lo que había pasado y ella se quedó boquiabierta, incapaz de procesar lo que escuchaba, con la mano extendida cubriendo su boca en un gesto de incredulidad.

—¿No es fuerte? —dije al acabar.

—Déjame que lo asimile, porque no me esperaba esto, la verdad. O sea, que el jefe te ha dejado el abrigo bonito de vino, y encima te suelta la madre de todas las insinuaciones, ¿es así?

—Así, así justamente como te lo he contado.

—Madre mía, Julia. ¿En serio te ha dicho eso?

—Y sin despeinarse —contesté moviendo la mano—. Lo peor de todo es que lo ha dicho con un tono de lo más engreído, como si diera por supuesto que todo gira en torno a él. No sé cómo explicarlo, pero me dejó con las piernas temblando y la tensión por los suelos.

—Le habrás contestado con todo el descaro que no llevas bragas, por lo menos.

—¿Cómo le iba a contestar eso? —grité.

—Pues contestándole, así. —Carraspeo—: ¿Qué bragas, si no llevo?

—Y me habrías encontrado aquí roja como un tomate por la vergüenza, vamos.

—Pues deberías haberle dicho eso, a ver qué cara se le quedaba a él.

—La misma que tenía, seguro, porque ya te digo que ni se despeinó al soltar esa perla.

—Todo un poeta. Ese deja a Neruda en pañales. —Rio—. Al menos ordenó que te limpiasen el abrigo, pero oye, muy fuerte que le hayas chillado. —Se echó a reír negando—. Me habría encantado ver su cara por un agujerito, porque con lo que tú eres, y con lo que chillas cuando te estropean algo.

—No tenía ni idea de quién era, a ver si te crees que de haberlo sabido me habría puesto a gritarle como una loca para que mirara por dónde iba. Claro que debería hacerlo, ya que es una mole y está más duro que una roca. De todas maneras, su posición no le da derecho a ser inmune a ninguna queja, y menos dentro del horario laboral. A ver si el estirado ese se va a creer que me va a ningunear.

—¿Duro en qué sentido? Porque no me digas que te ha dado tiempo a echar mano a ya sabes qué.

—¿Qué dices, loca? El torso, me refiero al torso, que me he podido romper la nariz al chocar de lo duro que estaba. ¿Ese hombre es real o viene de otro planeta?

—Sí, del mismo del que llegó Clark Kent. —Volteó los ojos—. Es de Sevilla de toda la vida, pero se ve que la genética fue de lo más generosa con él.

—Y la arrogancia, ¿también es cosa de la genética? Porque me estoy imaginando unas fiestas en su casa con toda la familia de lo más idílicas, vamos.

—Digo yo que será por el trabajo que tiene, que debe mostrarse así, serio y respetable.

—Por Dios, Cora, que Tomás también es jefe y no es así.

—De manera de ser no, desde luego, Tomás es un poquito más simpático. Pero en lo que respecta a lo demás, es perfecto, ¿a que sí? —sonrió al tiempo que elevaba ambas cejas en un gesto de lo más gracioso.

—Sí —suspiré antes de soltar una risita que reflejaba lo traumada que me había dejado—. Y hasta te digo que con la descripción de él que me diste, te quedaste un poquito corta. También te digo que no estaba preparada para toparme con él, si esto me hubiera pasado sabiendo quién era, pues no me habría quedado tan así. O igual sí, porque lo que me ha dicho no me lo esperaba.

—Pues tengo una noticia muy fuerte —dijo dando un sorbo a su copa.

—A ver, termina de bajarme la tensión, pero recuerda ponerme los pies en alto y que me echen aire en la cara.

—Viene para ocupar de nuevo su puesto como director en nuestra sede.

—¿Qué?

—Lo que oyes, que el jefe ha vuelto para quedarse como los turrónes, en diciembre.

¿Me esperaba esa noticia? Pues no, para nada, porque yo pensé que había venido a hacer acto de presencia a la fiesta, tal vez para comprobar que aquí marchaba todo bien y después de vuelta para Londres.

—Genial —resoplé—. Perdona. —Frené al camarero que pasaba por nuestro lado.

—¿Qué desean señoritas? —preguntó de lo más educado.

—Cuatro chupitos de tequila con la sal y el limón.

—Ahora mismo —sonrió.

—Y dos *gin-tonics* —le pidió Cora.

—Así será. —Inclinó su cabeza antes de marcharse.

—Joder, ¿tú crees que cuando me vea en las oficinas me recordará por ese momento?

—Qué va, él es gilipollas y se chupa el dedo, por eso tiene una de las empresas con más beneficios del mundo. —Volteó los ojos—. Desde ya te digo que aquí no hay nadie que no trabaje en la empresa, y ese fijo que es como Tomás, que se conoce las caras de todos los empleados.

—Me está dando un retortijón de barriga —murmuré sintiéndome mal.

—Tranquila, que, si hizo que te lavaran el abrigo, ese no te echa.

—No lo digo por eso, joder, pero es que lo que me dijo es muy fuerte.

—Olvida lo escuchado...

—Ni que fuera tan fácil, joder, qué pasa ¿no te pones en mi lugar?

—Si me pusiera en tu lugar, entraba a buscarlo y le susurraría al oído que otros hombres me calentaron a simple vista mejor que él.

—¡Estás loca! —Me reí.

—Si es que es para verte la carita, Julia, que te has quedado pálida, chiquilla.

—Si te hubiera dicho eso a ti, me habría gustado verte la cara.

—Si me lo dijeras tú, te aseguro que las bragas te las arrancaba en el baño y te daba una alegría.

—Hombre, de nuevo mis dos empleadas favoritas. —Escuchamos a Tomás que había salido a fumarse un cigarrillo.

—Don Tomás, ¿tenemos nuevo jefe en la oficina? —preguntó Cora divertida.

—Así es, pero que quede claro que vuestro jefazo siempre seré yo. —Nos hizo un guiño.

—Hombre, por favor, no hay color —contesté yo con una risita de lo más temblorosa.

—No se lo digáis a nadie, pero yo soy más divertido.

—¿En serio? —pregunté con ironía— No me había dado cuenta, lo vi sonriendo de oreja a oreja —volví a ironizar—. Y ese cariñoso saludo a todos los que se cruzaba, pensé que iba a quitarte el puesto a jefe más simpático.

—No es mal hombre, pero sí un poco peculiar.

—¿Un poco nada más, don Tomás? A mí me ha echado a temblar —murmuré.

—¿Se te ha presentado?

—Mejor no digo nada, pero no precisamente, digamos que hemos tenido un desafortunado incidente.

—Resulta que...

—Cora, cuidadito, que no me hace ni la menor gracia —le advertí muy seria porque estaría bueno ya que le contase a Tomás lo que me había dicho.

—¿No confías en mí? —me preguntó él arqueando la ceja.

—Digamos que prefiero olvidar el incidente. —Solté el aire.

En ese momento vinieron a saludarlo y eso consiguió que se quedara la conversación ahí. Miré a Cora negando como reprochándole el intento de haber hablado.

—Por el amor de Dios, no tenía intención de decir nada, Julia. —Volteó los ojos.

Un camarero nos sirvió un plato con jamón y queso, y otro con unos langostinos que ya estaban pelados, menos la colita, que la dejaron para poder cogerlos por ahí.

Comimos mientras charlábamos y nos devanábamos la sesera preguntándonos si era verdad que venía para quedarse o se trataba tan solo de un rumor, porque la sede iba a las mil maravillas y funcionando perfectamente solo con Tomás.

Aquí también se escuchaba la música y a Cora le faltó el tiempo para cogerme la mano y hacerme girar como si no hubiera un mañana mientras sonaba Marc Anthony. Y ella toda feliz cantando a voz en grito que va a reír y vivir.

—Venga, mueve esas caderas que Dios te dio.

—Dios no, mi madre, que las saqué igual que ella. —Reí.

Estuvimos un buen rato así, entre vinos y bailes, pero sin que yo pudiera quitarme de la cabeza lo sucedido. Para colmo, Ezequiel apareció por el porche, apoyándose sobre uno de los muros de los arcos, mientras disfrutaba de una copa y se fumaba un cigarrillo.

Le miraba y me parecía un hombre atractivo, eso no iba a negarlo, pero ese descaro suyo me desconcertaba.

Aparté la mirada cuando vi que me observaba y disimulé hablando con Cora, pero esta no era tonta y me conocía, mi cuerpo me delataba cuando me ponía nerviosa y me daba por jugar con lo que tuviera entre mis manos, y en este momento era la copa de vino.

—No me digas más, está el poeta —dijo con una sonrisilla y echó un vistazo rápido—. Lo sabía.

—Solo, se pone solo —murmuré negando y soltando el aire.

—Ese se basta con él mismo. —Se echó a reír y ocasionó que yo también me riera—. Es de esos que, para disfrutar de la compañía de personas que están a su nivel, solo necesita de su propia presencia.

—No le sonrío a nadie, ni a los camareros y se atreve a decir que podría hacer que se me mojaran las bragas, pero yo creo que lo necesita es un buen polvo urgentemente.

—Cuenta la leyenda que las pone a todas mirando hacia la Giralda, te lo recuerdo. Igualito que don Tomás, ya sabes.

—Quita, no me lo recuerdes, que es como si lo estuviera viendo. Eso sí, debe ser el típico que no sonríe ni follando. Otro Grey frustrado —murmuré ocasionando que ella tuviera que cruzar las piernas porque decía que se meaba encima.

Y de nuevo una mirada rápida hacia mí y yo, evitando que me pillara mirándole, porque no quería ser una descarada.

—Venga, otra miradita que no le has echado bien el ojo todavía.

—Calla, loca, que como te oiga —protesté.

Pero sí que le miré, solo un poquito, porque ese hombre con su sola presencia llamaba mucho la atención, que yo no era la única mujer de la fiesta que le miraba.

Estuvo lo que duró el cigarrillo y de nuevo se metió hacia dentro no sin antes redireccionar su mirada hacia la mía mientras andaba. Tuvo el gran descaro de hacerme un guiño sin un leve gesto de sonrisa. ¿De dónde había salido ese hombre, Dios mío?

No me lo quería ni imaginar entrando o saliendo por las oficinas y poniéndome el corazón a mil. ¿De verdad iba a estar en ese cargo siendo uno más, presente cada día en la sede? No sabía yo si estaba preparada para esto, porque a pesar del carácter que tenía, este me lo había dejado por los suelos. ¿Dónde estaba la Julia que había sido hasta ahora y que podía con todas las situaciones?

Esta fiesta no la iba a olvidar en mi puñetera vida...

Capítulo 5



Que después de una noche de fiesta donde había bebido algunas copas y bailado más que los bailarines de un concierto me despertase con el olor del chocolate caliente y los churros que lo acompañaban, fue como despertar en el paraíso.

Pero mi padre no estaba, me había dejado una nota junto a los churros diciendo que iba a tomar café con los amigos con los que fue a cenar la noche anterior.

Así que me puse a desayunar sola ese delicioso manjar, saboreando los churros bien bañados de chocolate mientras veía las fotos que nos habíamos hecho Cora y yo.

Triana: *Buenos días, Shakira de mi vida y de mi corazón, ¿qué tal la fiesta de empresa? Dime que os aburrísteis, por favor, ten piedad de mí que estuve sola en casa viendo una película con la que acabé quedándome dormida.*

Julia: *Buenos días, cariño. Deja de llamarme así que no tengo nada que ver con ella, y ni me parece, vamos. Nos divertimos, ya sabes cómo es Cora, como para dejar que me aburra. Ya te contaré porque tenemos novedades, voy a terminarme el desayuno y hacer algo en casa, que me voy a ir ver a mi hermana.*

Sí, se me acababa de ocurrir ir a visitar a Nuria y hablar con ella sobre nuestros padres, a ver si ponía un poquito de su parte para no darle tantos plantones a él.

Triana: *¿Qué novedades? A mí no me dejes así, que me pones el caramelo para luego quitármelo. ¿Has ligado? ¿O ha sido Cora? Espera, dime que no os lo habéis montado juntas porque me caigo de la impresión, vamos.*

Julia: *No nos hemos liado, loca, lo que nos faltaba. Bueno, te cuento resumido. Conocí al otro jefe, que al parecer ha vuelto para incorporarse a la empresa.*

Y en vez de escribirme, la cotilla que llevaba dentro me llamó por teléfono.

—¿Es tan guapo como decía Cora?

—Sí que lo es, sí.

—¿Y simpático?

—Eso ya no.

Le conté cómo había conocido al otro jefazo, ese momento en el que me dijo lo que me dijo, y ahí sí que casi me la cargo.

—Estás de coña.

—Más quisiera yo —resoplé—. Que estoy rezando para que no me reconozca el día que se incorpore.

—Pues hija, eres lo primero que se ve al entrar en el edificio. —Rio—. Como no vayas con gorra y gafas de sol en plan cantante pasando desapercibida. Pero claro, en la recepción iba a dar mucho el cante que estuvieras así.

—Anda que, entre Cora y tú, no me ayudáis ni un poquito —suspiré.

—Como te dijo ella, dio la orden de que te limpiaran el abrigo, así que dudo mucho que quiera despedirte.

—¿Has tenido noticias del bloqueado? —pregunté, por curiosidad.

—Pues no, se ve que lo que le pusisteis surtió efecto.

—O ya tenía otra en mente para darse una alegría para el cuerpo, que todo puede ser.

—Pues que les vaya bien.

—Así me gusta, que no estés echa polvo.

—Me quiero mucho, tú no te preocupes —sonrió—. Bueno, te dejo desayunar tranquila. Nos vemos, ¿vale?

—Claro, te pongo un mensaje estos días.

—Te quiero, Shakira mía.

—Y dale —resoplé y ella soltó una carcajada antes de colgar.

Terminé de comerme el chocolate con churros, me hice un moño y le di un repasito de limpieza a la casa mientras escuchaba música.

Estaba claro que olvidarme de lo ocurrido con el jefe no me iba a olvidar, que en mi mente escuchaba ese tono de voz con el que me dijo aquello, y notaba ese mismo temblor de piernas que me había quedado cuando se apartó.

Es verdad que se necesitaba tener muy mala suerte para que, entre todos los hombres que estaban en la fiesta y a los que conocía perfectamente, me encontrara cara a cara con el jefe que, por desgracia, no tenía el placer de conocer.

Le envié un mensaje a mi padre para preguntarle si iba a comer en casa, para dejarle una tortilla de patatas hecha. Tenía pensado ir donde mi hermana, y me respondió que sí, que le parecía bien.

Se la preparé como a él le gustaba, jugosa y doradita, y la dejé en la cocina mientras iba a darme una ducha y vestirme.

Me vestí con unos pantalones vaqueros, unas botas con pelito súper cómodas y un jersey *beige* suave que me encantaba, y cogí el abrigo junto con el bolso para salir.

No avisé a mi hermana, ni falta que hacía, ya que no era la primera vez que me presentaba allí de sorpresa para comer con ella y Tomás, que como era bombero tenía turnos largos de trabajo y varios días seguidos libres.

Nuria había seguido los pasos de nuestro padre y era profesora de secundaria, tal vez por eso él estaba tan molesto y dolido porque su hija mayor le diera esos plantones. Si yo le decía que no podía pues bueno, se molestaba un poquito, pero no tanto como cuando era ella, porque claro, yo vivía con él y me veía todos los días.

Pasé por la pastelería que había en la calle de Nuria antes de ir a su casa y cogí unos pasteles que le gustaban mucho: tartaletas rellenas de crema, trufa y nata, y por encima llevaban almendras y chispitas de chocolate.

—Julia, qué sorpresa verte.

—Hola, cuñado —sonreí mientras me daba un abrazo.

—Pasa, que hace frío.

—No tanto, pero sí que se nota que diciembre ha llegado.

—Nuria está en la cocina —dijo y se fue hacia el salón.

Desde la puerta vi a mi hermana y no había duda de que era hija de nuestra madre, tenía su misma estatura, cinco centímetros más que yo, el cabello castaño y esa figura con curvas donde destacaban unas caderas de lo más sensuales como decía mi cuñado.

—¿Qué tenemos para comer? —pregunté y se giró.

—¡Julia! —sonrió mientras se acercaba a darme un abrazo— ¿Vienes a comer? No me has avisado, ¿verdad? Es que anoche se me quedó el móvil sin batería esta noche y lo dejé cargando en la habitación.

—No, tranquila, que vengo de sorpresa.

—Y con las manos llenas. —Rio.

—Pasteles para el café, que sé que eres una golosa. —Los metí en la nevera.

—¿Qué tal estás? —preguntó mientras volvía a la encimera para coger la bandeja donde estaba asando la carne para dejarla otro poco en el horno.

Ella era como nuestra madre, aunque cocinara para dos, siempre hacía mucha cantidad de manera que le quedaba para varios días, por eso me podía presentar a comer sin avisar.

—Todo bien, pero papá me pone la cabeza como un bombo. —Me dejé caer en uno de los taburetes y ella, con una sonrisa, sacó un par de copas y una botella de vino.

—¿Qué le pasa ahora?

—Ya sabes qué, Nuria —suspiré—. Le diste plantón otra vez el viernes porque ibas a ver a mamá, habiendo quedado antes con él.

—¿Y qué quieres? Ya sabes cómo es mamá, no hay quien le diga que no.

—Pues yo se lo digo, joder, que no cuesta tanto.

—Con mamá hablo de mis cosas, con papá no puedo.

—Es que no hace falta que hables de tus cosas, solo que hables. Vas a comer con él, pregúntale cómo se encuentra y mantén una conversación, no es tan difícil. Si a mamá le molesta que quedes con papá, que se lo haga mirar. No debemos cargar con la responsabilidad de que el divorcio se haya convertido en un conflicto en lugar de un acuerdo amistoso. Ella se quedó con la casa y con nosotras, mientras que nosotras veíamos a papá lo justo.

—Si lo sé, Julia, pero es que mamá es...

—Insufrible, a veces —dije—. Se pasó toda la semana diciéndome que fuera a arreglarme a la peluquería para la cena de anoche, y no fui, no voy a ceder en todo lo que me pida. Es como decirme que fuera a cenar con vosotras, pues mira no, que había quedado con mis amigas. Yo lo siento mucho, pero no voy a hacer lo que ella quiera cuando ella le dé la gana. Y la veo, pero cuando a mí me parece.

—Se pone muy insistente en querer verme cuando sabe que he quedado con papá.

—Pues no se lo digas. Cuando te llame para comer o cenar tal día le dices que tienes planes y no puedes cambiarlos, y si pregunta si es con papá, míentele y dile que es con tu marido, que os apetece cenar y follar como animales.

—Esa idea me gusta —dijo mi cuñado entrando por la puerta con una sonrisilla de medio lado

y elevando ambas cejas.

—Tú calla, que tendrás queja de todo lo que hacemos.

—Eh, que no quiero saber qué hacéis.

—Si la encimera hablara... —murmuró Rubén.

—¡Oh, por Dios! —Me eché hacia atrás, y tuve la mala suerte de que las patas delanteras del taburete se levantaron, de modo que acabé cayéndome al suelo.

—¡¡Julia!! —gritaron los dos al unísono.

Y yo los vi como en cámara lenta acercándose mientras me notaba caer, hasta que di con la espalda en el suelo.

—¡Que se nos mata! —gritó mi hermana.

—Ay, ay, mi espalda —me quejé.

—No te muevas, espera. —Rubén se puso a mi lado y me ayudó a levantarme después de ver que podía moverme sin problemas.

Ahora, que la hostia contra el suelo me la había dado, pero bien.

—A ver si acolcháis los suelos —dije.

—Claro que sí, vamos a poner moqueta como en las películas y series antiguas americanas —protestó mi hermana—. ¿Quién te manda echarte hacia atrás sentada en el taburete?

—La culpa es de tu marido, que me ha dejado claro que en esa encimera habéis hecho cochinadas.

—Las que podrías hacer tú si tuvieras novio y no vivieras con tu padre —me dijo él.

—Por favor, deja de meter cosas en mi mente que no voy a poder mirar esta encimera de la misma manera —resoplé.

—El asado está casi listo, ¿por qué no pones la mesa, cariño? —le pidió mi hermana.

—Bonita manera de echarte. —Reí.

—Le faltó darme una patada en el culo —suspiró.

Sonreí mientras él se acercaba a darle un beso y cogí todo para ir a poner la mesa al salón. Mi cuñado era un amor de hombre y estaba tan enamorado de Nuria como el primer día.

Era alto, de cabello negro y los ojos de un azul oscuro que llamaban mucho la atención. Mi hermana tenía los ojos marrones de nuestro padre y también era guapísima, por eso todos nos preguntábamos cómo serían sus hijos cuando los tuvieran.

Y no es que no quisieran, que sí querían, solo que la cigüeña parecía resistirse a llamar a su puerta.

—Entonces, ¿intentarás al menos decirle que no a mamá para no dejar plantado a papá? — insistí— Siempre te he dicho que, de las dos, tú eres su niña bonita, porque te dedicas a la enseñanza igual que él y, además, fuiste su primera hija. No vayas a pensar que siento celos porque no es así, pero verle mal porque le has dado plantón, pues, como que me duele un poco, la verdad.

—No prometo nada porque sabes que mamá es muy insistente, pero intentaré ver más a papá.

—Hazlo, porque te quiere y te echa de menos.

—La mesa ya está puesta, señoras —avisó Rubén entrando de nuevo.

—Señorita, que no estoy casada —le corregí.

—Disculpe usted, señorita.

—Uy, con qué retintín me lo ha dicho —resoplé y ambos se rieron.

Comí con ellos, nos tomamos el café con los pasteles que había llevado y me despedí quedando en vernos pronto.

Quería mucho a mi hermana, y eso ella no lo pondría nunca en duda, pero era importante que reflexionara sobre lo que le había dicho, especialmente por el bienestar de mi padre, ya que, con sus plantones, lo único que conseguía era que él se sintiera más desplazado.

Capítulo 6



No, hoy no me podía encontrar a mi nuevo jefe. Tenía la esperanza de que su llegada no fuera tan rápida y que, por lo menos, se tomara unos días para acostumbrarse a todo este cambio y reorganizar su vida.

De verdad que seguía sin poder creerme que aquello me hubiera pasado a mí, sobre todo con tantas mujeres que trabajaban en la empresa.

Pero, claro, ellas tenían más antigüedad que yo, así que seguramente el jefe ya las conocía. Tal vez incluso pensó que yo era la novia de alguno de mis compañeros.

Menudo fin de semana había pasado, en serio, que no se me iba de la cabeza ese tono de voz, y mucho menos la mirada que me echó al irse con ese guiño de ojo.

Desde luego que, a descarado, no le ganaba nadie en la empresa.

Me puse una falda lápiz en color gris que me quedaba genial, combinada con un jersey banco de punto fino y suave, y los zapatos de tacón; en cuanto me eché un vistazo en el espejo, vi que estaba perfecta e impecable, como siempre, dado que era lo primero que veían al entrar en la sede. Cogí mi neceser de maquillaje y me apliqué un tono más favorecedor en mi cara, ya que como diría Triana, tenía una palidez por los nervios, terrible.

Me reí frente al espejo mientras me repetía una serie de tonterías con el fin de sentirme mejor, pero es que necesitaba escucharlas. Dado que ni mi madre ni mi hermana estaban y no sabían nada de lo que ocurría, pues ya me animaba sola.

—Vamos, que tú puedes con ese y con todo lo que te echen —me dije a mí misma mirándome al espejo—. Y encima —cogí el labial rojo— me voy a poner más guapa de lo que soy. —Me reí mientras me daba cuenta de que estaba hecha un flan y haciendo la payasa a primerísima hora de la mañana.

Pero ¿cómo no estar así después de lo vivido menos de cuarenta y ocho horas antes? Siempre he sido una persona bastante atrevida y decidida en muchas ocasiones, pero esto me había dejado completamente atónita, sin palabras y sin saber cómo reaccionar. Me cogió de sorpresa total, que una no escuchaba algo así todos los días, vaya.

Salí del baño y me encontré a mi padre con mi café preparado. Sonrió al verme con los labios rojos, ya que estaba más acostumbrado a que lo usara para salir o en ocasiones especiales, aunque, que conste, no era la primera vez que me lo ponía para acudir al trabajo.

—¿Vas a trabajar o a comer churros con algún maromo? —preguntó con una leve sonrisilla y la ceja arqueada.

—Pero ¿por qué los hombres os pensáis que nos arreglamos para vosotros?

—Porque sé más por viejo que por diablo, hija. No sueles pintarte los labios de rojo para ir a trabajar —dijo mientras me los señalaba— y si lo haces, no es precisamente un lunes después de haber salido en el fin de semana y haberlos llevado así. —La verdad es que era buenísimo haciendo apreciaciones, qué agente de la CIA se había perdido América.

—Pues entonces, te reconozco que voy a trabajar —contesté cogiendo mi café y me encogí de hombros para hacerle ver que no era por lo que pensó. Que, en cierto modo, claro que lo era, pero el orgullo de mujer estaba por encima hasta de las buenas lógicas.

—Por supuesto, no esperaba que admitieras otra cosa. —Soltó una risita mientras yo lo miraba, justo cuando estaba a punto de beber un sorbo de café.

—Luego dicen que las mujeres tenemos muchos pajaritos en la cabeza, pero vosotros veis hasta dinosaurios. —Volteé los ojos, me bebí el café y le di un beso—. Me piro, vampiro.

—Cuidado con Drácula...

—Cualquier día me voy a Transilvania a resucitarlo. —Reí con ironía.

Mi padre tenía sus cosas, y en algunas ocasiones chocábamos mucho, pero tenía un sentido del humor bastante irónico que te podía soltar una perla monumental de las que te dejaban sin respuesta, o te hacían contestarle con algo parecido.

Lunes, inicio de una nueva semana, y yo podía con todo... Con todo menos con el frío, madre mía.

El día estaba para ponerse una manta hasta por encima del abrigo. Me metí a toda velocidad en el coche, lo arranqué y, sin perder tiempo, puse la calefacción a tope. No sentía las manos de lo frías que las tenía, por lo que no me atreví a salir hasta que empezaron a recuperar algo de calor. Estaba yo como para irme de expedición a la Antártida, vamos. Me encontrarían hecha un cubito de hielo el primer amanecer.

Conecté mi lista de reproducción y dejé que la música de Camela sonara a todo volumen mientras yo entonaba las letras de sus canciones a pleno pulmón. Era impresionante cómo me gustaba ese grupo que mi madre escuchaba cuando yo era una niña.

Me gustaba todo tipo de música, pero yo era muy gitanilla en ese sentido y este tipo de música me flipaba, como también lo hacían muchos otros géneros. ¿Qué era la vida sin la música?

Como decía Eros Ramazzotti: «*Música es, mirar hacia lo lejos dentro de ti mismo*».

Estaba nerviosa, esa era la verdad y no iba a decir lo contrario. Tenía un revoltijo en el estómago que no se parecía en nada a esas mariposas que la gente suele mencionar. Ni la música que sonaba ni nada de lo que me rodeaba me podía quitar ese cosquilleo que sentía al pensar en lo que podría ser mi nueva vida laboral, especialmente después de que ese hombre, tan atractivo como serio, hiciera ese comentario sobre las bragas. Como decía mi amiga Cora, debería haberle contestado que no llevaba... Reía de pensarlo, pero la verdad es que me dejó completamente sin palabras.

Tenía que hacerme a la idea de que en algún momento vería al jefe y tendría que hablar con él, solo que lo de mirarle a los ojos iba a ser más complicado.

Al entrar en el edificio, fui directa hacia la recepción donde me encontré a Cora que estaba quitándose todas las capas de ropa. Otra que era de lo más friolera en esta época.

—¿Novedades? —pregunté sin poder evitarlo.

—Te ha dejado un ramo de flores detrás del mostrador.

—¿A mí? —casi grité con los ojos abiertos como platos— ¿Quién? —Y al ver su sonrisilla mal disimulada arqueé la ceja—. ¿Estás bromeando?

—Claro. —Me hizo un guiño y no pude evitar darle una colleja con todas mis ganas.

—No me gastes esas bromas que estoy traumada desde la fiesta y te juro que lo estoy pasando fatal. ¿Cómo se le ocurrió decirme algo así sin conocerme?

—La pregunta es, ¿cómo de cachondo le pusiste para que te dijese eso?

—No, en serio. ¿Os habéis puesto todos de acuerdo para hacerme la mañana imposible? —recordé lo que mi padre había dicho sobre el color de labios— Solo fue un pequeño choque sin querer, Cora, ¿qué hay de provocativo en eso, por el amor de Dios?

»Vamos, a no ser que se ponga cachondo como tú dices por cualquier cosita. No, de verdad, no hice nada raro, solo me estampé contra su pecho y gracias a que no me rompí la nariz y los dientes, porque eso estaba más duro que el hormigón.

—Sigues hablando de su pecho, ¿cierto?

—Pues claro, ¿tú me escuchas cuando te hablo? Hija de la gran fruta —resoplé al ver cómo se reía la muy cabrita—. Deja de reírte de mí.

—Es que es para verte, Julia —sonrió—. Estás nerviosita perdida.

—¿Y tú no lo estarías? Si una chica te suelta eso y luego descubres que es tu jefa, y que vas a verla todos los días a partir de ahora, ¿no estarías nerviosita perdida? —dije sus mismas palabras y empleando ese tonito que le salía a veces.

—Si una tía me hubiera dicho eso, le habría contestado con el mismo descaro y lo mismo hasta pasaba la noche en mi cama. —Se encogió de hombros.

—Eso dices ahora, pero créeme que hay que estar ahí para saber lo que se siente y cómo te quedas.

Me había ido quitando todo y colocándolo en el perchero que tenía en mi lado del mostrador, estaba aún de espaldas cogiendo el móvil del bolso cuando escuché la voz de Cora diciendo eso que más me temía, aunque fuera en clave.

—Ahí viene el plato fuerte —murmuró y al girarme vi a Ezequiel entrando con su rostro de lo más serio y altivo. Contuve la respiración.

—A esta hora ya deberíais estar más activas y enfocadas en lo vuestro. No olvidéis que siempre hay que anticiparse al trabajo del día. Lo que se tiene que hacer mañana ya debería de estar listo para ahora —dijo mientras se dirigía a su despacho, que estaba al fondo en la misma planta.

—Tenemos toda la semana al día, don Ezequiel —le contestó Cora con toda la templanza del mundo y tuve que aguantarme la risa.

Ni se giró, solo le vimos negar y desaparecer por la curva del final del pasillo donde había otro pequeño que daba a su despacho.

—¿Cómo has podido mentirle de esa manera? —Solté una risilla.

—No le he mentido. Tenemos todas las reuniones cuadradas de la semana, pero las llamadas de mañana no las podemos gestionar hasta que lleguen. Y, para colmo, ese tipo ni siquiera tiene idea de lo que hacemos. ¿De verdad crees que se va a preocupar por lo que hacemos nosotras aquí, que somos el último escalafón de la empresa?

—Pues yo no me siento la mierda de la empresa —protesté.

—No he dicho eso, bruta.

—¿Y qué has dicho si no?

—Último escalafón, repite conmigo, somos el último escalafón.

—¿Y entonces qué soy yo? —Escuchamos la voz de Candela, una de las limpiadoras con la que nos llevábamos muy bien y que tenía treinta años, cuatro hijos y su marido la acababa de dejar por otra.

—Tú lo más bonito que parió madre —dije riendo—. ¿Qué tal estás?

—Pues mira, después de que el juez le haya obligado a pagarme doscientos euros de manutención por cada hijo, ya puedo respirar algo mejor. Menos mal que mis padres me han

dado la casa de mis abuelos, de lo contrario me veía metiéndome a puta —resopló—. ¿Cómo voy a vivir pagando una casa y con cuatro nenes que son aspiradoras comiendo? Son mis hijos, pero es que no tienen fondo.

—Fuiste muy atrevida al tener cuatro —le dijo Cora.

—Si pudiera volver atrás, ni siquiera tendría novio, y mucho menos pensaría en tener hijos —dijo muerta de risa, mientras se dirigía hacia el cuarto de la limpieza.

—Eso sí que es un marrón —murmuré pensando que la pobre había tenido muy mala suerte, pero claro, es que tuvo cuatro veces para pensarlo. El amor ciega al más listo, eso decía mi padre.

Ocupamos nuestros puestos y ni cinco minutos llevábamos cuando apareció el jefe más simpático de la sede.

—Buenos días, chicas.

—Buenos días, don Tomás —saludamos al unísono.

—Cuando me recibís así, hablando al mismo tiempo, me siento como un profesor de colegio.

—Uno muy simpático y guapetón, por cierto —dije con una sonrisilla.

—Cómo se nota que tienes buen gusto, Julia —contestó con un guiño.

—Y como diría mi abuela, que Dios la tenga en su gloria, Modesto baja que sube don Tomás —soltó Cora y nos echamos los tres a reír.

—¿Qué tal la post fiesta? —preguntó.

—Si quiere saber si acabamos con resaca, no, pero todavía me duelen los pies de bailar —le dijo ella.

—Normal, si parecíais Lola Flores y Rocío Jurado con tanto zapateo y taconeo. —Rio—. Pero me alegro de os divirtierais. Por cierto, Julia, bonito color de labios —señaló y noté que me ardían las mejillas.

Se fue al despacho y vi que Cora me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Que te los has pintado de rojo, como cuando salimos.

—¿Y? No es la primera vez que los traigo así al trabajo —resoplé.

—Es curioso, solo eso. —Se encogió de hombros.

—Sabes que me gusta este color, y que es resistente a todo, me aguanta el día entero y sin retoques —contesté volviendo a mirar la pantalla de mi ordenador para repasar algunas de las citas.

—Claro, claro, y yo estoy a un pasito de entrar en un convento.

—¿Tú en un convento? —La miré con las cejas elevadas—. Que Dios las pille confesadas a esas pobres monjas, porque las ibas a hacer pecar hasta la saciedad, que te conozco.

—Puede ser —dijo con una risilla.

Nos dedicamos toda la mañana a trabajar a pesar de que, de nuevo hoy, don Ezequiel como ya lo había bautizado Cora, no había vuelto a dar señales de vida, era obvio que había estado encerrado en su despacho intentando ponerse al día de todo. Al menos, eso pensaba yo.

Era la hora de la salida y yo seguía en el mismo estado de sorpresa en el que había llegado. Solo que tuve que hacer de tripas corazón y centrarme lo más que pude en la responsabilidad de atender a los clientes que pedían cita o simplemente nos llamaban para recordarnos algo que les urgía.

—¿Nos vamos a comer al mexicano?

—Pues la verdad es que me apetece —afirmé con la cara.

—No hay más nada que hablar.

Capítulo 7



Cora me siguió hasta mi calle para dejar mi coche estacionado por allí y luego irnos en el suyo hacia el restaurante mexicano que estaba un poco más lejos. Aunque estaba algo apartado, era nuestro sitio favorito y no cerraba al mediodía, así que no tendríamos problemas para comer. Aproveché el trayecto para avisar a mi padre que no iba a comer en casa.

—Vale hija, ni te preocupes, que las lentejas mañana estarán igual de buenas —contestó y sonreí al escucharle.

Me metí en el coche sentándome a su lado. Salió de mi calle mientras me iba abrochando el cinturón, que mi niña la paciencia no la conocía.

—¿Mejor? —preguntó mientras conducía.

—Sí, por Dios, todo lo que sea estar a unos kilómetros de ese hombre me genera mucha tranquilidad.

—Te faltó decirle lo de las bragas para habértelo cargado tú a él —soltó quedándose tan tranquila ella, había que joderse.

—¿Crees que hay fémina que se cargue a semejante hombre? No he visto otro igual, te lo juro.

—¿Te imaginas que follando tenga ese mismo carácter?

—Sí, no lo dudo. —Se me escapó una risilla—. Creo que nunca nada me dejó tan impactada.

—Te has enamorado —dijo y sin que le temblara la voz, qué valor.

—No, eso no, pero que me despierta más curiosidad de lo normal y que me parece jodidamente sexi, no te lo voy a negar.

—Ni yo, que soy lesbiana y también me pone. —Se reía.

—Tú mira hacia adelante que quiero llegar viva a la comida. Ya luego me da igual, pero esos nachos con guacamole, queso... —Se me hacía la boca agua de solo pensarlo—. Y a ver qué

quiere mi padre ahora si ya me ha dicho que no pasaba nada por no ir a comer —dije antes de descolgar—. Papá, dime, ¿pasó algo? —Me había preocupado la llamada puesto que como quien dice, acabábamos de hablar.

—¿A tu madre no le da vidilla ese hombre? —soltó y me quedé a cuadros, literalmente.

—¿Qué pasa ahora, papá? —resoplé, pero en el fondo sabía por dónde iban a ir los tiros.

—Tu hermana, que dice ahora que...

—¡¡¡Papá!!! —le corté en seco— Dejadme hoy en paz. —Colgué.

Es que lo sabía, no iba a ser por otra causa, no, no se había incendiado la cocina por tener las lentejas en el fuego, no se había roto una tubería de agua de la cocina y tampoco había sufrido una caída, no, él llamaba para hablar de su tema estrella de conversación.

Solo por esto me iba a plantear muy en serio lo de querer casarme alguna vez y tener hijos, porque vaya tela si me salía un ex como mi padre o unos hijos como mi hermana.

Que sí, que era nuestra madre, pero le dije que no se dejara ningunear tanto por ella, que lo único que quería era que a mi padre le diera de lado como si fuera un apestado, y eso, por mucho que me jodiera porque me comía la cabeza con sus quejas, me dolía por él.

—¿Por qué le hablas así a tu padre? —me preguntó cuando di mi último resoplido de crispación guardando el móvil en el bolso.

—Mira hacia adelante, haz el favor, que ahora mismo hasta ansiedad tengo.

—No, en serio. ¿Qué te ha dicho tu padre para que le hables así?

—Siempre está con el mismo rollo sobre mi madre y mi hermana. La verdad es que ya estoy un poco harta de que sea siempre lo mismo, día tras día, desde hace años. Ayer fui a ver a mi hermana para hablar con ella precisamente de esto, y se ve que me ignora, genial. Y que yo hoy estoy agobiada, joder.

—Don Ezequiel llegó a España pisando fuerte —dijo como si fuera un titular, mientras yo apoyaba mi codo en la ventanilla y la frente en la mano—. No te había visto nunca así, Julia, no deberías permitir que lo que te dijo te afecte tanto y siga haciéndolo. Y te lo digo en serio, no en plan broma, que te conozco.

—No es solo eso que dijo, es su presencia, todo su ser. ¿Cómo puede ser aparentemente tan perfecto? —suspiré.

—¿Aparentemente tan perfecto? —preguntó con incredulidad— ¿Te estás escuchando? Que sí, que está para que te moje las bragas con solo una mirada, pero su seriedad es parte de su apariencia y no es precisamente perfecta, Julia. En mi vida he visto un hombre tan serio, de verdad te lo digo.

—Sí lo es, eso lo hace ser más misterioso, imponente y...

—Arrogante, arrogante. —Terminó ella la frase si dejarme oportunidad de decir algo—. Lo dicho, te has quedado más pillada con ese tío que mi primo con las drogas, y las dos cosas hacen mucho daño. He visto personas con depresiones por culpa del amor.

—Cora, en serio, ¿tú te escuchas? Haces unas comparaciones que no tienen sentido.

—Deja de resoplar que sabes que tengo razón. Te has quedado pillada y lo peor de todo es que él lo sabe y va a jugar con eso.

—Tú no me estás hablando en serio, ¿verdad?

—Voy a pensar que eres más inocente de lo que creía —suspiró al mismo tiempo que negaba, pero es que no podía decir eso de verdad.

—Pero ¿por qué él va a querer jugar con nada si yo le debo de interesar menos que una piedra? Vamos, que ni me debió ver bien la otra noche —mentí, porque estaba segura de que el jefe me había dado un repaso de arriba abajo y de abajo arriba detenidamente.

—Un hombre no le suelta eso a cualquiera —contestó, y por un momento me quedé pensando en que aquello fuera cierto, pero como a mí no me lo había dicho nunca nadie antes de él, pues no sabía.

»Él se tropezó, te echó una visual, lo pusiste cachondo con tu acusación y te quiso doblegar. Y ahí lo tienes, así es como estás. —Echó el freno de mano y me miró sonriendo—. Nerviosita y con las hormonas revolucionadas, además de las bragas mojadas.

—Estás como una verdadera cabra. —Me bajé del coche y me encendí un cigarrillo para fumarlo antes de entrar en el salón del restaurante.

Estaba claro que tenía razón, algo enganchada estaba, pero de ahí a que se montase la película de que iba a jugar conmigo aprovechando eso que decía de que estaba doblegada, una mierda para los dos. Me faltaban muchos Ezequiel para que llegase a ese punto. Me había seducido por completo, eso no lo negaba, pero, si lo tenía que poner firme porque se pusiera tonto, no me iba a cortar un pelo. Y qué si él era el dueño de la empresa en la que yo trabajaba; yo lo era de mi vida y eso no había dinero que lo pagase en el mundo.

El hombre impresionaba, eso nadie lo iba a negar, y llamaba la atención con ese porte y ese aire misterioso que tenía. Durante la fiesta me di cuenta de que muchas de las compañeras le miraban, algunas con disimulo y otras no tanto, incluso sonreían, pero él ni se inmutaba, era como si todo a su alrededor le importara poco.

Y luego estaban los corrillos en los que le miraban, murmuraban y reían con picardía. Ya le conocían y estaba claro que les parecía un hombre atractivo, y alguna sí que se lo comía con los ojos, como yo me desayunaba un chocolate con churros.

Era guapo y atractivo, no había duda, y que él era más que consciente de ello tampoco, pero

con esa seriedad lo único que hacía era mostrar aún más todo ese misterio que lo envolvía y que lo hacía tan interesante.

¿Y por qué seguía yo pensando en él? ¿Por qué mi cabeza volvía constantemente hacia ese momento en el que escuché su voz en mi oído y el tono con el habló?

Tenía que dejar de pensar en ese hombre, en serio.

Nos acomodaron en una mesa y ella se encargó de pedir la comida, ya que sabía lo que queríamos las dos.

—Alegra esa cara hija que parece que te han dado una mala noticia —dijo cuando nos quedamos solas de nuevo.

—Cora, estoy súper agobiada, no te lo imaginas. Y hoy, de la manera que entró tan exigente como si fuésemos dos floreros que no hacemos nada...

—Para eso estuve yo —se señaló con el dedo—, para contestarle en condiciones. Jamás te voy a perdonar que no le dijeras lo de las bragas. —Frunció los labios y arqueó la ceja mientras negaba, y nos echamos a reír.

Si algo estaba claro, es que lo de las bragas iba a dar para mucho.

Mientras comíamos hablamos de pasar por la tienda donde trabajaba Triana, queríamos echar un vistazo a las nuevas prendas que había recibido, y ya de paso comprar alguna.

El móvil de Cora empezó a sonar y se disculpó para ir a hablar a un lugar un poco más tranquilo, y ahí me quedé yo sola mirando por la ventana y con los ojos del jefe en mi mente.

Había que joderse lo que me estaba afectando a mí ese hombre, que jamás me vi en otra como esta. Seguí comiendo y poco después regresó Cora con el rostro un poquito raro.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Era la madre de una exnovia que tuve, al parecer lleva unos días sin saber de ella y quería ver si yo había hablado con ella.

—¿Y lo has hecho?

—No, no hablo con ella desde hace un año, no sé por qué su madre pensó en mí, la verdad.

—¿Y es normal en ella no dar señales? —Curioseé.

—Más normal de lo que la madre imagina, pero, en fin. Cuando salía con ella, le daban puntos de locura y se escapaba una semana a una casa de meditación, desconectando de todo, sin móvil ni nada, y luego regresaba diciendo que estaba de lo más zen.

»Yo le decía a su madre que estaba todo bien. Ya le he dicho que seguro ha sido algo así, porque una vez se lo acabé contando, y se ha quedado un poquito más tranquila, pero solo un

poquito. Ya sabes que las madres se preocupan enseguida.

—Menos la mía, al menos conmigo. —Me encogí de hombros y se echó a reír.

—Voy a mandarle un mensaje, al menos para decirle que haga el favor de llamar a su madre —suspiró.

—¿Aún tienes su número? Creí que borrabas todo rastro de tus ex.

—Me lo ha dado su madre, para que pruebe yo porque como a ella no le coge el teléfono.

Estuvo escribiendo el mensaje y cuando acabó seguimos comiendo mientras no le quitaba ojo al móvil esperando una respuesta. Y como esta no llegaba marcó el número para llamarla.

Consiguió hablar con ella y le dijo que llamara a su madre antes de que le diera un ataque de ansiedad, y le aconsejó no marcharse, así como si nada, dejando a su madre con el corazón en un puño.

Después de comer, tomamos café y me llevó a casa, dejamos lo de visitar a Triana para el día siguiente, pues pensé que mejor podíamos comer con ella y después acompañarla a la tienda, donde ella trabajaría y nosotras compraríamos.

Capítulo 8



«Hoy va a ser un gran día...»

¿No os lo habéis dicho a vosotros mismos cuando más lo necesitabais? Pues yo era de las que cogían el aire, lo soltaba y me animaba, aunque supiera que a los cinco minutos se me iba a olvidar y estaría de nuevo con esa crisis existencial preguntándome por qué me dijo eso.

Ese día me puse un vestido de lana *beige*, entallado y calentito, con mis tacones y el abrigo negro, me dejé el pelo bien liso y me puse un maquillaje natural, más que nada para que no se me viera la cara de haber dormido poco, porque cierto jefe se había paseado por mis pensamientos toda la noche.

—Hija, esos labios —dijo nada más verme y frunció el ceño.

—¿Qué les pasa? Hoy no me los he pintado.

—Por eso —sonrió y extendió su mano dándome el café.

—¿Debo pintármelos? —pregunté con curiosidad, porque no esperaba que mi padre fuera a estar tan atento a mi apariencia para ir al trabajo.

—Claro, te da más luz a la cara y se te ve más segura —respondió de ese modo que dejaba claro que, como mi padre que era, en muchos aspectos me conocía como nadie.

—Vuelvo corriendo.

Frente al espejo, me apliqué el labial y, sí, mi rostro se veía mucho más radiante y favorecido. No pude evitar sonreír al mirarme y, con mi café en la mano, regresé hasta donde estaba mi padre.

—Ahora, sí.

—Hoy no me puedes decir que es por nada en especial más que porque tú me lo has insinuado —le advertí con el dedo levantado y di un sorbo al café.

—Lo estabas deseando, pero no lo hiciste para que no te volviera a decir...

—Vale ya, papá. —Me reí—. ¿Tienes una bolita mágica escondida? Porque ya podías adivinar el número de una lotería y que me pudiera independizar. —Le tiré de la lengua, porque a él le gustaba tenerme en su casa.

—Estás reconociendo que...

—Nada, que nada —lo corté rápido.

—Ayer me cortaste la llamada, hoy me interrumpes la conversación. ¿Te eduqué para eso? —Se rio.

—No, pero es que estás de un pesadito. —Solté el aire y le di un abrazo—. Te quiero, papá.

—Y yo, hija. —Me acarició la mejilla.

Al menos había evitado una nueva conversación en la que mi madre y mi hermana fueran el centro de esta, porque estaba saturada de ellas y esa situación en la que le ponían no solo a él, sino también a mí.

Y como el día anterior no estaba en casa cuando llegué y no vino a cenar, pues no me dijo nada de lo que fuera que mi hermana le había dicho.

Me subí en el coche y de nuevo con Camela a todo volumen me dirigí hacia las oficinas, con ese mantra en mi cabeza, con ese pensamiento positivo de que hoy, iba a ser un gran día.

Cora ya estaba en su puesto cuando entré en el edificio, y por su cara intuí que algo no iba bien.

—¿Qué te pasa? —pregunté quitándome el abrigo.

—Mira...

Asomé la cabeza por dentro del mostrador y vi dos medallas. No entendía nada. Cogí una y leí lo que ponía: «*A las Marys de la empresa*».

—¿Quién nos ha llamado «Marys»? —pregunté alucinando.

—¿Quién nos retó ayer y hoy ha llegado antes? De todas maneras, vino por mensajería a nuestro nombre.

No me lo podía creer, ¿de verdad se había atrevido a tanto?

—¿Está aquí? —pregunté mirando hacia el pasillo.

—Sí, ya que Tomás ha ido a su despacho directo cuando ha llegado.

—Se va a cagar, te lo juro que se va a cagar. —Me dirigí por el pasillo al despacho de Ezequiel y ella vino detrás.

La puerta del despacho estaba abierta y los dos nos miraron. No pedí permiso para entrar ni pensaba hacerlo. Desde la puerta miré a Ezequiel y me dirigí a él.

—Eres un arrogante que se cree que nos puede señalar con el dedo y mandarnos esa mierda para hacernos sentir que no estamos haciendo nada. ¡Te la puedes meter por el culo! —Le señalé con el dedo—. Quiero aclararte que no ibas a hacer que mojara las bragas porque simplemente no las llevaba puestas. —Arqueó la ceja.

—Muy bien dicho. —Aplaudió Cora.

—Si os referís a las medallas, os las he enviado yo por haceros la broma, ya que siempre me las gastáis vosotras —dijo Tomás haciéndonos un gesto de que no la liásemos más.

Y ese fue mi momento «tierra trágame» más grande de toda mi vida, porque no sabía ni dónde meterme.

—Ya nos íbamos —dijo Cora señalando hacia atrás y cogiéndome del brazo. Ezequiel ni gesticulaba, miraba fijamente y no hacía ni el más mínimo gesto. El cabrón sabía mantenerse en su sitio.

Me fui directa a la calle a fumarme un cigarrillo mientras Cora me seguía riéndose a carcajadas por lo que acababa de suceder. Yo, en cambio, no podía hacerlo, porque estaba claro que había metido la pata hasta el fondo de esas arenas movedizas y me iba a hundir en ellas. Dios mío, la que había liado en un momento.

—¿Crees que nos veremos cobrando el subsidio por desempleo? —me preguntó entre risas mientras nos encendíamos el cigarro.

—No lo sé, pero la he cagado mucho. —Solté el aire.

—Lo de las bragas si no lo soltabas, reventabas.

—Deja de reírte, que ahora sí que me siento mal.

—¿Por qué no se ríe ni pestañea? ¿Tendrá bótox?

—Lo que tiene es un ego más grande que el edificio —resoplé—. Ay, Dios, ahora me siento peor por haberle dicho eso. ¡Joder! Me va a poner de patitas en la calle. Lo veo, lo veo.

—Hombre, don Tomás —le saludó Cora y él aguantaba la risa mientras se acercaba y encendía un cigarrillo.

—Joder, no pensé que la broma iba a terminar saliendo por ahí. —Se echó a reír.

—¿Está en riesgo nuestro trabajo? —le preguntó Cora preocupada.

—No, tranquilas, incluso se le escapó una risilla cuando os fuisteis, pero no digáis nada.

—Pero ¿ese hombre se ríe? —Curioseó con ambas cejas elevadas.

—Cuando ve que otros la cagan, sí. —Se echó a reír—. La que has liado, pollita —me dijo sin parar de reír.

—La pollita se ha quedado a gusto, sí —soltó Cora.

—Voy a ir a pedirle disculpas. —Tiré el cigarro dispuesta a regresar a su despacho.

—Llama a la puerta —me sugirió Tomas, y Cora se echó a reír.

—¿Algo que deba saber, Tomás?

—Trátalo con mucho respeto. —Se volvió a echar a reír. Menos mal que ese hombre con nosotras tenía el cielo ganado y, encima, se portaba de lo mejor, que cualquier otro jefe me habría puesto la cara roja como un tomate por entrar así de aquella manera en el despacho de un superior.

Joder, si hasta yo me daría una buena bronca ahora mismo por ese arranque de valentía que me había dado, pero que rápidamente fue sustituido por el terror en estado puro.

Fui hiperventilando hacia su despacho y me paré ante la puerta. Lo pensé unos segundos antes de decidirme a llamar.

—Adelante. —Escuché y abrí asomando un poco la cabeza.

—¿Se puede?

—¿Traes las bragas puestas? —me preguntó con el semblante todo serio y sin un mínimo gesto de nada. ¿Cómo podía mantenerse así?

—No creo que eso sea algo que deba preocuparle ahora. Estoy aquí para pedirle disculpas por mi error y la manera en que le hablé. Intentaré que no se repita.

—¿Intentarás? —Me hizo un gesto con la mano para que entrara, ya que seguía hablándole desde la puerta.

—Lo intentaré y creo que lo conseguiré.

—La vida no se trata de creer, se trata de estar seguro de las cosas antes de hablar.

—¿Y por qué usted me dijo a mí que haría que se me mojasen las bragas?

—Porque lo tengo claro, es más, estoy seguro de que ya las mojaste en algún momento pensando en mí.

—Don Ezequiel... ¡Váyase a la porra! —grité girándome para salir de allí.

—Te han durado poco las disculpas. —Lo escuché decir desde atrás—. Cierre al salir.

—¿Me lo puede pedir por favor?

—Si fuera así, no tendría que pagarte la nómina.

—No, no se vaya a la porra, váyase al carajo —murmuré mirándole y me fui sin cerrar la puerta.

Un témpano de hielo era ese hombre, frío y sin inmutarse lo más mínimo, y esa seriedad, por Dios, si parecía una estatua mientras me escuchaba y me hablaba.

Llegué a la recepción donde comencé a soltar el aire y mover las manos. Hostias lo que le había dicho, pero me había prometido a mí misma que no iba a dejar que nadie como él me pisoteara, podría tener mucho dinero, pero yo tenía el control de mi vida. ¿O no? Le conté a Cora y a Tomás lo que había sucedido en cuanto salí a la calle, porque necesitaba que me diera un poco de aire en la cara y me refrescara.

—Yo me voy a mi despacho —dijo él riendo y dirigiéndose al ascensor.

—¿En serio le has dicho eso?

—Cora, te lo juro. Seguramente mañana ya no tenga ni que venir a trabajar. Me veo de nuevo echando currículums. —Solté el aire agobiada.

—Si te echan a ti, me voy yo detrás. Ya si eso nos metemos a putas selectivas —murmuró.

—¿Tú a puta con lo que te gustan las mujeres? —Volteé los ojos.

En ese momento, escuchamos el sonido de alguien caminando por el pasillo. Nos quedamos paralizadas.

Era Ezequiel que se paró ante nosotras y mirándonos con esa simpatía que derrochaba, detuvo su mirada en mí.

—¿De qué color son hoy?

—No le contestes, por favor —me dijo espontáneamente Cora casi como una súplica.

—Las llevo blancas. ¿Quiere algún dato más sobre mis bragas? —Le mantuve la vista en todo momento y podía escuchar a Cora hiperventilar.

—Me refiero a los marcadores de los nuevos productos que se cambian cada quincena. —Por

primera vez hizo un gesto, el de voltear los ojos y soltar el aire de desesperación.

—Rojos, son rojos. —Atinó a decir Cora.

—Vale —afirmó con la cabeza y se dirigió hacia la cafetería que estaba justo pegada a la puerta.

—Yo me muero, te juro que me muero —dije mientras dejaba caer la cabeza sobre el mostrador.

—Mira que te lo he dicho, que no contestaras —suspiró.

Pero es que me podía, de verdad, porque en vez de especificar al hacer la pregunta, dejaba que yo dedujera, y con el historial que tenía ese hombre, como para atinar a la primera.

Pasé el día a lo justo, esa era la verdad, y cuando volvió de la cafetería yo me hice la invisible para no llamar la atención, Cora se descojonó de la risa cuando nos quedamos solas porque mi manera de hacerme la invisible fue cubrirme con una carpeta, en fin.

Salimos de trabajar decididas a comer con Triana y luego pasar por la tienda. Le dije a mi padre que congelara las lentejas para otro día, ya que me iba con las chicas. Así que fuimos las dos hacia la zona donde trabajaba nuestra amiga cada una en su coche, que nos conocíamos y de la tienda íbamos a salir de lo más cargadas.

En cuanto nos vio aparecer por la puerta del bar que había junto a la tienda y donde le habíamos dicho que nos esperara, sonrió poniéndose en pie para darnos un abrazo.

—Dichosos los ojos —dijo al volver a sentarse—, que ya creía que no me queráis ni ver.

—Pues aquí estamos, y con novedades. —Rio Cora.

—Algo del jefe nuevo, seguro. —Me miró Triana—. Venga, desembucha. ¿Qué ha pasado?

Por suerte el camarero se acercó a tomarnos nota, pedimos refrescos, una ensalada para compartir y de plato principal yo preferí el pescado al horno porque me apetecía, ellas pidieron carne.

Suspiré y le conté los últimos acontecimientos con el jefe, pues desde el domingo estaba al tanto de la noche de la fiesta, y al igual que había hecho Cora, se empezó a reír a carcajadas por esa cagada monumental que había cometido al entrar en el despacho y soltar sapos y culebras por la boca.

—Tenías que haberla visto —dijo Cora un poco más calmada—. Ha entrado como un tornado, ha soltado todo y se ha quedado más ancha que larga. Ahora que, cuando Tomás ha confesado, se le ha quedado la cara como si hubiera visto un fantasma.

—No te jode, no es para menos —protesté cogiendo una patata—. Que lo he puesto fino y no

había sido él —resoplé.

—No os aburrís en el trabajo ni un poquito. —Rio Triana.

—Ese trabajo al que seguramente no tenga que volver a partir de enero, porque veo yo que me da mañana la carta de despido.

—Qué exagerada eres, Julia. —Triana volteó los ojos—. No te va a despedir, que no has hecho nada tan grave.

—Además, eres la segunda favorita del otro jefe, y sí, yo soy la primera. Sabes que Tomás a las dos nos mira con muy buenos ojos, y no va a dejar que te despida.

—Mañana me daréis la razón —les advertí.

Terminamos de comer, pedimos pastel de chocolate de postre con el café y cuando acabamos nos fuimos las tres a la tienda de Triana.

Ni qué decir tenía que después de tres horas allí, mirando, probando y charlando con ella, Cora y yo salimos con varias bolsas. Pero había conseguido un buen fondo de armario para renovar algunas prendas más viejitas para la temporada de invierno.

Me despedí de ambas y regresé a casa, donde, una vez más, mi padre no estaba. Al final, iba a preguntarle si tenía alguna novia con la que salir.

Capítulo 9



Otra mañana que iba en el coche cantando por Camela porque así me sentía yo, como si fuera la protagonista de muchas de esas letras.

Antes de salir de casa me pilló mi padre y me dijo lo de mi hermana, nada nuevo porque él le había propuesto quedar la tarde anterior, pero ella dijo que iba a la peluquería de mi madre para arreglarse el corte porque otro día mi madre no tenía hueco en la agenda.

Había que joderse el morro que le echaba mi madre a las cosas, cuando siempre nos decía a Nuria y a mí que hacía hueco para sus hijas en cualquier momento. Y él que no cesaba en su empeño de que su primogénita le hiciera caso, seguía ahí pico y pala.

Le envié un mensaje de voz a mi hermana antes de subirme al coche, para pedirle por favor quedara con nuestro padre, y que la mierda de excusa que le había dado para no verlo, alegando que mi madre no tenía otro día libre, era para que ambas se lo hicieran mirar.

No podía más con esto, mi padre me comía la cabeza constantemente y mi madre siempre quedaba por encima.

Esta vez cuando llegué a las oficinas me encontré con Cora en la puerta fumándose un cigarro y aproveché para encenderme uno.

—Buenos días, bombón andante.

—Buenos días, Cora. Me siento como una rata de laboratorio, tía. ¿Este hombre no se coge vacaciones de Navidad anticipadas como los ricachones?

—Se las coge como toda la empresa cuando cerramos el veintiuno y no regresamos hasta el siete.

—Esta noche he tenido una pesadilla con él. No me dejaba marcharme de su despacho hasta que no le entregara mis bragas. —Volteé los ojos.

—Me meo contigo. —Se reía a carcajadas.

Se nos cortó la risa cuando notamos la presencia de Ezequiel que venía hacia nosotras, más que nada porque tenía que pasar por delante para llegar a la puerta.

—Buenos días, don Ezequiel —dijimos al unísono.

—¿Qué pasa, que no pensáis trabajar? —preguntó sin pararse.

—Aún nos faltan diez minutos, y estamos al lado de nuestro puesto —le contesté, pero no a chillidos ni de mala forma. Obviamente ni se despeinó en contestar ni en frenar su paso.

—Este va a por nosotras.

—¿No me digas? —pregunté con ironía y volteando los ojos.

—Debemos tener templanza y no entrar en su juego.

—Pues fácil no nos lo va a poner. ¿Crees que quiere echarnos?

—No, estos no tienen ganas de formar a nadie más, pero creo, que le dio por ti y nos las va a hacer pasar putas.

—Joder, solo le dije que debió de tener cuidado —me referí al encontronazo cuando lo conocí ¿Se supone que encima le tenía que dar las gracias?

—Que le den, le seguiremos el rollo en todo hasta que se aburra. —Nos dirigimos hacia la recepción.

Yo estaba de lo más cabizbaja con esta situación, pero eso no era lo peor, lo que más rabia me daba es que no podía quitármelo de la cabeza.

Mi vida era tranquila y sin complicaciones; me consideraba una mujer sin miedos ni temores y mucho menos que se cortara a la hora de decir algo o dar una respuesta loca o sarcástica. Pero, de repente, llega un tipo que, con solo con una frase y su presencia, pone tu vida patas arriba. Aunque me resista a admitirlo, se ha convertido en el centro de mis pensamientos cada día. ¿Se podía ser más tonta? No lo sé, pero aquí estoy, sintiéndome como una verdadera imbécil, incapaz de ponerle nombre a ese sentimiento, completamente atrapada por él.

Al final Cora iba a tener razón, pero es que no quería que la tuviera, ni siquiera quería plantearme pensar en eso, y mucho menos deseaba que él siguiera en mi mente, pero ahí estaba, volviendo a llevarme a esa noche en la que todo esto empezó.

A veces, me daban ganas de agarrarlo por el cuello y estrangularlo, pero en otras ocasiones, la verdad es que deseaba lanzarme a sus brazos y cambiarlo a besos, pero ¿cómo podría alguien como yo cambiar a un sieso como él?

Suspiré en repetidas ocasiones, mientras intentaba concentrarme en el trabajo para que su presencia no me afectara más de lo que ya lo hacía.

—Don Tomás, qué guapo vienes hoy —le dijo Cora, y él se rio.

—¿Todo bien y sin ningún incidente más? —Curioseó.

—Bueno, digamos que solo un ligero reproche por su parte de que estábamos fuera diez minutos antes de nuestro horario.

—No le deis importancia.

—Yo creo que nos quiere echar —murmuré sin poder comerme mis palabras.

—Eso ahora mismo depende de mí y no tengo intención alguna de desprenderme de mis empleadas favoritas. —Nos hizo un guiño—. Tenedle un poco de paciencia, es muy especial, pero no es mala persona.

—Especial es quedarse corto —dijo Cora.

—¿Peculiar? —sonrió al tiempo que arqueaba la ceja.

—Mejor lo dejamos en rarito de narices —suspiró.

—Hasta que le cojáis el punto, en serio.

—¿Qué es, un solomillo? —dije, y más se rieron— ¿Veis? Si es que me hace desvariar, los nervios me comen, jefe, que me veo en la calle y buscando otro trabajo.

—Y yo, que aquí no me quedo.

—Relajaos, ¿vale? No os voy a despedir. Y ahora, a trabajar, a ver si va a salir y os ve aquí dándole al palique y os da otra bronca —dijo con una sonrisilla antes de irse.

Menos mal que ahora venía el puente y nos pillaba viernes y lunes sin trabajar, menos mal...

Mi móvil sonó y vi que era un mensaje de mi madre. Lo que me faltaba ya para coronar la mañana. La cosa era que como venían esos días de fiesta se le había ocurrido preparar una comida el sábado que decía que se alargaría hasta la noche porque quería estar con sus hijas.

Había que joderse, seguro que mi padre le había dicho a Nuria de quedar el sábado, en otro intento por verla, y mi madre había perdido el culo para hacer una de las suyas y que le diera plantón.

De verdad que todo el tema con mi familia me superaba.

Necesitaba un respiro prolongado para desconectar de esta locura, sin sentir la tensión que nos ocasionaba el simple hecho de estar en la recepción, sabiendo que el gran jefe de la tribu podía aparecer en cualquier momento con alguna de las suyas. Paciencia y calma en el alma, es lo único que necesitaba.

—¿Y qué te parece si nos damos una escapada de chicas el puente? —propuso Cora mientras aún tenía el móvil en la mano y estaba pensando en qué decirle a mi madre.

—Triana tiene también todo el puente libre.

—Pues podríamos irnos a tomar por saco esos días y que nos dé el aire.

—No veo mejor idea que esa. ¿Qué propones? —pregunté al tiempo que le mandaba un mensaje a mi madre diciéndole que ya tenía planes, aunque no se hubieran terminado de maquinar del todo.

—Que os vayáis a mi casa a limpiar —dijo Ezequiel pasando por la recepción para ir a la cafetería. Nos dejó sin habla por unos segundos hasta que lo vimos desaparecer.

—No hizo ruido por el pasillo —dijo ella señalando hacia atrás.

Desde luego había sido sigiloso como un gato el muy cabrito, seguro que ensayaba en su casa para pillarnos a las dos en un renuncio.

—No, hija, no, ese nos quiere joder todos los días de nuestras vidas.

—Mira, paso, de verdad, que lo follen bien y duro para que se le quite esa cara de amargado que lleva. ¿Qué tal te parece si nos preocupamos un poco en desaparecer del viernes al lunes?

—Sí, sí, por favor, a donde sea, pero lejos de Sevilla que, con mi suerte, salimos de fiesta y nos lo encontramos. O a mi madre, ya puestos, que también tiene tela.

—¿Qué te apetece coche o avión?

—Hombre, un vuelo siempre nos lleva más lejos, pero con el coche creo que ahorraremos más.

—Según a dónde vayamos, que la gasolina está como el aceite, de aquí a nada será para ricos.

—Mira lo que quieras, de todas maneras, le voy a poner un mensaje a Triana para que opine.

—Venga, que, de esta, hago un trío con vosotras.

—Claro que sí, lo que me faltaba ya. —Volteé los ojos.

Ni cinco minutos después mientras atendía una llamada me llegó la respuesta de mi amiga.

Triana: *Una gran idea, sí señor. ¿Y si nos vamos a una cabaña en medio de la Sierra de botellón y comilona? Yo solo propongo ja, ja, ja.*

Le enseñé el móvil a Cora y se echó a reír. Lo dejé a un lado por si regresaba Ezequiel de la cafetería, no darle un motivo para que me dijese nada. Que antes me había librado, pero que el

ojo al móvil me lo tenía más que echado.

—Pues sería una buena opción, lo único que hay que ponerse las pilas porque a estas alturas ya debe de estar todo muy reservado. Fiesta de pijamas en un finde largo. ¡Muero de amor! Y con mis dos princesas sexis. ¡Si es que no puedo ser más afortunada!

Se hizo un silencio cuando vimos que entraba Ezequiel e hicimos como que estábamos trabajando. Nos miró de medio lado mientras caminaba y no se escuchaba ni nuestra respiración.

—Joder, ese tío me impone demasiado. —Solté el aire.

—A ti, a mí y a cualquiera. Es un imbécil y cada vez tengo más claro que deberían de catalogarlo así.

Cora se puso a llamar a varias casas de la sierra de Cádiz que nos cogía a poco más de una hora. Al principio parecía que no íbamos a tener suerte, pero al final conseguimos un bungalow precioso tipo cabaña que había libre en un camping. Hicimos la reserva de inmediato.

—El jueves por la tarde tenemos que ir a comprar la bebida y la comida al súper, que el viernes está cerrado todo y de camino solo nos pillarán ventas y poco más.

—En una de esas ventas podríamos comprar el pan de campo a la leña. —Aspiré intentando recordar ese delicioso olor.

—Sí, sí, y embutidos de los buenos. —Se tocó la barriga.

—Ya tengo ganas de irme y salir de este estrés, me duele hasta la cabeza. Ese hombre deja muy mala energía en el cuerpo.

—Bueno, no solo eso. —Carraspeó como diciendo que no era tonta.

—Me deja con muy mal cuerpo.

Se reía porque quería decir otra cosa que yo entendía, pero que no quería gesticular ni mencionar. Esto estaba pudiendo conmigo y me estaba dejando por los suelos.

Una llamada hizo que a Cora le cambiara la cara, y supe por qué en cuanto me dijo que me reclamaba en el despacho.

—¿A mí? —pregunté.

—A ti, a ti.

—¿Y qué quiere?

—Yo qué sé, solo ha dicho, y cito textualmente: *«dígle a su compañera que venga a mi despacho»*.

—Miedo me da, este me despide —suspiré.

—Tomás no lo va a permitir, ya le has oído —sonrió—. Venga, valor y al toro, suerte maestra.

—Hija de... —Me reí, pero fui por el pasillo con las piernas temblando a más no poder.

Di unos golpecitos con los nudillos a la puerta, me dio el paso y asomé la cabeza.

—¿Me llamaba? —pregunté con educación.

—Necesito que le lleve esto a Tomás al despacho. —Me ofreció varias carpetas.

—Perdone, pero no soy secretaria, soy recepcionista.

—Y yo tengo que conectarme en una videollamada en tres, no, ahora ya en dos minutos, y Tomás está esperando esto. —Movié las carpetas en el aire ante mí.

Pensé en no cogerlas y mandarle a la mierda, pero me lo pensé mejor porque no quería más líos. Cogí las carpetas y giré para ir hacia la puerta.

—Cierre al salir.

—Levántese y cierre usted —murmuré, pero acabé cerrando.

Subí al despacho de Tomás que se quedó con los ojos abiertos al verme, le dije que estaba ahí por su amigo y socio, y se echó a reír.

—¿Y por qué te ríes? —Fruncí el ceño.

—Por nada, por nada.

—Por algo sería, digo yo, ¿o tengo cara de payasa?

—No, preciosa, tienes una cara de lo más bonita, pero es que Ezequiel me está sorprendiendo hasta a mí.

—Pues por algo lo dirás, ¿me incumbe?

—Vuelve a la recepción, anda, que tengo bastante trabajo con esto para toda la mañana.

Me fui, pero con la cabeza dando vueltas al asunto. En cuanto me senté en mi puesto y se lo comenté a Cora, la muy cabrita también se echó a reír.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso? Que Tomás también se ha reído.

—Cariño, que me parece a mí, y a Tomás también, que Ezequiel el serio te quería mirar el

culo. Porque no veas ese vestidito cómo te marca culo, hija mía. Que dan ganas de darle unas nalgaditas.

—Vamos, no me fastidies que me estás diciendo esto en serio. ¿Qué me ha llamado para verme el culo? —casi grité.

—Porque le tienes monísimo.

—Lo que me faltaba ya. —Volteé los ojos—. A partir del martes vengo al trabajo con pantalones anchos.

—No, mujer, ponte un saco de patatas mejor, atado con una cuerda a la cintura, que eso no es sexi. —Rio.

—Vete al carajo.

Cuando llegó la hora de irse, apareció antes Ezequiel, pasando frente a nosotras como el que pasa ante dos jarrones. No se despidió ni nos miró, pero al menos no nos provocó con lo que iban siendo sus habituales insinuaciones.

Capítulo 10



Me levanté dispuesta a disfrutar de esos días festivos hasta el último segundo, sobre todo, porque no tendría que ver a cierto jefe que me intimidaba.

Desayuné sola porque mi padre había salido temprano, por lo que aproveché para dar un repaso de limpieza a la casa y preparar unos filetes con pimientos para el almuerzo. Recibí un mensaje de él diciéndome que iba a quedarse de tapas con sus amigos, lo que me hizo sonreír, así que guardé lo que sobró para pudiera cenarlo más tarde. Después de tomarme el café, decidí echarme un rato en la cama para descansar.

Salí de la habitación y vi a mi padre en la cocina tomándose un café con el móvil en la mano.

—Hola, papá. —Le di un beso en la mejilla.

—Hola, hija.

—Me tomo un café rápido y me marchó, ya que las chicas y yo hemos alquilado una cabañita en mitad del bosque para disfrutar estos días. Ahora he quedado ellas para hacer la compra, de modo que mañana por la mañana podemos salir directamente hacia allí.

—A merced de los lobos, di que sí. —Rio.

—Más lobo que uno que yo conozco, no creo que vea.

—¿Y a qué lobo conoces tú?

—Al de Caperucita, papá, al de Caperucita. —Me encogí de hombros—. ¿Qué te pasa, que miras el móvil como si esperaras un mensaje de tu novia?

—Hija, yo no tengo de eso —sonrió negando—. Estoy esperando a ver si tu hermana me dice que sí, aunque sea una vez.

—¿Otra vez con eso, papá? Mira, yo te quiero mucho, pero es que... —suspiré— Ya sabes cómo es mamá, lo insistente que se pone. ¿Le propusiste a Nuria hacer algo el sábado?

—Sí, tomar café, aunque fuera aquí en casa después de comer.

—Y por eso mamá dijo que hacía una comida en su casa el sábado y se prolongaría hasta la noche —resoplé—. En algún momento mi hermana reaccionará y dejará plantada a mamá, o eso espero.

—Yo os quiero mucho a las dos —dijo como si alguna vez yo le hubiera dicho algo sobre eso —, pero a ti te tengo aquí, te veo más, y a ella...

—Vale, papá, no hace falta que me digas nada —le corté, porque yo me había levantado bien, y no quería que me fastidiaran el día.

—Entonces, ¿te vas de puente con las chicas? —preguntó cambiando de tema.

—Eso es —sonreí—. Voy a terminar de preparar la maleta.

—¿Maleta? Que os vais cuatro días. —Rio.

—¿Y? Mira, entre pijamas, pantalones, camisetas, jerséis, botas, ropa interior y cosas de aseo, necesitamos una maleta. Eso sin contar con las bolsas de la compra que haremos luego.

—Qué peligro tenéis las tres.

—Y tú hazme un favor —le pedí mientras terminaba de comerme la tostada—, sal estos días, no te quedes aquí encerrado esperando a mi hermana.

—Descuida, que los amigos con los que he salido estos días ya me han organizado varias cosas.

—Oye, y digo yo, ¿por qué no haces lo mismo que yo algunos domingos?

—¿Quedarme en la habitación viendo Netflix? —Arqueó la ceja.

—No. —Reí—. Presentarte en casa de Nuria por sorpresa a comer, llevas unos pasteles para el café y listo.

—Pues igual voy mañana, que no estás, y como el sábado come con tu madre.

—Ve, que así no habrá motivos para que te plante. Y hazlo a menudo, en plan sorpresa.

—Lo malo es que cuando se lo diga Nuria a tu madre, esa se presenta por sorpresa en su casa todos los días.

—A lo mejor eso es lo que necesita mi hermana, que mamá la canse tanto como para decirle que la deje tranquila. —Le di un beso en la mejilla—. Me voy a preparar.

Terminé de guardar todo en la maleta y me di una ducha rápida. Después, me puse unos

vaqueros pitillo cómodos, un suéter gordito, las botas y el abrigo, y ya estaba lista para salir.

En cuanto puse un pie en la calle vi a Triana aparecer con el coche, sonreí y me subí.

—Hola, cariño. —Me dio un abrazo.

—Cora nos espera en el súper, acaba de enviarme un mensaje diciendo que ha cogido dos carros.

—¿Dos? —preguntó— Ni que nos fuéramos de travesía por el Amazonas, vamos.

—Calla, que para eso capaz sería de coger cuatro carros de la compra. —Reí.

Mientras íbamos de camino, me comentó que ya tenía todo preparado y que estaba deseando salir para desconectar un poco durante estos días, ya que realmente lo necesitaba. Al parecer, el Bloqueado se presentó en la tienda la tarde anterior para ver si podían verse estos días.

—Me atreví a mentirle, y le dije que me iba con otro estos días de puente a su casa.

—No me jodas, ¿en serio? —Abrí los ojos.

—Y lo que sudé para que no me pillara la mentira. —Rio.

—¿Qué dijo?

—Que no se esperaba que le hiciera eso. En fin. —Se encogió de hombros—. Yo no quiero ser segundo plato de nadie, quiero ser menú completo.

—Claro que sí —sonreí.

Llegamos al súper y vimos a Cora con los dos carros, aunque más que verla intuimos que estaba debajo del abrigo, el gorro y la bufanda.

—Un minuto más, y me quedo aquí como una estatua —dijo cuando cogí uno de los carros.

—¿Y por qué no has esperado dentro, *miarma*? —preguntó Triana.

—Eso digo yo, pero me he entretenido con el móvil mirando la lista de la compra.

—¿Has hecho lista? Deja que la vea. —Le cogí el móvil—. ¿A esto le llamas lista de la compra?

—Verás lo que ha puesto. —Rio Triana.

—Lo que no ha puesto, dirás, porque aquí no hay más que botellas de bebida.

—Hombre, es que no quiero que se me olvide nada, de nada. Ni la cerveza, ni el vino, ni la

ginebra.

—¿Has apuntado la tónica? —preguntó Triana.

—Sí, está apuntada.

Recorrimos los pasillos del súper y llenamos los carros con jamón, queso, patés, aceite en monodosis, carne, chuches, chocolatinas, bollos y, cómo no, las bebidas. Mientras tanto, Triana le contaba a Cora todo lo que había pasado con David, «el bloqueado».

Decidimos que el pan lo compraríamos al día siguiente cuando llegáramos a alguna de las ventas.

Llenamos los dos carros casi hasta arriba, pero es que Cora decía que era mejor que nos sobrase alcohol, a que nos quedásemos cortas. De verdad que era para tener paciencia con ella.

—Ahora explicadme dónde lo metemos —dije cuando estábamos en el coche de Triana con los dos carros llenos.

—Pues nos repartimos. Yo me llevo la bebida y lo dejo todo en casa, así tal cual, en las bolsas, para que cuando me recojáis no tengamos más que meterlas en el coche. Y me quedo las chuches y las chocolatinas —contestó Cora.

—Tú te llevas la carne y los embutidos, Julia, que como te recogemos la última, todo estará más tiempo en frío —me dijo Triana.

—Vale, y tú el resto.

—Sí, que como solo son un par de bolsas, es fácil llevarlo de casa al coche.

—Pues venga, al lío señoras. —Cora dio una palmada.

—¿Señora? —Triana abrió los ojos mirándola con la mano en el pecho—. ¿Has tenido los santos ovarios de llamarme, señora?

—Disculpe usted, señorita.

—Qué colleja tienes, Corita, qué colleja —resopló.

—En estos días no me dirás eso, Trianita —le contestó con el mismo tono de retintín—. Me dirás, «qué *polvazo* tienes, Cora, ¡qué *polvazo*!».

—Ahora ya me cuadra tanta botella de alcohol, que esta nos quiere emborrachar, Julia.

—Nos vamos a emborrachar las tres —dijo Cora—. Esta porque sigue tocada por lo del jefe, tú porque el Bloqueado ha vuelto a la carga, y yo porque me uno a la causa.

—No mientas, que tú no bebes por solidarizarte con nosotras, sino porque te da la gana. —
Reí.

—Eso también. —Me señaló—. ¿Os apuntáis a unas tapas y una cervecita?

—Pues mira sí, que así ya voy cenada a casa y cuando llegue, me meto en la cama —dije.

—No se diga más, vamos a ver a Manuela. —Rio Triana.

Cogimos los coches y fuimos hasta la taberna de Manuela donde nos pedimos una cerveza, que sería la única que tomásemos, y unas tapas para la cena.

Estábamos charlando tranquilamente cuando a Triana le cambió la cara.

—¿Qué pasa?

—David —murmuró, y no tardamos en verle llegar hasta nuestra mesa.

—Pensaba que habías dicho que te ibas a pasar estos días con otro —le dijo.

—Y me voy, y me voy, pero desde mañana. ¿O es que creías que era hoy?

—Podrías haber quedado entonces conmigo para cenar hoy.

—Ya, pero ¿sabes qué pasa? Que, igual que mientras que estaba contigo, solo estaba contigo, mientras estoy con otro, solo estoy con él. No me voy liando con dos a la vez, qué quieres que te diga.

—Vas a volver a buscarme, ya verás.

—Claro que sí, en tus sueños.

—Lo harás, y puede que entonces sea demasiado tarde.

—¿Qué es lo que no te ha quedado claro de que no quiere saber nada de ti, chiquillo? Porque mira que eres pesado —le dijo Cora.

—No estoy hablando contigo.

—Ya, pero es que estoy con ella, la estás molestando y de paso, a nosotras, que queríamos tomarnos una cerveza de lo más tranquilas, hasta que has llegado a dar por culo.

—Acuérdate de lo que te he dicho, Triana.

—Nada, que no se va —resoplé mientras le miraba, y al final se acabó marchando.

—¿Se creará en serio que no hay más hombres en el mundo, aparte de él? —dijo Cora.

—Yo lo que tengo claro es que con él no vuelvo, y si alguna vez lo intento, escuchadme bien —nos pidió Triana mirándonos a las dos—, me dais una colleja para que espabile.

—Mejor te atamos a la cama en plan niña del Exorcista y así nos aseguramos de que no vas en su busca.

—Joder, Cora, qué bruta eres. —Reí.

—¿Qué? Es el mejor remedio. —Se encogió de hombros.

—Es que, a este paso, o me meto a monja, o me busco novia, porque con los hombres estoy de lo más desencantada.

—Ejem, ejem. —Carraspeó Cora—. Si haces lo segundo, me ofrezco voluntaria. Aunque sea para unos encuentros rápidos como los que tenías con él.

—No sé si lo de ir a la cabaña con ella ha sido buena idea, Julia —dijo volteando los ojos, y nos echamos las tres a reír.

Después de cenar, quedamos en que Triana recogería primero a Cora y después a mí, llevándome de regreso a casa.

Mi padre estaba viendo una película así que le dejé tranquilo, guardé la carne y los embutidos que había traído en la nevera, y me fui a la cama.

Capítulo 11



Habíamos tenido un viaje de lo más tranquilo, sin mucho tráfico y cantando por Shakira, Malú, Romeo Santos y todo el repertorio que tenía Triana en su lista de favoritos en el móvil.

Cuando llegamos a Cádiz, encontramos una venta y cogimos ese pan de leña que tanto me gustaba. Decidimos comprar varios para no tener que regresar al día siguiente en busca de más.

Fuimos con el GPS hasta el camping donde teníamos hecha la reserva, y una vez allí nos dieron la llave de nuestra cabaña tipo bungaló. Aparcamos justo al lado de esta y bajamos la compra lo primero.

—Me acabo de enamorar —dijo Triana cuando entramos.

La verdad es que la cabaña era una cucada total. Todo el interior era en madera, desde las paredes hasta los muebles.

En el salón había una chimenea que ya estaba encendida y se notaba el calor en toda la estancia.

Contaba con dos sofás de tres plazas, esos que la chica nos dijo que se abrían y podían convertirse en cama. En el centro había una mesa de café y justo en frente, el mueble con la televisión.

A un lado, junto a la ventana que daba al lugar donde habíamos dejado el coche aparcado, se encontraba una mesa con cuatro sillas.

La cocina estaba unida al salón y toda esa zona era como de cuento. El contraste de los muebles de madera con los electrodomésticos modernos era perfecto.

Dejamos las bolsas con la compra en la cocina y fuimos a buscar las maletas, una vez de vuelta en la cabaña, seguimos por el pasillo que llevaba a las habitaciones, que eran tres en total, cada una equipada con una cama de matrimonio.

Todas estaban igual decoradas, con muebles de color blanco y ropa de cama en tonos suaves. Además, contaban con un armario con dos puertas y dos cajones, mientras que el cuarto de baño

era compartido para las tres.

—Me encanta este olor a leña de la chimenea —dijo Triana—. Yo me quedaría a vivir en un sitio así.

—A mí me ha gustado por la zona de árboles que rodea el camping, la verdad es que ha sido un acierto venir estos días —comentó Cora.

—Venga, vamos a dejar las cosas en la habitación y a guardar la compra, después preparamos la comida. —Di una palmada y cada una entró en la habitación que ocuparía.

Dejé el abrigo sobre la silla que había junto a la ventana, y tras guardar la ropa en el armario, me dirigí a la cocina con la intención de colocar todo en su lugar.

Las chicas se unieron a mí poco después y en un santiamén teníamos todo listo.

Cora, que era muy espabilada ella, había traído una botella de vino fría de su casa, la cual llevaba en una de esas bolsas térmicas que se utilizan para mantener los alimentos frescos del supermercado.

—De toda la vida, se ha cocinado mejor con una copita de vino —dijo mientras las servía.

—La madre que te parió. —Reí.

—En casa está muy tranquila ella.

—Bueno, ¿qué os apetece comer, preciosas? —preguntó Triana.

—¿Qué os parece si hacemos algo de la carne jugosita que hemos comprado en la barbacoa que hay en el porche? —sugirió Cora.

—Por mí perfecto, pero más vale que salgamos con los abrigos.

El porche estaba en la parte trasera y se accedía desde el salón. No era muy grande, pero contaba con una mesa y varias sillas donde en verano se tenía que estar de lujo.

Mientras Cora preparaba la barbacoa, Triana y yo nos encargamos de la carne, y cuando estuvo lista, la fuimos haciendo al fuego con esa leña que le daría un sabor buenísimo.

Entré en la cocina para preparar una ensalada y las escuchaba reír, cosa que me contagiaban porque sabía de lo que estaban hablando. Sin embargo, mi mente se desvió una vez más hacia quien no debía, y aunque intentaba con todas mis fuerzas no pensar en él y dejarlo atrás, era evidente que eso era una batalla perdida.

—Eso huele que alimenta —dije sacando unas olivas y unas patatas chips para picar.

—Mira qué bien nos cuida —sonrió Triana.

—A vosotras, siempre.

Llenamos las copas de vino y disfrutamos de aquel aperitivo mientras terminaba de hacerse la carne, esa que quedó espectacular.

Regresamos al salón, pusimos todo sobre la mesa, y nos sentamos para disfrutar de la comida, la bebida y la conversación.

Las chicas propusieron después abrir los sofás y acomodarnos en ellos con las mantas para tomarnos el café viendo alguna película al calor de la chimenea, y fue lo que hicimos.

Hasta que me quedé dormida.

Cuando me desperté, sin saber el tiempo que había pasado, vi que ellas estaban cada una apoyada en un cojín, arropadas con la manta y dormidas.

Fui a prepararme un café y me quedé mirando por la ventana mientras se hacía, observando a una pareja con un niño de unos tres años que corría delante de ellos. No pude evitar sonreír cuando el pequeño se inclinó hacia adelante y puso las manos en el suelo para no caerse.

Mi móvil sonó con un mensaje y decidí cogerlo para irme a la habitación y así no despertar a las chicas. Era mi hermana contándome que mi padre había ido a comer a su casa con ella porque se presentó por sorpresa. Me alegré de que me hubiera hecho caso.

Tras unos minutos hablando con Nuria y diciéndole que sí que estaba fuera con las chicas, regresé al salón y vi que ya estaban las dos despiertas.

—Nos hemos dormido con la ropa puesta, qué valor el nuestro —resopló Cora.

—Es que ha sido llegar, ponernos a hacer cosas, y ni tiempo nos ha dado a cambiarnos. —Reí.

—Pues es hora de ponerse los pijamas, ahora vuelvo. —Triana se levantó y fue corriendo a su habitación mientras Cora y yo nos quedábamos allí mirándonos la una a la otra.

—¿Le ha mordido un bicho en el culo o algo? Qué manera de correr. —Reí.

—Aquí estoy. —La miramos y traía tres bolsas de la tienda donde trabajaba.

—No me digas que has traído pijamas para todas —dijo Cora.

—Pues si quieres que no te lo diga, pues no te lo digo. —Se encogió de hombros.

Los sacamos y eran precisos, de esos que tienen un pelito suave y calentito. La parte de arriba en blanca con ribetes en rosa pastel en el cuello, que era alto y tenía botones, como si fuera una sudadera. Los puños de las mangas y el borde de la parte inferior tenían ese mismo estilo. En cuanto a los pantalones, eran de cuadritos en tonos blancos y rosas.

—Qué calentito, ahora mismo me lo pongo —dijo Cora que empezó a quitarse la ropa allí mismo.

—Mírala, qué cuerpazo tiene la hija de su madre.

—Ni que fuera la primera vez que lo ves, Triana. —Cora volteó los ojos.

—Pues por eso lo digo, que cada vez que te veo, me da envidia.

—¿Envidia? Por Dios, si tienes una figura que ya quisiera yo. Estas caderas anchas son por culpa de mi tía, la hermana de mi padre, que me las dio cuando nací. —Volteó los ojos.

Después de ponernos los pijamas, llevamos la ropa a las habitaciones, cuando regresamos, nos cogimos unas cervezas y preparamos algo de picoteo con embutidos, tostas pequeñas y varios patés.

Y entre charla y charla, cayeron al final tres cervezas mientras mi jefe, don Ezequiel, también conocido como el Jefe de la tribu, se paseaba por mi mente.

—Tengo que contaros algo —dijo Cora.

—Si vas a decir que te ponemos, ahórratelo. —Reí.

—Aparte de eso, que es verdad que me ponéis mucho las dos, estoy pensando en cogerme algo.

—Especifica, que llevamos mucha cerveza en el cuerpo —le pidió Triana.

—Un piso, me refiero a alquilar un piso, porque eso nos daría la oportunidad de disfrutar de más noches de chicas, cenar y beber sin la preocupación de tener que conducir después.

»Además, así cuando me ligue a alguien, no tendría que decir si vamos a un hotel o a su casa, ya que no quiero llevar a un ligue a casa de mis padres, eso sería bastante incómodo, obviamente.

—Yo tampoco lo haría, que a mi padre le daría algo. —Reí.

—O no, igual os compra el chocolate y los churros por la mañana y se toma un cafelito con el nuevo yerno. —Rio Triana.

—Calla, calla, que capaz es, y así me lo espantaría.

Cada vez que se nos acababa una cerveza, Cora iba a por más, hasta que pasamos directamente a las copas de ginebra.

—Me están apeteciendo chuches —dijo Cora que se levantó y fue a por una de las bolsas que habíamos comprado.

—Chicas, yo tengo algo que deciros. —Cogí aire y lo solté con un suspiro.

—¿Llegó el momento de las confesiones como en Gran Hermano? —preguntó Triana dando un sorbo a su copa.

—Lo que os quiero decir, es que os adoro, que os quiero mucho a las dos y que gracias por esta escapada.

—¿Solo eso? Yo pensé que ibas a decir que te habías tirado a alguien en el baño de una discoteca o, qué sé yo —dijo Cora.

—La escapada nos hacía falta a las tres, porque yo estaba de clientas y jefes hasta el moño. —Triana volteó los ojos.

—Y ella saturada, entre el jefe, sus padres y su hermana. —Me señaló Cora.

—Venga, vamos a aprovechar que todavía no estamos muy borrachas, y vamos a hacernos un karaoke. —Triana se puso en pie y cogió el móvil.

—¿Un karaoke? Madre mía, pues estoy yo como para cantar —resoplé.

—Que sí, venga, que yo te pongo a Camela que te las sabes todas.

—Yo te acompaño con el teclado, Julia —dijo Cora, y Triana y yo la miramos con la ceja arqueada—. ¿Qué pasa?

—¿Qué teclado, Cora? —pregunté.

—Coño, te lo imaginas —dijo mientras movía las manos en el aire por delante de su cuerpo.

Triana y yo soltamos tal carcajada al verla, que era evidente que ya habíamos tomado más de la cuenta.

Puso la música en el móvil y ahí que fue Cora, con su teclado imaginario a tocar, moviendo las manos como si fuera una experta.

—La madre que la parió, qué bien lo hace. —Rio Triana.

—Venga Julia, ¡¡a cantar!! —gritó Cora, que movió el brazo como si fuera el mítico presentador de televisión en aquel programa que veían mis padres, «¡A jugar!».

Nos echaban, de esta nos echaban a las tres del camping por la que estábamos liando, pero la verdad es que nos reíamos lo más grande, y a mí me dejaron cantando todo el tiempo cada una de las canciones que Triana me ponía de Camela.

Hasta que llegó una con la que me fue imposible no pensar en cierto hombre de cabello rubio, ojos verdes y semblante serio que me ponía de los nervios.

—*Nunca debí enamorarme...* —Canté a todo pulmón, mientras Cora seguía tocando su teclado imaginario—... *Es este corazón que no quiere hacerme caso...*

¿Alguna vez habéis pensado en que no podía ser verdad eso que se os estaba pasando por la cabeza en ese instante? Para que me entendáis, no sabría decir si era el alcohol, la canción o qué, pero me daba en la nariz que me había quedado más pillada de lo imaginaba por mi jefe...

Capítulo 12



Notaba algo moviéndose sobre mí, como con pasitos pequeños, me fui despertando y sentí tal pinchazo en la cabeza que ni siquiera podía incorporarme.

Abrí los ojos y vi que Triana y Cora estaban en el otro sofá, dormidas y bien tapadas con la manta. Aún se notaba el calor de la chimenea, me moví y escuché un leve quejido.

Hasta que vi que se acercaba un perrito pequeño caminando por el sofá con un leve *ladridito*.

—Pero ¿y tú quién eres? Ay, qué cosita. —Le cogí en brazos y volvió a dejar salir ese leve *ladridito*—. Por favor, pero qué guapo eres. ¿O eres una chica? —Le eché un vistacillo a la parte trasera y me ladró otra vez—. Ah, eres un chico. ¿Tú te has escapado o algo? —Más *ladriditos*, hasta que se llevó mi dedo a la boca—. Tienes hambre, ¿eh? Pues ya somos dos. —Me levanté despacio y sin hacer mucho ruido y fui hacia la cocina.

La que habíamos liado las tres con el karaoke, madre mía, si me notaba hasta la garganta un poco carrasposa por tanto grito.

Dejé al perrito en el suelo mientras me movía por la cocina en busca de algo que ponerle de comer, y él me seguía con sus pequeños pasitos y moviendo la cola. Era una monada, en color canela y con las orejitas negras, no sabía qué raza era, pero se veía que cuando creciera iba a ser grande.

—Toma, un poquito de pan con agua, que otra cosa no tenemos. —Le acaricié las orejitas y se lanzó al platito para devorarlo.

Me hice un café bien cargado y lo acompañé con una pastilla. Mientras las chicas seguían en su mundo de sueños, fui a darme una ducha. No pasó mucho tiempo antes de que esa pequeña bolita de pelo, con sus patitas cortas, comenzara a seguirme, corriendo detrás de mí con su energía inagotable.

Después de la ducha me puse unos *leggings* y un jersey, me sequé el pelo y volví al salón.

—¡¡Que no está!! —Escuché el grito de Cora desde el salón.

—A ver si está entre las mantas.

—Que no, Triana, que no está ahí tampoco. ¡Ay, madre!, ayyy, que se me ha caído en la chimenea.

—¿Qué pasa? —pregunté, y la bolita de pelo a mi lado soltó un *ladridito*.

—¡¡Pulga!! —gritó Cora corriendo hasta el perro.

—¿Pulga? —pregunté abriendo los ojos.

—Por lo pequeño que es y lo que salta el jodido. —Rio Triana.

—¿De dónde ha salido, a todo esto? —Curioseé mientras Cora lo abrazaba y se lo comía a besos.

—Anoche cuando acabaste tu última canción, te quedaste dormida en el sofá, escuché un ruidito que venía del porche, y, al abrir la puerta, esta cosita entró de un salto —contestó Cora.

—De ahí lo de llamarle Pulga. —Rio de nuevo Triana.

—Pues se ha quedado dormido encima de mí y me desperté porque se movía.

—Eso es que te ha cogido cariño, ¿verdad, precioso mío?

—Ahora es madre soltera —me dijo Triana.

—Sí, Pulga se viene conmigo a Sevilla. A mis padres les va a encantar.

—Pues bienvenido a la familia, chiquitín. —Le acaricié de nuevo la cabeza y él me ladró.

—Somos tías, qué ilusión —dijo Triana.

Nos sentamos a desayunar, ellas se ducharon por turnos mientras yo me encargaba de la bolita de pelo, y cuando terminaron nos pusimos los abrigos y salimos con él para que hiciera sus cositas fuera de la cabaña, que Cora decía que tenía que enseñarle bien antes de meterlo en casa.

Y mientras ellas iban hablando sobre el nuevo integrante de la familia de Cora, yo no dejaba de pensar en Ezequiel y lo que había descubierto.

—¿Qué te pasa? Estás muy callada y eso en ti no es normal —dijo Triana.

—Es que estoy flipando.

—¿Por Pulga? Me dio penita, por eso me lo quedo.

—No, mujer, por eso, no —sonreí—. Es que anoche, mientras cantaba por Camela.

—Sobre eso, hemos hablado de inscribirte en un concurso de esos de la tele.

—Triana, hacéis eso y os mando al carajo a las dos y sin billete de vuelta a mi vida —le advertí.

—¿Ves? Te dije que no iba a querer —le dijo a Cora—. Vale, es broma. ¿Qué querías decirnos?

—Que siento algo.

—¿Estás mala? Eso es por el alcohol de anoche.

—No, Triana, que no me has entendido.

—Coño, pues habla en castellano —dijo Cora.

—Que me da que me he enamorado de Ezequiel.

Se quedaron las dos paradas delante de mí, mirándome con los ojos abiertos como si no me reconocieran.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído, Cora.

—Es que lo sabía —suspiró mientras se agachaba para coger al perro—. Sabía que te habías quedado pillada por ese hombre y mira, coladita estás.

—Pero ¿es amor, amor, o solo es que te gusta y te pone? —Curioseó Triana.

—Pues hija, me gusta y me pone, además de que me pone de los nervios, pero que sí, que me gusta mucho.

—Enamorada hasta la médula, vaya.

—¿Y ahora qué hago? —pregunté.

—Pues mira, primero que nada, olvídate de él por unos días, que para eso habías venido —contestó Cora mientras caminábamos—. Tómate este tiempo para centrarte en ti, sé que el Jefe de la tribu va a rondar por tu mente, pero intenta desconectar todo lo que puedas. Cuando regreses, ya veremos qué nos depara el destino...

Regresamos a la casa y el tema quedó ahí, pero sabía que en algún momento volvería a salir, porque lo que les acababa de decir era fuerte, muy fuerte.

Ni yo misma me podía creer que de verdad me gustara ese hombre tan serio, hasta el punto de que me hubiera enamorado de él sin apenas darme cuenta y en solo unos días.

Preparamos una tortilla de patatas y unos flamenquines para comer mientras nos tomábamos un vinito y Pulga correteaba de un lado a otro jugando con un calcetín de Cora que había cogido de la habitación.

—Entonces —dijo ella mientras cogía un poco de queso que habíamos puesto para picoteo—, el trío conmigo estos días como que no.

—Ay, la madre que la parió. —Rio Triana.

—Entiéndeme, mujer, que estoy aquí con dos bellezas, no solo por fuera, y sois una tentación muy grande para mí.

—A mí me gustan mucho los hombres.

—No, Julia, a ti te gusta mucho un hombre en concreto —me corrigió ella—. Cuando te lo tires ya me dirás si se ríe o es igual de serio en la cama.

—Por Dios. —Volteé los ojos—. No tenía que haberos contado nada. —Le di un sorbo a mi copa.

—Nos lo has dicho porque somos tus amigas —dijo Triana—. Pero ¿de verdad que te gusta tanto?

—Pues sí —suspiré—. Me saca de quicio tanto como me gusta, no te digo más.

—Se lo advertí, que se había quedado pillada y no me creía —suspiró Cora—. A ver, cariño —me pasó el brazo por los hombros—, entiendo que te guste, porque, como te dije, soy lesbiana, pero él me parece un hombre increíblemente sexi. Solo quiero que no te hagan daño, porque el amor puede ser muy doloroso, y a veces, duele más de lo que uno imagina.

—Eso, que yo al final me hago monja.

—Tú calla que antes de que te pongas un hábito, te doy un meneo que te dejo con las piernas temblando y te casas conmigo —le soltó Cora.

—Al igual a que ella, me gustan los hombres, pero te diré que, si alguna vez tuviera que liarme con una tía, esa serías tú sin duda —le dijo Triana.

—Ay, ay, lo que me ha dicho. Pulga, ¿has escuchado a la tía Triana? —El perro soltó uno de sus ladriditos, y Triana y yo nos reímos—. Tengo posibilidades.

—Has alimentado a la bestia, Triana. —Reí, y ella volteó los ojos.

El resto del día pasó entre risas, copas, y el pequeño Pulga saliendo a la parte de atrás del porche a hacer sus cositas. Comimos, vimos una peli y nos quedamos dormidas en el sofá la mar de a gusto.

Y soñé con él, con ese hombre que me estaba empezando a hacer sentir cosas que no pensé que sentiría por él.

Para cenar, nos hicimos unos perritos calientes con unas patatas chips, y de nuevo pasamos la noche entre canciones y copas.

A la mañana siguiente, me desperté animada, mientras las chicas estaban preparando un delicioso desayuno, con Pulga correteando a su alrededor y pidiendo comida. El día transcurrió como los anteriores.

Preferimos quedarnos en la cabaña, acurrucadas y calentitas, disfrutando de esos momentos de relax, comiendo chuches y chocolatinas, y tomando nuestras bebidas favoritas.

Por mi parte, y por más que quería no pensar en mi jefe, era algo imposible.

La última noche después de cenar y ver una peli, las chicas se quedaron dormidas y yo vi un poco más la televisión mientras Pulga dormía cómodamente en mi pecho.

Cogí el móvil y decidí buscar a Ezequiel en las redes sociales; era la primera vez que lo hacía. Al buscar su nombre me encontré con que su perfil estaba público, por la empresa. Había algunas fotos de él, y, para mi sorpresa, lucía tan atractivo como siempre, aunque no había mucho más contenido que eso.

Eso dejaba claro que era un hombre no solo serio, sino también bastante reservado.

Y me había enamorado de él, de eso ya no me cabía la menor duda.

Me quedé dormida allí mismo en el sofá, a decir verdad, ninguna había dormida en la cama ni una sola noche.

Cuando desperté fui a la cocina, le puse a Pulga un poquito de pan y agua, y me dispuse a preparar el desayuno.

—Buenos días, mis amores —dijo Cora mientras se desperezaba.

—Buenos días —sonreí—. A desayunar que se enfrían las tostadas y el café.

—Oh, café, sí por favor. —Triana cogió la taza en cuanto llegó a la cocina—. Madre mía, he bebido más que en toda mi vida.

—Toma, una pastilla. —Le di una a Cora y otra a ella.

—Esto hay que repetirlo, aunque sea un fin de semana, que lo de alejarse de la rutina me ha sentado genial —dijo Cora mientras cogía la pastilla.

—Tú vuelves con sorpresa y todo, como los huevos *Kinder*. —Rio Triana.

—Ay, sí, que tengo a mi precioso Pulga. —Le cogió en brazos y este, de la felicidad, empezó a mover la colita—. Mirar cómo me quiere, si es que es un amor...

—Nos vamos unos días para olvidarnos de todo, y resulta que una vuelve con un hijo, y la otra, confesando que está enamorada —suspiré.

—Mientras que no te pongas muy nerviosa delante de él, no va mal la cosa —me dijo Cora.

—Lo que tengo que intentar es que él no lo note, porque es guapo y tiene su aquel, pero es que el ego lo tiene de un subido —resoplé.

—Os doy una semana como mucho para que acabéis arrancándoos la ropa.

—¿Una semana, Triana? ¿Tanto? —Cora arqueó la ceja—. Tres días les doy yo.

—Eh, ¿hola? Estoy aquí. —Moví las manos.

—Sí, sí, por eso estamos hablando sin escondernos. Tú dices que una semana, y yo, tres días. ¿Qué nos apostamos? —le preguntó Cora a Triana.

—Una cena.

—¿Con copa?

—Vale. —Rio.

—Cuidado, que, de la copa al baile, y del baile a su cama, hay un hilito muy fino. —Reí.

—Ah, no, eso sí que no, Cora. Que yo si pierdo te pago una cena y una copa, pero luego cada una a su casa y Dios en la de todos.

—Nada, que no me va a dejar que la pruebe.

—Ni que me lleves al lado oscuro. —Rio.

—Pulga, la tía Triana no me quiere —suspiró—. ¿Tú me vas a querer, hijo mío? —La bolita de pelo comenzó a soltar esos pequeños ladriditos y luego le lamió la cara.

—Eso es que sí, Cora, que Pulga te va a querer mucho. —Reí.

Después del desayuno nos fuimos duchando por turnos, preparamos unos filetes con patatas para comer y después del café recogimos todo para dejar la cabaña bungaló lista para entregar.

Guardamos las maletas y la bebida que había sobrado en el coche de Triana, a Pulga lo acomodamos en una caja con una mantita que compramos en unos chinos al pasar por el pueblo, y volvimos para Sevilla.

Habían sido unos días que se me habían pasado muy rápido pero que había disfrutado con mis dos chicas hasta el último momento.

Ahora tocaba hacerme a la idea para esa vuelta a la realidad, donde debía evitar que mi jefe supiera que había caído en su juego tal como me advirtió Cora al principio.

Capítulo 13



Un martes tan jodido como el lunes, ya que era nuestro primer día laborable de la semana y a mí me tocaba enfrentarme al desafío del gran Jefe de la tribu, como le llamábamos en *petit comité*.

No, Camela no iba a poner ahora durante el trayecto, ya que necesitaba animarme a mí misma y eso no iba a ser muy buena idea.

Acabé dejando que la emisora de radio pusiera la banda sonora a estos minutos de camino al trabajo, y sonreí cuando empezó a sonar Alaska y su famoso *A quién le importa*. Sí, esto a todo volumen era un súper tema para levantar el ánimo, y es que ¿a quién le importaba lo que cualquiera de nosotros hiciera?

Pero bueno, que venía de unos días de puente en los que me había divertido con las dos locas de mis amigas y que, aunque me diera cuenta de que estaba más pillada por ese hombre de lo que imaginaba y debería, pude desconectar un poco de toda la situación que me rodeaba.

Estacioné el coche y me miré en el espejo retrovisor. No me gustaba cómo me veía hoy, a pesar de haberme iluminado la cara con el rojo de los labios, notaba por mi aspecto que aparentaba no estar bien. Suspiré cogiendo el bolso para salir y ni tiempo me dio a abrir la puerta.

—Amiga, que estoy aquí. —La escuché golpear mi ventanilla y vi a Cora fuera cruzada de manos con un cigarrillo. Sonrió.

Salí del coche y me acerqué a ella, dándole un beso en la mejilla. Estaba preciosa, bueno, realmente lo era.

—Toca enfrentarse a la realidad —murmuré con tristeza y me abrazó fuerte.

—Las tristezas hay que dejarlas en casa. —Escuchamos su distintivo timbre de voz, marcado por ese tono serio y muy varonil.

Nada, que ni unos días de descanso le habían valido para relajarse ni quitarse la rigidez de su cuerpo, ni tampoco de esa seriedad que llevaba por bandera.

—¿Le das tú o le doy yo? —me preguntó en bajito Cora en el oído.

—Déjamelo a mí.

—Don Ezequiel. —Se frenó en seco sin girarse—. Hoy son negras —me referí a las etiquetas que me creó la confusión a mí, pero haciendo el doble juego.

Continuó su paso y vi cómo Cora se llevaba la mano a la boca aguantando un ataque de risa. Me reí encendiéndome el cigarrillo.

—No te creí cuando me dijiste que ibas a poder con él.

—Después de esto, que se abra la veda, paso de estar nerviosa y preocupada por sus ataques, si quiere guerra, aquí le esperan mis bragas secas. A ver si puede...

—Me acabas de poner malísima.

—Ni me toques —le advertí riendo y señalándola con el dedo—. ¿Cómo está Pulga, por cierto?

—Oh, mi chiquitín —sonrió—. Está encantado, y ni te imaginas cómo están mis padres. Nada más verlo, mi madre lo cogió en brazos y desde entonces no se despegaba de ella. La sigue por toca la casa con sus pasitos pequeños y moviendo la colita de felicidad. Más tarde, tiene pensado llevarlo al veterinario para asegurarse de que todo está bien, aunque esa pequeña bolita de pelo es fuerte.

No sabíamos cómo había llegado aquel cachorrillo a nuestra cabaña, pero ya era uno más de la familia de Cora, y es que sabíamos que sus padres no iban a ponerle problemas.

Nos fumábamos el cigarrillo con tiempo, cuando apareció Tomás con la mejor de sus sonrisas.

—Don Tomás ¿qué tal el puente? —le preguntó Cora.

—Mejor de lo que pensaba. Lo bueno dura poco —se lamentó mientras me acariciaba la mejilla y luego hacía lo mismo con ella.

—Pues nosotras nos fuimos como las cabras a la sierra y partiendo de la base que no nos acordamos de la misa la mitad, y de lo que sí, es mejor que nos lo guardemos para siempre, también pasamos un inmejorable puente. —Cora no se cortaba ni un pelo.

Y razón no le faltaba, porque entre tanta copa había cosas que a las tres se nos escapaba y teníamos algunos huecos sin rellenar en el recuerdo, como solía decirse, pero lo que les confesé en aquel paseo a ninguna de las dos se les había olvidado, de eso sí que estaba segura.

—Vino ya el jefe por lo que veo. —Miró hacia el coche de este.

—Sí, pero hoy nos defendimos bien —comenté mientras levantaba los dedos y hacía el gesto

de la victoria.

—¿Y cuándo no lo habéis hecho? —Rio.

—Todo es en defensa propia, si ataca, contraatacamos. —Me encogí de hombros.

—Creo que va a ser la vidilla de la planta baja. —Se marchó riendo.

Qué diferentes eran uno y otro, si es que Ezequiel era como la noche y Tomás como el día. No había color en cómo se relacionaban con nosotras.

—Pues se lo va a pasar pipa, porque le vamos a dar caña por todos lados. Lo peor que podría pasarme es que me despida y tenga que ir a cobrar el subsidio por desempleo unos meses mientras busco trabajo. A estas alturas, me da más miedo quedarme callada que quedarme sin trabajo —dije, ocasionando que Cora me aplaudiera.

—Si te echa, me voy contigo y lo sabes, así que, si no podemos unirnos al enemigo, vamos a ir contra él, que ya es hora de cambiar ese dicho y poner las cosas en su sitio. —Me dio una palmada en el hombro que por poco me caigo de boca.

—Joder, hija, fuerza sí que tienes.

—Ya te digo, más de la que imaginas. —Me hizo un guiño.

Entramos dispuestas a comenzar nuestra jornada laboral, mientras la cuenta atrás para nuestras vacaciones navideñas ya había empezado. Estas vacaciones eran muy esperadas y que me servirían para intentar desconectar un poco de toda esta movida que me había caído sin esperar. La verdad es que aún tenía toda esta semana y la siguiente por delante, pero al final del día, solo se trataba de ir sumando días trabajados, y cuando menos lo pensara, ya estaría disfrutando de esos días libres.

Triana me envió un mensaje para saber qué tal me había ido la vuelta al trabajo, y lo acompañó con un GIF que decía que le representaba. En él había una chica desmayándose, lo cual me hizo reír. Le respondí que, por el momento, estábamos las dos bien, y ella me contó que había tenido que lidiar con dos señoras que por poco se arrancan los pelos discutiendo por una camisa.

Y no era esa la primera vez que me contaba algo así, ya que en las épocas de rebajas Triana había visto de todo, le daba para escribir un libro de anécdotas.

Atendimos algunas llamadas, respondimos unos correos y recogimos las cartas, así como las primeras felicitaciones de Navidad que enviaban a muchos de los altos cargos de la empresa, esos que estaban justo después de los jefes.

Hasta ese momento, la mañana se desarrollaba con tranquilidad, pero todo cambió cuando don Ezequiel, alias «el serio y frío hombre de hielo», decidió nuevamente llamar para que fuera a su despacho. Solo esperaba que no me tratase como a su secretaria, porque si eso pasaba, la

situación podría ponerse tensa en un abrir y cerrar de ojos.

—Respira, Julia, que no vas al ginecólogo —dijo Cora con una leve sonrisilla en los labios.

—Qué graciosa eres —negué mientras comenzaba a dirigirme hacia su despacho.

Si me daba más carpetas para llevarle a Tomás, a Dios ponía por testigo que se las iba a tirar a la cara. ¿Qué le costaría a él subir en el ascensor para hacer una visita a su socio y amigo?

La puerta estaba abierta y al verme aparecer me hizo un gesto con la mano de que entrase. Lo hice intentado mirarlo con seguridad, mientras él también me mantenía la suya desde su aparente tranquilidad.

—¿Y bien? —pregunté con un leve arqueado de ceja, que se notase que me incomodaba estar ante él cuando tenía trabajo que hacer.

—Quiero ofrecerte algo. —Estiró la mano para que me sentase.

—Estoy bien así —murmuré para quedarme de pie.

—Siéntate. —Su tono me hizo hacerlo de manera inmediata.

—Ya, ya —dije aguantando la risa de los nervios que me habían entrado.

—Quiero que seas mi secretaria.

—No, no, no, no, no —contesté repetida y muy rápidamente.

Lo que me faltaba por escuchar, porque era lo que había oído, que yo tenía el sentido auditivo perfectamente, vaya. Y sí, me había dicho esas palabras, «quiero que seas mi secretaria».

—Sí. —Solo lo dijo una vez.

—¿Sí, por qué? Me estoy negando —recalqué lo obvio, porque había dicho que no varias veces, no solo una.

—Porque prefieres aguantarme a estar lejos de mí...

Ole ahí el ego de mi jefe, vamos, es que lo tenía enorme el muy jodido. Pero conmigo no iba a poder, que yo estaba la mar de a gusto en la recepción con Cora de mi alma.

—A mí échame a la calle, pero yo esto no lo aguanto —respondí dispuesta a levantarme.

—No te muevas. —Me indicó con el dedo, y una vez más, me dejó completamente paralizada —. No te estoy bajando de categoría.

—No la hay.

—Aún te puedo poner con el equipo de limpieza.

—Claro que sí, jefe —solté riéndome y negando.

—Te estoy subiendo de escalafón para que seas mi secretaria.

—No me presenté a la empresa para ese puesto. Quiero seguir en la recepción.

—No te estoy preguntando lo que prefieres o no. —Se inclinó hacia adelante por encima de la mesa apoyando las manos en esta—. Lo que te estoy diciendo es que, a partir de mañana, tendrás un cambio en tu puesto de trabajo que se reflejará de manera positiva en tu nómina, y que pasarás a convertirte en mi secretaria.

—¿Y qué debo hacer, venir con bragas o sin ellas? —pregunté echándome hacia delante para que viese que a mí no me intimidaba.

—Lo dejo a tu elección, yo tardo en romperlas menos que tú en resistirte. —Seguía inclinando su cuerpo, acercándose más a mí.

Y ahí estaba de nuevo esa manera de hacerme ver que, si se lo proponía, caería en sus redes. Que sí, que yo misma sabía que eso podría ocurrir porque, aunque me mostrase segura de mí misma ante él, ese hombre me imponía y me ponía, para qué mentir. Pero no daría ni la más mínima señal que le hiciera saber que podría caer en sus juegos de tonto y seducción.

—No voy a ser tu secretaria, ¿sabes por qué? —pregunté con calma y aparentando ser la mujer más serena y dispuesta a decir no, del mundo.

—Sorpréndeme —contestó con un leve gesto de mano para que siguiera hablando, con esa calma que a él le caracterizaba.

—Porque lo que realmente necesitas de mí es algo más profundo, y no tienes el valor suficiente para enfrentar la realidad —exclamé, levantándome con determinación, dispuesta a marcharme y dejarlo con la palabra en la boca.

—Mañana o vienes a incorporarte a tu nuevo puesto o puedes quedarte en casa.

—Vendré —me giré— y ocuparé el mismo puesto que he ocupado durante un año en la recepción. Ahí me quedaré hasta que se me comunique el despido —sonreí, di dos golpes a la puerta y me marché.

Cuando se lo conté a Cora, no pude evitar que saliera corriendo hacia su despacho. La seguí de cerca. La puerta estaba todavía abierta.

—Don Ezequiel, que, si se le ocurre despedir a mi compañera, que sea a las dos a la vez —le dijo muy furiosa desde la puerta y este la miraba sin titubear.

—Lo tendré en cuenta. —Extendió su mano para que nos fuésemos y siguió con los ojos en

los papeles.

—¡Qué asco de oficinas desde que llegó el gilipollas este! —gritó por los pasillos y estaba claro que debió enterarse.

Intenté calmarla por los pasillos para que no dijera más tonterías que pusieran la situación más fea de lo que ya lo estaba.

—Respira, que nadie nos robe la alegría.

—No puedo con él, no puedo.

—No, el que no va a poder con nosotras es él. ¿Te enteras?

La mañana transcurrió tranquila sin volvernos a encontrar con él, lo cual fue un alivio para mí, cosa que agradecí porque os juro que podía soltar de todo por mi boca.

Cuando salimos del trabajo tenía pensado irme directa para casa, pero me llamó mi hermana para ver si podíamos comer juntas, y acepté. Nos encontramos en el bar que había junto a su trabajo.

Nos dimos un abrazo cuando llegué y tras quitarme el abrigo, me senté.

—Quiero que sepas que te escuché, que yo intentaré decir no a mamá, pero es que ya sabes cómo es —dijo después de que pidiéramos la comida.

—Bueno, mientras lo intentes.

—¿Estará papá ahora libre después de comer?

—Cuando le he dicho que no iba a comer, que me quedaba con las chicas, me ha dicho que ni me preocupara, que se quedaba con los amigos y lo mismo no volvía hasta la cena.

—Bueno, pues tendré que invitarle otro día.

—Nuria, llámale que seguro que puede.

—No, si está con los amigos le dejo tranquilo. Otro día.

—Te pido un favor, no permitas que mamá te siga manipulando a su antojo, ¿vale? La quiero, pero lo que está haciendo es alejarte de papá y no sé el motivo. Es como si, después del divorcio y todas las peleas, quisiera que él estuviera solo el resto de su vida. No puedo contar las veces que me ha pedido que me mudara con ellos.

—No te voy a negar que también lo he pensado, pero es que... —Su móvil empezó a sonar y suspiró al ver que era nuestra madre, acabó quedando con ella para tomar café y hacer algunas compras.

—Es nuestro padre, y no merece que le demos de lado, y mira que sabes que, aun queriéndole, a veces chocamos.

—Lo sé —suspiró.

Después de terminar de comer, nos tomamos un café y nos despedimos. Regresé a casa y, aprovechando que estaba sola, me pasé la tarde en el sofá, en pijama y envuelta en una manta, pensando en cierto jefe que me sacaba de quicio con sus actitudes.

Capítulo 14



Relajada, intentando que no me afectara nada y dispuesta a vivir una jornada laboral sin sobresaltos, y con la esperanza de que a Ezequiel se le hubiera quitado la absurda idea de que fuese su secretaria o, peor aún, despedirnos.

—Buenos días, hija —me saludó mi padre con el café en la mano.

—Buenos días, papá. No sé qué serían de mis mañanas sin tus cafés. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Qué te pasa? Te noto un poco apagada.

—No, no, estoy bien —sonreí—. Es que después de los días de descanso, la vuelta al trabajo ayer fue dura.

—Ya imagino. —Rio.

Mentí porque no quería decirle que, posiblemente, esta fuera mi última mañana de trabajo, o una de las últimas, porque seguro que me daba la carta de despido con mis correspondientes días de aviso y me decía que para el año nuevo ese era mi regalo: no volver a pisar las oficinas nunca más en mi vida. Si es que le veía venir, el «Gran jefe de la tribu» me diría *bye bye* si seguía en mis trece de no aceptar ser su secretaria.

Pero es que, con la de chicas que había cualificadas para ese puesto esperando en el INEM o en empresas de trabajo temporal, que se empeñase en que fuera yo, era la pera limonera, vaya.

Desayuné con él, mientras me contaba que seguramente haría algo con sus amigos el sábado y me alegré, porque sí, como le dije a mi hermana, a veces tenía mis momentos raros con mi padre, pero lo quería mucho. No podía verle consumirse en casa, esperando que ella decidiera visitarlo.

Salí de casa dispuesta a no saltar a la primera de cambio, pero claro, todo iba a depender de la actitud de mi jefe, la pena es que llevaba siendo la misma desde que me lo crucé en ese evento.

Cora todavía no había llegado y yo lo había hecho quince minutos antes, así que me quedé apoyada en mi coche fumando un cigarrillo para no verme sola en la puerta y provocar un

encontronazo. Aunque, obviamente, si él llegaba antes, no podría evitar que me viera aquí parada.

Pero no, Cora llegó y aparcó justo a mi lado. Vino hacia mí encendiéndose su cigarrillo y riéndose.

—¿Preparada para el despido? —preguntó como si nada, con toda la tranquilidad del mundo, nada que ver con cómo estaba yo, vamos, que de los nervios podría subirme por las paredes como si fuera *Spiderman*.

—No bromees, Cora, que me partiría el alma que te echasen por mi culpa.

—De eso nada, te lo he dejado bien claro: donde tú vaya, yo voy contigo —dijo mientras se señalaba el pecho con el dedo—, incluso si eso significa irnos a la calle.

—Pero es que no sería justo.

—A veces la vida no es justa, es lo que hay. —Se encogió de hombros—. Igual podemos pedir trabajo en la tienda donde trabaja Triana.

—Lo que faltaba, las tres trabajando juntas. —Volteé los ojos.

—¿Y lo que nos íbamos a reír? Ya me veo, como el árbitro de un combate de boxeo mientras dos mujeres se disputan la apropiación de un vestido.

—Qué mal estás. —Reí.

—Mujer, si yo todo lo que digo es para quitarte esos nervios.

Y lo sabía, porque ella, al igual que Triana, cuando me veían un poquito nerviosa, hacían mil tonterías para que me animara y sonriera.

Nos fuimos andando hacia la puerta para terminarnos allí el cigarrillo y vimos a Ezequiel llegando con su flamante coche.

—Vamos a escondernos, así no le provocamos —dije tirando de ella y nos metimos detrás de un coche.

Agachadas, y esperando a escucharlo pasar y que se adentrara en la oficina, así estábamos. Si alguien nos hubiera visto, habría pensado que estábamos huyendo de la policía.

—Pues sí que tarda —dijimos mirando hacia la puerta porque ni rastro de él.

—Ahí debajo no está el despido, está en mi despacho —murmuró y levantamos la cabeza encontrándonoslo, mirando hacia abajo.

—Por Dios, qué susto —murmuró Cora con la mano en el pecho.

—¿Usted qué pasa, que nos tiene puesto un chip? —le pregunté levantándome y ayudando a Cora a hacer lo mismo, porque del ataque de risa que le había dado no podía ni con su cuerpo.

—Te espero en mi despacho, Julia.

—No, mejor espéreme en la recepción que ya voy.

—A mi despacho —murmuró dejándonos ahí muertas de la risa.

—Este no se entera de que no voy a ir. —Reía agarrada a una Cora que decía que no llegaba al baño mientras lloraba de la risa.

Justo cuando íbamos a entrar vimos que llegaba nuestro salvador.

—Don Tomás, que hoy nos ponen a las dos de patitas en la calle. ¡Cómo nos vas a echar de menos! —le dije a carcajadas.

—No os va a poner nadie de patitas en la calle porque ya he interferido yo, pero Julia, no veo nada de malo en que te quiera ascender a secretaria, no vas a perder el contacto con Cora y solo cambia que estarás a su disposición.

—Eso es lo que no quiero, estar a su disposición. Es un prepotente y no lo aguanto.

—Deberías conocerlo mejor.

—¿Más? Entonces me tiro por un puente. Y no me diga que ese tipo es simpático porque no cuela, don Tomás.

—No es simpático, claro que no, pero tampoco es malo, solo que tiene una ironía un poco fuerte.

—¿A qué te refieres con fuerte, a que vaya diciendo por ahí a las mujeres que les mojaría las bragas? —le preguntó Cora.

—No escuché jamás a nadie quejarse de eso, quiero decir. —Estiró las manos antes de que nos echásemos encima—. Que puede ser que la situación lo llevara a eso, pero no suele ir soltando sandeces a nadie.

»Es más, he ido a muchos eventos en los que he estado con él, por no hablar de los viajes de trabajo que hemos hecho juntos, y jamás vi que a ninguna se le insinuara de ninguna forma.

—Yo paso de ir a su despacho ahora, lo digo en serio.

—No me pongáis las cosas más difíciles, por favor —dijo con un suspiro.

—¿Y por qué no eligió a Cora como secretaria que lleva más tiempo? Es lo suyo, digo yo, compensar con un ascenso a la persona de más antigüedad.

—A mí no me echas el marrón que yo estoy demasiado bien en mi puesto —protestó ella.

—Venga, habla con él, hazlo por mí.

—No voy a aceptar ser su secretaria, para mí eso y ser su puta es lo mismo.

—¡Por Dios! —Se echó a reír.

—Te has pasado —murmuró Cora entre risas.

—Sí, claro, yo me he pasado, pero ese da a entender que me quiere sumisa y yo no nací para ser eso de nadie. Con buena fue a dar —me quejé.

—Solo habla con él, por favor.

—Venga, ve, Julia, si al final con mandarlo a la mierda otra vez no vas a perder nada.

—Eso, tú ámalala a complicar más las cosas. —Volteó los ojos Tomás aguantando la risa.

—No, la estoy animando a ir, pero si él sigue con la misma prepotencia va a recibir de la dosis de mi compi Julia y lo mismo voy de nuevo hasta yo para que beba de la mía.

—Bueno, relajarnos, y tú —me señaló a mí—, hazlo por mi paz mental.

—Lo haré por ti, pero que no le pienso aguantar ni una —le advertí, porque no pensaba hacerlo.

A la mínima que don Ezequiel, el señor seriedad en persona, me la jugara, le iba a cantar las cuarenta, las cincuenta y las mil si se pasaba de listo. Que no, que me sacaba de quicio y no le pasaba ni una.

Llegamos a la recepción, donde colgué mi abrigo y mi bolso, antes de ir a ver qué era lo que quería el Penas. Porque ese mucha chulería, pero tenía una cara de pena que no podía con ella.

Caminé por el pasillo mientras me iba diciendo a mí misma que aguantara, que le escuchara, que no saltara a la primera de cambio y que solo me quedara ahí quieta escuchando lo que tuviera que proponer para ese cambio que me ofrecía en la empresa.

De recepcionista a secretaria de dirección, ahí era nada, pero es que yo estaba tan a gusto en mi puesto, con mis llamadas, organizando las reuniones y con la mejor compañía, que no quería cambiar.

—Hola, don Ezequiel, aquí me tiene —murmuré entrando, ya que la puerta estaba abierta.

—Cierra, por favor.

—Tranquilo, que mientras no me provoque no montaré ningún escándalo. —Vi cómo cogió el

aire y lo soltó—. Voy, voy. —Me di la vuelta y cerré la puerta mientras contenía la risa. En un instante, ya lo estaba poniendo a mil por hora.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres un café?

—Si me dejas fumarme un cigarrillo lo acepto, pero si no, no, porque ¿qué es un café sin un pitillo?

—Toma. —Sacó el cenicero de debajo de su mesa.

—Joder con el jefe, y eso que está prohibido fumar en los lugares de trabajo cerrados.

—Es mi despacho personal y no suelo recibir aquí a nadie.

—¿Y el café?

Levantó el teléfono y le pidió al chico del bar que lo trajesen. Aunque él solía ir, era obvio que lo que pidiera se lo iban a traer.

—¿Y bien? —pregunté cuando colgó tras encenderme el cigarro, que también me lo dio él.

—No solo te necesito como secretaria —dijo sentado en su sillón con las manos unidas sobre la mesa y mirándome fijamente.

—Es que lo sabía. —Reí negando—. Sabía que detrás de esto había algo más. Al final yo tenía razón, era una excusa para conseguir otra cosa.

Triana siempre me lo advertía: cuando mi intuición entraba en juego, rara vez me equivocaba, y esta vez no iba a ser la excepción. La propuesta de ascenso llevaba letra pequeña, vaya que si la llevaba, me veía como la chica de las cincuenta sombras, tumbada en una cama, atada de pies y manos, mientras este hombre en vaqueros y con el torso desnudo se preparaba para hacerme...

Ay, por Dios, ¿qué coño hacía yo pensando en eso? No, no, no, no. Borrar imagen, borrar imagen ya.

—No voy por donde piensas —dijo y le miré abriendo tanto los ojos que por un momento creí que me había delatado en lo que pensaba, con alguna postura, un gemido, las mejillas sonrojadas, qué ya sabía yo, algo.

—Vaya por Dios —dije con una palmada al aire—. ¿Usted me va a dar la razón algún día, aunque sea para contentarme?

—Necesito que pases las Navidades conmigo.

Capítulo 15



De entre todas las posibilidades que a mí se me podían haber pasado por la cabeza, esa desde luego que no era una de ellas.

Acababa de soltarme el premio gordo de la madre de todas las sorpresas.

¿Es que se había vuelto loco de repente? ¿Yo pasando las Navidades con él, con el enemigo? ¿Con el hombre de hielo más serio que me había cruzado en la vida? Vamos hombre, ni que fuera masoca para hacer eso.

Pasar las Navidades con don Ezequiel el Serio, era como pasarlas con *el Grinch de la Navidad*, eso como poco.

—Pero —me levanté— ¿usted le da a las drogas? —grité con ambas cejas elevadas y los ojos tan abiertos que por Dios creí que se me saldrían de las cuencas— ¿En serio, don Ezequiel? Pero si estoy deseando que llegue el viernes que viene para perderlo de vista hasta después de Reyes. ¿Qué me está contando?

—Es muy difícil hablar contigo. ¿Podemos tener una conversación de adultos? —preguntó casi indignado, cuando la que más molestaba estaba era yo, y se veía a la legua.

—Y encima me llama cría. Qué valor, jefe, qué valor —resoplé mientras me movía por delante de la mesa—. ¿Qué te hace creer que voy a abandonar a mi padre en Navidad para pasar contigo esos días tan familiares y señalados?

»O aún peor, ¿qué te hace pensar que me voy a perder la fiesta de Nochebuena con mis amigas? No tengo la más mínima intención de aceptar ser tu secretaria, mucho menos para hacer algo así. Antes me tiro de un puente.

—Te compensaré por todo.

Lo dijo con tanta seriedad que hasta en sus ojos vi que estaba dispuesto a lo que fuera con tal de que yo accediera a ese puesto que me estaba ofreciendo. Hum, esto empezaba a oler a chamusquina, ¿qué habría en esa letra pequeña que acompañaba al puesto de secretaria que me había ofrecido?

Pues como yo era un poquito curiosa...

—¿Qué tipo de compensación? — pregunté y me volví a acomodar en la silla. Tenía ganas de negociar, oye.

—Te pagaré lo que quieras —murmuró y se hizo un silencio cuando llamaron a la puerta para traernos el café.

El camarero me sonrió, ya que me conocía y nos caíamos muy bien. Le hice un guiño ante los ojos de mi jefe para que viera el buen rollo que tenía con todo el mundo menos con él, que notase la diferencia entre ser un poquito simpático, que no hacía falta mucho, y ser el hombre más serio y sieso de Sevilla. Que había joderse, en Sevilla y sin arte en el cuerpo, mandaba narices el asunto.

—¿Y qué decías de pagarme? —pregunté cuando se marchó Javier, el camarero.

—¿Cuánto quieres por venirte conmigo del día veintitrés al veintiséis? —interrogó mientras cogía el café para darle un sorbo.

—¿Irnos a dónde? —La verdad es que me importaba una mierda porque no tenía intención de ir ni a la esquina, pero sentía curiosidad por conocer sus verdaderas intenciones. Toda información me valdría para defenderme de él y darle en su punto débil en un futuro, siempre y cuando me quedara en la empresa, claro, porque las opciones estaban sobre la mesa: o aceptaba ser su secretaria o me iba a la calle. Era evidente que, en estos momentos, tenía un pie fuera de la empresa y el otro dentro.

—A Londres, donde vive mi familia.

—¿En serio me estás proponiendo que vas a llevarme a conocerla? —Me eché a reír sobre la mesa—. Pensé que querías mojarme las bragas, no presentarme en sociedad ante tu familia. —No podía parar de reír.

—Necesito hacerles creer que eres mi pareja. Tendremos una comida con toda la familia de mi padre, es una tradición que llevamos cumpliendo cada año.

—¿Qué quieres, que te acompañe para hacer creer que tú y yo tenemos algo? —Arqué la ceja, porque de verdad que de entre todas las propuestas locas que me podría haber hecho, esta, sin lugar a duda, era la más grande de todas.

—Eso es. —Soltó el aire—. Antes de venir tuve una conversación con mis primos y solté algo que no debía. Metí la pata hasta el cuello. Y necesito aparecer contigo.

—¿¡Conmigo!? —grité— ¿Y no puede ser con otra? ¿Qué hice yo para que me escogieras? Porque no me dirás que has hecho un *casting* entre todas las empleadas, has metido nuestros nombres en una urna y ¡tachán! Sacaste el mío con tu mano inocente. Eso no cuela. —Di un sorbo a mi café, pero por hacer algo, porque los nervios me carcomían

—No, no puede ser con otra. Te mencioné a ti.

En ese momento, sí que aluciné en colores, como si hubiera tomado una dosis de alucinógenos. ¿Cómo era posible que me hubiera nombrado a mí en esa conversación? ¿Qué puñetas me estaba diciendo y qué se me estaba escapando?

—Pero, no entiendo, imagino que sabías que con Cora trabajaba con otra chica, pero tú y yo no nos habíamos visto en la vida. ¿Por qué me mencionaste a mí? —Fruncí el ceño.

—Mi primo Peter estuvo aquí en el curso de formación que hubo en septiembre...

—Lo recuerdo, un londinense pelirrojo muy pijo y simpático. Nada que ver contigo. —Volteé los ojos.

—Esos días lo acompañó su hermano Luke que no hacía el curso —ignoró mi comentario, para no perder la costumbre—, pero en esos ratos se quedaba por la ciudad y apareció por la sede a recogerlo alguna que otra vez.

—También lo recuerdo —asentí porque haciendo memoria, sí que había visto a esos dos hombres por aquí.

—La verdad es que con Peter tengo una buena relación, pero con Luke es todo lo contrario. Cada vez que tenemos la cena de Navidad, él aparece con una mujer diferente y siempre suelta indirectas de que cuándo voy a llevar yo a una —suspiró como si eso le agotara.

»El caso es que siempre le contestado que no me hace falta ir enseñando mis conquistas, pero esta última vez, en el cumpleaños de mi tío, Luke decidió que era el momento perfecto para anunciar que vendría a España la semana que viene y que planeaba llevarte a la comida familiar.

»Se le ocurrió que sería muy divertido tener a mi recepcionista en la mesa, como si eso fuera algo que me emocionara.

—¿Le gusté a tu primo? ¡Qué mono! —Me hice la emocionada, pero a él no le debió de hacer mucha gracia porque la cara se le transformó por completo.

—Le contesté con una sonrisa que...

—¿Con una sonrisa tú? —grité estupefacta— ¡Eso no me lo creo! —Me eché a reír.

—Que ya no eras recepcionista —siguió diciendo, ignorando nuevamente mi comentario—, que eras mi mano derecha y mi pareja. —El premio gordo, damas y caballeros, era ni más ni menos que este—. Que estuviera tranquilo que no hacía falta que viniera a por ti porque ya te llevaba yo. Y me dijo que menos lobos...

—Si es que te lo has buscado. —Me eché a reír—. Entonces que me quede claro. ¿Va a venir a por mí? Más que nada para arreglarme esos días... —Dejé caer, y de nuevo le cambió la cara. Estaba claro que la idea de que su primo viniera a buscarme, mucha gracia no le hacía, no.

—Necesito que dejes la recepción, por si decide aparecer la próxima semana, y que te vengas

a mi despacho para evitar que sospeche, en caso de que se le ocurra entrar a verme, aunque solo sea para tocarme los cojones.

—Y digo yo... ¿No es mejor que me des esa semana libre y así ya enlace hasta después de Reyes, evitando que tu primo me vea por ningún sitio? Vamos, digo yo, porque una semana encerrada en tu despacho me puedo dar dos tiros. —Volteé los ojos viendo que aquello sería como encender la mecha de un petardo y esperar el momento en el que estallaría todo por los aires.

—¿Y vienes conmigo en Navidad? —Quiso saber con la ceja arqueada, dejando claro que iba a negociar hasta el final.

—No, no, yo te mando un vídeo con todo el cuerpo vendado como si hubiera tenido un accidente diciendo que me apena mucho el no poder haber ido pero que os deseo unas felices fiestas, y si quieres lo termino rematando con que eres el amor de mi vida. Pero no, a mí no me llevas a Londres ni, aunque me mandes dos sicarios.

—La semana siguiente de vacaciones y dos mil euros por venir conmigo —añadió a la negociación.

—No es suficiente. —Me reí negando.

—¿Qué quieres? —me preguntó sin saber que no había nadie como yo negociando, que iba al mercadillo y en vez de un dos por uno terminaba llevándome un tercero de regalo.

—Como querer, quiero la semana de vacaciones para mí y para Cora, que también se la merece; tres mil euros para cada una y, aparte, para mí, un bolso Gucci y un vestido de buena firma, así como unos zapatos de tacón y un abrigo,

»No tendrías pensado llevarme a una fiesta de pijos con mi ropa del Zara, ¿verdad? —solté con la ceja arqueada tirándome el farol porque este tonto no era, pero una debía de ponerse el caché alto, ya que no todos los días le ofrecían algo así.

—Trato hecho. —Estiró su mano y la que se quedó a cuadros en ese momento e incrédula por completo, fue una servidora, que miraba esa mano como si fuera la del mismísimo demonio antes de firmar un pacto con él.

—¿En serio me lo estás diciendo? —pregunté para salir de la duda, porque debía estar tomándome el pelo, vamos.

—Prepara una circular y anuncia a los clientes que la próxima semana solo se atenderá por correo directamente a los departamentos correspondientes.

—Una cosa, que esto capaz de que tenga truco. Los vuelos, alojamiento y dietas me las pagas tú, ¿no?

—Todo correrá por mi cuenta.

—Quiero el dinero antes de ir, no me fio ni un pelo y a Cora también se lo haces llegar, o me quedo en tierra.

—Antes de que nos vayamos, tendrás todo lo que necesites, incluyendo el vestido y los complementos. Te enviaré una tarjeta virtual para que puedas pagar en esas tiendas. Mañana firmarás un contrato de confidencialidad, lo que quiere decir que, bajo ningún concepto puedes contarle nada a nadie.

»Dile a Cora que hemos llegado a un acuerdo de que finalmente no serás mi secretaria y seguirás en tu puesto, aunque actuarás como tal cuando lo necesite. Además, que, como parte de este acuerdo, disfrutaréis de esta semana de vacaciones y que recibiréis un pago adicional como muestra de agradecimiento, así no sospechará nada cuando le llegue el dinero. No hace falta que le digas la cantidad.

—Ella jamás diría nada...

—Confidencial, Julia, por favor. —Me recordó.

—Está bien —suspiré con el café en la mano y me lo acabé.

—Mañana pasas por aquí cuando llegues y lo firmamos, ahí vendrán todas las condiciones que hemos acordado.

—Vale, pero una cosa. Estarás delante de tu familia un poco más simpático, ¿no? No es por nada, solo por disimular más que nada. Que, si vas a estar tan serio, pues yo me amoldo y finjo que me están torturando los zapatos de tacón, con la misma cara de estreñ... —Carraspeé—. Seria, que me pongo seria como tú.

—Tranquila por eso. —Extendió su mano echándome educadamente.

—Un placer hacer negocios con usted, don Ezequiel —dije mientras me levantaba y él seguía allí, todo serio y sin decir nada—. Que tenga un buen día. —Cerré la puerta dejándole solo.

La madre que me parió, quién me iba a decir a mí que el jefe necesitaba mi ayuda para darle en las narices a su primo. Vamos, que no me habría imaginado este desenlace de los acontecimientos en la vida.

Salí por el pasillo marcando paso fuerte para que se enterara Cora. Surgió efecto porque asomó la cabecita. Estaba pálida, pero le hice un guiño con una sonrisa y vi que se relajó.

—Cuenta —me pidió en un susurro, a pesar de que nadie iba a escucharnos.

—He aceptado ser su secretaria sin perder el puesto aquí, lo que quiere decir que, cuando me necesite me llamará.

—¿Sí? —sonrió relajada.

—Está claro que he tenido que negociar como si estuviera en el mercadillo, porque

obviamente no se lo iba a poner tan fácil.

—¿Y qué has negociado? —Arqueó la ceja.

—Otra semana más de vacaciones navideñas, con lo cual la próxima semana estaremos las dos libres. También recibiremos una paga extra, además de la que ya tenemos, que sea un poquito más generosa, para las dos también.

—Y te ha dicho que un mojón en un palo. —Volteó los ojos mientras sonreía.

—¿No te estoy diciendo que hubo acuerdo? Mujer de poca fe. —Me reí.

—¿No vamos a trabajar la semana que viene y además vamos a recibir otra paga extra más aparte de la de Navidad? —preguntó incrédula.

—Así es —afirmé hasta con la cabeza orgullosa de mí—. No es tan mala persona, mira que me invitó hasta a un café. Eso sí, no sonrío ni, aunque le enseñe una teta.

—¿Le has enseñado el pecho?

—Joder, qué cortita estás últimamente —negué riendo.

Capítulo 16



Aún no le había dicho a mi padre que la Navidad no la pasaría con él, pero no iba a ser la primera vez que eso sucediera, además, que, si yo le decía que no cenaba en casa, él se iba a la peña con sus amigos del coro rociero que celebraban allí esa noche con menús especiales y luego las copas.

Iba a hacerlo ahora mientras tomábamos el café, pero estaba tan quejica de nuevo rajando de mi hermana y de mi madre que pasé de hacerle comentario alguno sobre ello. Aún quedaba para eso.

Una vez más, la misma historia repetida, y eso que mi hermana decía que le vería más, pero es que me daba a mí en la nariz que mi madre no la quería cerca de nuestro padre. Era evidente que ella le seguía culpando por cómo se desarrolló el divorcio, un verdadero campo de batalla entre sus abogados y que acabó como el rosario de la Aurora.

¿Y cómo les decía a mis amigas que no estaría en Navidad? Eso es lo que llevaba verdaderamente mal, no poderles decir la verdad. Pero me debía a lo que iba a firmar hoy, puesto que la confidencialidad era una cosa muy seria.

Empezaba el jueves con un dolor de cabeza impresionante, pero la realidad es que me iba con ese hombre que tenía menos gracia que un gato de escayola y que en el fondo me ponía como una moto. ¿Para qué me iba a mentir cuando yo era consciente de la realidad?

Si le había dicho por activa y por pasiva que no iba a soportar estar en el mismo despacho que él, ¿cómo leches iba a aguantar unos días de viaje juntos? De esta venía dispuesta a que me encerraran en un manicomio, porque entre lo que me imponía su presencia y lo que me ponía... ¿En qué me había metido? Como diría Triana, que Dios me pillara confesada porque miedito me daba a mí acabar cayendo en sus garras.

Ya me imaginaba la escena, yo convertida en Caperucita y él en el lobo feroz que querría devorarme. Suspiré mientras aparcaba y salí del coche, lista para afrontar lo que se avecinaba, pero con unos nervios de narices, eso sí.

En la puerta del trabajo me encontré a Cora que al verme se echó a reír.

—Una semana libre y repaga. ¡Yo a ti te como! —gritó cogiéndome ambas mejillas.

—Eso es lo que quisieras. —Le hice un guiño.

—No te digo yo que no, pero es que te me resistes —suspiró—. Uy, mira, por ahí viene nuestro nuevo jefe favorito —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Calla, por Dios, que capaz es de arruinarnos lo logrado. Compórtate.

Nos quedamos allí quietas y de lo más formales esperando a que llegara a nuestra altura.

—Buenos días, don Ezequiel —dijimos al unísono.

—Julia, pásate ahora por el despacho —contestó sin darnos los buenos días, sin pararse y, menos aún, sin que se le escapara ni una media sonrisa.

¿Y me decía que estuviera tranquila delante de su familia? Es que veía yo que iba a estar igual de serio que siempre, que habría que torturarle para que soltase una risa y, seguramente que ni por esas lo haría. Madre mía, qué paciencia iba a necesitar para ese viaje...

—Ahora mismo voy, don Ezequiel —le respondí haciéndole una burla por la espalda.

Obviamente, quería que fuese a firmar el contrato de confidencialidad, pero eso era algo que no podía contarle a Cora.

—Ya te da órdenes como su secre que eres —dijo con una risilla la muy cabrita.

—Déjalo que se emocione, que nos dio la semana libre.

—Y la paga extra de las extras —repitió emocionada, no tanto como cuando le llegara, que iba a flipar en colores con la madre de todas las pagas.

Entramos en el edificio y vi que muchos de los otros compañeros ya empezaban a llegar, algo más temprano de lo que solía ser habitual en ellos, se veía que con las fiestas navideñas a la vuela te la esquina, todos querían dejar el trabajo listo antes de que llegaran las vacaciones.

Después de quitarme el abrigo y colgar el bolso, me fui a ver a mi novio por contrato, porque eso es lo que iba a ser, la novia falsa de mi jefe por unos pocos días. A quien se lo contara, que me iba a hacer pasar por la novia del serio de mi jefe con el encontronazo que habíamos tenido, pensaría que me había bebido una botella de tequila yo solita antes de aceptar.

La puerta estaba abierta y pedí permiso para entrar. Extendió su mano para que me sentase y puso el contrato en mi lado de la mesa. Comencé a leerlo y estaba claro, no era tonta y sabía lo que era la confidencialidad.

Dejaba claro que no podía, bajo ningún concepto, revelar que me había pagado por ser su acompañante. En caso de que contase cualquier detalle de lo que habíamos pactado, corría el

riesgo de que me despidiese sin ninguna indemnización, además de que podría exigir el pago de quince mil euros por incumplimiento de contrato. Como para decir un simple «ay», si me iba a sacar quince mil euros, vamos. Definitivamente, ni esta boca es mía pensaba decir, porque no iba a dejar que el Gran jefe de la tribu me arruinase. Así que firmé el documento y se lo pasé.

—Pues listo, ahora os enviaré el extra y te pasaré el enlace de la tarjeta virtual que tienes que escanear para que puedas comprar la ropa que necesites para esos días —dijo mientras cogía el contrato, ese que bien podría tener entre sus líneas una cláusula de que le estaba vendiendo mi alma.

—¿Salimos el veintitrés? —pregunté, solo para cerciorarme.

—Sí, te mandaré un mensaje para informarte a qué hora pasaré a recogerte.

—Vale.

—Gracias —murmuró mirándome fijamente.

—No hay de qué, don Ezequiel —sonreí levantándome y mientras me dirigía hacia la puerta me detuve y giré medio cuerpo—. Muy mal que hoy no me hayas invitado a un café. ¿No crees, amorcito mío? —dije poniendo un leve puchero, pero que, ni por esas el jodido de mi jefe sonrió.

—Puedes ir a la cafetería y cargarlo a mi cuenta —contestó mientras me miraba, porque algo que le caracterizaba era eso, que no me apartaba la mirada para dejarme claro que él tenía mucha más templanza que yo.

—Muy amable. ¿Pueden ser dos? Ya sabes que yo soy de las que miran por mis compañeras...

—Los que queráis.

—Se ha ganado mi simpatía —sonreí y me marché por el pasillo haciendo sonar mis zapatos.

Cora asomó la cabeza y le hice un guiño antes de llegar hasta ella y decirle que iba a por dos cafelitos que nos había invitado el jefe.

—¿Se la has chupado? —preguntó con los ojos abiertos.

—Dos veces, allí le he dejado con los ojos bizcos —sonreí haciéndole un guiño y seguí hacia fuera contoneando las caderas.

—Hija de la gran fruta, no te menees así que no respondo —resopló y me reí antes de salir por la puerta.

Pedí los cafés y Javier me los sirvió con esa sonrisa que le caracterizaba, nada que ver con el jefe. Cuando me los dio, volví hacia la empresa y los apoyé en una mesita que había junto a la entrada. En cuanto Cora me vio, salió a tomarlo y fumarnos el cigarrillo.

No se podía creer que don Serio estuviera tan flexible por conseguirme como medio secretaria.

—A ese tío lo tienes en el bote, amiga —dijo tras dar un sorbo al café mientras yo miraba hacia ningún punto en concreto.

—Puede ser, pero también puede ser que sea más listo que nadie y que siempre quiera conseguir su objetivo sin importar el precio. Tal vez me necesita como secretaria para que, cuando me pida algo, no tenga que lidiar con mis reproches. La verdad es que no tengo ni idea de lo que se le pasa por la cabeza a ese hombre.

—Por esa regla de tres, podía habérmelo pedido a mí. Vamos, que digo yo que le habría dado igual una que la otra, pero fue directo a pedírtelo a ti. —Se encogió de hombros.

—Por esa regla de tres, sabe que tú estás más puesta que yo en todo lo que conlleva la recepción por el tiempo que llevas y te necesita gestionando ese puesto. Yo soy una novatilla a tu lado, aunque tenga ya un caché de experiencia.

—Por lo que quiera que sea, salud. —Chocó su café con el mío—. Hemos ganado al Gran jefe de la tribu. Esto es una victoria en toda la regla para las recepcionistas más saladas de toda Sevilla —sonrió.

—Al final, no va a ser tan león como parece. —Me reí nerviosa porque ni yo misma sabía en el lío que me había metido.

Y de verdad, con solo pensar que iba a pasar las Navidades en Londres, fingiendo ser la novia de un millonario y con una familia que no conocía, me tenía que reír porque eso solo pasaba en las novelas o a mí, que tenía un imán para meterme en problemas.

Debería haberlo pensado mejor, o seguir diciéndole que no, pero al igual que Cora con ese pequeño cachorrito, percibí en el jefe un atisbo de necesidad y desesperación por haber hablado más de lo que debía delante de sus primos. Y, claro, esa bondad que a veces me caracterizaba había hecho acto de presencia, llevándome a actuar como Juana de Arco, lista para ofrecer mi ayuda en un momento de crisis.

Después de estas Navidades, estaba convencida de que terminaría en un manicomio, porque ese hombre me iba a volver más loca de lo que ya estaba, y la verdad es que lo veía venir, lo tenía claro.

Pasamos toda la mañana entre risas y buen rollo. Era como si Ezequiel ya no tuviera esa actitud hostil cuando se cruzaba con nosotras, ya sea cuando iba a tomar un café o para dirigirse a alguna oficina del edificio. Tenía que pasar justo por delante de nosotras para llegar al ascensor, y eso hacía que todo se sintiera más relajado.

Después de despedirme de Cora, me dirigí hacia mi casa, donde mi padre me esperaba con una deliciosa lasaña que había preparado. Esa lasaña era mi perdición, y es que mi padre tenía una mano especial en la cocina que podía hacer que cualquier plato fuera irresistible, como si

tuviera el poder de resucitar a los muertos con un solo bocado.

Durante la comida, mi padre me dijo que, si quería pasar la Nochebuena cenando con mi madre y hermana, no había problema, ya que él podía apuntarse a la fiesta con cena con los del coro. Le contesté que me parecía genial que hiciera eso, y que seguramente yo también montaría algún plan. Me vino de lujo, porque así no tenía que ser yo quien le tuviera que poner una excusa, de hecho, lo animé aún más de lo que ya estaba.

Estaba acostada en la cama descansando a mediodía, y no podía dejar de darle vueltas a la cabeza pensando en esa locura que había aceptado. La realidad es que me parecía toda una fantasía pasar tres días con alguien como Ezequiel, quien para mí era tan seductor, como misterioso. Sí, serio hasta decir basta, pero eso jugaba a su favor para parecer mucho más interesante.

Ahora solo me faltaba pensar una buena excusa para las niñas, esas que me iban a decir de todo menos bonita, pero ¿y lo bien que yo me lo iba a pasar haciendo tal locura? No podía ni imaginar cómo reaccionaría la familia al conocer a la pareja de Ezequiel, que en este caso era solo un capricho que no iba a durar más que el tiempo que durase ese viaje.

El caso es que solo me quedaba un día de trabajo antes de que empezaran mis largas y ansiadas vacaciones, aunque debo reconocer que en el fondo me daba un poco de cosita por no verlo la semana siguiente en los pasillos, aunque solo fuese para que me picara con sus comentarios. En el fondo estaba claro que a mí me iba la marcha y a él le ponía que yo le soltara una de las mías; si no fuera así, no habría seguido con la idea de llevarme solo para demostrarle a su primo que había tenido éxito con lo que le había dicho.

Hombres, pero en este caso algo me decía que no estaba tan por encima de mí como quería hacerme ver, al fin y al cabo, yo le había ganado el primer asalto. ¿O no? Ya se vería.

Capítulo 17



Los días habían pasado de lo más tranquilos, al menos en lo que a trabajo se refería porque no había ido, y todo gracias a don Ezequiel, que había tenido a bien darme la semana de vacaciones.

Vale, que las negociaciones a las que habíamos llegado le hicieron verse obligado a ello, pero que el hacerme pasar por su pareja delante de la familia tenía que verse compensando, y sí que lo había cumplido.

Vacaciones y paga súper extra en la cuenta, además de esa tarjeta con la que me fui de compras para todo lo que necesitaba para el viaje a Londres, tal como él había pedido.

Y lo guapa que me veía yo con mis nuevas adquisiciones, casi como si fuera una modelo lista para la pasarela. La única cosa que me faltaba era salir en las portadas de las revistas de moda más famosas del mundo.

Sñar es gratis, ¿verdad? Así que imaginaros lo feliz y emocionada que estaba por mis vacaciones y ese extra de Navidad que me cayó como si fuese un premio de la ONCE. No podía evitar sonreír aún más.

Cora también tuvo su paga y me mandó un mensaje cuando le llegó, más bien era una foto suya que se había hecho desmayada en el suelo, me reí porque sabía que era por lo de la extra y claro, no tardó en llamarme y preguntar si eso era verdad y o lo había soñado. Además de que le surgió la duda de si era una trampa y debería devolverlo después en cómodos plazos.

Para matarla, pero ella era así.

Esos días también había aprovechado para ver a mi madre, bueno, en realidad solo fue una vez y porque me pasé por la peluquería para un saneado rápido de cabello, que tenía un viaje a Londres para conocer a la familia de mi novio por contrato y debía dar buena impresión.

Y ahí que fue ella a decirme que ese año debía pasar las fiestas con ella y Jorge, así como con mi hermana y mi cuñado, que ya estaban deseando que llegaran unas fechas tan señaladas.

Me extrañaba un poco que Nuria y Rubén dijeran aquello, más bien era cosa de mi madre que, como todos los años por estas fechas, nos empezaba a decir que no había nada como celebrarlas

en familia, pero claro, eso para ella era dejar a mi padre solo en casa.

Este año no iba a estar con ninguno de los dos; a ella le dije que tenía otros planes y a mi padre pues lo mismo, dado que él se iba a celebrar esos días con los amigos. Me pareció genial, porque yo también tenía mis propios planes.

Otro cantar era decírselo a las chicas, a ver qué me inventaba yo para que no me anduvieran preguntando mucho, porque no podía contarles absolutamente nada relacionado con el viaje y los motivos de este junto a Ezequiel.

Así que, o me ponía mala justo después de la Lotería de Navidad y les decía que había pillado una gripe que me tenía por los suelos, y que no podía salir de casa y que ni se les ocurriera venir a verme, o que me quedaba haciendo compañía a mi padre.

Estaba en tal encrucijada en ese momento que no sabía qué decirles, pero es que algo se me tenía que ocurrir.

Había llegado a pensar en decirles que había cogido el coche para hacer unas compras de última hora en cualquier sitio no muy lejos de Sevilla, pero que el coche me había dejado tirada y que por donde estaba y las fechas que eran, no había ni una grúa de asistencia disponible para ayudarme y llevarme de vuelta.

Pero esas dos serían capaces de cogerse incluso una bicicleta para venir a buscarme, así tardaran dos días en llegar a mí.

Y aquí estaba ahora, un par de días antes del viaje con mi jefe, con la maleta hecha y guardada bajo la cama para que mi padre no la viera, a punto de ver a mis chicas para tomarnos un café en esta mañana de diciembre que, aunque fresquita, se podía estar en la terraza de la cafetería con las estufas.

Era el turno de descanso de Triana y no vi mejor momento que este para verlas a las dos y decirles que no iba a estar con ellas esa Nochebuena. Después de darle muchas vueltas, si les decía que estaba con un gripazo fuerte, conociéndolas como las conocía, sabía que acabarían por presentarse en mi casa con sopitas de pollo y pastillas, vamos que si eran capaces.

Estaba en la terraza con el café recién servido y un cigarrillo, cuando apareció Cora con el cachorrito.

—Ay, por favor, pero qué monísimo va —dije al verlo, caminando tan feliz con uno de esos jerséis para perros en azul cielo con topitos blancos.

El pequeñajo se levantó sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en mi pierna, mientras dejaba salir esos pequeños ladriditos y movía la cola de felicidad.

—Mira cómo te reconoce. —Rio Cora.

—Ven aquí, cosita. —Lo cogí en brazos y lo senté en mis rodillas, donde se acurrucó de lo

más feliz mirándome—. Pero qué guapo te ha puesto Cora, ¿eh? Tú hoy, ligas, que lo sepas. —
Le rasqué en la cabeza.

—No liga la madre, va a ligar él —dijo ella volteando los ojos mientras se sentaba.

—Le veo un poquito más grande que cuando lo encontramos.

—Sí, y no veas cómo come el jodido, que se le hincha la tripa que parece un globo.

—¿Qué tal las vacaciones? —pregunté mientras llamábamos a la camera, que no tardó en venir y Cora le pidió un café.

—Descansando y paseando a la pulguita esta, que me tiene enamorada —sonrió—. ¿Y tú?

—Pues mira, parando en casa lo justo por las compras, viendo a mi madre, hablando con mi hermana y planeando las Navidades.

—Que ya no queda nada para nuestra fiesta de Nochebuena. —Dio una palmada.

—Ya estoy aquí. —Nos giramos al escuchar a Triana—. Creí que no llegaba, en serio. Está la tienda estos días como si fuera a llegar el fin del mundo.

—Ese ya pasó, que lo predijeron los mayas hace tiempo, pero no se acabó —dijo Cora.

—Pues hija, a la tienda viene todo el mundo buscando lo mismo, y es un caos. Que no queda más que una prenda de una talla en concreto, a quejarse y decir que una lo vio antes que la otra. Ay, si me toca mañana el gordo, compro la tienda y monto una pastelería —suspiró.

—Y digo yo, ¿no sería mejor que le dijeras a la jefa que te despides y montaras la pastelería? —preguntó Cora.

—A ver, a ver, para empezar —dije acomodándome en la silla— ¿qué sabes tú de pastelerías?

—Lo justo para mandar la ropa al carajo y cambiarla por pasteles, bollos y tartas.

—Sí, vamos, que te ibas a poner las botas probando los pasteles y demás mientras se prepararan, y te comerías más de uno. —Reí.

—Y más de dos, que anda que no es golosa la niña. —Rio Cora.

—Pues no tendréis desayunos gratis en mi pastelería, que iba a tener cafetería y todo, hala, a seguir pagando los desayunos.

—Ya me ha dado hambre la muy cabrita —resopló Cora.

—Pero hambre de hambre, o de que te la comerías a ella. —Reí.

—Julia, por Dios —protestó Triana.

—Las dos cosas, las dos cosas. —Rio de nuevo Cora.

Pedimos unas tostadas para acompañar a los cafés y Pulga seguía en mis piernas, tan cómodo estaba, que se había quedado dormido.

—Quería hablar con vosotras —dije poco después y las dos me miraron con el ceño fruncido.

—Hija, si lo dices con esa cara...

—Tranquila, Triana, que no es nada grave.

—¿Entonces? Por qué tienes una cara de pena que mejor ni te mires en un espejo —me dijo Cora.

—Ya sabéis que mis padres parecen tener una guerra constante a ver quién pasa más tiempo con mi hermana.

—¿Todavía andan así? —preguntó Triana, que era la que más años llevaba en mi vida y que sabía de sobra esto que les contaba.

—Sí, todavía. —Volteé los ojos—. El caso es que mi madre ya nos ha organizado todo, y, como de costumbre, mi hermana que la quiero un montón, pero que no abre los ojos a lo que pasa, va a ir a pasar todas las cenas y comidas con ella, y mi padre...

—Si tú no estás, se queda solo y tirado como un trasto viejo en un rincón. —Acabó Triana por mí.

—Sí. Así que este año lo siento, pero me quedo con él, que verle así tan decaído es que me puede. —Y era cierto, pero que como mi padre se iba con los amigos pues yo me podía ir de viaje con mi novio por contrato.

—Yo te entiendo, porque si tuviera hermanos y estos se decantaran por uno de nuestros padres y no por el otro, pues yo sí que me iría con el que se quedase solo —dijo Cora.

—A ver, cariño, que es tu padre, es normal que no le quieras dejar solo en estas fechas —añadió Triana—. Y te lo he dicho muchas veces, tu hermana es que se deja influenciar mucho por tu madre, que es muy cuca y sabe cómo llevarla a su terreno.

—No es solo eso, es que yo tengo una teoría, pero hasta que no hable con mi hermana en plan tranquilo y sin la sombra de mi madre merodeando, pues no quiero anticiparme a los acontecimientos.

—Yo lo que creo es que tu madre es una cabrita, con perdón y todo el respeto —comentó Cora con las manos en alto—. Pero es que es como los niños chicos, o sea. Si tú tienes posibilidad de tener este juguete, pues te jodes porque me lo llevo yo.

—Básicamente, así estamos —suspiré—. Si es que puedo entender que acabaran mal con el divorcio y ella se enfadase, pero ¿meternos a nosotras? No es normal, que mi padre se ha desvivido siempre por las dos.

»Y sí, a mí me da dolores de cabeza con eso de que no ve a mi hermana y que, si le da plantones y demás, pero no deja de ser mi padre y entiendo que nos quiera ver a las dos por igual, que yo vivo con él y mi hermana no pisa por la casa ni para tomar un cochino café con él.

—Yo solo digo que, no estamos aquí eternamente, por desgracia en la vida estamos de prestado como quien dice, y el día que tu padre falte, Nuria se va a dar cuenta cuando le eche de menos de las veces que pudo verle y no lo hizo —dijo Triana.

—Es lo que yo veo, y quiero hacerle ver a ella, pero sin que mi madre esté por ahí merodeando como una mosca, que he llegado a pensar que nos tiene pinchados los teléfonos a los tres —resoplé.

—Me meo. —Rio Cora—. Mira que si tu madre es una poli infiltrada haciéndose pasar por peluquera.

—Joder, pues lleva así toda la vida. —Rio Triana.

—Madre mía, no me hagáis reír que se me cae Pulga. —Agarré al cachorrillo mientras me doblaba.

—Pero te las estás imaginando —dijo Triana.

—Es que imaginar a mi madre con esa doble vida, es muy fuerte. Lola, peluquera de día, agente de policía *apatrullando* la ciudad, de noche. —Reí.

No era el caso, pero desde luego que capaz de tenernos pinchados los teléfonos a los tres, sí que era mi madre, que menuda era ella.

Terminamos el desayuno, nos despedimos quedando en desearnos feliz noche y esas cosas que se hacían en Nochebuena, al igual que felicitarnos el veinticinco por Navidad, y me fui para ultimar unas compras antes del viaje pues, aunque no fuera a estar con mi padre, sí quería dejarle un detalle para que abriera en Navidad.

Capítulo 18



Y llegó el día, ese que si me hubieran dicho alguna vez que iba a llegar, me habría reído hasta la saciedad diciendo que haría ese viaje en el caso de que estuviera loca, pero de atar.

Porque ¿quién en su sano juicio habría aceptado un viaje para pasar las fiestas navideñas, esas donde compartir con la familia la alegría y la felicidad, hartarse a marisco, a jamón, a carne asada y dulces como el turrón, con su jefe?

Yo, si me lo hubieran dicho unas semanas atrás, habría jurado que no me iría a ese viaje con él. Y en cambio aquí estaba, vestida y tomándome un café aprovechando que mi padre se había ido a desayunar con los amigos.

Mientras esperaba, me llegó un mensaje de mi hermana preguntando si iba a ir a cenar al día siguiente a casa de mi madre. Qué pereza me daba tener que contestarla, pero tenía que hacerlo.

Así que le dije que no, que me quedaba en mi casa tan a gusto comiéndome unos langostinos, el asado y de postre, un buen trozo de brazo de Navidad con su trufa de relleno y el chocolate por encima.

No tardó en decirme que debería ir con ellos, que eran unas fechas para pasar en familia, y aquello sí que me removió, y le dije que, si eso eran, no entendía por qué no las pasaba en casa con nuestro padre.

Y ahí quedó zanjada la conversación, señal de que yo tenía razón en lo que decía y que ella no quería hablar más de esos desplantes que le hacía a su propio padre.

Recogí todo, me puse el abrigo y cogí mis cosas para salir a la calle a fumarme un cigarrillo, y mientras lo hacía, me vino a la cabeza aquella famosa canción de Sara Montiel, y mientras fumaba la iba cantando mentalmente y sonriendo al tiempo que negaba.

«Fumando espero, al hombre que yo quiero...»

Si es que estaba medio loca, de aquí al manicomio tenía un pasito, estaba claro, y ese era el viaje que tenía aún por delante.

Esperaba en la esquina de mi casa a que llegase Ezequiel a por mí y miraba de un lado a otro a cada poco, hasta que apareció justo cuando el reloj marcó las diez en punto de la mañana, hora en la que habíamos quedado.

Pues ahí íbamos, a enfrentarnos a un contrato firmado en el que yo debía fingir ser lo que no era, y esperaba que él, al menos, me pusiera las cosas fáciles. Y si el día anterior había tenido unos nervios que para qué, ahora que le veía tan cerca no quería decir cómo los tenía.

Hecha un flan sonreí nerviosa como estaba y esperé a que se bajase del coche. Por favor, ¿cómo podía este hombre ser tan serio y a la vez, verse tan guapo? Eso debería estar prohibido, tendrían que obligarle a sonreír, aunque solo fuera un poco.

—Buenos días, Ezequiel —dije evitando el tratamiento de don por cortesía, pero que no se me acostumbrase que seguía siendo mi jefe.

—Buenos días, Julia. —Creo que era la primera vez que me los daba. No empezábamos mal el día.

Cogió mi equipaje y lo metió en el maletero de su coche junto al suyo. Me abrió la puerta del copiloto y sonreí mientras le daba las gracias. La cerró para dirigirse hacia su asiento y sentí que iba dentro de un avión antes de tiempo. En mi vida había visto un vehículo con tanta pantalla y detalles.

—¿Quieres que ponga alguna música en especial? —me preguntó antes de comenzar a conducir.

—Me gusta Camela —contesté con guasa para ver si ponía algún gesto con su cara.

—Me lo temía.

—¿Algún problema? —Tragué saliva para evitar reírme.

—Ninguno, mientras no te dé por cantarlo en estos días...

—¿Y si lo hago?

—A mí me dará por otras cosas que quizás a ti te molesten.

—Don Ezequiel, con todos mis debidos respetos —comencé de lo más formal y con la mano en el pecho, pero solo para que pensara que iba a serlo—, casi todo de ti me molesta.

—¿Tan importante soy para ti?

—¿Cómo puedes ser tan engreído? Señor, no he conocido a un hombre igual en mi vida, ese complejo de ombligo del mundo es para hacértelo mirar —resoplé.

—Camela —dijo tras pulsar un botón y comenzó a sonar *Lágrimas de amor*. Claramente,

ignoró mi pregunta y mi comentario, y prefirió complacerme. Buena cosa había hecho, iba a conocer a mis verdaderos pulmones.

—*Sueño contigo, ¿qué me has dado?* —Me uní al estribillo cantando con la misma efusividad que lo hacía en mi coche.

Por primera vez, noté una leve sonrisa que contenía una risita escondida de esas que no quieres que salga y la retienes a toda costa. Lo miré para observar por unos segundos su perfil más desconocido para mí, a todo esto, sin dejar de cantarle, porque lo hacía descaradamente para él.

Y si me hubieran dicho que el hombre que tenía al lado era el maniquí de un escaparate, no lo habría dudado ni una sola vez. Qué seriedad tenía y qué poquito se expresaba, por Dios.

—Una nada más —murmuró sin mirarme mientras conducía.

—Pero si esto da vida, anima hasta a un muerto como tú —dije sin dejar de moverme.

—Vaya por Dios. —Carraspeó y me dio la impresión de que estaba mostrando un poco de su verdadera naturaleza, demostrando que tenía un poquito de sangre en las venas. No quería creer que fuese así con todo el mundo y que no mostrara ni la más mínima simpatía—. ¿Y qué te hace pensar que soy un muerto?

—No sé, pero es que no expresas nada, ni para lo bueno ni para lo malo, eres el hombre más frío que he conocido. —Apreté los dientes—. Digamos que no eres de los que se te ven venir de frente, bueno ni de ningún lado. ¿Te has reído a carcajadas alguna vez?

—A menudo —contestó y giré el cuello de tal modo que no sabía cómo no se me había hecho una contractura.

—Pues no será con nosotras y mira que somos unas recepcionistas de lo más graciosas, que otras así no has tenido el gusto ni el placer de conocer.

—Madurar es entender que no puedes reírte con cualquier persona.

—Somos tus recepcionistas. ¿Te parece poco?

—Mi asistente personal, recuerda.

—Que suena mejor que secretaria... —murmuré aguantando la risilla— Te compro lo de que no haya que reír con todo el mundo, pero ¿también hay que seleccionar a quién regalar una mísera sonrisa? Porque, perdona la sinceridad, pero eso es de ser un poco malo.

—Claro que sonrío, pero no falsamente, no siempre se puede estar sonriendo. Todo tiene su momento.

—Y lugar, te faltó decir —sonreí.

—Exacto.

—Pero ¿eres así de nacimiento o te hiciste con esa madurez de la que hablas? Solo es por curiosidad.

—¿Cuántas veces has mojado las bragas pensando en mí? —Puso su mano en mi entrepierna y cogí una bocanada rápida de aire de la impresión que me había dado ese acto. Qué manera de cambiar de tema.

—Ezequiel, por Dios que reírte no te ríes, pero directo eres mucho —contesté temblorosa mientras sus dedos se aproximaban a mi zona, y yo, no tenía escapatoria ni sabía ni dónde meterme, pero es que hasta paralizada me había dejado con esa reacción y movimiento rápidos que no esperaba, ni mucho menos.

—No somos tan diferentes, tú también esquivas mis preguntas. —Me rozó suavemente con sus dedos por encima del pantalón y sentí un cosquilleo que no sabía si eran las mariposas esas revoloteando en bandada en mi estómago, o directamente casi un orgasmo.

Volvió a poner la mano en el volante y me dejó más callada que en misa. Lo que más rabia me daba era que había dejado que lo hiciera, pero claro, la realidad es que cualquier tipo acercamiento por su parte me atraía, aunque fuese de esa manera. Tenía por delante tres días de infarto. ¿Quién me había mandado meterme en esta situación?

Pues yo solita, quién si no, que nadie más sabía de esta locura a la que me veía siendo llevada porque si lo contaba, me costaría un pastizal. Pero ya no solo era eso, sino que si se lo hubiera dicho a Cora y a Triana se habrían quedado las dos alucinadas, y así seguirían aún hoy en día, estaba segura.

El resto del camino, lo pasé tratando de calmar esos nervios que seguían bien agarrados a mí, porque ese hombre me hacía sentir en ese estado con su sola presencia y era algo que no podía evitar por más que lo quisiera.

Llegamos al aeropuerto y lo seguí como la azafata que sigue al comandante. Ni pasamos las maletas por facturación, solo por el escáner de seguridad y nos fuimos directamente hacia la zona de embarque que parecía el pasillo del miedo, no había nadie.

No tardé en darme cuenta de que era normal, ya que íbamos en un vuelo privado. «¡Ole el glamur de mi jefe!», me grité interiormente a mí misma.

Las azafatas nos dieron la bienvenida y se dirigieron a él por su nombre, por supuesto con el señor delante.

Nos acomodamos en los asientos y no tardamos en coger la pista para despegar. Tal y como lo hicimos, nos trajeron un desayuno que ni en el mejor de los bares. Así volaba cualquiera cómodamente...

—¿Has alquilado el avión, jefe? —pregunté arqueando la ceja, porque entonces era lo que me

faltaba para terminar de alucinar en colores.

—A partir de ahora dirígete a mí como Ezequiel —murmuró—. Se supone que eres mi prometida. Y el avión es mío.

—Unos tienen una Vespa, otros un coche y mi futuro esposo un avión. Al menos he tenido muy buen ojo eligiendo —bromeé haciendo un guiño y él tragó saliva. No quería desprender ni la más mínima risilla, pero algo le causaba—. Por cierto, ¿hacemos un trato?

—Sorpréndeme con tus brillantes ideas. —Carraspeó.

—Bebe agua —le dije por ese rugido que había hecho.

—Dime. —Ignoró mi ironía.

—¿Qué tal si te esfuerzas un poco más en ser simpático conmigo y yo me comprometo a serlo con todos los de tu familia? Esos a los que, por cierto, debo impresionar. Porque en el contrato se especificaba cómo debía comportarme contigo, pero no con ellos, y aunque no tengo un título en Derecho, tampoco soy tonta.

—Dijimos que estarías amable con todos —contestó tras dar un sorbo al café mientras dejaba la taza en la mesita.

—¿Está en el contrato? —Arquee la ceja y volteó brevemente los ojos—. Se siente. —Me encogí de hombros y a él le salió una leve sonrisa—. Comenzamos a entendernos, Ezequiel. —Le di un codazo y de nuevo volvió a esa leve sonrisa mientras negaba poniendo cara de resignación.

Algo me decía que una pizca de simpatía debía de tener, aunque fuera mínima, y yo me iba a encargar de descubrirla, como Julia que me llamaba.

Anda que no le quedaba nada, él era quien me quería como compañera de este viaje, que yo no lo había pedido de primeras, y todo por una metedura de pata por *bocachancla*, como habría dicho Triana, delante de sus primos. Pues como decían en mi casa, ajo y agua.

—¿Has estado alguna vez en Londres? —Curioseó.

—No, es la primera, pero estoy segura de que me encantará conocerla de tu mano. Estos días he mirado por Internet y si en fotos me ha gustado, en vivo será otro nivel —sonreí.

—¿Y qué te hace pensar que vayas a salir del apartamento más que para la reunión familiar? —Arqueó la ceja.

—¿Apartamento? —Fruñí el ceño—. Pensé que íbamos a un hotel. Por cierto, ¿me has traído a Londres para tenerme encerrada? ¿Y tú moviéndote libremente? Me niego, eso no estaba en el contrato.

»Ni que fuera yo una reclusa que no pudiera ni ver la luz del sol, vamos. Que no, que no,

que sola, encerrada y sin llave no me dejas, ya te lo digo yo, don Ezequiel —murmuré esto último y negó.

—Estarás conmigo todo el tiempo...

—¿En el apartamento? ¿Los dos? ¿Solos? Qué emocionante va a ser, don Serio y doña Divertida. Qué bien nos lo vamos a pasar —ironicé.

—Quizás se te hagan inolvidables...

—Eso seguro, para bien o para mal, a mí no se me olvida esto en la vida. —Me reí.

Porque no, desde luego que no se me olvidarían estas Navidades, en las que accedí a irme de vacaciones con mi jefe el Serio.

Después de desayunar, me puse a ver una película que no debí aguantar mucho porque me quedé dormida. Fue cuando íbamos a aterrizar que Ezequiel me indicó que íbamos a tomar tierra y que tenía que ponerme recta.

—¿Qué pasa que un avión privado no puede aterrizar con una descansando? —pregunté, y la azafata que me escuchó no pudo reprimir una risita. La miré sonriendo.

Aplaudí al comandante cuando tomamos tierra y ahí sí que Ezequiel esbozó una ligera sonrisilla.

—¡Has sonreído! —Abrí la boca mirándolo incrédula.

—Tienes cada cosa... —negó.

—Si al final te voy a caer bien y todo, amor mío. —Carraspeé haciéndole un guiño y le vi mover las cejas como resignado—. No hagas eso, que tenemos que acostumbrarnos a llamarnos de manera cariñosa. ¿O en vez de amor mío prefieres, osito? Seguro que a tu familia eso le parece de lo más adorable —sonreí.

—Por Dios —volvió a negar, y ahí vi de nuevo esa leve risilla.

Capítulo 19



Salimos de la terminal y tomamos un taxi que nos llevó hasta la dirección que él había indicado. Al llegar, el portero se dirigió a él por su apellido, llamándolo señor De Alba, así que deduje inmediatamente que se trataba de su propio apartamento y no de uno que hubiera alquilado.

—¿Vivías aquí cuando estuviste en Londres? —pregunté para confirmar mis suposiciones.

—Sí, es mi residencia en la ciudad.

—Qué bonito tener tantas casas por el mundo —murmuré sonriendo con ironía y de nuevo una leve sonrisa apareció en su cara—. Al final terminaré cayéndote bien, es que lo veo. —Apreté los dientes mientras le señalaba.

—Pasa —dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Al abrir la puerta del apartamento, un suave aroma a azahar me envolvió de inmediato, llenando mis sentidos con su fragancia. Se notaba que alguien había limpiado, dejando la casa de lo más perfumada para su llegada.

Lo que más llamó mi atención fue lo impecablemente perfecto que lucía todo, con un diseño abierto que predominaba en la mayoría de los espacios, menos en los dos dormitorios y el baño. Todo era blanco y minimalista, creando una atmósfera de calma y elegancia. Las cristaleras a media altura en la cocina permitían que la luz natural entrase a raudales dando una luminosidad increíble.

Me enseñó las dos habitaciones, cada una con su propio baño. La diferencia era que la suya contaba con un vestidor, mientras que la otra tenía un armario empotrado.

Coloqué mis cosas en esa habitación para invitados que me había asignado, y aun estando ahí, seguía sin poder creerme que de verdad hubiera accedido a acompañarlo a este viaje.

Se notaba que tenía todo a capricho, hasta esta habitación que parecía una pequeña *suite* de hotel, y qué decir de las vistas que había desde mi ventana.

Sonreí mientras pensaba que, si por un casual quería volver a contratarme como novia por contrato unos días para el cumpleaños de algún familiar, no le iba a decir que no, que estaría encantada de amanecer con esas vistas cada mañana.

Terminé de dejar todo colocado y luego me fui a la cocina donde ya estaba él tomando un zumo. A mí me había servido otro. Sobre la mesa, una tabla con algunas piezas de fruta cortadas perfectamente y listas para comer.

—¿De dónde salió la fruta? —pregunté cogiendo un trozo de manzana, y en cuanto di el bocado sonreí al saborear lo dulce que estaba.

—Me han dejado la compra hecha antes de venir. Tengo una persona de confianza que se encarga de limpiar el apartamento y solventar mis necesidades.

—¿Te puedo preguntar algo?

Le había dado muchas vueltas a lo que estaba a punto de decir, era algo que me rondaba en la cabeza, especialmente durante mis días de vacaciones, donde él, sin estar físicamente, había estado muy presente.

—Inténtalo —dijo con esa mirada que no dejaba lugar a las dudas, y era la de que, si le cuadraba la pregunta me daría una respuesta y, si no, me quedaría las ganas de saber.

—El día que te chocaste conmigo y me tiraste el vino, no fue casualidad ¿verdad?

—No, no lo fue —respondió mientras se alejaba y miraba por la ventana—. Ni tampoco el líquido que te vertí era vino, ni siquiera tuvieron que lavar tu abrigo, ya que solo era cuestión de tiempo para que se secara. Ni estás aquí porque mi primo hiciera ese comentario...

—¿Entonces? —pregunté, completamente confundida, ya que eso sí que no me lo esperaba. El simple hecho de que no había sido una casualidad el que se hubiera chocado conmigo me dejó pensando, porque de algún modo, tenía la sensación de que me había visto antes de la fiesta y que, quizás, solo tal vez, había algo en mí que lo había atraído.

—Te juré que un día querías pasar la Navidad conmigo —dijo sin mirarme, y por un segundo pensé que la noche que nos conocimos me hubiera dicho aquello pero que, si fue después de beberme hasta el agua de los floreros, ni me acordaría.

—¿De qué me estás hablando? —interrogué con el ceño fruncido sin entender nada, ni una sola palabra, porque no, yo no había estado con él en aquella fiesta más que cuando chocamos y, después, las veces que nos vimos de lejos.

—Hace ocho años...

¿Ocho años? ¿Por qué me hablaba de una época en la que ni sabía quién era? No entendía nada, por mi madre que no estaba entendiendo nada de lo que pasaba en este momento.

—¿Qué pasó hace ocho años, Ezequiel? —pregunté dando unos pasos, pero me detuve.

—Estabas en el cotillón de *Laranda* con Triana, apenas tenías diecinueve años...

—Lo recuerdo, fuimos porque la invitó un chico con el que estuvo liada un mes, era mayor que ella.

—Era mi amigo...

—No. —Abrí los ojos ante esas palabras, notando cómo el pecho me iba a mil por hora y fragmentos de aquella noche, ocho años atrás, venían a mi mente—. No, no, no puede ser...

—Intenté ser simpático y atento contigo...

—¿Qué te ha pasado para que cambies tanto? —pregunté cortándole de nuevo, y recordé que le había dicho que mi amiga sí saldría con el viejo de su amigo, pero que yo jamás estaría con él, en la vida. Eso lo enfureció tanto que me contestó...

—Te dije que algún día, tú y yo pasaríamos una Navidad...

—...juntos. —Terminé de decir y me llevé la mano a la cara recordando la carcajada que me entró.

¿En serio esto estaba pasando? ¿De verdad tenía delante de mí a aquel hombre? Es que debía ser una broma, vamos, esto era una broma que me estaba queriendo gastar.

—Aquí estás y si quisiera, este viejo ya te habría mojado hoy en día las bragas —repitió con seguridad.

—No fue casualidad que me cogieran en tu empresa, ¿verdad?

—Claro que no, nunca enviaste tu currículum. Simplemente aceptaste al ser llamada porque lo habías dejado *online* en muchos sitios.

—Ezequiel, ¿por qué lo has hecho? —le pregunté, completamente aturdida, ya que no lograba comprender la situación. Era incapaz de asimilar que aquel hombre del pasado era el mismo que ahora me tenía aquí, en su apartamento en Londres. Me había traído con una mentira, porque era lo que había hecho, mentirme a la cara para que aceptase acompañarle.

—Pensé que el día del encontronazo me ibas a reconocer, pero vi que seguías siendo la misma borde que conocí un día. —Se le escapó una sonrisilla más fuerte de las que había echado hasta ahora y consiguió que yo también me riese.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Que reconsideres cada una de las palabras que dijiste aquella noche.

—Pero a ver. —Estiré las manos viendo que venía hacia mí y con una sonrisilla sostenida en su cara—. ¿Hay cena con tu familia o no la hay? ¿Me has pagado por pasar la Navidad para demostrarme aquello que me dijiste hace años? ¿En serio eres así de rencoroso?

—Cada tres años, hay una paga especial en la empresa por los beneficios, así que no pienses que sois las únicas que lo habéis cobrado. —Se echó a reír y juro que me enamoré por completo de esa preciosa sonrisa que hizo que yo también soltase la carcajada de mi vida.

—¿Me has dado coba con el contrato de confidencialidad?

—Totalmente.

—¿Y por qué todos te toman por serio?

—Porque así soy en el trabajo. ¿Cómo se puede gestionar una empresa de este tipo tratando a los empleados como colegas? Para eso están ellos mismos. Aunque, está claro, que Tomás con vosotras dos es la excepción.

—Me estoy quedando muerta... —Me llevé la mano a la frente y negué riendo— Me has hecho mentir a mis amigas y a mi padre...

—Eso es asunto tuyo, solo te dije que no podías hablar del pacto de la cena y lo que te había propuesto, en ningún momento te dije que no pudieras decir que venías conmigo.

—¡Eres un estúpido! —Le tiré un trozo de plátano a la cara pero que esquivó entre risas con una destreza que, ni en *Matrix*, vamos.

—Pero me he salido con la mía. —Me señaló con el dedo.

Resoplé negando y no sabía si sentirme afortunada, manipulada o lo que quiera que fuese, pero la realidad es que me sentía sorprendida y especial por lo que había movido para traerme junto a él.

—Lo de las bragas me dejó traumada que lo sepas —murmuré mientras veía cómo se acercaba a mí.

—¿Y lo bien que te lo has pasado echando cojones a tu jefe en el trabajo?

—No, no puedo verte hablar así con esa sonrisa, no puedo. —Me puse las manos en la cara y él me las quitó pegándose a mí.

—Y ahora. —Puso sus manos en mis caderas apoyándose en el filo de la encimera y pegándose a él—. ¿Quieres pasar esta Navidad conmigo o me vuelves a rechazar y te llevo de vuelta a casa?

—No se me ocurriría volverte a negar en mi vida, no quiero ni imaginar qué me depararía de sufrimiento la próxima vez —dije recordando todo lo que me había hecho pasar en el trabajo,

pero a la vez riendo porque me sentía como si fuera la protagonista en una de esas comedias americanas.

Sin pensarlo dos veces, se acercó a mis labios y nos entrelazamos de una forma que daba la impresión de que habíamos estado esperando este instante toda una vida.

Temblé y me estremecí ante aquel beso, uno que fue tan inesperado como deseado, porque no iba a mentirme a mí misma, ese condenado jefe mío me había cautivado desde el primer momento. Esto me hacía preguntarme por qué en aquel entonces no me atrajo, aparte de que nos separaban doce años de diferencia, como era obvio.

Me elevó con fuerza hasta sus caderas y me sostuvo así por unos minutos, mientras no dejábamos de sonreír y nuestros labios se devoraban con pasión. ¿Cómo era posible que momentos así sucedieran en la vida real? Y lo más sorprendente, ¿cómo podía ser yo la afortunada de vivir algo así?

No sabía cómo explicar en este instante lo que sentía, lo que en sus brazos don Ezequiel de Alba me estaba haciendo sentir, pero había algo en lo más profundo de mí que me decía que siempre estuvo ahí, desde aquel encontronazo, desde el instante en el que sus ojos verdes se anclaron en los míos y me dejaron sin aliento, desde que el tono de voz con el que susurró aquellas palabras se quedó grabado en mi mente.

—Vamos a pasar las mejores navidades de nuestras vidas —dijo acariciando mi mejilla y haciéndome un guiño.

—Yo esto se lo tengo que contar a las chicas.

—No hay nada que te lo prohíba... —Me apretó la nalga.

—Y una cosa, ¿en qué me repercutirá esto en mi trabajo? A ver si después de las navidades me das una patada en el culo en todos los sentidos.

—No soy como tú —susurró con un tono provocador, dejando escapar una risa juguetona—. Te puedo garantizar que me puedes durar toda la vida, porque una vez que mi corazón comienza a latir por alguien, nunca deja de hacerlo. ¿O acaso no te has dado cuenta?

No podía estar diciendo, lo que yo creía entender que estaba diciendo. No, no me acababa de decir entre líneas que se había pasado los últimos ocho años desde que nos vimos por primera vez, recordando no solo el modo en el que le rechacé por viejo, sino pensando en mí, es que no podía ser.

—¿Me estás diciendo que llevas todos estos años pensando en mí? —Fruncí el ceño.

—Amándote en cada uno de mis pensamientos.

—Venga, ya vale, ¿dónde está la cámara oculta? —pregunté mirando alrededor y le escuché reírse, una risa que desde luego era la mejor de las melodías a esas alturas de mi vida— Que

salgan, que me den ya mi ramo de flores y me pongan en la espalda el monigote ese del programa *Inocente, Inocente*, porque está claro que esto es una cámara oculta.

—No hay cámaras, Julia —sonrió.

—¿Puedes decirlo otra vez? —Le miré notando un no sé qué en el pecho...

—Que, no hay cámaras.

—No, no, eso no. Lo otro.

—¿El qué?

—Mi nombre, jefe, que digas mi nombre.

—Julia —dijo con una sonrisa.

—Se me hace raro, pero suena bien, jefe.

—¿Qué te he dicho en el avión? —Arqueó la ceja.

—Qué sé yo, me has dichos tantas cosas...

—Que no me llames jefe, que me llames Ezequiel.

—Es que me va a costar, ya sabes, me he acostumbrado a llamarte jefe, don Ezequiel, señor Serio, frío como el hielo...

—Vale, vale, que me hago una idea. —Rio con una carcajada.

—¿Con lo bien que suena por qué no te reías? Mira que eres —suspiré.

—Di mi nombre, Julia.

—Si ya sabes cómo te llamas. —Volteé los ojos.

—Quiero oírtelo decir. —Me dio un apretón en la nalga.

—Señor De Alba.

—Mi nombre, Julia, di mi nombre. —Me mordisqueó ligeramente el labio.

—Ezequiel —dije mirándole a los ojos y fue como si cada una de las letras de su nombre saliera como una caricia de mi boca.

—Te aseguro que vas a decirlo más a menudo de lo que crees en estas Navidades —murmuró.

—¿Eso es una amenaza, jefe, don Ezequiel? —Arqueeé la ceja y volvió a reír.

—No, eso es una promesa que te hago aquí y ahora. —Me acarició la mejilla y volvimos a besarnos con esas ganas nuestras.

Cuando pasan estas cosas y te dicen eso, es como si una parte de ti no se lo llegase a creer del todo porque no se está preparado para algo así. Eso me pasaba con Ezequiel que me parecía tan de cuento de hadas todo, que me daba miedo despertarme y descubrir que esto no era más que un sueño.

Capítulo 20



Decir que estaba como en un sueño era quedarme corta...

—¿Dispuesta a que te moje las bragas?

—¿Y qué te hace creer que no las tengo ya así?

—Eso tengo que comprobarlo. —Metió la mano por dentro de mis *leggings* y de la ropa interior, llevando su mano hasta mi zona—. Ufff. —Soltó el aire mientras acariciaba todo mi exterior y lo oprimía en su mano.

La cabeza se me iba en esos momentos. Mi excitación era total, no le había mentado. No tenía ninguna razón para hacerlo porque me ponía cantidad, me ponía tanto que, de hecho, lo que estaba era deseando que lo comprobase.

Me había apoyado sobre la encimera, y Ezequiel estaba frente a mí acorralándome sobre ella. Lo miré escapándome una sonrisa floja al sentir sus dedos dentro de mis labios vaginales, acariciando mi clitoris para luego introducirlos lentamente.

Se le notaba la mucha experiencia, sabía cómo ir gradualmente subiendo mi nivel de excitación para llevarme al límite y no tardaría nada en conseguir eso que se estaba proponiendo.

Sacó su mano y volvió a subirme a sus caderas para llevarme a la habitación donde me recostó sobre la cama y él se puso entre mis piernas.

Todos sus movimientos parecían muy naturales, aunque estaban estudiados para que mi excitación se incrementase, para ir creando en mí unas expectativas que provocaban que mi corazón se acelerase de un modo que hasta dudaba que pudiese ser sano, si bien lo deseaba tanto que no hubiese soportado quedarme con las ganas.

Ezequiel me miraba de un modo que me intimidaba. Eso no quería decir que no le soltase una de las mías y hasta podría hacerlo en cualquier momento, pero en realidad, me costaba sostenerle la mirada, esa que siempre me ponía de lo más nerviosa.

Movía sus caderas para excitarme mucho más de lo que ya lo estaba. Su mano se fue por

debajo de la camiseta a mis pezones y los acarició jugueteando con los dedos mientras conseguía que me erizase por completo.

Ese tipo de movimientos me volvían absolutamente loca, y más cuando no dudó en recrearse en mis pechos, centrándose en esos pezones que se endurecieron al contacto con la yema de sus dedos. La sensación de ser tan deseada me envolvía de tal manera que mi propio deseo crecía en una espiral imparable. Con él, era como si todo alcanzase una dimensión mayor y no digamos ya el sexo. En la cama ese hombre desafiaba los límites de mi cordura.

Se desprendió de mi camiseta, dejando estiradas mis manos que permanecían entrelazadas con la suya, cuando casi por arte de magia me puso unas esposas y me ató a la rejilla del cabecero. La sorpresa me dejó sin aliento, y antes de que pudiera protestar, puso su dedo en mi boca mientras hacía el sonido de pedir silencio antes de que yo dijera nada.

No se me habría pasado por la cabeza, ya que hay momentos en los que nuestros ojos expresan más que nuestras palabras. La forma en que lo estaba mirando, llena de morbo y sorpresa, lo decía todo sin necesidad de hablar. Su mirada también me transmitía un montón de cosas, tantas que me perdía en esos ojos que, de lo mucho que le brillaban, cobraban vida propia.

No había prisa ninguna en sus movimientos. Parecía como si se hubiese puesto en pausa, una pausa que me dejaba margen para analizar todo aquello que me estaba haciendo y hasta para disfrutar tratando de adivinar cuál sería su siguiente jugada. Lo hice y no me equivoqué en absoluto.

Vi cómo vertía en sus manos, un chorro de líquido de un dispensador que tenía en la mesita de noche. Desde el principio, sabía que estaba buscando una dosis extra de lubricación, y no me equivoqué en mi suposición. Se frotó las manos con el aceite antes de acercarlas a mis pechos, mientras movía sus caderas de tal manera que podía sentir su miembro, aún tapado por su ropa. Antes de aplicar el aceite, se quitó su camiseta, creando un ambiente aún más provocador.

Su torso era un verdadero espectáculo capaz de dejar sin aliento a cualquier mujer; era un deleite visual, con cada músculo perfectamente esculpido y una definición que desafiaba a la lógica. Me costaba gestionar la salida y la entrada del aire de mis pulmones, tampoco quería que se me notase ansiosa, no me hubiera perdonado el quedar como una cría a sus ojos por mucho que tuviese un buen puñado de años menos que él.

No tenía más que dejarme llevar por sus deseos. No decía nada, Ezequiel callaba y eso le añadía un plus de sensualidad a la situación que elevaba la temperatura de mi cuerpo hasta el punto de hacerme creer que tenía fiebre.

Sus manos acariciaban mis pechos a la vez que ambos gemíamos, yo más alto que él que lo hacía muy bajito. Digamos que yo era un libro abierto, lleno de emociones y sensaciones, mientras que él era más reservado, más misterioso. Mi expresividad era un reflejo de mi pasión, y en la intimidad, eso se hacía más evidente, creando un ambiente cargado de deseo y conexión.

Continuó masajeando mi abdomen con una suavidad que encendía una chispa de deseo en mi interior. Poco a poco, comenzó a deslizar mis pantalones y bragas hacia abajo, para dejarme

desnuda por completo.

Mi piel se iba erizando poco a poco. Tanto, que mis vellos estaban de punta y él me dedicó una sensual sonrisa al darse cuenta de ello. Era obvio que le encantaba que estuviese tan excitada, que todo lo hacía para eso y comprobar cómo se iba saliendo con la suya le producía un gran placer.

No pasó mucho tiempo antes de que se quitara toda su ropa, quedando de igual manera. Levanté la mirada, sosteniéndome la cabeza con las manos, y volví a dejarme caer hacia atrás, abrumada por lo que estaba viendo. Todo eso no podía ser suyo...

Su cuerpo era un verdadero espectáculo, y lo que poseía entre las piernas era para perder la cordura. Sin embargo, yo estaba atada, y solo podía sentir su piel contra la mía cuando él decidía acercarse.

Digamos que estaba en sus manos por completo, que no tenía ningún poder de decisión y que eso me llevaría al borde de la locura, más cuando todo en aquel dormitorio parecía estar destinado a hacerlo.

Una vez más, una buena cantidad de aceite se deslizaba, pero esta vez aterrizando directamente en mi monte de Venus y en mis muslos. La anticipación crecía con cada instante que pasaba, y sentí la necesidad de que mi lengua, afilada y juguetona, saliese a pasear.

—¿Tú no sabes follar como el resto de los humanos?

—¿Y entonces dónde erradicaría la diferencia? —preguntó extendiendo todo ese líquido por el interior y haciéndome botar sin control. No tardó en frenarme poniendo una de sus manos en mi vientre.

—¡Por ahí no! —le grité riendo al notar sus dedos por detrás.

—¿Qué le pasa? ¿Lo tienes muerto? —Acariciaba la entrada.

—¡*Joputa*, que eso es sagrado!

—¿Virgen para mí?

—¡No, no, por Dios! —exclamé, sintiéndome completamente abrumada mientras él continuaba tocando sin ningún tipo de pudor. La realidad es que me estaba provocando de una manera increíble.

Tocaba mi clitoris con una mano y con la otra por detrás me estimulaba. Cada vez estaba más excitada y él lo sabía, cosa que utilizaba para entrar un poco más. Al final, llegué al clímax de una manera hasta ahora no conocida para mí. Empezaba fuerte.

—¿Ya me puedes soltar? —pregunté con las piernas temblándome por completo.

—No, ahora viene lo mejor. —Levantó mis caderas y me penetró sujetándome sobre las suyas.

—Ezequiel, por mi vida, que me vas a sacar los hombros del sitio —gritaba riendo y excitada a la vez de los movimientos que me estaba dando.

—Tranquila, he tenido mucho tiempo para aprender la técnica hasta asegurarme que esta vez no me dabas calabaza.

—¡Hijo de puta! —exclamé riéndome.

—No puedo de la emoción de esas cosas tan bonitas que me dices —murmuró, pero estaba de lo más excitado.

—Por supuesto, si es que soy de lo más romántica, por eso estás loquito por mí —le solté y su atractiva sonrisa no tardó en aparecer. Eso sí, parar no pensaba parar, por mucho que patalease.

Me tuve que reír, quejarme, gemir y todo lo que me iba saliendo porque a este hombre ni sé cómo un día lo llamé viejo, y lo más alucinante era que ¿quién me iba a decir a mí que tuviera tanto arte?

Vibré en sus manos y me sentí toda una diosa de lo más deseada, si bien era cierto que había vivido un momento magistral, pues jamás me lo habían hecho con tanta seguridad y de esta manera.

Me estaba haciendo temblar de pies a cabeza, enseñándome una nueva versión del sexo de lo más excitante y que me causaba más y más curiosidad por momentos, pues mi cabeza iba un paso por delante, deseando saber qué vendría después, qué nueva forma tendría de hacerme vibrar. Eso sí, no estaba acostumbrada a que me atasen y no veía el momento de que me quitase las esposas.

—¿Ya me puedes soltar? —le pregunté haciéndome la inocente y creyendo que me saldría con la mía, hasta me contoneé como para que me hiciera más caso, para tenerle en el bote.

—¿Soltar? Ahora me voy a preparar la comida, comeré relajado y luego vuelvo —me dijo saliendo de mí, mientras me besaba el abdomen.

—No lo estás diciendo en serio, eso no se te puede estar ocurriendo de verdad.

—¿Y por qué no? ¿Es que tienes que ir a algún sitio? A mí me gusta tomarme mi tiempo para las cosas.

—Ya, ya, como que te has llevado años planeando una de esas venganzas que se sirven frías.

—¿Frías? Más bien te he notado muy caliente —me soltó con toda la ironía.

—Vale, vale, pero ahora suéltame, que ya me has dado lo mío, te lo pido en serio.

—Y en serio te digo que vas a tener que esperar a que haga todas esas cosas y tranquilito. —
Se encogió de hombros como si nada, riéndose.

—Y cuando vuelvas te la arranco de un bocado —le respondí a carcajadas.

—¿Segura? —Arqueó la ceja—. Mira que, si haces eso, se te acabó el placer.

—Será que no hay maneras de darme placer —resoplé.

—Te aseguro que ninguna de esas que estás imaginando se compara ni de lejos con el placer que puedo ofrecerte yo, con todos mis miembros en su sitio. —Me guiñó un ojo y me dejó sin palabras.

Sí, tal cual, me desarmó con ese tono de voz que había empleado, ese mismo con el que me dejó sin palabras la noche de nuestro encontronazo.

Capítulo 21



Nos dimos una ducha, en la que se encargó de manera suave y delicada de quitarme todo el aceite.

Todo en él derrochaba sensualidad y causaba un efecto en mí que me llevaba a mordisquearme el labio inferior de los nervios. Era un gesto que me salía una y otra vez, y del que no quería que se percatase, si bien no tenía un pelo de tonto. Ezequiel me miraba con lupa, era como si se adelantase a mis movimientos, como si me conociera demasiado bien.

No tenía intención de demostrarle nada de eso y saqué mi verdadero carácter, si es que lo llegué a guardar en algún momento.

—¿Tú te estás quedando conmigo? Porque has pasado de cien a diez lo que duró el trayecto de la cama a la ducha —le advertí para que no me tomase por tonta.

—¿Te gustaría que te metiese la manopla por el trasero? —susurró mordisqueándome el labio bajo el agua que caía de la ducha. Aparentemente, no parecían importarle mucho mis palabras.

—Yo me piro de aquí. —Salí, envolviéndome con una toalla a la velocidad de la luz, además de que ya debía estar reluciente por toda la cantidad de gel que me había untado en la piel.

—Tan jabata como eras en la empresa y ahora tan asustona —me soltó porque sabía muy bien cómo pincharme. Lo sabía demasiado bien.

—No me provoques, que todavía no te he puesto a chillar como a los locos. —Le hice un guiño mientras me quitaba la humedad del pelo con la toalla.

—¿Y qué te hace pensar que podrías?

—Tú ponme a prueba, guapo, pero después de comer, ya que ahora estoy muerta de hambre. Y eso no lo perdono, necesito cargar las pilas.

—He pensado en preparar unos filetes de ternera, y para acompañarlos, una patata cocida sazonada con sal y pimienta.

—Genial, pero no me tengas los tres días comiendo como los De Alba. —Me reí.

—¿Y quién te ha dicho que esto va a durar tres días cuando tienes hasta el día siete de vacaciones?

—Ah, no, quitarme de en medio en Fin de Año y Reyes como que no... Eso no puedo hacerlo, no te creas tan importante.

—Lo estás deseando —sonrió de medio lado el muy cabrito—. ¿Y si hacemos una locura y te hago pasar el mejor Fin de Año de tu vida? No es cuestión de que me sienta importante, es que lo quieres vivir conmigo, estoy seguro.

—Joder, que aún faltan dos días para Navidad y ya me estás hablando de Fin de Año. —Me reí nerviosa—. Y no, no te creas tú tan importante.

—Desde luego que este año no te dejo en casa. Me da igual cómo me consideres.

—Me estás asustando. —Me reí porque no sabía muy bien qué contestarle. Lo que tenía claro es que quería seguirle en aquella locura, pero ¿tendría algún sentido?

—Quiero vivir contigo todo lo que no pude estos años. —Me abrazó desde atrás y me lo dijo a través del espejo—. Quédate conmigo hasta que comience el año —me pidió de un modo que de nuevo me hizo sentir que tenía fiebre.

—Con la condición de que me dejes pasar con mi padre la noche de Reyes, al menos para amortiguar un poco la cosa. No puedo jugar con eso, tienes que entenderlo. Además, es una noche muy especial.

—Acepto. —Me dejó un beso en el cuello y me hizo un guiño tras el espejo.

Se había salido con la suya, y su sonrisa traviesa al salir del baño lo decía todo. Era realmente irresistible y pensar en esos días con él me removía de pies a cabeza, me alteraba por completo y provocaba que la sangre corriera por mis venas a toda velocidad.

Nos dirigimos a la cocina, donde aproveché para hacer una videollamada grupal a las chicas, asegurándome de que el ángulo cogiera la cocina bien, para que quedaran fascinadas con lo que me rodeaba. No tenían ni idea de lo que estaba a punto de suceder...

Me provocaba mucha emoción sorprenderlas. Y sabía que a él le parecían bien todo ese tipo de cosas que no eran más que el reflejo de esos nervios que tanto le gustaba sacar de mí.

Cogieron la llamada a la vez y se quedaron a cuadros directamente.

—¿Dónde estás? —me preguntó Triana interrogándome con la boca y con los ojos directamente.

—A ver cómo os lo digo... —Carraspeé—. Os mentí por una razón de peso. No me queráis

dar una hostia, que lo vais a entender enseguida —me salió y noté cómo él contuvo la risa.

—Verás... —murmuró Cora riéndose.

—Hola, chicas. —Apareció con una sonrisa Ezequiel y saludando con la mano. Era la seguridad en persona, y nadie le iba a restar su momento de gloria. Estaba disfrutando demasiado todo aquello.

—¿Quién es ese? —preguntó Triana boquiabierta.

—¡Don Ezequiel! ¿Qué hace riendo y con mi amiga? ¿Le ha drogado? ¿Está usted bien?

—¿¡El jefe!? —Triana no salía de su asombro al escuchar a Cora y descubrir de quién se trataba— ¿Estás en casa de tu jefe? Me da un chungo —dijo causándonos unas risas y haciendo como que el cuerpo se le iba hacia atrás y le daba de verdad.

—Estoy en su casa, pero no en la de Sevilla. Hemos viajado esta mañana a Londres —les confesé atacada de los nervios porque era muy fuerte todo lo que estaba viviendo con él.

—¿¡A Londres!? —preguntaron al unísono y sus caritas de sorpresa me lo decían todo.

Flipando en colores las había dejado, como bien sabía yo que pasaría en el caso de saber lo que de verdad iba a hacer esos días.

Con el permiso de Ezequiel, compartí cada detalle de lo sucedido en las oficinas y lo que me reveló aquí él. Triana se quedó a cuadros y dijo que ahora lo reconocía y recordaba de aquel cotillón. No podía dejar de abrir la boca y de negar.

Había llovido mucho desde entonces y la situación cambió radicalmente. Quién me lo iba a decir a mí, hay veces que la vida te da sorpresas y luego estaba aquella otra en la que más que darme una, me había dejado con las patas colgando.

—¡Se nos lía con el jefe! —dijo Cora abanicándose con la mano— A mí esto me da que tiene que ser una broma, no pueden existir historias así, pero míralo, si se ríe y todo. Yo flipo en colores. —Señaló con la mano en la pantalla y vi asomarse a Pulga, que no tardo en buscar los mimos de su mami humana.

Sí que lo estaban flipando y yo también, puesto que en muchos momentos no me podía creer que estuviese sucediendo, que su confesión fuera cierta y que se tratara de ese hombre del que una vez me burlé y al que, sin embargo, le causé tanto impacto que me buscó años después.

Conforme fui avanzando al contarles, hasta se ponían bizcas y provocaban que me tuviera que parar para reírme porque no podía seguir. Hasta que al final parecieron quedarse mudas porque no era para menos.

Tampoco es que me extendiese mucho, la emoción la dio la noticia en sí, no necesitaba adornarla demasiado. Y por eso fui breve.

Las chicas quedaron en un estado de *shock* del que les costó salir, además que yo apuntaba con la cámara para que vieran cómo el jefe me hacía la comida. Estaban alucinando por completo. Lo que más me decían que pobre padre que lo había enfermado por toda la cara. Ya les conté que se iba con los del coro. Nos reímos muchísimo.

No paraban de hacer bromas al respecto, además de que también hacían gestos con la mano como de que el jefe estaba como un queso en la cocina. En la cocina y en cualquier lado, pero que ponía mucho ver a un tío tan bueno allí entre fogones, preparando los platos para ambos mientras me lo pasaba genial cotilleando con ellas y disfrutando de sus carillas de asombro.

Me despedí de ellas deseándoles que pasaran una feliz noche al día siguiente y prometiéndoles que, a la vuelta, nos tomaríamos más de un vino a la salud de Ezequiel, que él pagaba, y este se echó a reír de tal manera que Cora abrió los ojos mientras miraba hacia donde estaba.

—Qué jodido, lo bien escondida que tenía esa risa el puñetero —dijo mi compañera, y acabamos las tres riendo de nuevo.

—Os quiero muchos, chicas, y gracias por entender...

—Nada, no hay que agradecer ni entender nada —me cortó Triana—. Y nosotras también te queremos. Disfruta de tus vacaciones. —Hizo un guiño y sonreí.

Ezequiel puso la mesa y me despedí de ellas mandándonos besos al aire de esos que todas sentíamos como si nos diéramos de verdad y prometiéndoles que les mandaría fotos cuando me las hiciera por la ciudad y que estaríamos en contacto. En sus caras podía ver que les había hecho ilusión de algún modo que hubiera tenido la suerte de poder vivir esto con esa persona que llegó de golpe y nunca mejor dicho, y que puso mi corazón patas arriba. Ni yo me podía creer lo que estaba viviendo, pero a veces, la vida nos sorprende superando a la realidad.

Eran tremendas también y me amenazaron con que me arrepentiría si no les enviaba esas fotos. Normal, no podía culparlas, les había creado mucha expectación con todo aquello que les conté y lo lógico sería que quisieran seguir conociendo los detalles de lo que decían que era como un culebrón.

Más graciosas no las había. Todavía sonreía al pensar en sus reacciones cuando Ezequiel puso la mesa para ambos. La comida olía que alimentaba y tenía un hambre atroz. Estaba deseando devorar el contenido de mi plato y algo en su mirada me decía que, en cuanto lo hiciese, él volvería a devorarme a mí, un pensamiento muy excitante que me hacía temblar de pies a cabeza.

Capítulo 22



Salimos a pasear por la tarde después de haber descansado un poco en el sofá. Nos habíamos abrigado bastante bien, ya que las temperaturas estaban de lo más bajas.

A él le hacía gracia mi aspecto con ese gorrito rematado con un borlón. No era de lana, sino de una especie de tela acolchada y blanca, a juego con mi anorak de plumas. Un conjunto muy moderno, se llevaban cantidad esos tonos.

Lo había combinado con una faldita corta, leotardos para combatir el frío y unas botas canadienses de pelito ideales para darme una buena caminata mientras que mis pies permanecían calentitos. En mis manos, unos buenos guantes para que los dedos no se me quedasen amoratados, que yo era mucho de eso.

Su apartamento estaba en la misma calle donde estaban los almacenes Harrods, el famoso y elegante barrio de Knightsbridge, donde según me decía Ezequiel vivían personas con un alto poder adquisitivo.

Pasear por allí era un verdadero lujo, no me podía gustar más, y hacerlo en su compañía no digamos ya. Me reía cantidad con él, con las cosas que se le ocurrían, con su manera de picarme en cualquier momento, aunque en eso no me quedaba yo atrás.

Nos metimos en esos almacenes que tanto renombre tenían y quedé loca al ver la cantidad de seguridad que tenían por las firmas tan exclusivas que allí albergaban.

Se me debió notar en la cara, abrí mucho los ojos y me quedé pegada a varios de los escaparates perfectamente preparados para atraer la atención de los clientes.

—¿Qué te apetece comprarte?

—¿A mí? Con el riñón que cuesta todo, yo me llevo una chocolatina de esas que se están llevando todos los turistas para decir que la compraron aquí y ya me doy por bendecida.

—Quiero regalarte algo. Te lo digo en serio, me apetece mucho.

—No, que me duele la barriga de saber el pastón que me gasté con tu tarjeta digital para tu

reunión familiar. Con eso ya la dejé tiritando.

—Píde lo que quieras, te lo digo de corazón. No te preocupes por eso. Me apetece mucho.

—Sé que me lo comprarías, pero de verdad, no necesito nada. Te lo agradezco igual, pero es que estos precios no son normales. Más que cobrarte, aquí te atracan.

—¿Un perfume? —me preguntó como quien oye llover.

—¡Que no!

—¿Un abrigo? —insistió.

—¡Ya me lo compré! —dije bicheando las chocolatinas que estaban envueltas con la firma de los almacenes. Me apetecía llevarme alguna, eso sí.

—¿Otro bolso?

—Ezequiel, no quiero nada, estoy bien. No voy a ser más feliz por llevar algo de firma y tan caro. Lo compré estos días por hacer la faena, pero no lo necesito, es más, estoy por no estrenar algunas cosas y descambiarlas para que te devuelvan el dinero. Me da mucha cosa que se pasen tanto con los precios.

—Si haces eso me puedo enfadar mucho —me advirtió con gesto serio.

—Y si no lo hago, me puedo sentir muy mal. No estoy acostumbrada a tanta firma y no la necesito, también te lo digo de corazón.

—Quiero que te lleves algo de estos almacenes, por favor. No le des más vueltas, escoge algo y ya.

—Estos tres paquetitos de chocolatinas. —Le enseñé mi mano con ellos.

—Eso es una tontería. —Se reía—. Hablo de un regalo de verdad.

—¿Y se te ocurre algo mejor para regalar que chocolate? Es el sustituto de... ya sabes, aunque en realidad hoy no necesito ningún sustituto porque me has dejado bien servida —le sonreí.

—No esquives el tema.

—No quiero nada, Ezequiel, de verdad. Estoy feliz con este viaje y con lo que está pasando que no sé cómo terminará. No hay regalo que supere este momento. Soy una chica sencilla que no necesita nada más.

—Te lo has ganado. —Me cogió en brazos por medio de los almacenes y me llevó hasta la zona de zapatos. Me bajó allí ante la mirada y sonrisa de las dependientes y se dirigió a una—. Quiero que mi chica salga de aquí con las botas más bonitas de toda la tienda.

—¿Puestas? —Lo miré.

—No, en la mano. —Arqueó la ceja y la chica se rio.

Formó una verdadera revolución allí dentro. Así era él, un hombre que llamaba mucho la atención por su comportamiento, tan espontáneo y simpático. Además, que no se me pasaba tampoco por alto cómo le miraban todas, causaba suspiros a su paso.

Total, que me dejó bien claro que lo de las botas iba muy en serio. Y no consintió que saliera de allí sin ellas. Después de estar de lo más indecisa me decanté por unas de una firma que no era de las más caras, pero bueno que las botas le costaron un riñón y parte del otro.

Me habían llamado la atención desde el principio, así que finalmente me volví a fijar en ellas y tuve claro que eran la mejor opción.

De tacón cuadrado de siete centímetros, como a mí me gustaban, en un elegante tono marrón y, obviamente, de piel. Una preciosidad, de esas capaces de resistir el paso del tiempo y mantenerse en perfectas condiciones durante años. Una auténtica joya que se podía lucir en todo tipo de ocasiones, porque valía tano para ir de informal como arreglada, demostrando su versatilidad y estilo inigualable.

Además, me las probé y pude comprobar cómo estilizaban mis piernas de una manera impresionante. Eran una verdadera maravilla, de esas que me hubieran llamado la atención, pero que me habrían hecho salir corriendo al ver el precio exorbitante. Sin embargo, Ezequiel parecía no darle importancia, como si fuera un chiste, y ni siquiera se molestó en mirar la etiqueta.

Ya cuando pensaba que todo estaba hecho y él calmado, la chica apareció con el bolso a juego y ya me puse seria diciendo que no, pero no valió de nada y no dudó en comprármelo.

—Que no, hombre, que esto cuesta más que una ortodoncia —me quejé.

—¿Necesitas una? —me preguntó riéndose— Te la puedo encargar también.

—¿Tú crees que esta sonrisa tiene algún problema? —Se la enseñé.

—Para más de uno sí, que igual le causa taquicardia.

—¿Y a ti no? —Hice un carraspeo y lo miré de lado.

—Es que el corazón lo tengo a prueba de bombas. —Rio.

—Una bomba voy a poner aquí como pretendas seguir comprando, que tu tarjeta terminará echando humo.

—Mi tarjeta está perfecta y lista para seguir siendo usada.

—No me provoques más, que no soy ninguna interesada.

Lo arrastré hasta la calle mientras él sujetaba las bolsas en su mano, pero no fue posible salir directamente, ya que frenó en seco delante de la perfumería.

—No joder, no puedes hacerme esto. Ya está bien, que tengo las mejillas que me van a estallar del sofocón.

—Lo último, te lo juro. Bueno, lo último de hoy —aclaró—. No me gusta mentir.

—Pues para traerme hasta aquí bien que me mentiste.

—Eso fue por causa mayor —se excusó.

—Mayor dije que eras un día y mira a dónde me ha traído el comentario.

—No dijiste mayor, dijiste viejo. —Rio.

—No sé para qué abrí la boca. Al final me cayó todo encima. No quiero nada más. De verdad, porque terminaré sintiéndome mal.

—Un perfume, solo uno. —Se puso en plan niño pequeño y hasta parecía que le saldría un puchero. Resultaba de lo más convincente, era totalmente irresistible y cuando se le metía algo en la cabeza no había manera de sacárselo por lo que estaba comprobando.

Ya digo que traté de oponer resistencia y que no valió tampoco de nada porque salí con uno de Loewe por el que me decanté después de oler muchos.

Por fin salimos de allí y decidimos ir a cenar a un restaurante por el que habíamos pasado y que era de lo más selecto.

—Al menos, comiendo, evitaré que sigas comprando.

—De momento, siempre se dice de momento.

—De momento nada o quemo los almacenes.

—¿Y perderte mi compañía porque te detengan por pirómana? No te saldría a cuenta.

—No te lo creas tú tanto.

Nos pedimos una ensalada de salmón y quesos de primero para compartir y unas brochetas de carne con verdura como plato principal que acompañamos con un vino tinto.

Era increíble lo que estaba viviendo junto a este hombre; sin embargo, si alguien me hubiera contado esto en los peores momentos que pasamos en el trabajo, jamás me lo hubiera creído.

Me acariciaba la mano constantemente por encima de la mesa mientras me deleitaba continuamente con las mejor de sus sonrisas, esas que jamás pensé que tuviese para mí, pero ahí

estaba, llenándome de muchas de ellas.

La vida me había sorprendido con un giro impresionante en aquellas Navidades, un giro de ciento ochenta grados que estaba decidida a disfrutar al máximo. Y vaya si lo estaba haciendo, ya que Ezequiel lo tenía todo pensado para que así fuese. Una sonrisa permanente se dibujaba en mi cara, no la podía controlar y tampoco quería. La felicidad brotaba por cada poro de mi piel.

Después de la cena, nos fuimos dando un paseo hacia el apartamento, cerrando así un día lleno de emociones y descubrimientos que para nada imaginé. Sabía que teníamos muchos días por delante para seguir disfrutando de cada instante de esta experiencia inolvidable.

Capítulo 23



Desperté con la imagen de Ezequiel enseñándome desde la puerta una taza de café. Lucía sexi con su pantalón de pijama y esa camiseta que le sentaba tan bien. Estaba para abalanzarse sobre él, aunque tenía la impresión de que sería él quien no tardaría en saltar sobre mí.

—¿Qué haces que no estás abrazándome en la cama? —le reproché porque me encantaba buscarle la lengua.

—Llevo haciéndolo toda la noche, pero el café me llamó a gritos. No podía decirle que no.

—A gritos te voy a llamar yo a ti cualquier día —sonreí levantándome para ir al aseo a lavarme la cara y los dientes. Me iba desperezando y feliz. Qué buenos los amaneceres con él.

—Te voy preparando el café. —Me apretó la nalga mientras estaba frente al espejo.

—Vale, no tardo.

Pensé en que eso era vida. Despertarme al lado de un hombre así y que encima se diese patadas en el culo por ponerme el café en la mano, y por tratarte como a una reina a la que no le faltase un detalle.

Sonreí mientras me miraba en el espejo, y es que tenía una luz diferente, me lo notaba, me veía el rostro más radiante y eso no era por otro motivo que por la felicidad que sentía.

No sabía si eso se podía cuantificar en kilos, y la verdad es que no me importaba, porque en ese momento de mi vida me sentía completamente feliz, inmensamente feliz al lado de ese hombre que tanto amaba.

Aparecí por la cocina y tenía unas tostadas hechas con queso y jamón york. Ya me imaginaba que tendría preparado un buen desayuno.

—Qué buena pinta. Oye, para que me quede claro, ¿hoy vamos a cenar con tu familia y mañana a comer? A mí me da un mal rollo aparecer de la nada que no te lo puedes ni imaginar. Lo pienso y es que me entran sudores.

—Tranquila, mis padres saben la historia, es más, me propusieron que, si salía mal mi reconquista, planease un secuestro.

—Me estás vacilando, ¿a que sí?

—No, en absoluto, y una cosa: no es que vayamos hoy, regresemos y volvamos mañana, sino que nos marchamos en un rato y volveremos dentro de dos días. La celebración de la Navidad no se limita únicamente a mañana, ya que hoy es Nochebuena, un momento que también se considera parte de la pre-Navidad.

—*Saca la bota María que nos vamos a emborrachar* —dije cantando y volteando los ojos.

—Anda, desayuna que tenemos que preparar lo que nos vamos a llevar.

—Una cosa, no por nada, pero si realmente vamos a quedarnos hasta después de Año Nuevo, necesito encontrar una tienda de ropa asequible donde pueda hacer algunas compras para esos días. Te recuerdo que vine para tres días y uno era con ropa de fiesta, así que sería ideal poder comprar algunas prendas más cómodas y adecuadas para la ocasión.

—Tranquila por eso, pero pudiste aprovechar en Harrods.

—Cállate, que los empresarios tenéis más cuento que Calleja.

—¿Quién era ese?

—Otro gilipollas como tú —le contesté tirándole un trozo de pan.

—No me hables así delante de mi familia —me advirtió con el dedo riendo.

—Pues ya sabes, a portarte bien y hacerme caso, que, con el precio de un trapo en esa tienda, me compro un montón de conjuntos para todas las temporadas del año.

—Me vas a salir barata.

—No te voy a salir nada porque yo soy una mujer autosuficiente que se busca sus habichuelas. Siempre seré económicamente así, pobre, pero independiente. —Le hice una mueca.

—Me has emocionado. —Hizo ver que se secaba las lágrimas con la servilleta.

Me tenía que reír, porque definitivamente no era el tipo de persona que mantenía una expresión seria, sin temblarle el pulso, ni lo más mínimo. No tenía nada que ver con ese frío jefe que aparentaba tener el control de todo y que, en cierto modo, nos hacía temblar; eso sí, que nosotras nos lo curramos y no lo dejamos que se subiera a nuestra chepa. Pero todo había pasado de una manera que ahora, al mirar hacia atrás, solo puedo reírme de cómo sucedieron las cosas.

Me metí en la ducha y él vino detrás de mí. Ya me imaginaba que no me marcharía de allí sin que me diera otro buen repaso. Lo hizo y poniendo toda la carne en el asador. En realidad, lo que

puso fue su miembro en la entrada de mi vagina, que no estaba menos caliente que uno de esos, porque siempre que se acercaba echaba fuego.

Si soy sincera, me vino genial porque mis nervios estaban crispados con la visita y un buen orgasmo siempre tranquiliza, es mejor que cualquier pastilla o infusión.

Preparamos las cosas, ya que la fiesta familiar comenzaba con la comida de hoy. Según me había dicho era un sitio espectacular que contaba con numerosas habitaciones.

La situación se me hacía muy fuerte. No sabía si estaba preparada para algo así, pero claro, él me decía que no había ningún problema. No, si el problema no era suyo, era mío, que no sabía con qué cara iba a mirar a esa gente y encima con el dinero que tenían. ¿Y si eran unos estirados? Ezequiel decía que no, pero era su familia y tampoco iba a quitarles las tiras del pellejo por detrás si lo fueran. Ojalá que no me hubiese mentido, aunque iba a comprobarlo enseguida.

Me sentía bastante nerviosa, lo admito, y es que no conocía a nadie, así que iba a presentarme en un lugar donde me sentiría como pez fuera del agua. Eso me creaba una inquietud muy grande, por lo que creía que un par de copas de vino me ayudarían a relajarme y socializar con más soltura.

Menos mal que él estaría cerca y esperaba que eso me diera algo de tranquilidad. No quería que me viese como una niña insegura, así que decidí enfrentar la situación con la confianza de una mujer adulta, y que fuese lo que Dios quisiera.

Me puse unos vaqueros ajustados con una camiseta blanca y encima un jersey color tierra para contrarrestar con las botas y el bolso que me compró en los grandes almacenes, además del abrigo marrón que me compré en España con su tarjeta.

El *outfit* me pareció el mejor. Un tanto desenfadado por lo que tocaba a los pantalones, pero de lo más arreglado por los complementos: juvenil y elegante a la vez. Me veía muy mona y apenas me maquillé más allá de aplicarme un poco de *eyeliner* y algo de color en los labios. Desde luego que colorete no necesité porque las mejillas las llevaba como un par de tomates, toda la sangre de mi cuerpo parecía concentrarse allí.

—Vas preciosa —murmuró cuando me vio lista para salir.

—Y tú también con ese pantalón, camisa y jersey de pico a juego con los náuticos. Eres muy pijo. —Me reí.

—Tampoco es que tú vayas del mercadillo. —Carraspeó poniéndose el abrigo de paño como el mío, pero en azul marino.

Desde luego que, visto así, parecíamos hacer muy buena pareja. Incluso una señora mayor que pasó a nuestro lado nos lanzó una sonrisa, como si pensara que íbamos muy bien combinados y adorables.

Desde afuera, todo se veía más fácil. El problema era que seguía sin saber qué me iba a

encontrar, ya que mi mundo y el de Ezequiel eran completamente diferentes. ¿Y si en el fondo creían que llegué hasta Londres persiguiendo la cuenta corriente de su hijo? Solo de pensarlo, sentía que mis mejillas iban a estallar y me ponía muy mal. Los nervios crecían y crecían en mi interior, así que tuve que recurrir a esas técnicas de relajación de las que solía reírme con Cora y Triana, sin decirle nada y poniéndole buena cara, que no era plan de arruinarle la fiesta.

Ezequiel, por supuesto, se mostraba muy seguro de sí mismo y, aparte, se le notaba súper contento. Se había salido con la suya y eso le alegraba cantidad. Me llevaba de la mano como si fuera su muñequita, con ganas de exhibirme y me trataba con un cariño increíble que me tenía totalmente conquistada.

Caminaba a su lado y veía cómo ladeaba la cara para mirarme. Le gustaba mi compañía y todo lo que venía de mí. Eso se notaba. Mi mano la apretaba fuerte en un intento por decirme que no me dejaría sola, que no me preocupase por nada y que todo saldría genial en esa visita a su familia que tantos nervios me provocaba.

Bajamos hacia la calle donde un taxi nos esperaba para llevarnos hasta el lugar en el que ya estaba su familia para celebrar todos juntos la Navidad.

Nos sentamos en el asiento de atrás y volvió a apretar mi mano. Me dedicó la más bonita de las sonrisas y ese fue el mejor regalo de Navidad en un momento en el que necesitaba sentirle más cercano que nunca. Y desde luego que le sentí. No estaba dispuesto a que me sintiera mal, no iba a permitirlo. Había diseñado unas Navidades a mi medida, para que me resultasen inolvidables, y se notaba que estaba en ello. Le respondí con otra sonrisa tímida y le pedí al Universo que todo saliese bien.

Capítulo 24



El taxi nos llevó hasta una especie de masía a las afueras de la ciudad. Me recordó a las bodegas donde se celebró el evento de la empresa, pero esta era a campo prácticamente abierto, y no en la ciudad.

El sitio era verdaderamente impresionante, como me lo había imaginado no, ¡¡todavía mejor!!

—Aquí el glamur está por todos lados, ¿eh? Como si lo hubieran regado con un difusor o algo, ¡vaya lujo!

—Es una reunión familiar, no es más...

—Claro, una reunión familiar al estilo de la Preysler con sus hijos, donde solo falta que nos salgan con las bandejas de Ferrero Rocher para que sea idéntica.

—No sé ni de qué me hablas.

—Ya, ya... Hazte el tonto, pero aquí huele a pijo que no es normal.

—Pero huele bien, ¿no? —Me hizo un guiño.

—No, si te parece, encima va a apestar... La que va a terminar oliendo soy yo, que estoy sudando a chorros y eso que el día está bien frío. Se nota que esto no es Sevilla.

—Pero tú te has traído todo el arte de allí.

—Pues no sé si a tus padres les voy a hacer tanta gracia.

—Les vas a encantar, eso dalo por hecho.

—Espero, espero.

Se notaba ya el ambiente familiar por los coches que había en la puerta de esa asombrosa casa de piedra que debía de tener más metros que un campo de fútbol.

En cuanto a los coches, no había visto un dineral más grande concentrado en un aparcamiento. Se parecía a cuando los futbolistas llegaban en sus pedazos de carros y los aparcaban unos detrás de otros, que algunos parecen naves espaciales. Pues allí lo mismo, las marcas eran impresionantes, algunas no las había escuchado más que en la tele.

A mí me temblaban las piernas porque, como ya he mencionado antes, no pertenecía a ese mundo y, quisiera o no, me daba palo que me rechazaran, que no me acogiesen bien o que me vieran como alguien que solo pretendía echarle el lazo a su hijo por ser quien era y tener una cuenta corriente de esas que están llenitas de ceros y no precisamente a la izquierda.

Una mujer salió llamando a Ezequiel con mucha efusividad.

—Es mi madre —murmuró y yo no sabía dónde meterme.

—¡Hijo! Qué alegría verte. —Lo abrazó y luego me miró a mí—. ¡Mi nuera! ¡Qué cosita más guapa! —me llamó así provocándome una risita y me abrazó fuerte— Bienvenida a la familia, cariño.

—Gracias, Lucy. —Sentí hasta que se me bajaba la tensión de lo tranquila que me quedé al ver su reacción.

—Hombre, qué alegría veros por aquí —dijo un señor tan elegante como su madre—. Debes de ser Julia.

—Sí, y usted Fernando —le contesté sonriendo y respondiendo también a su abrazo, que fue igual de efusivo. Se notaba que eran sinceros en su acogida.

Algo me decía que esta familia de seria tenía bien poco y de cariñosa mucho. De veras que fue el mejor de los regalos porque de otro modo, si me hubieran mirado por encima del hombro, para mí que salgo corriendo de allí y no me vuelven a ver el pelo. Pero no, todo lo contrario.

Su primo Peter, que había hecho el curso en España, me reconoció de inmediato y se acercó a darme un abrazo, mientras que Luke también me saludó, aunque de modo más formal, ya que con él no había hablado mucho.

Se veían muy simpáticos y con ganas de juerga. El ambiente era súper festivo y no era de extrañar, porque para eso se trataba del día de Nochebuena y todos estaban de lo más contentos.

Sus tíos me recibieron con mucho cariño, y es que estaba toda su familia al completo, dado que su madre era originaria de aquí y su padre de Sevilla. Sin embargo, decidieron venirse a vivir aquí hace años, y con ello consiguió que el hermano del padre y sus abuelos, también se vinieran, aunque estos últimos lamentablemente ya no vivían.

Ezequiel amaba Sevilla, su ciudad natal, que le había dado ese carácter andaluz que lo definía, pero también le fascinaba Londres. Ese día estaba especialmente contento, porque se notaba que formaban una piña y que se alegraba mucho de poderme presentar a cada uno de ellos.

La familia en general me recibió como si fuera una más, con mucho cariño y felicidad. No tardaron en darme un vinito de la bodega que tenían en la casa.

Quienes también vinieron a saludarme fueron su tío Enrique y su mujer, Brenda, esta era londinense igual que Lucy, pero mucho más joven. Se trataba de la segunda esposa de Enrique y se llevaban un buen montón de años. Se habían casado hacía poco y se veía de lo más graciosa.

—Menos mal, pero si somos más o menos de la misma edad. —Me dio un abrazo como si me conociera de toda la vida.

—Y yo creí que me llevaba años con Ezequiel. —Se me escapó.

—El amor no tiene edad, chica... Y menos cuando hay tela de dinero de por medio. Con Enrique vivo como una *royal*. No tengo nada que envidiarle a la Princesa de Gales —me comentó sin cortarse un pelo causándome una risilla.

Me quedé muy relajada porque si a alguien iban a tachar de cazafortunas en la familia no era a mí, ese título ya tenía dueña. Y encima era que la chica tenía una simpatía arrolladora, como diríamos en Sevilla, un arte que no se podía aguantar.

Era un gran salón de eventos, acogedor y lleno de vida, con una chimenea que le daba un toque especial. Las mesas y sofás estaban dispuestos de manera que todos pudiéramos charlar cómodamente, creando un ambiente perfecto para la celebración que estaba a punto de empezar. Hasta pista de baile y barra había, lo que prometía una noche llena de diversión y buenos momentos.

El lugar era realmente para alucinar. Al salir de ese salón, te encontrabas con una enorme escalera que llevaba al piso superior, una impresionante, allí nada se dejó al azar, todo estaba cuidadosamente estudiado, menuda decoración y los detalles navideños eran ya para perder el norte. Solo en la escalera había más adornos que en cualquier casa que hubiera visto antes.

Nos dirigimos a la habitación de Ezequiel que tenía en esa vivienda familiar, que en realidad era la segunda residencia de sus padres. La primera la tenían en el centro de la ciudad, como él. No podía ni imaginarme cómo sería esa casa, vaya poderío el de su familia.

—Me encanta tu familia, Ezequiel. —Le di un beso y lo abracé bien fuerte.

—Es la tuya también a partir de ahora.

—No me digas eso, que yo no creo en que lo bonito sea para mucho tiempo.

—¿Por qué dices eso? —Me acariciaba la mejilla.

—No lo sé, demasiado bonito para ser cierto.

—¿Bonito? ¡Me voy a cagar en tu madre! —Se rio—. Años desolado por tu culpa.

—No te hagas la víctima, que no te pega nada.

—Yo sí que me voy a pegar, contra la pared, como me vuelvas a decir algo así. —Rio.

—Por cierto, que hay un personaje en esta casa que me ha hecho mucha gracia y que no es precisamente un elfo de Navidad.

—No me digas... Déjame adivinar.

—No te hagas el tonto... Es tu tía Brenda.

—Me rio yo con lo de que ahora esa muchacha sea mi tía. Has visto ya los pocos años que tiene.

—Y yo temiendo que hablasen mal de mí, y va ella y me suelta lo bien que vive a costa de tu tío.

—Así es Brenda, cierto.

—Y, ¿tu tío lo sabe?

—Perfectamente. Cada uno juega sus cartas. Él le da a ella todo lo que quiere y ella a él... Le da vida, como tú a mí. —Me sentó sobre sus piernas.

—A mí no me compares con Brenda. Lo digo desde el cariño, pero yo no podría. Sabes que...

—Que no estás conmigo por mi dinero. Lo sé de sobra, no te preocupes por eso.

—Ah, vale. ¿Y tus padres también lo saben?

—¿No has visto cómo te han saludado? Claro que sí. Te noto muy tensa, voy a tener que relajarte.

—No, ¿eso cómo va a ser? ¿No te das cuenta de dónde estamos?

—En mi dormitorio, sí, y eres tú la que va a caer.

—No, pero que me refiero a en casa de tus padres.

—¿Y piensas mantenerme a raya durante varios días porque estemos aquí? Para eso necesitarías darme drogas por lo menos, y yo no soy de eso, prefiero que me des otra cosa.

Me dejé llevar porque lo estaba deseando y porque sabía muy bien que su interés era relajarme. Y, sobre todo, que Ezequiel tenía claro cómo hacerlo.

Ese hombre era único en la cama, controlaba desde el minuto cero cada una de mis reacciones y las provocaba como le daba la gana.

Me tumbó sobre el colchón y esa vez, por mucho que sabía que le encantaba contemplar mi cuerpo desnudo, solo me quitó las botas y los pantalones.

Temblaba de ganas ante esos ojos que me miraban con tanto deseo. Saltaron chispas entre ambos en ese dormitorio tan amplio y bien decorado, donde encontramos total privacidad. Menos en la libertad de poder gritar de placer porque me moriría de la vergüenza si los demás nos escuchasen.

Besó mi entrepierna y luego me miró antes de dirigir la cabeza a ella. Le provocaba el mayor de los morbos que le sostuviera la mirada en ese momento, y así lo hice. A estas alturas solo necesitaba esa complicidad.

Abrió con tacto mis labios vaginales y dio paso a esa lengua que humedeció más a su paso todo lo que ya encontró mojado, pues él provocaba ese efecto en mí y es lo que más le gustaba, mojarme las bragas...

—Y ahora tengo que morder la almohada porque no puedo gritar —le dije cogiéndola.

—Daría un poco el cante, sí.

—Cantar, ya cantaremos esta noche, pero ahora... Ahora me va a dar algo —le dije mientras me salía el más profundo de los suspiros por esa forma en la que estaba utilizando su lengua dentro de mí.

—Respira, tranquila —murmuró con esa voz tan sensual que tenía.

—Tú lo que quieres es comerte los polvorones a gusto y sin sentirte culpable, pues no haber empezado.

—A mí me gusta más comerme otras cosas, como ya estás comprobando.

—Tienes un morro que te lo pisas...

—Y con el que te hago maravillas, ¿es o no es?

—Es, es —le contesté entre jadeos y cogiéndome a su pelo en el momento en el que noté que me iba a pasar.

Cuando ocurrió, se incorporó y me miró.

—¿Ya?

—¿Tienes queja? —me preguntó desafiante.

—No, ninguna, don Ezequiel. —Me reí recordando esos momentos en la oficina

—Te la estás buscando. —Se rio—. ¿Qué te parece si nos damos una ducha y bajamos con los

demás?

—Lo que me parece es que, si nos duchamos juntos, al final no bajaremos. —Reí negando.

Por eso nos duchamos por turnos. Por eso y porque deseaba tener todas mis cosas a mano, por lo que las coloqué en el impresionante vestidor que tenía comunicado con su dormitorio. Cómo vivían los ricos...

Cuando salió con una toalla enrollada a su cintura, se dio cuenta de que yo ya tenía todo preparado.

—Y encima ordenada, ¿hay algo más que seas y que deba saber?

—Tocapelotas, soy tocapelotas. Y no lo digo literalmente, porque nos vamos a enredar y nos estarán esperando.

—Seguro que sí, ya deben estar echándote de menos.

—Claro. A mí, ni que fuera su hija.

—Pronto lo vas a ser.

—Muy seguro estás de todo. ¿Tú no sabes eso de que cuando las cosas van bien, siempre llega el cachondo del destino y las jode?

—El único que está cachondo aquí soy yo, así que tira para fuera si no quieres que te lo demuestre. Vamos...

—¿Los dos? Si estás sin vestir.

—Ve bajando tú y le haces la pelota a tu suegra.

—¿Yo sola? No te lo has creído ni tú.

—Verás como sí.

Me empujó fuera de la habitación y cerró la puerta. No tuve más remedio que bajar. Me había duchado la primera y me coloqué un vestido de punto, muy cómodo y ceñido al cuerpo que me hacía un bonito escote, ya que lo tenía en forma de «V».

Lucy se acercó a donde yo estaba.

—Preciosa, estás preciosa, pareces una muñequita de Navidad, nuera —me dijo dándome otro de sus calurosos abrazos.

Me sentí increíble, tan feliz y emocionada por la cálida bienvenida que me había brindado su familia. Los nervios que sentía antes de conocerlos se fueron aplacando, pero solo un poquito,

porque aún quedaba mucho día y fiesta por delante, y sabía que cualquier cosa podía pasar.

Capítulo 25



La tarde la pasamos en familia y cuando se acercó la hora de la cena, subimos todos a arreglarnos.

Aproveché para mandarle un mensaje a mis chicas y desearles una feliz noche, no tardaron en responder que me lo pasara superbién con mi querido don Ezequiel, para matarlas.

Como era lo típico de estas fiestas, les envié un mensaje a mi madre y mi hermana deseándoles lo mismo, que tuvieran una buena noche y que al despertar encontraran muchos regalitos bajo el árbol. No respondieron de inmediato, pero tampoco me iba a preocupar, estarían seguramente de lo más liadas preparando la cena.

A mi padre le puse un audio, porque sí, me sacaba de quicio muchas veces, pero quise que escuchara mi voz en el momento en el que le decía lo mucho que le quiero. No tardó en responderme que él a mí también y que esperaba que me divirtiera.

Para la ocasión, elegí un sofisticado vestido negro que destacaba por sus mangas abullonadas y transparentes. El vestido contaba con una abertura en la parte inferior que dejaba entrever una de mis piernas, añadiendo un toque de sensualidad, mientras que la espalda descubierta le aportaba elegancia a mi conjunto.

—Que corra el aire —le solté cuando salió con su impecable esmoquin y se vino hacia mí.

—Ahora correrá el aire porque nos están esperando, pero ten claro que luego quien se correrá serás tú.

Tuve que tragar saliva porque su comentario me dejó seca, y eso que era muy contradictorio porque el tanga me lo puso chorreando. Después, me tomó de la mano para que saliéramos andando y así lo hicimos.

Poco a poco fueron bajando el resto. Para llorar de la risa cómo miraba el tío Enrique a Brenda, que vestía de lo más provocadora, con la pechuga medio fuera y el resto de su escultural figura comprimida en el interior de un estrechísimo vestido que les sacó las bolas de los ojos tanto a Peter como a Luke, quienes le echaron dos miraditas tan calientes que podían calificarse de incendiarias.

Lucy me tomó por el brazo a la hora de sentarnos a la mesa.

—Mi nuera a mi lado —me comentó mientras me pedía que tomara asiento en medio de Ezequiel y de ella. Todo un honor que me quisiera así de cerca.

—¡Y yo me siento enfrente! —Corrió Brenda, quien estaba deseando también poder charlar conmigo.

—Es que ahí ya están Peter y Luke, amorcito —le indicó Enrique, apenado por no poder sentarse con ella.

—¿Y qué más te da? Si ya me tienes muy vista.

—Nunca me canso de mirarte, lo sabes. Eres mi más valiosa obra de arte —le soltó de lo más cursi.

—Lo sé, lo sé. Confórmate y siéntate ahí, que así luego me cogerás con más ganas.

Lo manejaba como le daba la gana. Era todo un personaje. Ya veía que me lo iba a pasar bomba, esa mujer estaba claro que iba a ser la nota discordante de la noche.

Comenzaron a servirnos la cena y era digno de ver.

—Te digo yo que en Buckingham Palace no cenan tan bien como aquí esta noche —le comenté por lo bajo.

—Seguro que no, aunque la familia real inglesa no pasa allí las Navidades, sino en Sandringham House.

—Hay que ser muy pijo para hacerme una corrección así. Eso o que alguna vez te hayan invitado, y entonces es cuando ya me da un soponcio.

—No, claro que no. No me han invitado nunca, aunque no me quedo con las ganas. Prefiero mil veces cenar contigo.

—Pues a mí, si me invitan, corro que me las pelo —nos soltó Brenda, quien parecía estar charlando con Luke y con Peter, pero que tenía la habilidad de poner las antenas en varias conversaciones al mismo tiempo.

—¿Y tú dónde conociste a Enrique? —le pregunté sobre ese marido suyo que, al igual que su hermano Fernando, prosperó mucho en Londres y se había hecho con una buena fortuna.

—En un vuelo, es que soy azafata. ¿Qué digo soy? Era, que esta que está aquí no piensa pegar palo al agua más en su vida. Es más, así lo tenemos recogido en las capitulaciones matrimoniales, ¿a que sí, Enrique?

—Por supuesto, lo que tú quieras —le respondió sin pensar, embobado.

—Que no, que estoy contándoles lo de nuestro contrato prematrimonial, el que firmamos antes de que tuvieras la suerte de que me casara contigo.

—Claro, claro...

Ella seguía dándole charla y yo cada vez abría más los ojos.

—No he visto una cosa igual en la vida, lo tiene embrujado —le murmuré a Ezequiel.

—¿No la has visto? Pues tú también me tienes embrujado a mí, que lo sepas.

—No compares, que ella lo ha hecho por su conveniencia.

—A mi tío no le parecen malas, te lo aseguro. —Rio.

—Ya veremos lo que opina el día que la pelirroja —me referí así a ella por su color de pelo, como es lógico— le dé la patada. Porque esta se la va a dar, lo sabes, ¿no?

—Eso lo sabe hasta un niño de guardería, pero mira cómo disfruta él mientras.

Al tío Enrique le iban a tener que poner un babero con su Brenda. Estaba que no cagaba con ella, como se suele decir.

Tras la cena, llegaron las copas y la muchacha demostró que le encantaba ser el centro de atención, el alma de la fiesta. También demostró que le encantaba empinar el codo y que era capaz de beberse hasta el agua con la que regaban las flores de Pascua que adornaban el salón.

El resto también bebimos, para qué vamos a decir otra cosa. A mí, achispada, me daba por cantar y comencé a hacerlo por villancicos.

—*Ande, ande, ande, la marimorena...* —Entoné muy animada, y Ezequiel me miró.

—*Ande, ande, ande, anda que no estás buena...* —prosiguió él haciendo su propia versión del villancico.

—Ay, Fernando, que el niño se nos ha enamorado de verdad, que esto es como un milagro de Navidad —le comentó su madre a su padre.

—Un milagro es que la tía Brenda se siga sosteniendo en pie, mamá, mírala...

Estaba borracha y decía que los villancicos no eran para bailar, que ella quería hacer un bailecito como una estrella y que la sostuvieran Peter y Luke, a quienes les tenía echado el ojo y quienes la miraban de un modo que olía a trío, dejando a Enrique fuera.

—Yo te sostengo mejor, cariñito —le dijo su marido.

—No, no, ellos, que están más cachas. —Le dio hasta un empujón.

—Pero nadie te cuidará mejor que yo, amorcito —insistía él tratando de mantener el equilibrio.

Las formas de dirigirse a ella eran ridículas y sacaban mi risa. De veras que la pizpireta pelirroja debía haber pagado por hacerle uno de esos amarres que ofrecen los santeros o se había hartado de tutoriales para llevarlo a cabo ella misma, en plan casero.

Nos estábamos riendo lo más grande porque lo curioso era que Enrique estaba tan chiflado por ella que ni siquiera le tomaba nada a mal.

Comenzó a bailar un reguetón con los chicos y Ezequiel me cogió también, acercándose mucho a él para contonearnos a su ritmo.

—Nosotros no vamos a ser menos, Fernando —le pidió bailar Lucy, que era muy divertida.

Para ver a los padres de Ezequiel, una pareja mayor y tan distinguida, bailando reguetón. El único que se quedó solo fue Enrique, pero entonces Brenda miró a una de las chicas del servicio.

—Baila con él sin miedo, que no soy celosa.

Encima, solo hubiera faltado... Si ella se traía un rollito con los otros dos que era para flipar. En fin...

—Tu familia no solo es estupenda, sino de lo más original —le comenté mirando la escenita.

—Digamos que ha ido evolucionando con el tiempo, sí.

—Pues la incorporación de Brenda no debió tener desperdicio.

—Ya te digo que no, aunque la mejor ha sido la tuya.

—¿Todo esto está ocurriendo de verdad o es un sueño de Navidad?

—No es por nada, pero en esos sueños suele sonar música más clásica, lo del reguetón no me pega mucho.

—Brenda sí que se está pegando a los chicos, míralos. Menudos refregones que se están dando los tres.

Estuvimos bailando hasta altas horas de la madrugada y después subimos al dormitorio de Ezequiel, ese que con tanto gusto compartía conmigo.

—A mí, tanto bailecito rozándonos me ha desatado —le dije borrachina perdida—. Vamos, que me ha puesto *to' perra* —proseguí mientras comenzaba a besarle como si no hubiese un mañana.

—Parece ser que es así, Julia. —Reía.

—Que parece, dice. Date por perdido. Venga, quítate la ropa, que quiero inspeccionar la zona.

—Me encantas. —Reía.

—No te hagas el tonto, sácalo, venga.

Lo hizo y lo miré seria.

—Está limpito, sí, pero hay que sacarle brillo. Yo me ocupo...

—Julia ten cuidado con los dientes, que te veo con mucho ímpetu.

—Tranquilo, que no es para tanto. Yo esto solo lo voy a chupar como si fuera un Pirulo de fresa, aunque de fresquito no tiene nada, que está bien caliente. —Intentaba mantener el equilibrio.

Era un momento único y se lo dejé claro de una manera que nunca olvidaríamos. Aquella noche fue una explosión de sensaciones, una experiencia que se sintió completamente distinta a las demás. Me dejé llevar por el deseo, sintiendo cómo su cuerpo me encendía con cada roce, después de horas de rozamiento infernal a ritmo de reguetón. Fue como si el mundo se desvaneciera y solo existiéramos nosotros.

Quién me iba a decir que viviría todo aquello en un ambiente tan selecto, pero es que todo eran sorpresas en esos días. Increíbles las Navidades que preparó para mí en Londres, y la acogida que recibí por parte de los suyos. Después de una noche desenfrenada entre las sábanas, con el alcohol fluyendo por mis venas, me quedé dormida soñando con la llegada de Santa Claus. ¿Qué otros regalos me traería ese querido personaje de barba blanca?

Capítulo 26



Me desperté y él me estaba mirando.

—¿Se puede saber qué haces ahí embobado y no preparándome un café? —le pregunté mientras me desperezaba.

—Eso, que feliz Navidad para ti también, preciosa.

—Ah, eso, Feliz Navidad, es que sabes que no soy persona hasta que no me tomo mi primer café mañanero.

—No hay cafetera en este dormitorio, como puedes ver.

—Pues será lo único que le falte, es impresionante, qué barbaridad.

—Impresionante eres tú. Ven aquí... Quiero anunciarte que Santa Claus ha llegado para mí.

—¿Para ti solo? Pues sí que eres egoísta, ya sabía que enseguida comenzarían a salir las pegas. Siempre pasa.

—No, quiero decir que por muchos regalos que me encuentre debajo del árbol...

—Que te los encontrarás porque me da que Santa Claus es más generoso con los ricos... —le interrumpí.

—Pues que el mejor de todos será el haberte podido traer conmigo. —Me abrazó.

—Si no fuera porque me duele un montón la cabeza por la resaca de anoche, daría un brinco para comerte los morros. Mejor acércate tú, pero despacito, como diría Luis Fonsi.

Nos vestimos y bajamos para contemplar ese árbol repleto de regalos que amaneció en el impresionante salón.

—Madre mía, qué barbaridad. Santa Claus se ha herniado, fijo —murmuré al verlo.

Todos nos estábamos deseando una Feliz Navidad y tanto regalito contribuiría sin duda a que lo fuese.

Había para cada uno de nosotros. Yo me sentía un poco cortada porque solo tenía un pequeño detalle para cada uno de ellos, y allí olía a que necesitaría una carretilla de mano para sacar todo lo que me tocaría.

No me equivoqué mucho. Se dejaron caer bien, aunque lo que más ilusión me hizo fue el reloj que Ezequiel me regaló. Y no lo digo por su precio, que debía ser totalmente desorbitado al tratarse de un modelo perteneciente a una edición limitada de una de las mejores firmas del mundo. Pues bien, a pesar de eso, lo que me emocionó fue su comentario.

—Te has pasado, esto te ha debido costar un huevo. —Me salió en mi línea.

—Me hubiera jodido mucho perder un huevo, la verdad. No, esto es para que, cuando lo mires, desees parar el tiempo conmigo.

—¿Y ahora qué le hago yo, Lucy? ¿Me lo como? —le pregunté a su madre.

—Puedes meterlo en adobo —me respondió su padre, que para eso era sevillano.

—Eso, en el adobo del pescadito frito —añadió ella, que conocía muy bien las costumbres andaluzas por su marido.

Por parte de todos ellos también recibí perfumes, complementos y un sinfín de regalos de firma que me sacaron los colores y que les agradecí de corazón.

Como es normal, yo no podía estar a su altura, pero también noté que les encantaron los detalles que les tenía. En el caso de Ezequiel, opté por un moderno conjunto de camisa y jersey. Aunque tenía ropa para dar y regalar, se notó que fue muy de su gusto y prometió estrenarlo ese mismo día para el almuerzo.

Qué buen rollo se respiraba allí y eso que todavía no había aparecido la pelirroja, que lo hizo al poco con gafas de sol. Era para verla. Venía escoltada por Enrique.

—Dice que os desea Feliz Navidad, pero que no puede hablar porque padece un ataque de migraña esta mañana.

—Yo no le he deseado nada a nadie, no te pongas tan bien puesto, que estoy de muy mala leche. Y de migraña nada, tengo una resaca como la copa de un pino, ¿qué hay de mis regalos?

—Son aquellos, todos los del montón del fondo. Los he apartado para que no hubiese confusiones.

—¿Aquel? Juraría que el del año pasado era más alto, ¿puede ser?

—Puede ser, pero los de este año son más caros, cosita linda.

Tuve que reprimir la risa porque no era para menos. La dejamos abriéndolos, pues tenía para rato, mientras nos fuimos a desayunar.

—Pero bueno, ¿qué clase de mesa es esta? —le pregunté a Lucy.

—¿Falta algo, nuera? He tenido en cuenta todas las costumbres españolas, pero si echas algo de menos...

—¿Echar de menos? Hasta la primera papilla será lo que eche si me como todo lo que me corresponde, ¡¡si hay hasta churros!! Y en Londres, ¿esto es real?

—Le comenté a mis padres que te encantaban, Julia.

—¡¡Toma ya!! Eso sí que es un regalo.

—Si es que te llevas una joyita —me comentó Lucy—. Y tú pensarás que lo digo porque soy su madre, pero no... Ezequiel lo es. Y ahora estoy muy contenta porque ha encontrado a una mujer a su altura.

—A su altura exactamente no, que me saca lo suyo.

—Qué graciosa eres. Me has entendido.

—Que sí, que quiere decir que les encantas para él, no como cuando me conocieron a mí. Lo que pasa es que son todos muy educados y se lo callaron, ¿es o no es, Lucy? —le preguntó Brenda.

—Cariño, tú fuiste bienvenida en la familia. Y lo sigues siendo, ya lo sabes...

—Porque no os queda otro remedio, que si no...

Brenda no tenía pelos en la lengua, y yo no podía evitar estar atenta a cada locura que decía. Con ella, la diversión nunca se acababa. Nunca pensé que alguien así pudiera formar parte de la familia de Ezequiel, donde todos eran geniales, aunque ella definitivamente tenía un toque de locura que la hacía única.

Tras el desayuno, salimos todos juntos a dar una vuelta por los alrededores, ya que el clima era gélido, pero el sol lucía sobre el cielo londinense como regalo añadido. Y eso había que aprovecharlo.

Los alrededores de la casa también eran de cuento. La única que no nos acompañó fue Brenda, quien volvió a acostarse a dormir la mona después de abrir sus regalos.

Regresamos a la hora del almuerzo y tocaba comer de nuevo.

—Voy a llegar con unos cuantos kilos de más a Sevilla, ¿quieres verlo? —le pregunté.

—Yo quiero ver todo lo que tenga que ver contigo, pero de más no llevarás nada. En todo caso, se te repartirán estupendamente.

—Me estás mirando las tetas y no te hagas ilusiones, que los kilos se van para todas partes.

—Pues mira, ahí vienen los causantes de que los cojas, aunque lo dudo mucho, con todo el ejercicio que estamos haciendo. —Me guiñó el ojo.

En eso tenía razón, porque era quedarnos solos y comenzar a darle al tema. El almuerzo fue de nuevo digno de ser grabado, pues no paraban de llegar bandejas con entrantes.

—Más que un almuerzo de Navidad, esto parece una boda —le comenté.

—Pues tienes que hacer hueco para el postre, que está de vicio.

—El vicio lo tienes tú en el cuerpo —le comenté.

—El vicio me lo provocas tú.

Después de haber disfrutado de una gran variedad de entrantes que nos dejaron completamente llenos, llegó el plato principal: un exquisito pavo asado y, para culminar, el pudín de Navidad, una delicia que se deshacía en la boca y que nos dejó el más dulce de los sabores.

—Voy a necesitar unas cuantas horas para hacer la digestión de esto, Ezequiel —resoplé.

—Yo sé cómo acelerarla. Subamos al dormitorio —me pidió mientras cada uno se retiraba también un ratito a descansar.

Me metió allí y no tuvo nada que ver con la noche anterior. De nuevo quería tomar la delantera en todo y, por cierto, mi delantera fue lo primero que dejó al aire al comenzar a desnudarme.

—Me está entrando un hambre de verlas...

—¿Hambre? Lo tuyo es gula.

—No, lo mío es lujuria.

—Da igual, es uno de los siete pecados capitales igual.

—¿Y qué culpa tengo yo si es tu cuerpo el que me incita a pecar?

—Claro, claro, tú no tienes culpa de nada.

No me dejó añadir nada más, porque lo siguiente que salió de mi garganta fue un jadeo al notar cómo echaba mi tanga hacia un lado y, sin previo aviso, internaba sus dedos en mi interior. No hacía falta que me preparase porque la humedad que desprendía mi sexo le dejó vía libre de

inmediato.

Me cubrió la boca con su mano y no pude evitar empezar a mordisquearla con deseo. Mientras tanto, los dedos de su otra mano exploraban mi interior, buscando sacar de él ese tesoro que le suponían mis jadeos.

Comencé a removerme y a notar ese calor sofocante que solo podía mitigar su sexo dentro de mí. Lo necesitaba, se lo estaba pidiendo con los ojos y no tardó en complacerme.

Mientras me iba penetrando, no dejaba de lado mis pechos, a los que dedicaba suaves caricias con sus labios. Me dejaba llevar por el placer, me entregaba por completo a sus abrazos y recordaba lo que me había dicho unas horas antes: que deseaba parar el tiempo cuando estábamos juntos. Yo también lo deseaba, y mucho.

Miré a través de su amplio ventanal y lo único que vi fue el reflejo de la belleza que había fuera, que no era más impresionante que la que mis ojos veían al mirar a Ezequiel; el hombre que me estaba robando el corazón, y al que, poco a poco, había empezado a amar.

Capítulo 27



Bajamos unas horas después y Lucy nos ofreció un té con pastas.

—Yo me tomo un té digestivo, pero lo que toca las pastas, mejor me las echas en un táper, suegra, que estoy que no me cabe nada más —le comenté, y Ezequiel se moría de la risa.

—Ya te comenté que era de lo más natural, mamá.

—Y me encanta que lo sea, hijo, es como deben ser las personas.

—¿Eso es una indirecta para mí, Lucy? —le preguntó Brenda.

—¿Cómo va a serlo? Si mi familia te adora porque saben que no veo más que por tus ojos —le comentó su marido.

—Eso sí que es verdad —murmuró Ezequiel, y yo no sabía hacia dónde mirar.

Lucy era muy diplomática y enseguida cambió el rumbo de la conversación.

—Os propongo algo divertido.

—¿Nos vamos a un espectáculo de *boys*? —le preguntó Brenda.

—No, nunca he pisado uno de esos.

—Pues tú te lo pierdes, chica. Es como el tiro al plato, pero sin tener que apuntar. Si te gusta uno, pagas después de la actuación y te lo llevas puesto. Enrique, yo es lo que he escuchado. —Se hizo la sueca al ver que su marido la miraba.

—No, lo que iba a proponer es que cada cual sugiera un plan y que lo echemos a suertes. El elegido podrá hacer valer el suyo.

Cada cual dijo uno en alto y fui la última.

—Si me toca a mí, me gustaría que me enseñaras fotos de Ezequiel de pequeño y que todos

me contéis cosas de él.

—Pues menudo rollo, espero que gane yo y que juguemos a «Beso, verdad o atrevimiento» —añadió Brenda.

—Vale. —La siguieron Luke y Peter.

Pero no, gané yo y Ezequiel no se lo creía.

—Mamá, cuidado con lo que haces... Las típicas de bebé en la bañera no, que me vas a causar un trauma.

—Hijo, si son las mejores. Recuerdo que tuvimos una chica que te cuidaba que, cuando te vio salir del agua, se quedó conmovida.

—Por favor, calla...

—Que no, hijo. Que decía que había cuidado muchos niños, pero que a ninguno bien tan bien rematado.

—Tú sí que me vas a rematar como sigas por ahí. Y tú, Julia, menos risitas. Ya hablaré con tu padre también, a ver quién se ríe entonces.

A excepción de Brenda, que se metió de nuevo en su dormitorio porque decía seguir resaca, nos quedamos echando la tarde en familia. Lucy sacó álbumes con cantidad de fotos antiguas de su hijo y yo estaba encantada.

—Anda, aquí ya eras mayor. Esa fue de la época en la que...

—En la que me calificaste de viejo, correcto.

—Pues no te vi muy bien, porque ya estabas que crujías.

—Si es que hago los niños muy bonitos, nuera —me soltó Lucy.

—Mamá, soy tu único hijo, te lo recuerdo.

—Ya, por eso concentré toda mi carga genética y me salió un monumento.

—Ya lo estás viendo, Julia, como no me quedan abuelas, ahora es mi madre la que me lo dice todo.

—Y eso es muy bonito —suspiré porque su familia era estupenda y porque me hicieron sentir una más.

A la hora de la cena, nos reunimos todos de nuevo alrededor de la mesa, como si llevásemos días sin comer.

—Lucy, de verdad, que a mí no me sirvan más, estoy por reventar.

—Tienes que ponerte fuerte para cuando os lleguen los niños.

—Lo ha dicho ella. —Me miró Ezequiel.

—Es que todavía soy muy joven.

—Los hijos hay que tenerlos joven, nuera. Sobre todo, si son tan movidos como el mío.

—O sea, que tu hijo no paraba quieto un momento.

—Nunca.

—Pues así sigue, siempre enredando. Y como se le meta algo en la cabeza...

—No paro hasta conseguirlo, eso es verdad. —Me besó la mano.

Terminamos de cenar y habló Brenda.

—Antes de que propongáis otro plan que incite al sueño, vamos a poner el karaoke, ¿os parece? Yo quiero cantar por Miley Cyrus, la de *Flowers* —dijo y hasta me guiñó un ojo porque ya me iba conociendo.

—Y yo me meo. Habló la que no necesita a nadie...

—Hay que hacer el paripé, chica.

Allá que comenzó a cantar con unos movimientos sensuales que llenaban todo el salón. Después les tocó el turno a Peter y a Luke que cantaron a dúo una de Queen. A continuación, Enrique quiso que Brenda cantara *Felicità* con él, y ella le vino a decir que ni de coña, que la felicidad la buscara en otra parte. Y fue Lucy quien la cantó con su cuñado. Fernando decía que estaba un poco ronco y el turno nos llegó entonces a Ezequiel y a mí.

—Pues yo quiero una de Kiko y Sara —le propuse.

—Un poco más y apuntas a Camela —me contestó.

—Ya, que tú eres muy pijo para todo eso, ¿no? Pues te va a tocar la de *Puede ser*.

—No tengo ni idea de la letra.

—Pues por eso mismo se trata de un karaoke, lee...

Cogí el micrófono y comencé a darlo todo. También lo hizo él, quien me seguía estupendamente.

«Puede ser. Quizás locura, yo no lo sé...»

La terminamos de lo más acaramelados y es que todos comprobaron las chispas que saltaban entre ambos. Él me dio un besazo de tornillo.

La locura era pensar que temblé antes de llegar a esa casa y que, un día después, me sentía una más. Me iba a dar hasta pena marcharme al día siguiente, aunque eso no significaba que dejásemos Londres, sino que nos volvíamos al apartamento de Ezequiel, a seguir disfrutando de unos días tan especiales, pero ya con más privacidad.

Después de la divertida sesión de karaoke, decidimos quedarnos un rato más para disfrutar de los últimos momentos juntos, a modo de despedida de la familia. La única que se adelantó a la despedida fue Brenda, quien dijo que estaba cansada y se iba a dormir.

Al poco, escuchamos unos gritos procedentes del dormitorio que compartía con su marido, el cual estaba allí en el salón con el resto. No eran de dolor precisamente, sino que parecía estar pasándoselo muy bien.

—Es que me ha pedido algunos juguetitos por Santa Claus, subo a pedirle que sea algo más discreta —nos comentó de lo más apurado.

—O sea, que está quemando el cargador del Satisfyer. —Me salió y todos estallaron en carcajadas.

Me lo había pasado muy bien y lo que quedaba, porque la noche no había terminado. Antes de subir a acostarnos, eso sí, les di un abrazo a todos porque por la mañana nos marcharíamos temprano e igual no coincidíamos.

—Lucy, ha sido un placer, de verdad.

—El placer ha sido mío, Julia.

—El placer en realidad ha sido de Brenda, que la sigo oyendo.

—Es verdad. —Rio—. Y en cuanto a ti, espero volver a verte muy pronto.

—Yo también lo espero, de verdad.

—Hijo, pues ya sabes, habrá que organizar algo.

—Una boda, por ejemplo, mamá.

—Lucy, no le hagas caso, que tiene la cabeza muy puesta para los negocios, pero para el resto está tarado.

—Pues a mí no me parece mala idea para nada. Eso sí, me tenéis que avisar con tiempo porque yo me tengo que hacer un vestido a la altura de los acontecimientos.

Y lo decía tan pancha. Todos ellos eran muy sencillos. Gente con cantidad de dinero y estilo, muy elegantes y que, sin embargo, me acogieron de un modo que no olvidaría.

—Ha sido como un sueño —le comenté a Ezequiel una vez en el dormitorio.

—Sueño es el que no te puede entrar ahora, porque la fiesta todavía no ha acabado.

—Ya, y también se ve venir que lo que me entrará será otra cosa.

—Eso, fijo —me aseguró mientras me tomaba por la cadera y me apretaba contra él con tal fuerza que parecía que nos íbamos a fusionar.

Empezó a besarme con una pasión desbordante y me dejé llevar por esos besos y sus caricias. Era curioso cómo parecía conocerme muy bien en el sexo, como si fuéramos amantes de toda la vida, cuando en realidad solo llevábamos unos cuantos asaltos en la cama. Eso sí, la intensidad de esos momentos era tal que hacía que cada uno de mis vellos se erizara.

—Estoy viendo venir que esta noche vamos a dormir poco, ¿a que sí?

—¿Es que tenías pensado dormir algo?

—¡¡La madre que te parió!! Menos mal que me das bien de comer, porque de sueño voy cortita a tu lado.

—Ya dormiremos más adelante, que hoy es Navidad y tenemos que celebrarlo.

—Ya, que todavía no me has dado todos mis regalos, ¿no es eso?

—No, queda el mejor.

Y no se equivocó porque la noche de pasión que me regaló sobre aquella cama fue de esas que, si las paredes hablaran, harían enmudecer a quien las escuchase. Era un amante de diez, un hombre de esos que te hacen temblar desde las pestañas hasta el dedo meñique del pie con solo mirarte, con solo observar esos ojos que hablan de deseo, lujuria y pasión a partes iguales.

Capítulo 28



Nos levantamos temprano porque queríamos aprovechar el día en Londres. Ezequiel deseaba enseñármelo todo y esta vez no me refiero a sus atributos, que de esos ya me había llevado mi buena ración.

Otro taxi vino a por nosotros y, tras dejar nuestro equipaje en su apartamento, salimos directos hacia la calle.

Londres merece ser visitada en cualquier época del año, pero en Navidad era mucho más mágica. Y a mí la ilusión me podía recorriendo las calles de su mano.

Llevaba calzado cómodo porque recorreríamos todos los rincones que pudiésemos. No había ninguna prisa, y mis ojos estaban preparados para disfrutar como una niña con zapatos nuevos.

Empezamos recorriendo el centro histórico. Ezequiel iba muy pendiente de mí.

—¿Por qué me miras tanto? —le pregunté.

—Tú también te mirarías si estuvieras en mi lugar. Tus ojos proyectan luz.

—Pues al precio al que está la factura, tendré que mirar cómo sacarle partido.

—No tendrás que preocuparte nunca más por el dinero, piénsalo.

—Ya sabes que me gusta ser autosuficiente y también lo que pienso de otras cosas.

—Ya, que no tienes ni idea de a dónde nos llevará esto, ¿acaso no sientes que fluye?

—Siento un buen montón de cosas, pero también sé que a veces las cosas se tuercen. Ya está.

—Lo único que tienes que torcer hoy son las esquinas, porque te queda por pasar un día inolvidable en Londres.

En ese momento, casi me caigo desmayada porque un patinete que venía por detrás estuvo a punto de arrollarme. Como no suenan, ni cuenta se había dado.

—¿Ves de lo que te hablo? Todavía no somos nada y ya casi enviudo.

—Eso no podría pasar porque no hay fuerza capaz de hacer que me separe de ti.

—O sea, que hubieras tirado para que nos llevase por delante a los dos.

—Oye, ¿tú eres de ver el vaso medio vacío? Porque yo lo veo siempre medio lleno.

—Como todos los ricos —le sonreí.

Nos encaminamos hacia el Big Ben y me quedé mirándolo, abrazada a él.

—Ese reloj no hay valor de tocarlo, ¿eh? Ni para pedirle que pare el tiempo ni para nada. A ver quién se atreve.

—A quien no hay valor de tocar es a ti. —Me besó.

—Pues tú bien que me tocas, que me metes unos magreos que no veas.

Continuamos hasta el Palacio de Buckingham. Por suerte, era de los días en los que se ve el cambio de la Guardia Real y lo disfruté muchísimo. Él me cogía por la cintura. De una manera o de otra, Ezequiel siempre me tenía muy cerquita. Le encantaba el contacto, no me soltaba para nada y me hacía sentir muy mimada.

Llegamos a tiempo de verlo desde un lugar privilegiado y no perdimos detalle.

—No sé cómo no se les cae el cuello con esos gorros tan enormes. Mira que soy friolera, pero no querría uno ni regalado —le decía.

—Te sientan mejor los tuyos, es verdad. Esos te taparían hasta los ojos.

—Y entonces parecería un gnomo de esos de Navidad a los que solo se les ve la nariz y la boca.

—Cierto, aunque al menos si tengo tu boca a tiro...

—Eso, tú no pierdas oportunidad de pillar cacho.

—Nunca —asintió mientras me daba una nalgada en el culo.

Había mucho que ver y tuvimos toda la suerte del mundo con el tiempo porque ni llovió y ni siquiera estuvo nublado, lo que no era fácil en Londres y en esas fechas.

Al mediodía, nos paramos a almorzar en un restaurante con una preciosa cristalera y con unas vistas impresionantes. Las calles estaban abarrotadas, había un bullicio total y la gente se agolpaba para subir a cualquier atracción. Por suerte, Ezequiel lo tuvo todo previsto y teníamos pases preferentes, por lo que apenas tuvimos que hacer colas.

Eso sí, no habíamos parado de caminar. Quería llevármelo todo en la retina, pero también en mi móvil. Por eso hice varios selfis y un vídeo mientras esperábamos la comida.

—Se los voy a enviar a las chicas, que lo sepas.

—Ya ves, saben de sobra que estamos juntos. Ya me han visto contigo.

—Te han visto como un cocinero sexi, no se imaginan el resto de las facetas.

—Imaginárselas, seguro que se las imaginan.

—No tanto, que me tienes dormida de pie con tanto sexo.

—¿Quieres que rebaje el nivel?

—¡¡Ni de coña!! A mí dame lo mío no vaya a ser que cualquier día se me acabe el chollo. Lo que pase en Londres, se queda en Londres.

—El chollo no se te va a acabar, tenlo por seguro. Es más, podríamos volver a ir de compras. Yo de ti aprovecharía.

—Ni en broma, que te da por tirar de tarjeta y va a ser que no.

—Eso se puede arreglar. También llevo efectivo. —Sacó su cartera.

—¡¡Guarda eso!!

—Joder, qué susto. Que me lo has gritado y me ha mirado hasta un guardia. A ver si se piensa que estamos trapicheando.

—¿Trapicheando? Tú no tienes pinta ni de saber lo que es eso.

—Ya, porque soy un pijo.

—Sí, sí, a los que son como tú y les da por comprar droga seguro que se la mandan a casa en una caja con un lacito.

—Suerte que paso de esas mierdas o pensaría que me estás llamando moñas.

—No, no, eso sí que no. Me has demostrado de sobra que te gustan las mujeres.

—Las mujeres no, me gustas tú.

—Claro, y a las demás ni las miras.

—Las miro como puedo mirar cualquier otra cosa bonita, pero no despiertan mi interés.

—Más te vale porque ya te he amenazado alguna vez con cortártela. Y no me refiero a la corbata. —Le señalé a la entrepierna.

—No tengo nada que temer. Soy totalmente inocente.

—Tú no debiste ser inocente ni el día que naciste, *joputa* —le solté y le vi hasta la campanilla en ese momento.

—¿Lo ves? Por cosas como estas no me puedo fijar en las demás. Llevo años obsesionado contigo.

—Años en los que el tiempo no lo has perdido porque hay cosas que cantan y tú te has acostado con muchas, que no me chupo el dedo.

—Tampoco tantas.

—Tú qué vas a decir.

—Es que eso es lo de menos. Lo importante es que ahora estás en mi vida y que vas a ser la única. Si tú quieres, yo puedo...

—Comprar una vida feliz para mí, ¿no?

—No, fabricarla juntos a medida.

—Con sus patrones y todo, como si fuese un vestido.

—Estás muy graciosa hoy.

—No me mires así porque no tienes valor de darme un correctivo —le provoqué.

—Cuando te levantes, te daré una buena nalgada delante de todos.

—Y no tendrás Londres para correr, ya lo verás.

Y lo vio porque lo hizo y porque salí corriendo detrás de él chillando, «¡al ladrón!»

Se la jugué bien porque hasta lo detuvo otro guardia y, si no llega a ser porque me expliqué, duerme esa noche en el calabozo.

Horas después, cuando tras recorrer otros sitios icónicos de Londres llegamos al apartamento, todavía no se lo podía creer.

—Te juro que nunca me había encontrado con una mujer como tú.

—Ni te encontrarás, eso dalo por sentado.

—Eres muy grande, Julia, muy grande.

—Bajita no soy, eso desde luego.

—Ven aquí —me pidió mientras me rodeaba la cintura y comenzaba a introducir sus dedos por debajo de mi falda. En ese momento, mi mente dio un giro y la sonrisa que tenía se desvaneció, dando paso a una expresión mucho más morbosa.

Habíamos entrado en la cocina del apartamento a coger agua del frigorífico y, de golpe, me sentó en la encimera. Me miró entonces con picardía y supe que me lo haría allí mismo, sin más.

No dijo nada, solo me echó el cuerpo hacia atrás y escuché cómo se desabrochaba los pantalones. En aquella ocasión no habría preliminares ni tampoco los necesitábamos. Se trataba de uno de esos «aquí te pillo, aquí te mato» que tan loca me volvían por su parte.

Mientras me penetraba, deslizó sus manos por debajo de mi jersey, acariciando cada parte de mi piel hasta llegar a mis pechos, provocando que mi piel se erizase y mis pezones se endurecieran. Sabía que después se dedicaría a lamerlos, ya que me tenía completamente a su disposición, expuesta y con unas ganas tremendas de que me hiciese suya como le diese la gana, porque todo lo que proyectaba me llevaba a gritar de placer.

Lo hicimos en aquella cocina como lo hicimos después en el baño y finalmente en el dormitorio. Aquellas Navidades estaban salpicadas de sorpresas y de momentos mágicos, pero también de otros en los que la tensión sexual se desbordaba hasta que se resolvía entre jadeos y gemidos de esos que le indican al otro que iba por el mejor de los caminos.

Me dormí finalmente entre sus brazos, totalmente satisfecha y con unas tremendas ganas de que eso que nos estaba pasando viniese sin fecha de caducidad, que durase para siempre.

Capítulo 29



Me desperté con un delicioso olor a café que lo envolvía todo. Me levanté de un salto para ir a que me pusiese uno a la cocina y, justo al llegar al marco de la puerta, me choqué con él.

Lo cierto es que fui como pollo sin cabeza y que tuvo que hacer verdaderos malabares para que el contenido de la taza que me traía en ese momento no terminase encima de mí.

Ni siquiera separó sus labios cuando prefirió, con reflejos de lince, acercarla a su cuerpo y resultó salpicado.

—¡¡Te has quemado!! —Me puse la mano en la boca, nerviosa.

—Tranquila, no es nada.

—Que sí, que sí, quítate la camiseta —le pedí.

—Ahora voy a parecer un vestido de flamenca, verás —me sonrió.

—Con sus lunares, es verdad. Te han salido unos cuantos, pobre... Digo, rico —corregí entre bromas al ver que, por suerte, era poca cosa.

Me fui directa a la nevera y cogí un cubito de hielo, el cual pasé por su torso con mimo porque me sentía mal.

—La culpa ha sido mía. He olido el café y he salido corriendo.

—No ha pasado nada, quédate tranquila.

—Pero has podido quemarte. Si se te llega a caer encima todo el café de la taza... —resoplé.

—Ya, de verdad, que estoy bien.

—Qué susto mañanero, joder.

—Es cierto, conozco mejores maneras de arrancar el día —me comentó tomando el cubito de

mis dedos.

—No, que has podido acabar mal por mi culpa.

—Malo me estoy poniendo de verte con ese salto de cama, ¡¡ya te tengo!!

Me atrapó y me tumbó bocarriba. Ezequiel era fuerte, estaba ancho gracias al mucho ejercicio que hacía y cuando se ponía sobre mí no solo me tapaba por completo, sino que sobresalía por ambos lados.

Me rendía a esa evidencia de la que tantas ganas tenía y eso que ni siquiera me había tomado ese café que tanto necesitaba para espabilarme. Al fin y al cabo, necesitaba más eso que estaba a punto de hacerme.

Con ese mismo cubito de hielo, el cual sostenía con una de sus manos, me estimularía en cuanto retirase mi pequeño tanga, algo que hizo de inmediato. Con los dientes me lo arrancó en ese caso. Es que no podía ponerme más.

Solté un gemido de placer y dejé que fuera saliendo poco a poco el aire de mis pulmones. El hielo me estremecía al contacto con esa parte de mi cuerpo que sobresalía y que me ardía.

Di un bote en la cama y él lo frenó con su mano.

— Si sigo así, voy a flotar —solté por la boca.

No me contestó nada, estaba concentrado en darme placer. Pasaba poco a poco el hielo y, cuando notaba que no podía más, que sentía hasta calambres, lo apartaba y dejaba actuar a su lengua, que parecía de lava sobre mi sexo.

El contraste entre el frío y el calor me estaba poniendo muchísimo, me estaba poniendo tanto que sentía cómo mi corazón latía más rápido y, sin darme cuenta, empecé a pronunciar su nombre, sílaba tras sílaba, como si fuera un mantra que necesitaba repetir.

—Ezequiel, así me llamo, Julia —murmuró y la forma de pronunciar mi nombre me resultó alucinante, como si la boca se le llenase.

A continuación, me besó, mientras volvía a aplicarme el hielo y trataba de contrarrestar el efecto de mi cuerpo, el cual tendía a querer zafarse porque la sensación que me producía era tan fuerte que sentía hasta corriente en mi parte más íntima.

No pude hacerlo, él me seguía presionando y, cuando el cubito terminó por derretirse, me tomó por las muñecas e hizo presión con su propio sexo. Me daba igual cómo lo hiciese, el caso es que estaba sintiendo un tremendo gusto, uno que me llevó a correrme justo en el instante en el que me penetró.

Sentía como si mi vagina se derritiera, aunque también se derritió mi sonrisa al ver cómo me miraba en ese momento. Era evidente cuánto disfrutaba al provocarme esas sensaciones que me

llevaban al límite, hasta que ya no podía más, y luego experimentaba esas incomparables ganas de volver a empezar. Era tanto lo que me excitaba que, en ocasiones, me sorprendía a mí misma, ya que no esperaba esas reacciones por parte de mi cuerpo.

Al rato, salimos a la calle porque nos daban ganas de quedarnos todo el día en la cama. Es más, se nos pasaría volando, pero entonces nos perderíamos muchas de esas atracciones que la ciudad del Támesis tenía preparadas y, sobre todo, para mí, porque Ezequiel las conocía muy bien, pero a mí me estaban enamorando.

Notting Hill con sus coloridos mercados, sus tiendas y su ambiente bohemio. Oxford Street con sus grandes almacenes y sus exclusivas *boutiques*. Piccadilly Circus con sus brillantes letreros y su emblemática arquitectura... ¿Cómo no enamorarme de todos aquellos rincones especialmente porque los recorría de la mano de Ezequiel que, para colmo, los conocía como la palma de su mano?

Él no solo me enseñaba lo que los demás turistas veían, sino que también me llevaba a lugares escondidos a los que nunca habría llegado por mi cuenta. Me descubría un Londres que me estaba fascinando, mientras escuchaba anécdotas de las que le habían ocurrido allí a lo largo de su vida.

La tarde la terminamos en el famosísimo London Eye, el ojo desde el que toda la ciudad quedaba bajo nuestros pies. La imponente estructura que conforma esa gigantesca noria me dejó sin palabras y para qué contar cuando nos subimos a una de sus casetas de cristal desde la que Londres se ve como desde ningún mirador.

Él me abrazaba, me notaba sobrecogida. Era muy especial todo lo que estaba viviendo a su lado y si aparte ocurría desde un lugar así, de los más visitados del mundo, ya era para echarle de comer aparte.

Cuando me bajé de allí, le di un beso rápido en la cara y me aparté.

—Gracias —murmuré.

—¿Y esto a qué viene? Si me vas a besar, bésame de verdad. —Me rodeó por la cintura y me pegó a él mientras me besaba en los labios.

—Es que el mío ha sido un beso de agradecimiento.

—¿Y ya? ¿No hay truco? Mira que estoy esperando a que me sueltes una de las tuyas.

—Esta vez no te diré ninguna de mis burradas porque quien tiene magia no necesita trucos y tú la tienes, Ezequiel.

Se quedó impactado por mis palabras.

—O sea, eso quiere decir que vas a seguir a mi lado sin necesidad de secuestrarte y sin nada, ¿no?

—Afirmativo.

—Me alegra saberlo, ahora ya puedo deshacerme de las armas.

—No te ha hecho falta ningún arma para retenerme a tu lado. Bueno, en realidad tienes una entre las piernas que no veas si dispara bien —le solté y volteó la cabeza—. Espero, eso sí, que no tengas mucha puntería. —Apreté los dientes.

—Tenías que soltar el chistecito. Pues a mí no me importaría. Lo quiero todo contigo.

—Pues yo lo que quiero es comer algo, no te pongas tan profundo.

—¿No me digas? Porque casualmente tengo hecha una reserva que creo que te va a gustar.

—¿Qué es? Dímelo o vuelvo a gritar que me estás robando.

—Eso, encima de que eres tú quien me ha robado el corazón a mí.

—Te ha quedado muy teatrero.

Llegamos hasta aquel barco que recorría el Támesis de noche con cena incluida, un pequeño crucero, y mis ojos se abrieron de par en par.

—¡¡Si es que te tengo que querer!! —le aseguré cogiéndole la cara con ambas manos.

—Eso espero, porque yo a ti te quiero ya.

Mi corazón latía con fuerza, como si estuviera en un columpio, cada vez que me decía esas cosas. Las luces de la noche que se veían desde el crucero me deslumbraban. Provenían de los edificios más conocidos de Londres, aunque lo que de verdad me deslumbraba era el brillo de sus ojos.

La cena se sirvió en un entorno tan espectacular que no podía evitar sentirme la mujer más feliz del mundo. Ezequiel sabía sacarle partido a cada instante que pasábamos juntos, y eran tantas las experiencias vividas a su lado desde que llegamos a Londres, que sabía que mi corazón saldría de allí lleno de amor.

No paró de acariciar mi mano por encima del mantel mientras nos recreamos con las vistas durante la travesía con música en directo, la cual duró unas tres horas y que se me pasó como si se tratase de un segundo.

Esa era la única parte negativa de todo lo que vivíamos, que se desvanecía rápidamente, como esa suave brisa que acariciaba nuestras caras una vez que salimos de la zona acristalada para sentirla.

Con Ezequiel a mi lado todo se intensificaba. Nunca me había pasado con nadie y sentía que ejercía un efecto increíble en mí; un efecto que me hacía acercarme más y más a él. Cuando

bajamos del barco, lo hicimos con él besando mi nuca mientras me agarraba por detrás, ¿me podía sentir más cuidada y protegida?

Capítulo 30



La paz que me daba Ezequiel no tenía precio y nada que ver con los momentos de locura que estábamos viviendo, mi dulce locura con mi CEO en Navidad.

Mira que siempre bromeé con que yo quería un hombre rico en mi vida y ahora que medio lo tenía, lo único que me importaba era él. Digo medio porque me daba pavor en pensar en el futuro. ¿Y si solo era para Ezequiel un capricho pasajero? Mejor prefería ni pensarlo, aunque en muchos momentos no pudiera evitarlo. Si es que de él me gustaba hasta su nombre.

—¿Preparada? —dijo abrazándome en la cocina.

—¿Qué más vamos a ver hoy?

—París, hoy vamos a ver París...

—¿Cómo que París? —Se me abrieron los ojos como platos y veía en su sonrisilla que lo estaba diciendo muy en serio.

—¿Hay mejor sitio para pasar el Fin de Año que en la ciudad del amor con la Torre iluminada?

—Me acabo de descomponer. —Me eché a reír—. ¿En serio nos vamos a París?

—La tripulación nos espera en dos horas y media. —Miró el reloj de su muñeca y luego me hizo un guiño

—Joder, ¿por qué no me lo has dicho antes? —resoplé nerviosa.

—Imagina que todo te lo dijera de golpe. ¿Dónde estaría la magia de sorprenderte?

—También es verdad. —Le rodeé por la cintura con mis manos y me dejé caer en su pecho mientras él me abrazaba con todo ese amor que parecía que tenía para mí.

Recogimos nuestras cosas y un taxi nos llevó hasta el aeropuerto donde no tuvimos que esperar cola de ningún tipo, ya que llevaba un pase exprés.

La tripulación nos recibió de lo más simpáticos, era otra distinta a la que nos trajo hasta Londres.

—¿No tienes siempre la misma tripulación? —pregunté mirándolo extrañada.

—No, no, el avión es mío, pero la tripulación me la pone una agencia que tengo contratada y que está en todo el mundo.

—Qué asco de dinero —murmuré causándole una sonrisilla.

La realidad es que venía de unos preciosos días y ahora me iba a vivir unos que algo me decía que iban a ser mucho mejores aún. Con Ezequiel no me cabía la más mínima duda de que no dejaría de sorprenderme.

Quién lo iba a decir solo unos días atrás, cuando hasta huía de él por ese pavor que me daba su mirada y cuánto me imponía, pero no por eso únicamente, sino porque en lo más profundo de mí ser ya sabía yo que ese hombre me gustaba.

Y que me ponía, el serio de mi jefe me ponía y mucho, por más que yo quisiera evitar que así fuera. Pero de eso ya se había dado cuenta él solito y ahora que me tenía cerca estos días, aprovechaba la mínima ocasión en que podía para besarme, tocarme y hacer que me encendiera como se prendía una mecha.

Pasamos el vuelo justo así, besándonos a cada poco y con las manos entrelazadas mientras hablábamos de esos días con su familia y me aseguraba que les había encantado a todos, y ellos a mí.

No, esas fechas tan señaladas no las había pasado con los míos, pero ellos me habían hecho sentir parte de su gran familia.

Llegamos a París y abordamos un taxi que nos llevó ante un hotel que estaba mirando hacia la Torre Eiffel por la que al pasar se me puso la piel de gallina.

El hotel era impresionante, pero la *suite* era aún más asombrosa, con una belleza que dejaba sin palabras. Aunque, nada se comparaba a la sensación de abrir las cortinas y encontrarte de frente con la imponente Torre Eiffel. Decidí salir a la terraza para verla mejor y no pude evitar sonreír, suspirando por la increíble experiencia que estaba viviendo.

—¿Algo que alegar? —Pasó una copa de vino por delante de mí y la puso en mis manos.

—¿De verdad estoy teniendo la suerte no solo de estar contigo aquí, sino también de vivir este momento?

—Veo que sí, que eres tan afortunada como yo. ¿Qué te parecen las vistas?

—Me parece que no tienen nada que ver con lo que imaginé, esto sigue superando a todas mis expectativas. Y pensar que me dejaste traumada por lo que me dijiste de las bragas... —Me eché

a reír.

—No te creas que no lo tenía pensado desde mucho antes de ese momento —se reía—, tenía preparadas las respuestas para cualquier tipo de reacción tuya, hasta si me pedías perdón.

—¿Perdón yo a ti? Sí hombre, eras tú el que me tiraste la copa de vino y encima intencionadamente, y haciendo el papel de tu vida mandado a lavar mi abrigo. ¡Qué poca vergüenza! —Me reí.

»Venga, pongámonos en ese escenario en que me disculpo porque crea, en medio de la confusión, que tuve algo de culpa o quisiera ser respetuosa, imaginemos incluso que deliraba. ¿Cuál hubiera sido tu respuesta?

—Que te perdonaría todos los días de mi vida...

—Sí hombre, claro, tú. —Me eché a reír.

—Iba a actuar contigo, tal y como tú lo hicieras conmigo. Te fuiste al escenario más fuerte y tuve que ponerme a la altura.

—Lo tuyo fue ir a la yugular, ni una puta sonrisa, Ezequiel, te pasaste tres pueblos. —Me reí y di un trago a la copa—. Pero volvería a pasar por lo mismo si de nuevo me trajese hasta aquí.

—Te perdiste conocer al Ezequiel más conquistador esos días.

—Ya lo estoy viviendo, así que nada de lamentaciones. —Me reí.

Y nada que lamentar... Ahora nos quedaban por vivir unos días antes de la cena de Fin de Año que, según él, iba a ser más inolvidable aún.

Me ponía en su lugar, sí, claro que lo hacía, y me preguntaba ¿qué le debió de pasar por la cabeza durante todo este tiempo desde que le rechacé para estar haciéndome vivir un cuento de hadas? ¿Cuánto amor pueden soportar las personas a lo largo del tiempo sin recibir nada a cambio? Qué miedo me daba que después de todo lo que había construido en su mente se desmoronase y que se diera cuenta de que no era como me había idealizado. Pero por ahora, estaba viviendo una historia en la que la conexión entre ambos estaba en su máxima potencia.

—Mi viejito —dije con una sonrisa.

—Me dolió, me dolió. —Rio—. Que con treinta y un años me llamaras viejo, no sabes el dolor de corazón que me quedó.

—Es que yo a tu lado era una «yogurina». —Me encogí de hombros.

—Y me la he acabado comiendo —murmuró en mi oído y me dio un mordisquito en el lóbulo.

—Uff, no empieces, que te conozco.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Se te mojan las bragas? —preguntó con ese tono tan suyo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas?

—A ver, a ver, deja que vea.

Y gemí cuando noté sus hábiles dedos tocando mi zona, adentrándose entre los labios vaginales y acariciándome el clítoris.

—Ezequiel, por Dios.

—Y por todos las Santos si quieres, pero de aquí no te mueves hasta que tengas un orgasmo.

Joder si lo tuve, como me que tocó de tal manera y me penetró con sus dos dedos hasta que me hizo agarrarme a él con todas mis fuerzas y gritar presa del orgasmo.

Eso sí, solo me dio ese momento porque se bebió la copa de vino de un trago, diciendo que el polvo se lo reservaba para la noche.

La sorpresa llegó cuando, después de dejar nuestras cosas, salimos del hotel y me llevó andando a un restaurante cercano que era una verdadera locura de lugar, inspirado en un museo. Había reservado en la primera planta, donde nos acomodaron frente a una gran cristalera que daba a la calle, y en la que no teníamos ningún edificio delante, como pasaba en la *suite*.

Pedimos unos platos de lo más típicos, como unos *escargots* que me encantaron, una tarta salada que llevaba varios ingredientes como carne, huevos, nata y queso. Lo acompañamos con un vino blanco que era toda una delicia para el paladar.

Lo que más me sorprendió era la salsa de los caracoles que la dejé seca mojando pan y haciendo barquitos como diría mi padre.

Pasamos la tarde paseando y tirándonos infinidad de fotos que le iba mandando a las chicas, fue toda una maravilla estar viviendo la ciudad junto a él y de primera mano.

Al día siguiente la sorpresa fue mayúscula cuando me llevó a cenar en un barco que iba paseando por el Sena desde donde se veía la ciudad iluminada por la Navidad dejando una estampa de lo más bonita.

No me cabía la menor duda de que a cada día que pasaba a su lado me ganaba un poquito más, me enamoraba más y por ende el miedo a que eso que estaba viviendo se desvaneciera, como se desvanecían los sueños al despertar, era mayor.

Él me miraba de un modo tan único que no podría identificarse como otra cosa que no fuera amor, ese mismo que sentía yo, y que hacía que mi corazón latiera con tanta fuerza.

Era suyo, sin lugar a duda, mi corazón era suyo.

Y el día antes de Fin de Año en el que no dejamos de hacer compras por la ciudad, eso sí, no permití ni una sola firma cara, pero de tiendas tipo Zara y similares me llevé de toda clase de prendas que eran una locura para combinar de mil maneras.

Puedo decir sin exagerar que llevábamos seis bolsas de ropa para mí, pero lo más gracioso es que él solo se compró una chaqueta, pero le costó el doble de todo lo que yo me había gastado en la gran compra, bueno, que se gastó él, porque no permitió que sacara mi tarjeta salvo para asegurarme de que no la había perdido.

Visitamos infinidad de lugares importantes para hacer turismo y me quedé impresionada con el Barrio Latino, me llamó muchísimo la atención lo animado que era y las callejuelas que tenía tan estrechas. El aire era de lo más medieval que había visto en la ciudad y estaba repleto de bares, cafés y tiendas.

Estaba siendo el viaje de mi vida, pero debo reconocer que Londres me dejó de lo más enamorada y casi podía asegurar que me gustaba muchísimo más que esta ciudad, que también era una pasada y más nuestra *suite* con esas vistas, pero la otra, era como que había una parte de él y eso lo hacía más atractivo.

Un viaje que no iba a olvidar jamás, pero, además, lo que más me emocionaba era eso que decía que tanto me iba a sorprender por Fin de Año. ¿Qué más le quedaba, cuando todo lo estaba dejando a una altura que era imposible de superar?

Capítulo 31



Ni en mis mejores sueños me habría imaginado vivir un Fin de Año en París, y aquí estaba, sentada en la terraza acristalada de la *suite* del hotel en la que íbamos a cenar, con vistas a la Torre Eiffel.

Me sirvió el vino y levantó su copa para un brindis.

—Por una noche perfecta —dijo y sonreí.

—Esperemos. De momento la comida tiene muy buena pinta.

Había tostas con salmón, caviar, un plato con jamón y queso, marisco, y el olor de la carne asada me llegaba desde las bandejas aún cubiertas que había en la mesa.

Cogí una de las tostas y gemí, el queso crema que había bajo el salmón estaba suave y buenísimo.

—De verdad que no me veía aquí cenando —dije tras dar un sorbo al vino.

—Para todo hay una primera vez. Y dicen que muchas de ellas, son inolvidables.

—Desde luego, estas Navidades para mí lo han sido.

—Aún no han acabado, estamos a punto de hacer un cambio de año y quedan unos días para poner punto final.

—Con el día de Reyes, sí. ¿Qué me vas a regalar? —Curioseé tras coger un langostino.

—¿Te parece poco el viaje?

—No cuenta, que me llevaste a Londres con engaños. —Le señalé.

—¿Qué quieres que te regale?

—Pues mira, por pedir... —Me hice la que pensaba dándome unos golpecitos en la barbilla—

Tú saliendo de una caja de regalo, con corona de rey Mago.

—¿Sin nada más? —Arqueó la ceja.

—Sin nada más.

—Qué barata me vas a salir. —Rio.

—Qué capullo eres. —Volteé los ojos.

Seguimos disfrutando de aquella cena sin dejar de reír, algo que me encantaba de él, pues el muy jodido tenía una sonrisa preciosa y perfecta. Y el sonido de esa risa me llenaba el corazón de un modo que no se podía hacer una idea.

Qué diferente de cómo era en las oficinas, ese modo en el que nos miraba con la cara seria como si hubiera desayunado tostadas con vinagre en vez de con aceite.

Pero ahí estaba, compartiendo conmigo esas risas que me hacían la persona más feliz del mundo en este momento.

Después de la carne, que estaba jugosa y buenísima con una salsa al oporto impresionante, nos tomamos de postre una pequeña tarta individual que tenía tres pisos de bizcocho, con trufa y nata en medio, y recubierto la mitad de nata y la mitad de chocolate con unas pepitas de chocolate negro que estaba riquísimo.

—He cogido al menos dos kilos con esta cena —dije dando un último sorbo al vino.

—Ahora después hacemos un poco de ejercicio y lo rebajas.

—¿Se te está pasando por la cabeza sacarme a correr a la calle? Porque no, vamos.

—Correr sí, pero no en la calle precisamente. —Me hizo un guiño y me dieron hasta sudores.

—Qué calor de repente, ¿no? —Comencé a abanicarme con la mano.

Ezequiel sonrió mientras nos levantábamos de la mesa al finalizar la cena. Cogió la botella de champán de la cubitera y, tras rellenar las copas, me ofreció una, la cogí con una sonrisa y no tardó en inclinarse para darme un beso en los labios, uno de esos que tanto me gustaban y a los que me había acostumbrado tan rápido que, si no me besaba, era yo la que le buscaba para que lo hiciera.

No tardaríamos mucho en hacer ese cambio de año del que hablaba, y estábamos en la terraza, contemplando la majestuosa torre que teníamos ante nosotros.

Todo París brillaba con un resplandor especial esa noche, o tal vez es que yo la estaba viendo con otros ojos.

La Torre Eiffel estaba iluminada con esos destellos dorados que parecían brillar al ritmo de alguna música que solo ella podía escuchar.

Me dio un beso en la mejilla y vi que me quitaba la copa para cambiarla por ese pequeño cuenco donde nos esperaban las doce uvas que tomaríamos esa noche.

En el cielo de París esa noche se veía un reloj holográfico en el cielo y se veía perfectamente la hora que iba marcando en todo momento. A falta solo de un segundo, los dos cogimos esa primera uva que nos llevaríamos a la boca cuando la manecilla del reloj se posara en las doce.

Y lo hicimos, y ese mismo instante vimos un primer y pequeño fuego subir al cielo, y así, uno tras otro, hasta completar las doce campanadas con las que despedíamos el año viejo, y recibíamos al nuevo.

—Feliz Año Nuevo, preciosa —me dijo Ezequiel acariciándome la mejilla y sellando aquellas palabras con uno de sus besos.

—Feliz Año Nuevo —sonreí.

Me dio de nuevo la copa de champán y brindamos, por un comienzo de año inolvidable en la ciudad más mágica del mundo.

Después de tomarnos un trago, nos quedamos allí en la terraza, disfrutando de los fuegos artificiales que iluminaban el cielo. Era una noche mágica en París, donde todos celebraban el cambio de año, mientras pensaban en esos deseos que querían ver cumplidos a lo largo de los trescientos sesenta y cinco días que ahora teníamos por delante.

Tenía la cabeza apoyada en su hombro, él me rodeaba con el brazo por la cintura y yo entrelazaba mi mano con la suya. El cielo estaba completamente iluminado con los diferentes colores de los fuegos artificiales y, entonces, algo cambió.

Los destellos se convertían en pequeños corazones rojos, y poco a poco, mientras me apartaba de Ezequiel vi cómo, ante mis ojos y en el cielo, comenzaba a formarse una frase, mejor dicho, una pregunta, una que me sacó una sonrisa al verla y que, de seguro, la destinataria o el destinatario estaría disfrutando en ese momento.

«¿*Quieres casarte conmigo?*»

Esperaba que quien estuviera recibiendo esa pregunta dijera que sí, porque quien lo había preparado, se lo había currado mucho.

—Qué román... ti... co —dije de manera entrecortada y sin creerme lo que estaba viendo en ese momento cuando me giré.

Ezequiel se había arrodillado y entre sus manos sostenía una pequeña caja abierta con un precioso anillo de oro blanco, fino, elegante y que deslumbraba con el brillo del diamante que tenía en el centro, rodeado de pequeños diamantes que parecían estrellitas como las del cielo de

París de esta noche.

—¿Qué estás haciendo? —acerté a preguntar con un hilo de voz, porque no me saldría de otra manera.

—Puedes llamarme loco si quieres, pero, como te dije, mi corazón no ha sido de nadie más desde que te vi aquella noche.

—Ezequiel, por Dios. —Sentí la humedad en mis ojos y el temblor en la voz mientras me cubría la boca con ambas manos.

—Lo supe, Julia, supe que había encontrado a alguien especial, igual que mi padre la encontró en su momento, y no dejé de pensar en ti, de quererte a mi lado. Cada día que hemos pasado juntos ha sido un regalo para mí, incluso en el trabajo.

»Te aseguro que no puedo ni quiero imaginarme la vida sin ti, porque por eso ya he pasado antes. No imaginas cuánto te amo, y por eso tenía que ser aquí, esta noche, cuando te hiciera esa pregunta que has visto en el cielo. Así que, de nuevo te pregunto, ¿quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz del mundo?

Sin palabras me había dejado con las suyas, con esas tan bonitas y emotivas que me acababa de decir, esas que me tenían con las lágrimas cayendo por mis ojos. Asentí, moviendo la cabeza rápida y repetidamente antes de poder encontrar la voz con la que hablar.

—Sí, claro que sí, me caso contigo —dije, y él sonrió mientras me colocaba aquel precioso anillo en el dedo y después, me besaba con esa mezcla de amor y pasión que había sentido otras veces.

Los fuegos artificiales seguían estallando en el cielo, y mientras seguía besando al hombre que amaba, no pensaba en otra cosa que no fuera lo bien guardado que tenía este momento, instante que no se me olvidaría jamás en la vida.

—¿Cómo has podido hacer todo esto y sin que me entere? —le pregunté entre sollozos, mientras él me limpiaba las lágrimas con sus pulgares, manteniendo su mirada fija en la mía.

—Tengo mis trucos, como los magos. —Hizo un guiño y me reí.

—¿Y puedo pedirte que me hagas un truco a mí?

—Claro, dime, ¿qué truco deseas?

—Que me hagas ver más fuegos artificiales.

—Espera, que llamo a los de la pirotecnia.

—No, tonto. —Reí—. Otros fuegos artificiales —murmuré poniéndome de putillas y le mordisqueé el labio.

—Eso está hecho, futura esposa. —Me alzó en brazos mientras me besaba y no tardó en llevarme a la cama.

Me desnudó entre besos y caricias al mismo tiempo que se deshacía de su ropa, dejándome tan solo con el conjunto de lencería negro que llevaba.

Le vi mirarme con esos ojos llenos de deseo y lujuria, recorriendo con ellos cada centímetro de mi cuerpo, y detenerse en el centro entre mis piernas. Me mordí el labio cuando noté sus dedos pasando por encima de la tela de las braguitas, acariciándome el clítoris, y poco después se inclinó para comenzar a besarme y dejar un camino de suaves besos por mi cuerpo.

Me desabrochó el sujetador y comenzó a jugar con mis pezones, dándoles suaves lamidas y mordiscos que me hacían sentir cada vez más excitada. Cada segundo que pasaba, mi cuerpo vibraba de placer y deseo, como si una corriente eléctrica recorriera cada rincón de mi piel.

Arqueé la espalda cuando siguió bajando con esos besos por el abdomen, bajando y bajando hasta que deslizó la lengua muy despacio por mi entrepierna lamiendo el clítoris por encima de la tela.

Y entonces, el sonido de esta rasgándose hizo que abriera los ojos y le mirara.

—Te prefiero desnuda —dijo, y hundió el rostro para devorarme a placer.

Lamía, mordisqueaba, me penetraba con la lengua y dos dedos, llevándome hasta ese momento en el que me atravesó el orgasmo como un rayo en mitad de una tormenta.

Sin dejar que me recompusiera, mi ahora prometido me penetró con una fuerte y profunda embestida hasta lo más hondo de mi ser haciéndome gemir ante nuestra unión. Entrelazó una mano con la mía, me rodeó por la cintura con el otro brazo y comenzó a hacerme el amor de una manera tan diferente a las otras veces, que sentí que no era un sueño, era real.

Sus ojos me miraban con ese brillo que me enamoraba aún más, ese que me decía que era yo, y solo yo, la mujer a la que amaba.

Nos besamos y llegamos juntos al clímax, a ese que liberamos entre gemidos y gritos de placer, quedando abrazados con la frente apoyada en el otro cuando alcanzamos el orgasmo.

—Te amo, Julia, y te amaré el resto de mi vida, porque no voy a dejarte marchar nunca.

—Más te vale, o te busco para atarte.

Capítulo 32



Una semana después...

Las chicas me habían propuesto salir a cenar y tomar una copa, a lo que no me negué en absoluto, porque me apetecía esa noche de sábado de chicas que tanto nos gustaba compartir.

Me puse un vestido amarillo pastel con mis tacones negros y el bolso del mismo color, maquillaje sutil y discreto, salvo por los labios rojos, y esperé a que me recogieran.

Estaba en la calle comprobando la hora para enviarles un mensaje porque se estaban retrasando un poquito, cuando vi aparecer una limusina y miré a todos lados por si había alguien importante por allí, pero no vi a nadie, estaba yo sola en mitad de la noche.

La ventanilla bajó y vi a las dos locas del coño de mis amigas gritando.

—¡¡Viva la novia!!

—Pero ¿qué? —Me salió una carcajada, y no solo por lo que habían dicho, sino por lo que llevaban esas dos en la cabeza.

Una diadema blanca con dos pequeños penes coronaba sus cabezas, y cuando bajaron de la limusina las vi a las dos vestidas de negro con los zapatos y el bolso en amarillo, todo un contraste conmigo, no había duda.

—Aquí han llegado tus abejitas para darte la mejor despedida de soltera de la historia —dijo Triana.

—Abeja reina, por favor, póngase las antenas. —Cora me dio la diadema, igual que las suyas, y me reí aún más.

—Mira que llamar antenas a las dos pollas que va a ponerse en la cabeza. —Triana volteó los ojos.

—Y qué quieres que diga, ¿ponte las pollitas en la cabecita, Julita? —resopló.

—Madre mía, estáis fatal.

—Espera, que nos falta lo más importante. —Triana se asomó al coche y salió con una banda negra con las letras en amarillo donde se leía «Soy la que se casa», y me ayudó a ponérmela.

—Nosotras también tenemos una, no te creas que vas a ser la única *Miss* de la noche —me advirtió Cora, y esta cogió las suyas, en amarillo con letras negras, donde ponía «Nosotras, no».

—Listo, vamos perfectas —Triana sonrió y nos subimos a la limusina.

—¿De dónde habéis sacado esto? —pregunté al acomodarme en aquel asiento que era comodísimo, viendo que había champán y otras bebidas además de que sonaba música.

—Es cosa de don Tomás y don Ezequiel —contestó Cora sonriendo.

— Dijeron que, en lugar de estar buscando taxis, sería mejor asegurarnos de que el transporte estuviera esperando justo en la puerta.

—Vaya dos. —Reí.

Me dieron una copa de champán y, cuando les pregunté dónde me llevaban, no soltaron prenda alguna, solo que aquella iba a ser la mejor despedida de soltera de la historia.

Cuando la limusina paró y bajamos, vi que estábamos frente a un edificio de tres plantas. Caminamos hacia allí como si de verdad fuéramos tres mises, con las pollitas meneándose en la cabeza que daba gusto.

Triana dio su nombre al entrar y la chica, con una sonrisa de lo más amable a quien no pareció sorprenderle nuestras pintas, nos llevó hacia un salón donde había música de fondo y todas las mesas estaban llenas de mujeres en la misma situación que nosotras, muchas de ellas con una banda de futura novia igual que yo, de ahí que la chica se mostrara tan tranquila con nuestra alocada presencia.

Nos acompañó hasta una de las mesas del fondo, donde ya teníamos una botella de vino esperando. Cora llenó las copas y las levantamos para el primer brindis de la noche.

—Por la novia, que abandona la soltería para atarse de por vida.

—¿Sabes dónde te metes, amiga? —preguntó Triana tras beber.

—No, igual me arrepiento antes. —Reí.

—No jodas, ¿y que vuelva el señor Serio? Ni se te ocurra, si haces eso, presento mi renuncia en la empresa —dijo Cora, que al igual que yo, estaba encantada con el cambio de Ezequiel al tratar con nosotras en la empresa.

Nos trajeron los entrantes para esa cena y sonreí porque se veía que esas dos locas que tenía

por amigas se lo habían currado de lo lindo para darme una noche que, estaba convencida, no iba a olvidar en la vida.

Había bruschettas de tomate y queso con aceite y albahaca, pinchos de tortilla que era algo que siempre caía en un día de tapas con cerveza o vino, y unas mini croquetas de jamón buenísimas.

El plato principal fueron unos solomillos jugosos y buenísimos con puré de patatas, y, para el postre, una deliciosa tarta de nata con fresas que le dio ese toque dulce al menú, en el que no faltó el vino en ningún momento.

Cuando acabamos la cena pensé que nos marchábamos, pero no fue así.

Tras tomarnos una copa de champán, cortesía de la casa, nos llevaron hasta la primera planta donde teníamos un reservado para nosotras solas con barra de bar y un camarero de lo más simpático que nos serviría todo aquello que pidiéramos.

Mojitos, caipiriñas, chupitos de tequila con su sal y su limón, y, cómo no, el champán que no faltase.

Nos bebíamos todo mientras reíamos recordando esos momentos con mi futuro marido en los que le habría sacado los ojos por acabar con mi paciencia, y también bailamos y cantamos sin parar.

—Hora de los regalitos —dijo Cora yendo hacia la barra donde le pidió al chico que le diera las bolsas.

—Miedo me da abrir eso. —Reí al ver todo lo que llevaba.

—Calla, tonta, que te va a gustar todo, todo, todo —contestó Triana.

Lo primero que abrí no es que me gustara, es que hizo que me emocionara al verlo.

Habían enmarcado una foto nuestra de mi último cumpleaños, donde las tres salíamos guapísimas en ese principio de una noche que fue, sencillamente, perfecta.

—La puedes poner en el salón de tu futura casa —dijo Cora.

—Es la mejor de todas las que nos hemos hecho en años. —Rio Triana.

—Siempre he pensado en enmarcarla y al final, no lo hice —sonreí—. Muchas gracias.

—Es para que no te olvides de nosotras cuando estés casada, que aquí seguiremos siempre para ti.

—No lo dudaba, Cora.

—Venga, ahora, este. —Triana me dio otra bolsa y ahí sí que me caí muerta.

Era un precioso conjunto de bolso y monedero en color *beige* de una firma de renombre que, barata, no era la verdad.

Dijeron que ahora que iba a ser la esposa de don Ezequiel de Alba, tenía que ir al trabajo con todo el glamur. Locas, estaban locas de remate.

El resto de los regalos estaba compuesto por un conjunto de lencería blanca de encaje súper sexi, acompañado de una bata de seda que me dijeron que era perfecto para mi noche de bodas. Además, había otro par que podría lucir durante la luna de miel o en esas noches de pasión que mi marido tuviera a bien regalarme a la vuelta.

Y lo que me arrancó más de una carcajada fue el famoso Satisfyer que había en la última caja.

—¿Y para qué lo quiero ahora que voy a casarme? —pregunté.

—Pues muy fácil, hija, por si tu marido no te da lo que necesitas, coges el aparatito, te vas al cuarto de baño y a darle vidilla al cuerpo —contestó Cora.

—Cariño, por muy semental que sea ahora tu chico, con los años dejará de funcionarle el asunto —dijo Triana.

—Y ahí será donde entre nuestro amigo a pilas —añadió Cora.

—En serio, vosotras estáis para que os encierren. —Reí.

—Que lo hagan juntas, para no aburrirnos mucho. —Cora se encogió de hombros.

—Tú lo que quieres es catarme —le dijo Triana.

—¿Yo? Dios me libre. —Levantó ambas manos.

—No, qué va. —Reí.

—Me quedo con las ganas de cataros a las dos, eso desde luego. A ver si tengo la suerte de que me llegue alguien como a ti, y que me dé postre del bueno todos los días.

—Cuando menos te lo esperes —sonreí.

—Yo ya no lo espero, me estoy viendo como la loca de los gatos, o en el convento —dijo Triana.

—Que en el convento no vamos a poder entrar a verte, y yo un hábito no me pongo, vamos —le advertí.

—Antes de que ese cuerpo se desperdicie, te busco yo un buen maromo para que te dé una alegría, fíjate.

—Cora de casamentera, lo que me faltaba por ver.

—No, no, yo marido no le busco, yo me limito a encontrar un empotrador de esos que le deje las piernas temblando.

—Madre mía, que me veo con un cachas de gimnasio y eso me da miedito, a ver si me parte.

—¡Ya lo tengo! —gritó Cora de repente dando una palmada.

—¿El qué?

—Al empotrador, coño, al empotrador. Tengo el candidato perfecto, ese te pone mirando a la Giralda y te haces fan del monumento.

—No estarás pensando en quien yo creo que estás pensando —dije, y a juzgar por la sonrisa, la muy cabrita se lo estaba planteando, pero de verdad.

—¿De quién habla? —preguntó Triana frunciendo el ceño.

—De don Tomás —contestamos las dos al unísono y riendo.

Capítulo 33



Me casaba, casi sin que me hubiera dado cuenta del paso del tiempo, había llegado el día de mi boda.

Era uno de esos días de julio en los que el sol brillaba en el cielo y el canto de los pájaros alegraba la mañana. Y yo estaba atacada de los nervios sentada en el tocador con una botella de agua helada en la mano.

Había llegado ese momento en el que uniría mi vida a la de Ezequiel para siempre, ese que tanto habíamos esperado y planeado en los últimos meses desde que me pidió con el anillo que tanto relucía en mi dedo que me casara con él.

No me lo podía creer, aún seguía pensando que todo esto no era más que un sueño y que en el momento en el que despertara, la realidad me golpearía tan fuerte que me iba a quedar hecha polvo un mes, o quizás dos.

Di un sorbo a la botella y el frío pasó a través de mi garganta diciéndome que sí, que esto era real y que en apenas unos minutos me convertiría en la esposa de Ezequiel, formando parte de la familia De Alba.

Dios, era una locura, todo había sido rápido, pero como decía mi padre desde que le conté todo esto, ¿qué importaba el tiempo que hubiera pasado desde que nos conocimos hasta ahora? Porque cuando había amor entre dos personas, el tiempo era lo de menos.

El vestido que llevaba era una auténtica joya, hecho a medida y a mi gusto por una diseñadora londinense con la que mi suegra Lucy me puso en contacto y plasmó a la perfección lo que yo le dije que quería.

Era entallado, de gasa, con el escote en forma de corazón y unos tirantes finos que dejaban ver la piel bronceadita de mi torso, con la espalda al aire y desde las caderas comenzaba esa maravillosa falda con capas como si del vestido de una bailaora de flamenco se tratase.

Cuando me lo probé me vi aún mejor de lo que pensé que quedaría, era perfecto y espectacular para este, nuestro gran día.

Me habían recogido el cabello en un moño bajo de lo más cuco, y el pasador llevaba una gran flor blanca a un lado, lo que me daba aún más ese aire flamenco que yo quería.

Maquillaje sutil, pero con los ojos más destacados con el *eyeliner* y los labios, como no podía ser de otra manera, en ese tono rojo que tanto usaba.

Escuché que se abría la puerta y vi entrar a mi hermana con una sonrisa.

—No veas mamá cómo está. —Volteó los ojos.

—Lo imagino, cabreada como una mona porque no me ha maquillado su chica ni peinado ella —suspiré.

—Así, justo así. —Rio—. Estás preciosa, hermana. Eres la novia más guapa que he visto.

—Gracias.

—Bueno, quería darte tu regalo de bodas, pero... es un secreto —me advirtió al tiempo que sacaba una cajita pequeña y me la daba.

—Como me hayas comprado unos pendientes o una pulsera, es que te mato —protesté abriéndola, y al ver el contenido me llevé la mano a la boca—. Nuria, ¿esto es en serio? —La miré con los ojos muy abiertos y ella estaba ya con los ojos vidriosos.

—Sí, vas a ser tía.

En la cajita había un chupete, y dado que yo no estaba embarazada, no había duda de que era para mi futuro sobrino.

—¡Ay, por favor! —La abracé y ella se echó a llorar—. Me alegro mucho, cariño.

—Lo sé. Y quería pedirte perdón.

—¿Por qué?

—No he estado bien, no he visto mucho a papá porque mamá me saturaba, y además Rubén y yo estábamos con esto y... También he hablado con papá y sabe que va a ser abuelo, quería contároslo a vosotros antes que a mamá.

—Uf, que no se entere de esto o le da un infarto.

—Eso ha dicho papá —sonrió—. Hoy es tu día, pero quería compartirlo contigo porque eres mi hermana. También le he prometido a papá que iremos más a su casa, me tocará discutir con mamá, pero me da igual, he estado mucho para ella y me he perdido a papá. Y todo porque ella quería demostrar que estaba siempre por delante de él para nosotras, y no era así.

—Bueno, lo importante es que hayas hablado con papá. Y, que ¡vas a ser mamá!

—Sí, estoy que no me lo creo —sonrió.

—Calla, que yo sí que no me creo que me vaya a casar.

—¿Se puede? —Miramos hacia la puerta y vimos a mi padre—. Dios mío, Julia, estás... estás...

—Si papá se ha quedado sin palabras, Ezequiel ni te cuento. —Rio mi hermana—. Me voy con Rubén, antes de que me lo quite alguna de las invitadas.

—Sobre todo ten cuidado con Brenda, la tía de mi marido —le advertí.

—Madre mía, si más que su tía podría ser su hermana —dijo ella volteando los ojos y salió.

—Llegó la hora de que me lleves, papá.

—Sí, pero antes quería darte esto. —Sacó una cajita fina y alargada del bolsillo interior de su chaqueta y cuando lo abrió, vi que era una preciosa gargantilla de oro con un corazón en el medio con dos brillantes—. Era de mi madre, y tú, de mis dos hijas, eres la que más se parece a ella, así que, es para ti.

—Papá, es preciosa.

—Tú sí que eres preciosa, mi vida —contestó mientras me la ponía—. Vamos, que hay un hombre impaciente esperando. —Me ofreció su brazo, cogí el ramo de novia y me agarré a él para salir de la habitación del hotel donde íbamos a casarnos.

Cuando llegamos al jardín sonreí al verlo, estaba precioso con tantas flores de colores y esa alfombra blanca por la que caminaba hacia donde me esperaba Ezequiel que, al verme, sonrió al tiempo que cerraba los ojos.

Me besó en la mejilla cuando llegué a él y entrelazamos nuestras manos compartiendo una mirada y sonrisa de lo más cómplices.

Triana y Cora estaban junto a mi padre, sonriendo, pero con los ojos vidriosos por las lágrimas contenidas. Mi madre estaba junto a su marido y al lado de mi hermana y mi cuñado. Los padres de Ezequiel, con su tío Enrique, Brenda y sus primos, en el lado contrario.

Mi jefe don Tomás sonreía detrás de ellos y los demás empleados de la empresa estaban repartidos por las demás sillas.

Comenzamos con la ceremonia y no podía dejar de temblar, seguía nerviosa como un flan, y Ezequiel me acariciaba la mano para que me calmara.

Fue Cora la encargada de darnos los anillos, sonrió al entregárnoslos y volvió a su lugar con Triana.

Ezequiel cogió el mío, lo puso en mi dedo y me miró emocionado antes de hablar.

—Te amo como no imaginas, Julia, y estoy inmensamente agradecido de tenerte en mi vida, ya sabes que lo mío me ha costado —sonrió y a mí me salió una risita—. Pero pasaría por todo este tiempo y por todo lo que hice, con tal de verte así vestida y convertida en mi mujer. Esto es para toda la vida, no voy a arrepentirme nunca. —Se llevó mi mano a los labios y la besó.

Le puse el anillo con manos temblorosas, igual que estaban mis labios pues me contenía mucho para no llorar, y cuando le miré, sus ojos me dieron esa seguridad y calma que necesitaba para no hacerlo mientras le hablaba.

—La verdad es que hemos vivido mucho en tan poco tiempo, y sí, yo también pasaría por todo eso si diera como resultado estar aquí, contigo, en este momento. Te amo y sé que lo haré todos los días de mi vida igual que tú.

Hice lo mismo que él, y le di un beso en la mano que le sacó una preciosa sonrisa.

Y cuando por fin nos dijeron que éramos un matrimonio de pleno derecho, ni esperó a que le permitieran besarme, mi marido me rodeó con el brazo por la cintura pegándose a él y me dio un beso de esos de película que ocasionó que todos los presentes gritaran y silbaran.

Pasamos a las fotos con la familia y vi que mis amigas estaban llorando de tal modo que mi hermana les dio un paquete de pañuelos a cada una.

—Pero qué guapa está mi nuera —me dijo Lucy, que también había llorado lo suyo la mujer, y me dio un abrazo de esos que tanto le gustaba regalarme—. Desde que vives en casa de mi hijo se nota tu presencia en cada rincón.

—¿Lo dices por los zapatos por el suelo? —Reí.

—No, cariño, lo dijo porque tiene esos toques de color y alegría que solo una mujer le da al hogar.

Sobraba decir que desde que regresamos de París tan solo pasó una semana hasta que me mudé a casa de Ezequiel, pues dijo que ya había pasado suficiente tiempo sin mí a su lado y no iba a pasar ni un día más.

Mi padre se quedaba solo pero bien sabía él que allí estaríamos los dos para tomar café más de una vez, pues desde que se conocieron los dos hombres de mi vida, se llevaban genial.

Nos tomamos el cóctel allí mismo en el jardín, que estaba precioso, y pasamos a las mesas para disfrutar de una comida que, entre besos y risas se pasó casi sin que nos diéramos cuenta.

Aquella iba a ser una boda que no olvidaríamos, y tampoco acabaría pronto, pues tenía claro que allí se nos haría de noche bebiendo, riendo, cantando y bailando.

Y canté, por supuesto que canté, y hasta me marqué unos bailes de sevillanas que quitaron el

sentido junto a Triana.

Cora decía que como bailar no se le daba tan bien como a nosotras, ella nos tocaba las palmas, y ahí estuvo, tocándolas al ritmo de la música todo el tiempo.

—Sobrina, ¿vas a tirar el ramo? —me preguntó Brenda, que me hacía gracia que me llamara así cuando éramos prácticamente igual de jóvenes.

—Ahora mismo, pero ¿para qué lo quieres saber tú si ya estás casada con tu Enrique? —Reí.

—Pues para volver a casarme otra vez con él, que una no fue suficiente —contestó mientras se contoneaba hacia donde estaban su marido y los hijos de este, que no dejaban de mirarla con esos ojos de deseo que ya vi en Londres.

—Si no se divorcian, me da a mí que como enviude, se la tiran los dos a la vez —le dije a Ezequiel, que estaba a mi lado en ese momento.

—Lo mismo he pensado yo —sonrió y me dio un beso—. Venga, lanza el ramo.

—Sí, sí, pero espera, porque hasta en eso voy a ser pionera.

—¿Qué tramas, loca? —Rio.

—¿Yo? —Me llevé la mano al pecho en plan ofendida—. Pero si soy un amor.

Me puse a dar palmas para llamar la atención de todos los presentes y cuando lo conseguí, dije que, tanto solteras como solteros se colocaran para ver quién cogía el ramo.

Decir que se descojonaron de la risa era quedarme corta, pero al final lo hicieron, salvo uno.

—Don Tomás, que usted está tan soltero como yo —le dijo Cora tirando de su brazo para que se pusiera a su lado, de modo que quedaba entre ella y Triana.

—¿Y no crees que estoy bien así?

—Seguro, para poner a todas las que puedes mirando a la Giralda, pero que estás soltero y puedes ser quien coja el ramo.

—Dios me libre de eso —contestó él.

—Tomás, si yo he podido, tú puedes —dijo mi marido, quien, por supuesto, se llevó un codazo en el costado por mi parte—. Hostias, amor, que no puedo respirar.

—Te jodes, ¿o es que ya me estás poniendo pegas nada más casarnos? —Arqueé la ceja.

—Vamos sobrina, lanza el ramo —me gritó Brenda.

—A ver, la intrusa que se salga del grupo, por favor —le pidió Cora, y vimos a Enrique tirar del brazo de su mujer—. Qué avaricia, ¿para qué quieres otro marido?

—No, no, querida, otro no, al mismo pero dos veces.

—Peor me lo pones —murmuró Tomás.

—Vale, ¿todos listos? —pregunté.

—Sí —respondieron las solteras y los solteros al unísono.

—Allá va. —Me giré y comencé a mover la mano—. Una, dos, y... ¡tres! —Lo lancé y giré para ver dónde caía.

—¡¡Se nos casa don Tomás!! —gritó Cora y el jefe no sabía ni dónde meterse.

—No, no, yo no. —Miró el ramo y se lo dio a la primera que vio a su lado, que no era otra que Triana.

—Me tomo esto como si me hubiera regalado flores. —Rio.

—No vale, repite el lanzamiento —se quejó Brenda, que ya se notaba que tenía alguna copa de más encima.

—Y dale con la *pechotes* —resopló Cora—. Que estás casada *miarma*, deja que las y los demás, tengamos una oportunidad.

Nos reímos al ver la cara de la tía Brenda que era un poema, mientras el pobre de Enrique la consolaba y decía que, si ella quería otra boda, la tendría.

El tío Enrique estaba completamente embobado con ella, que parecía que solo tenía ojos para todo aquel que usara esmoquin.

Brindamos infinidad de veces, y finalmente, había llegado el momento de nuestro primer baile, ese que, lejos de ser justo después de comer como era costumbre, yo quise que fuera por la noche, y ahora, por fin, había llegado ese momento tan especial.

Me llevé a mi marido a la zona de pista de baile, nos agarramos bien pegaditos el uno al otro y comenzamos a bailar lento cuando empezó a sonar la canción que había escogido.

«Por ti me casaré, es evidente, y contigo, claro está, me casaré...»

No había mejor canción que esa, de Eros Ramazzotti, para comenzar nuestro matrimonio. Apoyé la cabeza en su pecho y me dejé llevar por él, por la melodía y la letra de la canción, hasta que le escuché hablarme al oído.

—Y yo prometeré que te querré. Y tú prometerás que me querrás.

—Hasta la muerte —continué con esa estrofa de la canción mientras le miraba a los ojos, sonriendo, y esperaba que se inclinara para sellar ese pacto de amor con uno de sus besos.

Capítulo 34



Miraba a Ezequiel y todavía no me podía creer que fuese mi marido. Cuántas cosas nos habían sucedido en tan poco tiempo y, de pronto, me veía con un anillo en el dedo. Me pilló observándolo.

—¿Se puede saber en qué estás pensando?

—En dos cosas —le respondí de inmediato.

—Estabas deseando que te preguntase, ¿eh?

—Ya te digo que sí. La primera, es que no sé cómo ha terminado llegando este anillo a mi dedo. —Reí.

—Porque tú misma te sentenciaste el día que me llamaste viejo, por eso, ¿te he respondido ya?

—Sí, sí, tú siempre tienes salidas para todo.

—Y entradas...

—Espero que no sea en el pelo. —Se lo tocó él—. No, todo tu pelo sigue intacto y mira que te lo has jugado con esta historia conmigo. Se te podría haber caído a manojos y lo sabes. —Reí.

—Es que me gustan los deportes de riesgo. Y la segunda pregunta, ¿cuál es?

—¿Por qué Bora Bora? ¿Y por qué me lo has ocultado hasta el último momento?

—Porque me flipa darte sorpresas...

—Ya, ya, como la que me diste en Londres al revelarme que todo era una especie de venganza por tu parte.

—Yo no lo llamaría una venganza...

—No, ¿y cómo lo llamarías?

—Un plan, fue un plan para conquistarte. Y me salió redondo.

—También pudo salirte como el culo, te la jugaste.

—Quien no arriesga no gana. Yo he arriesgado y mira...

—Sí, y te has llevado el premio gordo, eso es verdad. Tienes suerte para todo. —Le besé porque le comía esa boca tan bonita que tenía.

Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado una luna de miel en Bora Bora y por todo lo alto, pues si algo tenía claro era que mi recién estrenado maridito no repararía en gastos. Y no me equivoqué; tiró la casa por la ventana.

Nada más llegar a ese paraíso natural me puse a dar saltos de alegría. Un chófer nos esperaba con el típico cartelito para conducirnos a nuestro alojamiento.

—Menudo misterio, cuéntame algo ya. —Me removía en mi asiento mientras el chófer nos miraba por el espejo interior—. Oye, que este hombre no nos quita ojo de encima —murmuré por lo bajo.

—No te lo quita a ti, porque eres la turista más bonita que ha aterrizado en Bora Bora en toda la historia.

—Ya, y tú como buen sevillano, no eres exagerado ni nada.

—Todavía me he quedado corto, aunque esto no será algo que repita si no es en presencia de mis abogados.

—Esos déjalos por si un día me da por divorciarme de ti y te saco los ojos —le solté y a él lo que se le soltó fue la risa.

—De mí no te separan ni con una grúa.

—Está bien, tienes toda una vida por delante para demostrarme que me mereces.

—¿No te lo he demostrado todavía lo suficiente?

—Pues claro que no. De momento, has tenido el privilegio de casarte conmigo, que ya es mucho. Pero lo de que te aguante para toda la vida te lo tendrás que ganar.

—Tengo rivales en los negocios que me amenazan menos que tú.

—Es que la confianza da asco.

Bora Bora no la daba, ni mucho menos. Era el paraíso en la Tierra, en medio de la inmensidad

de Oceanía.

—Está lleno de playas vírgenes —me comentaba desde la ventanilla del coche.

—Pues será lo único que quede virgen aquí, como en el resto de los sitios.

—Seguramente —me contestó dándome un pellizco de los suyos en la pierna al que le respondí con un buen manotazo.

Sabía que Bora Bora era un imán para los turistas, que llegaban por millares para disfrutar con sus paisajes tropicales, sus playas blancas de finas arenas, y sus cristalinas aguas. Sin embargo, lo que aún me faltaba por descubrir era la lujosa mansión que había alquilado, el lugar perfecto para vivir la luna de miel más romántica y vibrante; la nuestra.

Cuando el coche se paró y la vi, me quedé muda hasta que por fin arranqué.

—¡¡Te como esa cara entera!! —le chillé antes de abrir la puerta del coche y de salir pitando en dirección a su puerta.

No pensé en que llevaba tacones y estuve a punto de acabar como el Papa, besando el suelo y dejándome allí los dientes. Suerte que él, que me conocía, salió detrás y me cogió al vuelo.

—Un poco más y el primer destino aquí es la consulta del dentista porque mellada no salgo en el millón de fotos que nos vamos a echar.

—Y luego dices que no me amenazas, ¿también tengo que salir?

—En algunas sí, otras tendrás el placer de hacérselas a tu mujercita, que para eso traigo tres maletones de ropa en plan *influencer* que vas a flipar, con unos bikinis con tangas que parecen tirachinas.

—Tú sigue así y de la casa no salimos —me advirtió.

—Te he puesto malo, es mi pasatiempo favorito. —Le saqué la lengua.

Le dejé cargando con las maletas mientras corría hacia el interior de la casa.

—¡¡Las llaves!! —le chillé mientras las cargaba.

Me las tiró por los aires porque sabía que soy muy impaciente y que, si no, le asaltaría hasta quitárselas, no sin antes tirarle un zapato de tacón o algo. Iba eufórica y con los nervios a flor de piel.

Cogí las llaves al vuelo y le hice la señal del pulgar hacia arriba. Él trató de responderme, pero las maletas no se lo permitieron.

Entré y los ojos se me pusieron como platos. Aquella casa de lujo estaba situada a pie de

playa, con las vistas más impresionantes y azules al mar, con acceso directo, además. Por otra parte, también contaba con embarcadero en el cual había un velero que casi provoca que me dé un infarto.

Por si faltaba algo, piscina infinita para disfrutar en la total intimidad del mejor de los climas en unos días que serían de lo más apasionados. Ya me veía dentro de ella, con Ezequiel haciendo submarinismo para que su lengua alcanzase cierta parte de mi cuerpo por la que sentía predilección y que quedaba al sur de mi ombligo.

—¿Hay fuego o algo? —me preguntó al entrar y escuchar mis gritos.

—Todavía no, pero ya lo habrá porque aquí tú y yo vamos a arder. —Me fui hacia él y casi lo tiro de espaldas, pues aún no había soltado las maletas.

—Me has hecho coger complejo de porteador.

—Con ese cuerpazo que tienes, y que combina con el mío, no puedes tener complejo de nada —le aseguré mientras movía peligrosamente las caderas con el vestidito corto que llevaba, que dejaba mis largas piernas al aire y con cuyo escote le estaba tentando también.

Suerte que la puerta ya estaba cerrada porque no se lo pensó, quitándose el polo y tirando sus bermudas, las cuales cayeron en la piscina.

—¡Me lo he ganado! —exclamé mientras metía sus manos debajo de mi vestido, el cual también voló varios metros por encima de nuestras cabezas.

Allí mismo me poseyó, encima de una de esas impresionantes hamacas, con su torso sobre el mío y demostrándome que las mejores vistas no solo provenían del paisaje, sino de ese cuerpo que me tenía totalmente enloquecida.

Permanecimos un buen rato allí hasta que caímos exhaustos, y nos echamos a reír.

—Ya hemos estrenado el jardín, ahora nos falta el resto de la casa —le comenté.

Entramos y de veras que era de ensueño, con enormes cristaleras de suelo a techo rodeando toda la vivienda con vistas al imponente jardín. Un espectáculo para los sentidos compuesto por espacios amplios y decorado en tonos neutros que resultaba de lo más relajado y que contrastaba con el verde del césped y con el azul de las aguas.

Ni siquiera deshicimos las maletas. Estábamos en el lugar más idílico del mundo y en un viaje sin igual que disfrutaríamos desde el minuto cero.

Salí con uno de mis bikinis, en rojo, que realzaba mi bronceada piel, y no tuve más idea que hacerle un pase de modelo con él.

—O te tapas o no ves la playa en todo el viaje. Cojo la llave y me la trago si es preciso.

—Deja, deja, que prefiero darte otras ideas para que te tragues, ya lo hablaremos. Ahora, ¡¡a la playa!!

Salí corriendo con una pamelita que llevaba puesta y que tenía una cinta a juego con el color del bikini. Una ráfaga de viento se la llevó en ese momento y le fue a dar a Ezequiel en plena cara.

—¡¡Joder!! ¡¡Vaya momento para dejarme ciego!! —Reía mientras se la quitaba y se la colocó él.

—No te pega nada, a mí me sienta mucho mejor. Trae, ¡¡corre!!

—¿Qué parte de que estamos de relax es la que no entiendes?

—Pues no haberme traído al jodido paraíso, que estoy atacadita perdida. Me muero por comenzar a hacer fotos y echar a arder mis redes.

—Quien arderá será yo si sigues corriendo con ese movimiento de trasero, preciosa.

Llegamos a la playa y me puse la mano a modo de visera. Él se partía porque la pamelita la llevaba en la mano.

—Al final, más grande que una plaza de toros y no te sirve para nada.

—Que sí me sirve, no seas impaciente.

—¿Qué estás buscando? ¿Un chiringuito? Yo también me tomaba un cóctel contigo.

—No, busco palmeras...

—Oye, que no hace falta que subas a por los cocos y todo, que ya te aseguro que aquí sirven unos cócteles que quitan el sentido.

—Qué sevillano te ha quedado eso. Le añades un *miarma* y ya está completo. Evidentemente no busco cocos, eso te lo dejaría a ti.

—Gracias, yo me subo donde me pidas, sin problema —me respondió irónico.

—Pues eso, que quiero una buena palmera en la que hacerme una foto bien sexi. Y, si me gusta, luego mil más.

—Claro, amor, las que quieras.

—Por supuesto, que esto es «en lo bueno y en lo malo», que no se te olvide.

—¿Y lo bueno cuándo llega?

—De lo bueno te acabas de hartar, que menudo lote el que te has metido. —Reí.

Busqué la palmera que más me gustó y posé insinuante para él, que me hizo de fotógrafo como mucho se temía. En realidad, disfrutaba de todo lo que me hiciese feliz, pero Ezequiel tenía que soltarme algo o no era él.

—Creo que ya no hay más posturas en el mundo para adoptar —bromeó—. Venga, ¿nos vamos en busca de ese chiringuito?

—Si fueran las del *Kamasutra* no tendrías tanta prisa.

—¿Tanta prisa? Si llevamos dos horas y se me van a fundir los plomos del calor que me está dando en la cabeza. Tú, como vienes con la pamela esa que parece una sombrilla...

—¿Qué tienes que decir en contra de mi pamela?

—Nada, nada. Y mucho menos si no están mis abogados delante, que traigo la lección bien aprendida.

Lo besé mientras con el rabillo del ojo buscaba uno de esos chiringuitos en el que elegir un buen par de cócteles con los que remojar nuestras secas gargantas.

Enseguida estuvimos en uno en el que no se cabía. Ezequiel se fue haciendo hueco hacia la barra como pudo, mientras yo le animaba desde atrás, dando saltos y silbándole.

Él gesticulaba para que parase y no me di cuenta de la razón hasta que un chaval que era bajito se llevó un *tetazo* en el ojo que un poco más y se lo saco. Seguía muerta de la risa cuando llegó con las copas y comenzamos a bailar al son de unas notas que incitaban al pecado.

Su cuerpo y el mío, no parecía que de pronto hubiese nadie más, por mucho que estuviésemos rodeados de otros turistas. Nos bastábamos los dos para crear una especie de mundo paralelo en el que solo cabíamos ambos junto con esa sensualidad que metíamos en la maleta siempre que salíamos de viaje.

Arrancaba nuestra única, inigualable e inolvidable luna de miel; una que proyectó hasta el último detalle mi marido, ese hombre con el que un día estuve a punto de matarme y que, sin embargo, llegó para darme vida.

Capítulo 35



Los días iban transcurriendo en Bora Bora entre risas, chapuzones, horas relajadas tostándonos al sol y sexo, mucho sexo...

Lo que más me gustaba de mi relación con Ezequiel era lo bien que nos lo pasábamos y la paciencia que tenía conmigo, que me mostraba más caprichosa. No le importaba seguirme allí donde quisiera ir y encima siempre tenía un plan de última hora con el que sorprenderme.

—Eres como un mago que saca el conejo de la chistera. —Le busqué la lengua aquella tarde.

—Ni yo tengo chistera ni el conejo aparece hasta que tú lo autorizas. —Me indicó tratando de convencerme de que lo sacara mientras sus manos iban hacia el más prohibido de los rincones de mi cuerpo.

—Si se pasa todo el día al aire. Me lo voy a llevar de vuelta la mar de morenito.

—Prefiero cambiar de tema porque me pones malo con solo mirarte. Te tengo una sorpresa para esta tarde.

—Ya, que vamos a parar porque te comenté esta mañana que estaba escaldada. No me hagas ni caso, que me gusta mucho quejarme. Tú dale al tema, bájate al pilón si quieres y ya te digo cuándo puedes subir. —Le guiñé un ojo.

—Me resulta de lo más tentador, si no fuese porque vamos a salir a ver el atardecer desde el velero, ¿qué te parece?

—Fantástico, sobre todo porque no es incompatible con hacerlo a bordo. He estado echando mis cuentas y no queda tanto para que me baje la regla. Aprovechate como si estuvieses en plenas rebajas.

—No te quepa la menor duda, amor... Serás como mi Sirenita en alta mar.

—Con la diferencia de que conmigo lo tendrás más fácil porque la otra tendrá la voz muy sensual y todo lo que quieras, pero cuéntame por dónde.

—Estás desatada, te lo prometo.

—No hace falta que me prometas nada. Me lo noto...

Sí que lo estaba. Cada vez me atraía más su cuerpo y el sexo con Ezequiel se había convertido en una especie de adicción para mí.

No dudé en colocarme un precioso trikini en amarillo flúor, muy llamativo y que tan de moda estaba, y me subí al velero la primera.

—Dicen que el capitán es el último en abandonar el barco, no en subirse, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Pero bueno, ¿tú que estás comiendo aquí en Bora Bora que te tiene tan alterada?

—A mí me alteras tú, a ver si te enteras.

—No, si enterarme me estoy enterando.

—Cierra por un momento los ojos e imagina que no estoy aquí —le pedí—. Dime lo que sientes.

—Paz —me respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te la has ganado. Que sepas que voy a poner a toda la tripulación en contra de ti. En el velero no te subes —le advertí.

—Pero si no hay tripulación...

Me daba igual. Yo solita comencé un motín en el barco y, cada vez que trataba de subir, le tiraba algo que esquivaba con su habitual destreza.

—¿Esto tiene ancla? —pregunté buscándola por todas partes.

—Ya, ya, haré lo que tú quieras que, como me tires el ancla, enviudas fijo en la luna de miel.

—Ya sabía que entrarías en razón, ¡¡nos vamos!!

Navegar por la laguna azul a bordo del velero fue una experiencia mágica. Tal y como me prometió, me hizo el amor a bordo, pero además no paraba de abrazarme y estuvo súper pendiente de mí como siempre, haciendo que me sintiera la más mimada de las mujeres.

Me veía como una niña en sus brazos, siempre protegiéndome. Los rayos del sol iluminaban las turquesas aguas hasta que de pronto se marchó, como si se hubiese producido un chispazo y se produjese el apagón.

—En el fondo, estoy encantada de que me la guardases durante tantos años —le confesé.

—La vida entera te la podría haber guardado con tal de compartir contigo esta luna de miel.

—¿Ahora es cuando me vas a hacer el chistecito o me has soltado esa cursilada por las buenas?

—No hay quien acierte contigo, loquita.

—Pues tú acertaste de pleno.

—Y más que espero acertar. Espérame aquí, por favor.

Se marchó durante un momento y enseguida regresó con una bandeja de aperitivos polinesios que estaban realmente deliciosos y que acompañamos con champán.

—Por muchos atardeceres más como este. —Brindó mirándome fijamente a los ojos.

—Así que quieres el cuento completo y estás decidido a aguantarme hasta que la muerte nos separe. Pues nada, si es así, ¿quién soy yo para contradecirte? Eso sí, si lo hacemos, lo haremos a mi manera. A mi caprichosa manera —le advertí apuntándole con el dedo.

—¿Tú todavía no te crees que esto es para toda la vida?

—Mucho valor hay que tener para embarcarte conmigo en esta aventura.

—Ya estamos en un velero, nos hemos casado, ¿qué más tengo que demostrarte?

—Que estés a la altura de mis exigencias sexuales, que tenía que haberte hecho firmar como Jennifer López a Ben Affleck, aunque no sé si a ella le sirvió de mucho porque ya están divorciados, lo mismo es que él no cumplió.

—A mí me tienen que amarrar para que no cumpla contigo —me aseguró con ojos de deseo total—. Menudo cuerpazo que tienes.

—Será que el de ella esté mal. Ya firmaba por tenerlo así con sus años...

—El tuyo será todavía mejor porque te tendré todo el día haciendo ejercicio. —Me rodeó con sus brazos y me presionó con su cadera.

—Ya veo el tipo de ejercicio al que te refieres. Si al final me has salido hasta entrenador personal.

—Yo te valgo para todo...

—Sí, hasta para volverme majareta. Y para darme caba, que bien que me la diste en su día.

—¿Quién se acuerda ya de eso?

—Yo, y te lo pienso recordar mientras viva, y voy a vivir un montón de años.

—Yo también.

—Eso espero y, si no, ya me ocupo de que por lo menos se te haga la vida muy larga.

Nos pasábamos el día amenazándonos cuando la realidad es que no nos separábamos para nada y la felicidad nos salía por cada uno de los poros de la piel.

De aquel lugar idílico, nos quedábamos con muchas cosas maravillosas, aunque lo que pudimos disfrutar de sus cristalinas aguas no tiene nombre.

Reconozco que, cuando otro de los días, me dijo de ir a hacer esnórquel a los arrecifes de coral, en principio no me hizo mucha chispa porque lo de meterme un montón de metros debajo del agua no iba demasiado conmigo, aunque al final me alegré cantidad de que me convenciera.

—Tú no quieres porque tendrás que estar callada un ratito y crees que explotarás, ¿me equivoco?

—No me busques que me encuentras, sevillano...

—Es por eso, ¿a que sí?

—Es porque yo no soy Dory la de *Buscando a Nemo*, ¿qué se me ha perdido a mí ahí abajo, en la gran puñeta, buscando arrecifes de coral?

—Que no eres Dory, ya lo sé. Anda que no tienes memoria ni nada...

—Pues eso, que paso.

—Que no, que te vas a alegrar...

—Lo mismo me dijiste la primera vez que me diste un repaso.

—¿Y tienes queja acaso?

—Espera que me lo piense —le dije para picarle.

—Responde pronto o seré yo quien no responda de lo que te pasará.

—Que sí, que sí, que me tienes muy bien servida. Por eso mismo quiero seguir viviendo y no arriesgarme tontamente debajo del agua.

—No hay riesgo y no es un capricho. Verás cosas impresionantes...

—Eso también me lo dijiste la primera vez que te bajaste los calzoncillos borracho.

—¿Y lo viste o no lo viste?

—Lo que vi fue las estrellas de un trancazo que me di en ese momento en el dedo meñique del pie al salir corriendo.

—Vaya por Dios. Pues mira, ahora no tienes para dónde correr, ¡al velero que vas!

Me cogió en brazos y yo pataleaba. Me daba mucha grima lo de sumergirme, pero terminó convenciéndome.

—Todo esto es por no escucharte, pero como salga herida, aunque solo sea con una uña astillada, te la cargas.

—Me la cargo siempre sin hacer nada, así que me interesa.

—O sea, que ahora eres un interesado.

—No vas a distraerme más para que no nos sumerjamos. Venga, ponte el neopreno.

—Me da agobio, palabra. No puedo ir tan embutida.

—¿Qué me estás contando si tienes vestidos que te ciñen más el cuerpo?

—Vale, ¿y qué? Ese agobio lo paso por el gusto de lucir tipazo, pero esto otro no tiene sentido.

—Ya se lo encontrarás debajo del agua.

—Eso será si sobrevivo.

—Lo harás, te lo prometo.

—No prometas lo que no está en tu mano cumplir.

—Pues te prometo eso y que, encima, te gustará.

—Mucha fe tienes tú. Me deberás una y bien gorda —le advertí.

—¿Y cómo quieres que te la pague?

—Fírmame un cheque en blanco para pedirte lo que me dé la gana.

—Y luego dices que no tengo valor. Hecho. —Me dio la mano.

Al poco ya estábamos bajando. En un principio, me puse muy nerviosa y hasta se llevó algún que otro puñetazo. Cuantas más indicaciones me daba, más ganas me entraban de arrearle, hasta que de pronto, como por arte de magia, consiguió que me relajase.

Me llevaba todo el tiempo de la mano. Me había prometido que no me soltaría en ningún momento y esperaba que fuese así. Yo le había propuesto bajar con unas esposas que me lo aseguraran, pero a él no le pareció lo más práctico.

Al comienzo me costaba hasta respirar y creí que sufriría una crisis de ansiedad, si bien pronto me sorprendí respirando con normalidad y hasta abriendo los ojos porque no he comentado que sentí tanto miedo que los llevaba cerrados.

Ese agobio que creí que no se esfumaría, se fue por completo. Si algo me gustaba de Ezequiel, aparte del sexo con él, era que lograba sacar de mí facetas que me dejaban con la boca abierta. No allí, que me hubiese ahogado, pero en el resto de las situaciones.

Cuando por fin estuve totalmente tranquila y me dejé guiar por él, me indicó que mirase a ciertos rincones donde encontramos especies submarinas asombrosas, de lo más coloridas y con múltiples formas que me dejaron flipada y que me enamoraron.

Al rato, salimos y me abracé a él.

—Menudo espectáculo el de ahí abajo —le confesé bastante emocionada porque tenía que darle las gracias por incitarme a hacer algo tan fantástico que, de otro modo, me hubiese perdido.

—Desde luego que sí. Cuando comenzaste a bucear y se te movía el culo, creí que más de un pez palmaría porque estabas subiendo la temperatura del agua.

—Claro que sí, ¿no te digo? Como caldo de puchero iba a ponerse el agua. Ahora mi culo va a tener la culpa hasta del calentamiento global.

—De ese no sé, pero del mío seguro que sí.

—¿Eso que se te ve en la entrepierna es todo tuyo o se te ha colado un bicho?

—Creo que es mío, salvo que se demuestre lo contrario.

—Pues mira, ¿sabes lo que te digo? Que tenemos que aprovecharlo.

Y lo hicimos. Lo hicimos en la cubierta del velero como otras tantas veces porque nuestra luna de miel estaba salpicaba de momentos disparatados y divertidos, pero también de otros muchos extremadamente apasionantes.

Y de nuevo también contemplamos ese día otro atardecer desde la laguna azul, un lugar que permanecería para siempre en mi memoria como uno de mis preferidos.

Ya quedaba poca luna de miel por disfrutar y pronto tocaría volver a casa. Esa era la mala noticia. La buena era que con Ezequiel la vida sería como una segunda luna de miel, como una perpetua, porque ese hombre me estaba demostrando que ponía mi disfrute por encima del suyo. Siempre me decía que en eso consistía su felicidad, mientras que la mía consistía en valorar cada momento que pasaba al lado de alguien que, igual que me entregaba todo su amor, me hacía reír

hasta que se me veía la campanilla.

Capítulo 36



¿Qué podía decir yo del que sin duda había sido el viaje de mi vida? Quejarme no me iba a quejar, porque cada minuto de nuestra luna de miel había sido impresionante, perfecto, mágico e inolvidable.

No, no me olvidaría nunca de estos días en los que, convertida en la mujer de don Ezequiel de Alba, había vivido esos momentos idílicos mientras él miraba con ese brillo en los ojos demostrando sentir por mí un amor verdadero.

Y quién me iba a decir que esto pasaría, que acabaría con él prometiéndonos amor para la toda la vida.

Siempre escuché eso de que la vida nos da sorpresas, pero sin duda alguna a mí me había dado tantas juntas en este tiempo que no creía que llegara alguna más. Aunque, por poder, todavía podía sorprenderme.

Echaba la vista atrás y pensaba en lo que había sido ese mes de diciembre en el que conocí al hombre más serio del mundo, y cuánto me gustó descubrir lo que yo intuía, que no era otra cosa que el hecho de que sí podía sonreír. Y qué sonrisa tenía, tan bonita que, si ya me sabía enamorada de él por mucho que aquello no hubiera entrado eso en mis planes, me enamoró aún más.

En realidad, todo de él me enamoraba, porque Ezequiel, mi marido, era una persona de gran corazón y de lo más detallista.

Mi marido, cada vez que esas dos palabras se aparecían en mi mente, se me dibujaba una sonrisilla en los labios. Sonaba bien, pero debía admitir que verle a mi lado, se veía aún mejor.

Había recordado en algún momento la noche en la que nos conocimos cuando yo no era más que una chiquilla de diecinueve años, que sí, que fui siempre muy centrada, pero a esa edad no me veía con alguien más mayor, y ahora, en cambio, incluso me arrepentía de no haberle dado esa oportunidad de mostrarme cómo era.

Pero el saber que durante esos años siempre había pensado en mí y que hizo lo inimaginable por llegar hasta donde habíamos llegado, era algo que me hacía latir el corazón con mucha más

fuerza de lo que pudiera ser posible.

Y como bien sabía, todo llegaba al final en algún momento, como decía la loca de Triana, «lo bueno siempre se acaba», y para mí estaba a punto de acabarse lo mejor del mundo.

Se trataba de nuestra última noche en Bora Bora, y Ezequiel me notó hasta tristona. Me lo había pasado tan bien allí que me daba penita pensar en que terminaba nuestra luna de miel.

—¿Qué te pasa, Julia? —preguntó mientras me abrazaba desde atrás y suspiré, porque ese contacto con él siempre sería mi preferido, a pesar de que había otros contactos que, obviamente, eran impresionantes también.

—Que se me ha hecho muy corta la luna de miel y mañana nos volvemos a España —suspiré y hasta me salió un puchero cuando nos miramos, gesto que a él le sacó una sonrisilla de medio lado.

—Tú lo has dicho. A otro paraíso. Si hasta Richard Gere va a vivir ahora en nuestro país.

—Eso es por darle gusto a su mujer. Qué suerte tienen algunas. —Le piqué.

—¿Y tú no la tienes? ¿No te doy gusto?

—Sí, en la cama. Pero ahora me estás viendo triste y no haces nada por remediarlo.

—La madre que me parió, cariño. El pino puente hago si es necesario.

Y me reí, porque así era él, el hombre que una vez vi como el más serio de entre los serios de todo el mundo, tenía ese lado divertido que me sacaba mil y una sonrisas cada día desde que confesó.

—Pues quedémonos aquí una temporada.

—Eso no puedo hacerlo, pero sí prorrogar nuestra luna de miel para siempre, hacer que vivas en una sin fecha de caducidad.

—Más te vale o te encuentras con los papeles del divorcio encima de la mesa.

—¿No me digas que estás en uno de esos días tontos?

—Sí, sí, está por bajarme el período. No te digo nada y te lo digo todo.

—Pues tendremos que hacer que nuestra última noche aquí sea mágica.

—Verdad, bájate los pantalones y saca la varita, a ver si se me pasa la tristeza.

—¿Lo de llamarla «varita» ha sido un descuido?

—Que sí, tonto, saca la vara, que tú estás muy bien rematado.

Era casi la hora de la cena y un poco más y nos quedamos sin salir, porque nos enredamos bien. Después, nos hicimos un arreglo rápido. Yo llevaba un vestido ibicenco cortito y muy sexi con unas sandalias cogidas a la pierna que me estilizaban mucho.

Caminábamos cogidos por la cintura y a lo lejos vi aquella mesa romántica y solitaria en medio de la playa.

—¿Es para nosotros? —le pregunté.

—¿Tú qué crees? Se trata de disfrutar de la mejor cena del mundo, en la mejor compañía.

—Pues tú me dirás quién nos la va a servir, porque la mesa está preciosa y la decoración es de dulce, pero en los platos no veo nada y yo tengo un hambre que te comía a ti por los pies.

—No será necesario. —Chasqueó los dedos.

Como de la nada, salieron un par de camareros con unas brillantes bandejas con todo tipo de exquisiteces propias de la Polinesia.

—Madre mía, ¡¡cómo te lo has currado!! —le decía a la vista de aquella preciosidad de cena.

—Esto no es más que el principio...

—No, es el final. El final de la luna de miel.

—Y el principio de nuestro matrimonio, que será largo como una condena. —Rio.

—Qué vas a decir tú si estás encantadito a mi lado.

—Claro que sí, *A tu vera*, como canta Rosalía.

—Pues mira, no habría estado mal que la trajeses para que nos cantase durante la cena.

—Le di un toque, pero no pudo ser.

—Eso te lo acabas de inventar. A mí no me mientas, Pinocho, aunque tú la nariz no la tienes larga, lo que tienes larga es otra cosa que yo me sé. —Reí.

—Y tú lo que tienes larga es la lengua.

—Y afilada, y afilada —asentí.

Me lo pasaría de miedo y, para mi sorpresa, no vino Rosalía, pero apenas estábamos brindando todavía cuando apareció un grupo de música para amenizar la cena.

—¡¡No me lo puedo creer!! —exclamé cuando la chica se nos presentó diciendo que se llamaba Pastora— Pero si tú eres más sevillana que la Giralda.

—Sí, los chicos y yo —me señaló a sus compañeros— llevamos un tiempesito viviendo aquí, pero somos sevillanos igual que vosotros. ¿Qué quieres que te cante?

—Cántale *A tu vera*, que todavía no se lo cree del todo —le pidió él.

—¿No te lo crees? A mí me hace un hombre todo lo que te está haciendo tu marido y me da un infarto.

—Yo es que soy más de provocarlos, tú sabes. —La hice reír.

Después de esa canción, vinieron otras muchas y de lo más románticas, porque Ezequiel lo dio todo esa noche, y hasta terminamos bailando *La Macarena*, ya con unas cuantas copas encima y con ganas de echarnos unas buenas risas.

Tras la música llegó el colofón porque me pidió que mirase al cielo y allí me sorprendió un espectáculo de fuegos artificiales que terminaron dibujando en el firmamento un símbolo de infinito al lado de una palabra: *Forever*.

Ese momento me hizo emocionar tanto como en el de la pedida en París cuando vi su pregunta en el cielo y, ni por asomo, pensé que fuera para mí. No lloré de casualidad, pero que me llegó al alma ese «Para siempre» que me acababa de decir y que me dejaba claro que así lo sentía y lo quería él, tanto como quería yo.

—¡¡Te como entero!! —Salté sobre él.

—Pero no aquí, ven conmigo...

Me llevó de la mano hasta la mansión en la que nos alojábamos y me llamó la atención que subíamos por un camino de pétalos de rosas que parecía de cuento, los mismos pétalos que entraban hacia la zona de la piscina. En esta me encontré un corazón gigante, en rojo, y miles de globos con la misma forma e idéntico color regados por todo el jardín. Hasta llegar a la cama, también todo eran pétalos que indicaban la dirección. Y alrededor de esta me encontré con un montón de velas encendidas que, entre todas, formaban igualmente un inmenso corazón.

No fue ya eso solo, sino ponerle la mano en el pecho y comprobar que el corazón le iba a mil. Después, la puse sobre el mío y constaté que latía a la misma velocidad.

Le sonreí mientras dejaba que me tumbase en una cama en la que me haría el amor toda la noche, porque nuestra luna de miel fue un tesoro que necesitaba un broche de oro que Ezequiel supo ponerle.

Todavía hoy la recuerdo como un sueño, aunque para sueño el que me eché en el avión de vuelta. Estaba reventada, pero con el corazón y la mente llenos de una serie de experiencias que no se me olvidarían jamás. Todo lo vivido en Bora Bora se quedaba en Bora Bora, pero siempre

nos acompañarían esas imágenes tan cómicas como vibrantes envueltas en pasión. Una pasión que no permitiríamos que fuera a menos con el tiempo, una pasión que haríamos crecer noche tras noche ardiendo entre llamas.

Capítulo 37



Un año después...

Parecía mentira que ya hiciera un año desde que me casé con Ezequiel, y estaba llegando al edificio en el que yo aún trabajaba, pero no en la recepción, sino como asistente personal de mi marido, solo que me encontraba de baja en estos últimos meses.

Entré y en cuanto me vio, Cora pegó tal grito que me dejó sorda.

—¡¡Mami!! —Dejó el mostrador de recepción y corrió hacia mí para abrazarme, aunque con el bombo que tenía, aquello era difícil de narices—. ¿Cómo está la princesa?

—Hasta el coño de llevar esto en la barriga —resoplé.

—La princesa es tu hija, pedazo de bruta. —Volteó los ojos.

—Ella está ahí tan a gusto, la que anda jodida soy yo. No veas las ganas que tengo de que salga ya.

—Claro, y querrás que lo haga andando y hablando.

—Y corriendo a poder ser, también.

—Qué valor —resopló y se inclinó para hablarle a mi barriga—. Cariño, a la loca del coño de tu madre, ni caso, que no sabe lo que dice. Tú ahí dentro hasta que te toque.

—Eso, encima dale ánimos para que no salga, mira que eres hija de la gran...

—Hombre, la señora De Alba, cuánto honor tenerla entre nosotros —dijo Tomás que salía por el pasillo.

—Por Dios, que si me llamas así parezco una grande de España.

—Lo eres, solo que no te van a dar ningún título nobiliario. —Cora se encogió de hombros.

—Dime la verdad, jefe, me echas de menos en la recepción, a que sí.

—Ni un poquito.

—Oh, qué dolor para mi corazoncito.

—Tu marido está con una videollamada, ahora saldrá. Por cierto, feliz aniversario —me dijo Tomás sonriendo.

—O sea, que por eso has venido, para desayunar con tu marido. Y yo pensado que venías a verme a mí, qué desilusión. —Cora hizo un puchero.

—Pero si me viste ayer.

—Es verdad, se me había olvidado.

—Con lo gorda que estoy, como para olvidarme —resoplé.

—Estás preciosa, Julia, la madre más guapa y sexi que he visto nunca —contestó Tomás haciéndome un guiño.

—Mira, se ha hecho pis de la emoción —dijo Cora.

—No es pis, ¡¡qué he roto aguas!! —grité.

—¿¡Qué!? —Los dos se miraron con cara de horror, y vi a Tomás salir corriendo hacia el pasillo.

—Dios, pero si no me tocaba todavía —dije mientras Cora me ayudaba a ir hacia la silla del mostrador.

—Pues se ve que la princesa tiene un poquito de prisa. Venga, siéntate.

—Cora, que si me siento, verás para levantarme. Ay, ay.

—¡Joder! —gritó mientras le apretaba con fuerza la mano porque me había venido una contracción.

Escuchamos pasos por el pasillo y vi a Ezequiel descompuesto.

—Mi amor, nos vamos hacia el hospital —dijo mientras me ayudaba a levantarme.

—Pero si no he cogido ni la bolsa.

—Dame las llaves, que voy yo a por ella —me pidió Cora, mirando a Tomás pidiendo permiso para dejar la recepción, y este asintió.

Le di el bolso para que las buscara y recogió sus cosas para salir del edificio. Ezequiel me sostenía mientras me llevaba hasta el coche de Tomás, quien se puso a conducir como un piloto de carreras, mientras avisaba a mis padres, a mi hermana y a Triana.

Ezequiel también llamó a sus padres, aunque ellos estaban en Londres, pero les dijo que mandaba el avión para recogerlos y que vinieran cuanto antes a conocer a su nieta.

Yo iba haciendo esos ejercicios de respiración que me habían enseñado, y apretaba la mano de mi marido que daba gusto, blancos se le ponían los nudillos y él aguantando el tipo, qué fuerte y valiente me había salido.

Cuando llegamos al hospital, me sentaron en una silla de ruedas y me llevaron directa al paritorio. Mientras tanto, Tomás se quedó en la sala esperando a que llegara mi familia, y Ezequiel me acompañó dentro.

Tras acomodarme en la camilla y que me viera una enfermera, llamaron al médico para que viniera corriendo.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada.

—Que esa niña tiene prisa, ya estás de lo más dilatada. Le he tocado la cabeza —contestó cuando volvió a mi lado.

—Pero es que es pronto, no tenía que nacer aún, le quedaban dos semanas.

—Pues se ve que quiere conocer a su mami —sonrió.

Me vino otra contracción y me pidió que no empujara, con lo que eso me estaba costando. El médico llegó justo en ese momento y, con él entre las piernas, las enfermeras ayudando y animándome, y mi marido al lado sujetando mi mano y secándome la frente mientras me daba algún que otro beso, me puse a empujar.

La niña tenía prisa, sí, y eso quedó más que claro porque fueron suficientes unos pocos empujones para que saliera dando unos gritos que dejaban ver la fuerza de sus pequeños pulmones.

—Es preciosa, Julia —me dijo Ezequiel con los ojos vidriosos cuando la recostaron en mi pecho, acariciándole la cabecita.

—No me puedo creer que la hayamos hecho nosotros. —Sollocé al verle la carita, tan redondita y perfecta, cogiendo esa pequeña manita y dándole besos.

—Pues créetelo porque la hemos hecho, y espero que quieras hacer más —sonrió—. Al menos uno para que no se quede sola, como yo.

—Tiene a su prima Alicia —dije refiriéndome a mi sobrina, la hija de Nuria.

—No es lo mismo, y lo sabes. —Me besó.

Se llevaron a mi princesa para ponerla guapa, como dijo la enfermera, y para hacerle las pruebas pertinentes. Tras ponerme a mí unos pocos puntos nos subieron a las dos a la habitación, donde no tardamos en recibir la visita de mi familia.

Mi hermana estaba loca de contenta con su niña y en cuanto vio a la mía, se echó a llorar diciéndome que era igualita que yo.

Otra que se emocionó fue mi madre, que le hizo unas carantoñas a mi pequeña y la cogió en brazos para darle unos besitos. Jorge, su marido, estaba al lado sonriendo, y entonces se la entregó a mi padre.

—Pero qué guapa es mi chiquitina —dijo emocionado y vi sus ojos vidriosos.

—Tu chiquitina se llama Rocío, papá —sonreí y me miró con los ojos muy abiertos.

—Como se llamaba mi madre —murmuró mirándola.

—Sí, como se llamaba su bisabuela.

—Ya podías haberla llamado Lola, como su abuela —saltó mi madre y fue suficiente con vernos la cara a mi hermana y a mí, para callarse.

—Rocío, a tu prima Alicia la quiero con locura, y a ti te voy a querer igual. —Le dio un beso en la frente y la abrazó.

Mi niña se quedó con su abuelo tan tranquila, y cuando Triana, Tomás y Cora entraron, se la comieron a besos en cuanto la pudieron coger.

Era mi pequeña, ese regalo que me había dado la vida para disfrutarlo junto al hombre que más amaba en el mundo.

Cuando nos dejaron solos, él la cogió en brazos después de que le diera su toma de pecho y comenzó a mecerla mientras la miraba con esos ojos llenos de amor.

Le besaba la cabecita y le decía lo bonita que era, y a mí me derretía por completo. Por no hablar de esa sonrisa que mostraba mientras sostenía a su princesa en brazos, la que alguna vez creí que nunca tendría la oportunidad de ver.

Epílogo



Seis años después...

—¡Mami, mami! —gritó Oliver, mi pequeño, corriendo mientras huía de su hermana mayor y su prima.

—¿Qué pasa, mi vida? —pregunté sonriendo mientras le cogía.

—Que me quieren quitar mis chuches.

—No, no, no queremos quitarte las chuches, solo que nos des una —dijo mi hija.

—Pero si tenéis las vuestras —protestó mi hermana que venía tras ellas.

—Es que él tiene moras y nosotras no —contestó mi sobrina Alicia.

—Pues nada, ahora mandamos a tu padre a moras, hija mía.

—¡¡Tía Julia!! —gritó Sofía, la hija de Triana y Tomás, que venía corriendo hacia mí.

—Hola, preciosa.

—Toma, un regalo —me dijo, entregándome la bolsa.

—Ahí está la impaciente de mi hija, que no aguanta nada. —Triana volteó los ojos.

—A quién habrá salido, me pregunto yo. —Carraspeó Tomás, el padre, que estaba enamorado perdido de las niñas de sus ojos.

Sí, el hecho de que él le regalara mi ramo de novia el día de mi boda a ella, propició que comenzaran a hablar durante el resto del día, lo que culminó en una cita para tomar un café, y después, en una cena un sábado...

Efectivamente, tal como pensáis, don Tomás puso a Triana mirando a la Giralda, y desde ese día no había vuelto a poner a ninguna otra.

Sellaron su amor con un emotivo «sí, quiero» y, para asombro de todos, regresaron de su luna de miel con una inesperada noticia. Nadie había anticipado que tendrían tan pronto a Sofía en brazos, una preciosa niña igualita que su mamá, pero con los mismos ojos que su padre y una sonrisa que iluminaba cualquier habitación.

Decidieron que yo fuese su madrina, porque decían que, sin mí, sus caminos nunca se habrían cruzado. La niña me quería con locura, al igual que yo a ella. Tenía cuatro años, la misma edad que mi hijo, y cuando estaban juntos, se convertían en los mejores amigos, inseparables en sus travesuras y risas.

Pero a esos dos les faltaba su complemento, ese con el que formaban el trío más peligroso de toda Sevilla: Carolina, la hija de Cora.

Sí, Cora optó por ser madre soltera a través de inseminación artificial. Su pequeña tenía la misma edad que Oliver y Sofía. Para verlos juntos, como en ese momento, que la pequeña Carolina corría hacia ellos para abrazarlos. Y junto a Carolina venía su fiel amiga Pulga, que ya no era la pequeña bolita de pelo que encontramos aquel puente que pasamos en la Sierra. Ahora se había convertido en una verdadera dama, con un pelaje reluciente y un carácter juguetón que la convertía en la compañera perfecta para nuestros niños. Siempre dispuesta a correr a su lado o a disfrutar de las caricias de sus manitas.

No penséis que a Cora no le llegó el amor, porque sí que le llegó, cuando estaba embarazada de seis meses, momento en el que conoció a una simpática cordobesa que acababa de mudarse a Sevilla por trabajo, pues la habían trasladado a la sucursal que tenía aquí el banco donde era cajera.

—Pues ya estamos todos —dijo Cora, que venía con una tarta en la mano mientras que su mujer, Estefanía, traía la otra.

Sí, era el cumpleaños de Rocío, seis añitos cumplía mi niña, y teníamos la casa llena de gente porque estaban las dos familias.

Bueno, había alguien que no estaba y es que, tal como sospechamos, la tía Brenda acabó dejando al tío Enrique y se casó con un hombre más joven.

Mis suegros, Lucy y Fernando, aunque seguían teniendo su residencia en Londres, tomaron la decisión de comprar una casa en Sevilla tras el nacimiento de nuestra hija mayor, Rocío. Desde entonces, pasaban largas temporadas aquí para poder disfrutar de sus nietos, a quienes adoraban y mimaban.

Peter y Luke también habían venido, acompañados de sus esposas, Kira y Zoe, junto con sus hijos, Nick y Mía, respectivamente.

Nos dirigimos al jardín, donde estaba todo listo para disfrutar de esa carne que iba a preparar mi marido en la barbacoa junto a sus primos. Mientras tanto, yo me encargué de terminar de freír las croquetas que eran las favoritas de nuestros peques.

—Hija. —Me giré al escuchar la voz de mi padre—. ¿En qué puedo ayudarte?

—A mí, en nada —sonreí—. Quédate en la barbacoa con Ezequiel.

—Está tu madre por allí y no quiero —suspiró.

—Vale, pues entonces, aliña la ensalada que es lo único que me falta.

Asintió y se quedó allí conmigo aliñando la ensalada en silencio. Al menos en estos años habíamos conseguido que mi madre no fuera tan insistente con Nuria y conmigo, y que dejara que estuviéramos más con mi padre.

Sobre todo ella, que era a la que más quería separar del hombre al que culpaba de haberle dado un divorcio tan malo.

Se llevó la ensalada y una fuente de patatas que acababa de terminar de freír, y cuando ya tenía todas las croquetas colocadas en la fuente, apareció Ezequiel.

—Mira quién viene a verme —dije cogiendo una croqueta a la que di un bocado—, el viejo más sexi de Sevilla. —Moví ambas cejas.

—No me provoques... no me provoques. —Me quitó el resto de la croqueta y se la llevó a la boca.

—No te provoco, eres tú el que tiene la mente sucia.

—No, preciosa, la tengo muy limpia, pero no te voy a negar que verte así —me echó un vistazo de arriba abajo con esos ojos llenos de deseo que siempre tenía cuando me miraba—, me pone malísimo.

Llevaba un vestido fresquito y veraniego, de color blanco, que combinaba perfectamente con mis cuñas, de tirante fino y escote generoso. Me mordí el labio y eso fue suficiente para que mi marido se lanzara a besarme, mientras sus manos se deslizaban por debajo de la tela del vestido.

Me estremecí al sentir sus manos en los muslos y cuando llevó una de ellas hacia mi entrepierna...

—No, no, no. —Se la aparté—. Para, por Dios, que está toda la familia en el jardín.

—Pues tenemos un problema. —Me tomó de la mano y la guio hasta su entrepierna, donde sentí que su miembro estaba completamente duro y listo para la acción.

—Ezequiel, vete al baño.

—Si vienes conmigo.

—Que no, que estoy con la comida. Corre, ve a refrescarte un poquito con agua fría.

—Amor, que esto no hay quien lo enfríe. —Rio.

—Mira que te hecho los hielos por encima y te refresco yo —le advertí.

—Vale, vale, me voy a mojar un poquito con agua fría.

Y lo que hizo fue coger una botella de la nevera y bebérsela, antes de sacar varias cervezas y volver a irse.

Suspiré con los ojos cerrados y sonreí, parecía mentira que aquel hombre al que una vez rechacé por viejo siguiera siendo tan intenso y apasionado en cuestiones de sexo.

—Mírala, ya tiene cara de orgasmo. —Abrí los ojos al escuchar a Cora.

—¿Qué dices, loca?

—Lo que has oído, que hemos visto a tu marido salir muy feliz de la cocina —dijo Triana.

—Pues no ha pasado nada, pero ya sabéis cómo es don Ezequiel de Alba —sonreí.

—Sí, sí, todo un semental. Y que yo le viera antes y fuera lesbiana —dijo Cora volteando los ojos.

—Perdona, pero ella le vio primero —le corrigió Triana.

—Sí, y le llamó viejo.

—¿Y dónde están ahora? Aquí, casados y con una familia, porque él se juró conseguir a la loca esta. —Rio.

—Ya me cayó el piropo —resoplé.

—Cómo nos ha cambiado la vida, ¿eh? —dijo Cora cogiendo una croqueta para cada una.

—Y que lo digas, y todo empezó en aquella Navidad —contestó Triana.

—Ya sabéis lo que dicen, la magia de la Navidad lo hace todo posible —dije con una sonrisa.

—Pues, ¡viva la magia de la Navidad! —Cora levantó la croqueta a modo de brindis, y Triana y yo hicimos lo mismo.

Sin duda alguna, la magia de la Navidad obraba los más disparatados y locos milagros, pero la vida no tendría sentido sin esas locuras que nos rodeaban.

Habían pasado los años desde aquel encontronazo que no fue tan casual, y no tenía la menor duda de que volvería a pasar por ese momento una y mil veces, hasta llegar donde habíamos llegado Ezequiel y yo.

El nuestro era un amor de cuento, de esos que comenzaban a forjarse sin darnos cuenta. Y teníamos dos hijos que eran nuestros mayores tesoros, esos a los que amábamos con todo nuestro corazón.

Estaba claro que las sorpresas que nos podía dar la vida nos llevarían a pasar por momentos de lo más disparatados, pero también por esos donde el amor, ese amor bonito con el que muchos soñábamos, estaba presente en cada segundo del día.

Y yo tenía ese amor con Ezequiel, ese hombre que llegó en forma de CEO para Navidad.

RRSS:

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: [relinks.me/AriadnaBaker](#)